

LA MALETA COLOMBIANA II

Viaje de vuelta

Carlos Martín Beristain
Prólogo de Laura Restrepo



Esta publicación se realiza en el marco de la subvención de la Dirección de Víctimas, Derechos Humanos y Diversidad de Gobierno Vasco para la Asociación Hegoa: *Articulación internacional para el seguimiento en Europa de las recomendaciones de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia.*



EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO

BERDINTASUN, JUSTIZIA
ETA GEZARTE POLITIKETAKO SAILA

DEPARTAMENTO DE IGUALDAD,
JUSTICIA Y POLÍTICAS SOCIALES

Los contenidos de este documento son responsabilidad exclusiva de su autor y en ningún caso pueden considerarse como una opinión de las organizaciones que apoyan su publicación.

Edita:



www.hegoa.ehu.es / hegoa@ehu.es

UPV/EHU
Edificio Zubiria Etxea
Avenida Lehendakari Agirre, 81
48015 Bilbao
Tel.: 94 601 70 91

UPV/EHU
Centro Carlos Santamaría
Plaza Elhuyar, 2
20018 Donostia/San Sebastián
Tel.: 943 01 74 64

UPV/EHU
Biblioteca del Campus
Nieves Cano, 33
01006 Vitoria-Gasteiz
Tel.: 945 01 42 87

Una maleta colombiana II. Viaje de vuelta

Carlos Martín Beristain

Ilustraciones: Carlos Martín Beristain

Prólogo: Laura Restrepo

2023

Diseño y Maquetación: Marra, S. L.

Imprime: Printheus S. L.

Depósito legal: 0048-2023

ISBN: 978-84-19425-10-2



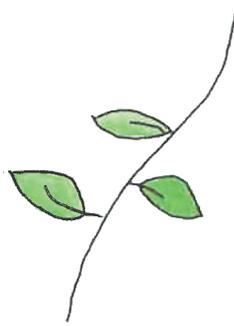
Este documento está bajo una licencia de Creative Commons.

Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Licencia completa: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El hogar ha dejado de ser una vivienda para ser el cuento no contado de una vida que está siendo vivida.

La única esperanza que nos queda es hacer de toda la tierra el centro.

John Berger

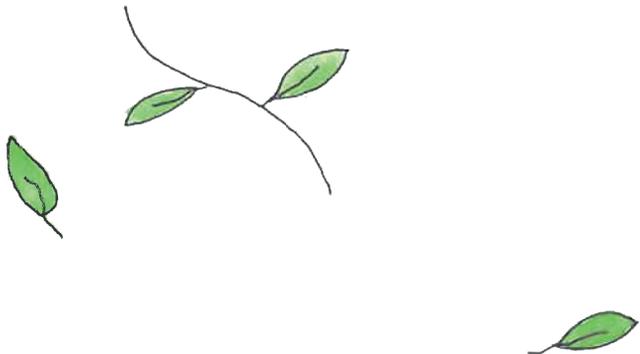


No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.

Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.

Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche, duelen de noche bajo el sol.

Juan Gelman



Prólogo

Laura Restrepo
Marzo, 2023

Enamorado de la condición humana, Carlos Martin Beristaín es defensor de derechos humanos y desfacedor de entuertos en diversas partes del mundo. Ha caminado con las comunidades mayas, recorrido favelas, escenarios del crimen, cárceles, orfanatos, campos de refugiados. Comprometido, incansable, valiente. Especialista en acompañamiento de víctimas del terror, del destierro, de la tortura. Testigo, aquí y allá, de la dignidad y la fortaleza de las víctimas. Autor de varios libros, el más reciente de los cuales es éste, LA MALETA COLOMBIANA II, a la vez bello y brutal, testimonial y poético. Habla de trastos, baúles, mochilas y demás bártulos del escape y el destierro, del exilio, del asilo... y también de los sueños de regreso.

Su técnica narrativa: Escritura al vuelo; economía de palabras; fragmentos cortos que capturan lo esencial; viñetas dibujadas por él mismo. Y, ante todo, capacidad de escuchar. Para captar los momentos esenciales, Carlos Beristain abre el oído al rumor de los pasos, el zumbido del miedo, las confidencias en voz baja, los ecos de rezos y llantos. Yo diría que es un gran *escuchador*... y un gran narrador. Para él no hay casos, sino personas. No se limita a reseñar a las víctimas, sino que captura sus almas en una prosa certera y profesional, pero siempre empática.

Su marca de autor debe tener arraigo en el tiempo en que escribía cuadernitos y hacía con ellos ediciones bonitas, a mano, de 50 copias para los amigos y amigas. Este libro conserva mucho de esa misma intimidad, amable y casi artesanal de entonces. Pero no hay que confundirse: entreverados en la suavidad de su trazo, hay una larga experiencia; una mirada penetrante; una carga contundente de denuncia y un potente andamiaje teórico.

Como en el Bolero de Ravel, aquí el ritmo cardíaco y el narrativo se van intensificando página tras página.

Dado que hay un nexo entre biografía y resistencia, y que la liberación tiene una dimensión biológica, vale contar que Carlos Beristain nació en el País Vasco, donde tomó parte activa en los movimientos no violentos y de objeción de conciencia, negándose a ir al ejército y jugándose la por las vías pacíficas. Allí eran pan de cada día las luchas justas y reivindicativas, las búsquedas de salidas políticas, los procesos de negociación y los movimientos de solidaridad y encuentro... pero también la violencia, el terror, los atentados y la tortura. Por eso, desde el momento de su llegada a nuestro continente le fueron familiares las coordinadas locales, y pudo apoyarse en experiencias de su tierra natal para ponerse manos a la obra. En América Latina todo me resultaba aún más sorprendente -dice-, pero siempre en diálogo con mi otro lado del mundo.

Guatemala, Senegal, El Salvador, Brasil, Ecuador, México, el Sahara Occidental... sus trabajos abarcan muchos puntos del planeta. Cuando escribe sobre Colombia, su voz suena casi tan nativa como la nuestra. Este país lo embelesa y lo horroriza a la vez, pero el trabajo con la gente lo maravilla siempre. Se ha dejado atrapar por la gentileza de nuestro pueblo y ha sabido escudriñar en la complejidad de nuestra violencia. Gentileza y violencia, esos dos ejes de la vida nacional, tan contradictorios entre sí, pero tan endemoniadamente entretreídos.

Habla de una niña que tras mucho sufrimiento, se compra unos zapatos tenis para huir corriendo. Escapar de la violencia es una epopeya de la que no siempre se sale con bien. Pero a veces sí, y entonces se canta victoria, como hace el joven polizón que llega vivo a destino tras salvarse de la hipotermia en los frigoríficos de un barco bananero. Echar mano de un último recurso salvador: atravesado por un cuchillo, Casimiro se hace el muerto y así evita que lo rematen.

¿Y a los muertos, quién o qué los rescata? Tal vez la verdad. El señalamiento de los victimarios, el esclarecimiento de los hechos. La verdad no les devuelve la vida a los asesinados por la represión y la guerra. Pero les devuelve la dignidad, los libera del estigma.

Mejor váyase del país: uno de cada cincuenta colombianos escucha la advertencia fatídica.

Salir a buscar el lugar imposible donde la vida sea posible. Espectáculo desgarrador de una humanidad en el camino. Destierros masivos que hoy se han vuelto impronta y que desbordarán el futuro. Beristain habla de las durezas y los recursos del escape; de los horrores y los milagros con que se topa el migrante.

Y ahonda en el exilio, esa forma de existir con el corazón en la patria lejana y el resto del cuerpo en un país extranjero. ¿Una suerte de esquizofrenia? La comparación no sirve si convierte al exilio en enfermedad. Aunque en efecto produzca disociación: en tu casa está tu mundo, y si te arrancan de ella, el mundo se te vuelve ancho y ajeno. Aun así -muestra Beristain-, muchos aprenden a vivir aquí y allá, ampliando la visión de su propia identidad.

-A consecuencia de la guerra -dice-, Colombia, como nación, ha vivido el exilio más largo del mundo.

La guerra. Esa eterna guerra nuestra, tan ajena. Múltiple, enmarañada y ensangrentada, como la cabellera de la Gorgona.

Hoy el planeta avanza a ciegas hacia una Tercera Guerra Mundial, sin que los gobiernos de las potencias se planteen la posibilidad de una salida negociada. ¿Cómo interpretarlo desde Colombia, un país empeñado en negociar, por amor a la paz? ¿Cómo entender la vocación de guerra a ultranza y sin otra salida que no sea la guerra misma, con su previsible extensión al resto del globo y hacia el cataclismo nuclear? Beristain me responde citando a uno de nuestros ex Generales: “Me empeñé en ganar la guerra. He debido empeñarme en pararla”

RAGE AGAINST WAR (Proclama de Roger Waters, el grandioso rockero de *The Wall*).

Un niño devela el abismo de crueldad que se esconde en un detalle que, para los adultos, pasaría desapercibido. Una niña escucha por teléfono la voz desconocida que la amenaza de muerte. Otra niña pasa los días asomada a la ventana, esperando que aparezca su padre

desaparecido. Beristain conversa mucho con los niños, para quienes la vivencia del terror es todavía más intensa. Ante el exceso de dolor y ansiedad, los hay que llegan a su propio límite y *se apagan*, desconectándose del mundo.

A partir de su formación como médico y doctorado en psicología, ha desarrollado un *método de acompañamiento psicosocial* para ayudar a mitigar el sufrimiento impuesto. Sabe que más complejas que las heridas corporales, son las del alma, porque no existe un tratado sobre la psicología de cada víctima, y es en el camino como puede ir conociéndola. Con frecuencia se topa con lo que él llama *acontecimiento centinela*: voz de alerta, punta visible de un iceberg emocional de lesiones abisales e imperceptibles. Le pregunto cómo se las arreglas él mismo para no derrumbarse ante la constancia de tanto dolor ajeno. ¿Cómo te proteges interiormente?

CMB. -No hay coraza que valga, pero puedes procesar. A veces estar cerca pero luego tener que manejar esa distancia emocional, y para eso me sirve la escritura. Gran ayuda son los amigos, las amigas, el amor, la belleza de la naturaleza, cultivar la tierra. Ante todo, debes evitar que se te nuble la alegría, de lo contrario se debilitan tu radio emocional y tu capacidad de proseguir con el trabajo.

La magia de la escritura. Y de la lectura, por momentos tan ardua pero reveladora, como cuando Iván, tras la muerte de su madre, se anima por fin a leer el diario que ella llevó mientras estuvo secuestrada.

Contar, desembuchar, convertir el fango revuelto que quema por dentro en palabras articuladas, sanas, sonoras. Exorcismo mediante el lenguaje; bautismo y renacimiento; labor de sanación.

Lavar la falsa culpa. Le pregunto de dónde viene esa sustitución engañosa que es el sentimiento de culpa de las víctimas. Me responde que asumir la responsabilidad de su propia desgracia es un intento desesperado por superar la falta de sentido, la carencia de explicaciones, la pérdida de control: Si yo tuve la culpa, yo misma podré arreglar mi situación. De ahí la urgencia de la investigación, del esclarecimiento. Sacar a luz la acción del victimario para que la víctima pueda absolverse a sí misma.

Con el poeta Juan Gelman, dar el salto de la soledad solitaria a una soledad compartida. De la distancia infranqueable, a una distancia cercana.

Tesis, antítesis y síntesis tentativa: Colombia carga con heridas profundas. La sanación de las víctimas es posible. Ergo es posible curar al país.

El miedo. Los testigos dicen que el miedo aúlla “más fuerte que el perro del río”, y que anida en las entrañas, carcomiéndolas. No es mera metáfora-comenta el médico que hay en él-. El aparato digestivo es el termómetro emocional, y los grados del miedo son la úlcera, la diarrea, el vómito. La lucha también pasa por el cuerpo.

Me animo a preguntarle si ha experimentado miedo él mismo, a lo largo de sus múltiples investigaciones y denuncias.

CMB. -Miedo, sí, muchas veces. Llamo *perro que muerde* al tipo de miedo generado por causas tan concretas como lo fueron un asalto a mano armada, en el Salvador, en medio de la guerra; un bombardeo en San José de Apartadó; detenciones por parte del ejército y pasos por dudosos retenes paramilitares; persecuciones y campañas en contra. Y llamo *cuarto oscuro* a otro tipo de miedo, más abstracto, más obsesivo, que se te cuele adentro. Debes abrirle puerta y ventanas para ventilarlo, o va creciendo a la sombra como amenaza indeterminada. Me blindo como puedo tanto del perro bravo y le pongo luz y nombre al cuarto oscuro

Una mujer que ha sido torturada en Guatemala le cuenta que, de la imagen de su torturador, sólo pudo ver la raya bien planchada del pantalón y los zapatos lustrados. Doble horror: el horror impecablemente vestido. La tortura, junto con la violación, son quizá las experiencias más brutales e inhumanas, la grieta más insondable en la psique.

CMB. -Aunque la persona logre aguantar a punta de coraje durante la tortura, es muy difícil superarlo después, cuando el horror ha pasado, porque siente que ya no es ella misma. Tantas veces no puede deshacerse de la sensación de estar sometida a un control extremo por parte de otro ser, y retomar las riendas de su propia vida. Lograrlo es un paso decisivo hacia la recuperación.

Sale a relucir Daniel, el profeta bíblico arrojado al foso de los leones, de donde sale ileso por la gracia divina. También nosotros, los colombianos, hemos vivido encerrados en un foso de fieras. Pero -dice Beristain- estamos aprendiendo a salir... gracias a la propia fuerza y a la voluntad de libertad y de paz.

Diálogo con la juventud: ¿Como te llamas? Me han quitado el nombre. ¿Quién eres? No soy nadie, no tengo papeles. ¿De dónde eres? No puedo decirlo. ¿Qué edad tienes? Años sin cuenta. ¿Hacia dónde vas? No lo sé. ¿Qué sabes hacer? Lo he olvidado. ¿Qué deseas? Por lo pronto, sobrevivir. ¿Con qué sueñas? No sueño, vivo en una noche quieta y desvelada.

Cuando creces en medio de la incertidumbre, el pánico, la amenaza y el desarraigo, ¿es posible concatenar una secuencia coherente de rituales de iniciación, que te guíen en el tránsito de la niñez a la vida adulta? ¿Cómo llegar a ser persona? Persona mujer, persona negra, persona indígena. Persona adulta. ¿Cómo? Los jóvenes le han enseñado al autor a conjugar un verbo nuevo: *rebeldizarse*. Entrar en rebeldía para llegar a ser.

Carlos Martín Beristain ha sido integrante activo de esa gran proeza colectiva que ha acometido en Colombia la Comisión de la Verdad. En un país de aguas tan revueltas y capas geológicas de mentiras y engaños oficiales, ¿es posible seguirle el rastro a la verdad? ¿Desenterrarla? ¿Podrá la conciencia colombiana asumir las durísimas verdades que, sobre el país y sobre nosotros mismos, pone en evidencia el informe de la Comisión de la Verdad? Y sin ir más lejos, ¿las que se registran en las páginas que siguen? Beristain habla de *conciencia de lo intolerable*... ¿Es posible tolerarla?

Yo digo que debemos intentarlo. Urge, a nivel nacional, el ejercicio indispensable de tolerar la verdad, aunque resulte intolerable. Podemos intentarlo de la mano de este libro, bello y tremendo, que allana el camino hacia la conciencia y llama a mirar de frente la propia realidad.

Esta maleta colombiana recoge testimonios, reflexiones y experiencias de personas que tuvieron que salir al exilio escuchadas por la Comisión de la Verdad de Colombia, masticadas como se hace en las comunidades indígenas con la hoja de coca, mameadas mientras se activa un pensamiento colectivo, que da vueltas a la palabra hasta que ésta se hace parte de nosotros.

Cada una es única y forma parte de un mosaico de sentires, historias insólitas y a la vez comunes, donde todo puede pasar y a la vez sorprender. El testimonio es un desafío frente a la indiferencia. Están escritas desde un lado, no son neutrales ni descriptivas, no proponen un lugar único, dan cuenta de una experiencia también de quien escucha.

Las historias han sido parte del proceso de escucha de la Comisión y de las vidas que reivindican su lugar en el mundo de un exilio que ha sido la segunda forma de victimización en la guerra, tras el desplazamiento forzado, y sin embargo invisible. Hablando de sus propios exilios, la distancia se hace más dura cuando es inevitable, dice Eduardo Galeano, y para Cristina Peri Rossi, partir, parte la vida en dos.

Gracias a la confianza de la gente que empezó su testimonio con un tipo de *confieso que lo he vivido*, no solo hablan de lo que pasó, sino de lo que nos pasó, incluyendo tantas veces lo aprendido. Han viajado en estos años en maletas que se llevaron al exilio, en macutos, en mochilas, en fotografías, en sonidos que acompañan, en olores al país, en imágenes de los hechos y en la lengua materna.

El título de este libro es parte de una historia compartida. La mejor prueba es que en una presentación en Barcelona, de la primer parte, Estebana dijo que el título de **Una maleta colombiana** se lo habían robado a ella, que lo tenía guardado en un sueño.

Una invitación a entrar en los sueños. Como escribe el poeta Gelman, *somos pedazos de un viaje universal, diferentes, contrarios, las mismas olas nos arrastran. Iremos a parar a cualquier playa. Vamos a hacer un fueguito contra el frío y el hambre.*

Las historias que aquí se cuentan no tienen una lógica preestablecida, siguen en general los tiempos en cómo fueron escritas, siguiendo el ritmo de la toma de testimonios. Incluyen también reflexiones y lecturas que alimentaron este recorrido. El ritmo muestra cómo nos tejió esa escucha, lo que aprendimos y de lo que nos asombramos. El exilio, el refugio y sus muchos nombres, forman parte no de un colectivo específico, sino de una naturaleza humana desplazada para sobrevivir o migrante para tener una vida que tenga ese nombre. De las respuestas de los estados y sociedades frente a la diferencia, que habla de lo que todas y todos somos. Un lugar en el que reconocerse. El libro puede leerse al derecho y al revés, a pedazos y emboscadas. Ojalá les lleve en sus muchos viajes.

| La perrita y el abismo

En la frontera, él llega con toda la familia. Los papeles van acompañados de toda una carpeta, porque papelito habla, y había que llevar todo lo que se podía. Los niños justo habían terminado la escuela, y la decisión de salir se precipitó como en una cascada. El viaje para ellos era a Disneylandia, con las entradas compradas para despistar a quienes le perseguían, y para poder tener una visa que te acoge como turista, pero tal vez te niegan como funcionario perseguido por hacer bien su trabajo.

Un par de meses antes, una perrita había llegado a la casa maltrecha. Una perra chiquita, callejeando hasta la puerta. Allí la adoptó la familia, en ese tiempo de amenazas cada vez más cerca. Hay gente que es capaz de dar cariño, aún en medio del horror que está viviendo, cuando el miedo te lleva a pensar que tú eres lo único importante. Cuando hubo que salir a Disneylandia, había que llevar a la perrita, no había forma de dejarla si era ya una de las nuestras. Al pedir asilo en la frontera, la primera en ser adoptada como demandante de refugio fue la perra, enseguida le dieron de comer y correteó del otro lado. Los demás tardaron en pasar todo un día.

Hay veces en que hay dos historias paralelas. En esta, Disneylandia es el horizonte, y la visita tiene un mapa y unos planes de alquilar un carro y recorrer Orlando. Como el papá no sabía si los iban a recibir, la historia de ir a ver a Mickey Mouse se mantenía abierta por si la demanda de refugio no funcionaba y había que volver. La historia por abajo, de la que los niños habían solo visto algunas cosas raras, estaba habitada de amenazas y el asesinato de uno de sus trabajadores, en donde la equivocación del objetivo fue la que le dejó a él vivir y a su amigo le trajo la muerte.

Cuando llegas a una frontera, pierdes el control de tu vida. Estás en manos de otros que deciden todo. En la frontera de EE. UU. él perdió el control de sí mismo, aunque no fue la policía la que tomó el control de su vida, sino las lágrimas que habían estado esperando durante años, sin tiempo

para fluir. Al límite de todo lo que has pensado hasta entonces, después de haber pasado por todos los obstáculos que no puedes ni imaginar, no podía rellenar los formularios, las lágrimas no le dejaban ver.

- Yo me acordaba entonces de la gente venezolana viniendo de Rioacha, con unas maletas desgarradoras, familias pidiendo plata en los supermercados.

Cuando estaba en la frontera esperando la respuesta, se sentía así, pasaba mucha gente que lo miraba desde los carros. Esa distancia que parece un vidrio, pero que es un abismo.

Mientras recorremos en dos largas sesiones todas las peripecias de esas trayectorias rotas en las que Disneylandia fue su hilo conductor a la vez que su cobertura, y repasamos algunos de los vericuetos de un Estado que él dice que no tiene remedio, no ve luz al final. Aún está con esa rabia que tiene por dentro. No hay un final feliz, sino algo mucho más auténtico.

Esta mañana, a pesar de todo, habla para que su testimonio sirva para algo, de vuelta tiene este reconocimiento nuestro. En estas estamos. A estas alturas no es la fantasía, sino la esperanza.



Las verdades que te sorprenden. Diálogo con empresarios

Hablamos de respeto y de empatía, de una verdad objetiva hasta donde se pueda. Podría ser cualquier otro lugar, pero estamos en Ecuador, en una reunión en el exilio de empresarios que dicen que los propios empresarios necesitan conocer la verdad de lo sucedido al pueblo, para que no se queden solo pensando en su propia historia. Esa clarividencia tendría que ser un grito al viento. El diálogo se anima.

- Yo estoy interesado en que no haya repetición. Que no se siga viviendo en medio de esa violencia. Mi familia fue víctima de secuestro de las FARC-EP. Sé de lo que hablamos. Pero la gente que esté en el poder no conoce la magnitud del drama humano que generó la violencia.

- Yo creo en la objetividad y en la justicia.

- Llevamos décadas, siglos matándonos. Necesitamos un cambio profundo para que esto no sea siempre más de lo mismo. ¿Cuántos años más necesitamos?

Las reflexiones pasan de mano en mano. En este diálogo sobre las cosas difíciles, las ideas son profundas aunque tantas veces pueden tener diferentes significados. En la familia, de política no se puede hablar, porque fácilmente una discrepancia pasa a una descalificación. Del no estoy de acuerdo, al contigo no se puede dialogar hay un gatillo que se activa fácil en la historia de Colombia. Y ese gatillo ha separado hermanos y matado gente.

Entre los impactos del empresariado en el exilio, está el desarraigo y la separación familiar. Como si en ese ámbito más cercano, todas las historias se parecieran, independientemente del estatus o de la posición. Cuando más te alejas del círculo, y las cosas pasan al ámbito social y, más

aún, el político, los anillos alrededor de la experiencia se van haciendo cada vez más conflictivos y distorsionados.

También en el mundo empresarial, el estigma de Colombia te persigue. Matones, mafia, Escobar. Las telenovelas y otras producciones sobre fenómenos extremos no dejan ver la humanidad resistente, ni toda la parte de la sociedad que dijo no a todo eso. Es lo que toca reivindicar. Estando en una entrevista así, con experiencias y posiciones diferentes, te das cuenta de los distintos significados que tienen no solo las palabras, sino los enunciados. Como un desfiladero por el que caminas con cuidado, entre palabras y silencios, en un equilibrio que tenemos que proteger para poder avanzar.

Pero estos empresarios tienen una visión práctica de lo que hay que hacer. Conceptos como competencia y diversificación, ventajas y redes, forman parte del análisis de los impactos económicos. En la dimensión de país, volvemos al núcleo duro incandescente que es la fuente de toda luz. Colombia ha perdido capacidad tecnológica y cerebros. Para no dividir más el cuerpoalma, podríamos decir también sensibilidades. El uso político del dolor, y el rencor como motor de la guerra. El exilio te da también una visión más cosmopolita. Eso te hace ver la diversidad de mundos. Pero también te hace preguntarte por el tuyo.

- Hoy tenemos una percepción de que estamos viendo una luz al final del túnel. Puede volver atrás, desgraciadamente, pero no podemos dejar que eso pase.

Raúl tiene una sugerencia para la Comisión. Recoger los testimonios de esos colombianos que son los últimos de la fila en las demandas de asilo que aún aquí, se siguen dando. Tal vez se trate de eso, de esa empatía con el sufrimiento como conciencia del país compartido.

| Cuando los otros somos nosotros

Cuando las tragedias nos pasan por encima, no al lado, el peso de las historias no te deja pensar en otra cosa que ese dolor que es una fuente interminable. Lucila tuvo que huir y dejarlo todo porque la amenaza venía con nombre y apellido. Y hasta el obispo, que era amigo y que investigó sobre lo que pasaba, le dijo que se fuera. No es que ella hubiese hecho nada distinto de su trabajo sobre la cultura en una radio, y que eso le llevara de aquí para allá por la geografía de Colombia. Estaba acostumbrada a pasar retenes de la policía y del ejército. Y también otras veces de los paramilitares. Y cuando llegaba a los lugares más distantes, los de la guerrilla. He conocido gente que tenía que adaptar los mensajes al tipo de retén, que tenía que saber el tipo de botas que tenían para adecuar las palabras a lo que no despertaba sospecha. O que elegía quién tenía que hablar, quien podía mantener la calma no siempre era el líder más arrecho.

En la respuesta comunitaria a las catástrofes, el 15% de la gente que tiene una visión más realista de lo que está pasando, tiene que activar al 70% que se queda como en shock, esto no puede estar pasando, y no pelear con el otro 15% que se bloquea o sale corriendo. La cosa es como te repartes el porcentaje, cuando sois dos o eres uno. Para ella ese no fue un problema, más allá del normal miedo. La vida en Panamá ha sido dura, pero le ha dado siempre la vuelta a las cosas. El exilio. Las pérdidas. El llanto en esa acera extraña cuando ya estás sola.

Una cosa es contarlo y otra es vivirlo. Podemos estar de acuerdo con eso, aunque no sepamos bien qué significa o como se navega entre esas dos orillas. Ella tiene su manera de expresarlo: cuando los otros somos nosotros.

Hay poesía en esa sabiduría. De lo que le pasó a ella y sus hijos, surgió la convicción de la pelea por los derechos de todos. La posibilidad de tener residencia sin renunciar al refugio. El permiso de trabajo junto al asilo.

Que el albergue migratorio no sea una cárcel. La lucha por una ley de refugio con derechos le llevó a reuniones en el Congreso, a desgastar los pasillos donde se deciden esos rumbos.

También hay una mirada que te ayuda a ver las diferencias en los matices que lo son todo:

- Hay instituciones y proyectos que hacen cosas para nosotros, pero sin nosotros. Nosotros no queremos ser parte del resultado, queremos estar en el proceso.

| El refugio entre bananos

En un barco de banano, viaja una pareja de náufragos. No quedaron perdidos en la mar, sino en la tierra de Colombia. Como pudieron, convencieron a unos marineros que les dejaran subir de polizones. Un polizón es un viajero clandestino, que se la juega al subirse a un barco y que el capitán del barco no quiere para nada llevar consigo.

¿Dónde esconderse en una travesía de más de una semana de viaje? En las cámaras frigoríficas, el banano se mantiene fresco, pero ellos pasan frío y hambre. Los bananos están verdes, pero alimentan de una forma monótona y gélida. Cuando llegan al otro lado del Atlántico, el barco atraca en Bilbao, pero el frigorífico en el que viajan no se queda ahí, continúa para el siguiente destino. Ateridos por el frío y agotados, dormitan en medio de una hipotermia que acecha. Entonces, como en un sueño que se alarga, no se dieron cuenta de que el barco zarpó de nuevo hasta que llegaron por segunda vez, esta vez al puerto de Zeebruges, en la región de Flandes, en Bélgica.

Las historias del banano de Urabá están cruzadas de los grupos paramilitares que cobraban unos céntimos de dólar por caja, para financiar la guerra, y de cargamentos de armas en barcos que después se llevaban banano.

Él y su compañero de viaje salieron agazapados del barco, en la noche, y fueron a un hotel a buscar cama y calor, pero estaban en un estado tan lamentable que los encargados del local llamaron a las fuerzas de seguridad. La policía, hizo su trabajo, y cuando ellos contaron que eran colombianos y que habían llegado a Bélgica escondidos en un barco bananero, los detuvieron ipso facto y los enviaron a la cárcel. Para escapar del horror también hay que llevar pasaporte.

En todos los países, la cárcel ofrece contactos que, si no eras delincuente, te enseñan el camino. Pero también tiene relaciones significativas. El



sacerdote de la cárcel habla español, y escucha su historia, y les cree. Les ayuda y los orienta para hacer la demanda de asilo.

Con una organización de nombre Salhaketa, que significa DenHuncia, así con una hache en medio por los barrotes a los que hacía referencia, como un caligrama de Apollinaire que escribía poemas dando forma con un dibujo a las palabras, publicamos hace años un Manual que se llamaba *Defenderse en la cárcel*, que incluía los recursos jurídicos para hacer valer tus derechos dentro de la prisión, que es un territorio de exclusión dentro de otro más grande que el 80% de los que están dentro viven también afuera. Así, cuando no había abogado de oficio, el detenido podía copiar el recurso a mano y poner su nombre para que las cosas pudiesen ser leídas en un lenguaje aceptable para el juez. Las formas en cómo se traducen experiencias vitales a formatos administrativos está llena de despropósitos y de audacias.

En el Petit Chateau, una guarnición militar que se convirtió ahora en un centro de acogida para personas refugiadas, se quedó viviendo unos meses. No pudo traer documentos, ni papeles que probasen su relato. Pero le fue, lo que podemos decir, bien porque, aunque los formatos son sordos, las cosas hablan solas, si hay quien escuche.

El exilio colombiano sigue prolongándose en este conflicto que no se acaba, y donde los demandantes de asilo encuentran cada vez las puertas más cerradas. Que haya un proceso de paz con las FARC-EP no quiere decir que las víctimas de las continuidades de la violencia y de la falta de respuestas del Estado a la necesidad de seguridad de líderes y territorios, no necesiten protección internacional. El asesinato de líderes y lideresas tiene su correlato en amenazas, desplazamiento y exilio. Las puertas deberían estar abiertas, porque aceptar a quien huye del horror es una contribución efectiva a pararlo. Esta es parte de la tarea, involucrar la protección internacional de refugiados y refugiadas, como parte del apoyo a la paz.

| Guardaparques

Ese podría ser un oficio soñado. Hay una perspectiva idílica del cuidado de la naturaleza. Y una demanda ética para el planeta y las nuevas generaciones. Los guardaparques en Colombia han tenido que bregar con el conflicto armado, estando en el frente de guerra sin trincheras. Durante años, a él le tocó gestionar un proyecto para la población campesina, en las orillas del parque, porque los márgenes son también un tipo de frontera que siempre está en disputa. O sea, que los parques no solo se cuidan desde dentro sino desde fuera.

El proyecto era del Programa Mundial de Alimentos, y consistía en paquetes de ayuda alimentaria tan escasos que no había forma de poder competir con la coca que acechaba. Pero en una guerra, andar de arriba abajo con alimentos bajo el brazo es la conducta más sospechosa para quienes están empeñados en controlar el territorio y la gente. Y le tocó pasar retenes entre las fuerzas armadas y los paramilitares, y después en la montaña de la guerrilla. Ida y vuelta. Las armas intimidan, y las intenciones ni te cuento. A veces le tocaba ir al baño porque el intestino actúa como un indicador del miedo.

Los proyectos iban con la marca de desarrollo, pero a él le parecían algo improvisado. Puedes seguir la guía práctica con la que vienen, pero la mejor ruta es la que muestra el instinto que has aprendido a base de realidad y olfato. De la conservación de la naturaleza al instinto de conservación no hay aquí distancia. La primera cosa, es aprender a leer el territorio. El discurso para los retenes era aferrarse a lo técnico. La Sierra es generadora del agua. Ahí nacen 35 ríos, y 16 de ellos en el parque. Tanto a las guerrillas, como a los grupos paramilitares y el ejército, les beneficiaba el cuidado de la naturaleza como escondite. Esas paradojas de la guerra. De la carretera al campamento de la guerrilla había 40 minutos caminando. Por esa ruta fue subida tanta gente secuestrada en la carretera. Y no solo el guardaparques tenía ojos para verlo. Estar en el territorio te hace saber las cosas de otra manera. Creo que, solo haciendo

ese trabajo de campo, el Estado podría tener la llave de la paz, en lugar de estar en un debate estéril entre si está presente o está ausente.

Los paramilitares controlaban el territorio de la parte de la sierra que llega al mar. En esos kilómetros se hacía el trasiego de la coca. Las Autodefensas Unidas de Colombia, como se llamó la estructura de coordinación a partir de 1997 de todos esos grupos, se desmovilizaron en 2006, pero los paramilitares siguieron con viejos mandos y nuevos grupos y mañas. La naturaleza aquí ya no es escondite. Aún hoy en día, el negocio es descarado.

Los guardianes de la naturaleza, también son las comunidades indígenas y afrodescendientes. Si ellas saben, el Estado tiene que saber.

| Una foto en Canadá

Los diferentes tipos de extorsión han sido parte del dinero para la guerra. Un pequeño empresario en Cali tenía que pagar su cuota todos los meses. Pero este mes que vendió unas lechonas a la gobernación, la guerrilla vino a reclamarle su parte del botín. Él se negó, porque ya había pagado, hacía quince días, y no podía ser que la extorsión fuese cada vez más extorsiva. 500.000 pesos eran 150 dólares, mucha plata de nuevo. Nunca se sabe dónde están los límites de la paciencia o del miedo. Una semana después, llegó una moto y el man no se bajó, desde la acera pidió que lo atendiera la mujer. Ella fue a ver qué quería. Cuando su esposo llegó con el pedido, el guerrillero le descerrajó tres tiros. Una semana después, murió sin remedio, y ella no pudo ni hacerle un funeral. Lo enterró en un cajón y en el miedo. Adelgazó a marchas forzadas, porque la vida quería irse y ella no quería comer. Al punto que su bebé tampoco crecía, nació con bajo peso y pocas perspectivas.

El mismo miedo la llevó a Ecuador, donde pidió refugio con sus hijos. Pero después de un tiempo, a la gente de Buenaventura que había sido parte del operativo, se la encontró en Esmeraldas donde estuvo varios meses. De esa frontera ecuatoriana la llevaron a Quito. El temor le seguía los pasos y el ACNUR la llevó a Canadá. Así resume ese tiempo: 10 meses llorando todos los días.

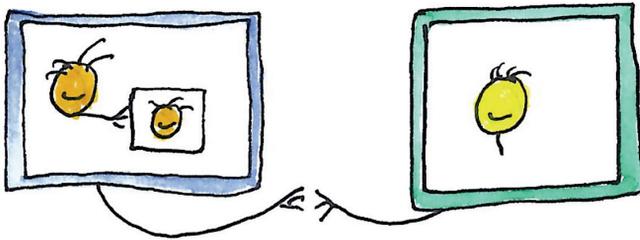
- Toda mi vida quedó allá. Aquí hubo que empezar otra.

Sentir el pecho cerrado es como que la vida se acaba. Tantas veces lo deseó. Que todo terminara. Pero la gente siempre sorprende con esa capacidad de ver a otros como ella, en Canadá conoció a otras familias que lo pasaron aún peor.

- A ellos les picaron a su familiar, yo lo tuve completo.

El niño que venía en su barriga cuando todo pasó, tiene hoy tiene 15 años. Juana busca entre los papeles, frotándose los ojos, hasta que por fin encuentra su foto. El poder de un niño es esa sonrisa que no le cabe a ella en el rostro.

En la psicología hablamos de las experiencias resignificantes, esas que agarran el dolor y le hacen una llave de yudo. El muchacho se llama Kristian, aclara, porque que naciera fue un milagro. Y tiene el nombre bien puesto, si uno mira esa sonrisa. Este fue el primer testimonio en el tiempo de pandemia, cuando hubo que inventar otras maneras de mirarse a los ojos.



| Que valga la pena

- Para mí todo esto eran vacaciones.

Con cinco años, los peligros de la vida pueden pasar por juegos, si tienes una familia como ella. No podemos acercarnos a las ventanas, porque estamos jugando a la gallina ciega. Los papás de Natalia trabajaban en el sector judicial. Un peligro en un país en que la justicia andaba amenazada por todos lados. Vivió en Holanda, el país de los molinos de viento y los quesos, pero al regresar no pudo volver al colegio. Por teléfono hablaba con sus amiguitos. ¡Qué significará todo eso a los seis años! No salir al parque, cerrar las ventanas. Ella no lo sabía, pero las FARC-EP habían de nuevo amenazado a su mamá. Entonces les tocó salir a un país lleno de nieve, en un lugar donde es invierno 6 meses al año, aunque la nieve fue otro tipo de juego en ese tiempo.

Además de esas formas de diversión, ella era feliz porque en Colombia solo veía a su mamá algunos fines de semana, y aquí la familia estaba junta. Pero esa felicidad luego se le trastocó en culpa.

- Con 17 años supe que estábamos aquí refugiados.

Cuando en la escuela secundaria tuvieron que hacer un trabajo de clase sobre la violencia en diferentes países, ella eligió Colombia. Y preguntó a su mamá por las cosas que siempre habían estado ahí. Cuando en el libro de historia lee la palabra refugiados, ya no es otra historia, es lo que somos nosotros.

Un día, empezó a hablar con su mamá. A coserle a preguntas. En las cárceles clandestinas donde pasaron algunos 15 años, los detenidos desaparecidos saharauis inventaron muchos juegos para sobrevivir. Uno de ellos era “la silla”. Un preso se sentaba en ella, y el resto le cosía a preguntas. Por sus gustos y por sus amores. Y esas preguntas, una tras

otra, que son una especie de rebusque. Así terminaban conociendo todo de todos. Aunque no llegó a tanto, Natalia quería también saberlo todo. Hay veces que el silencio se rasga para siempre. Y esa mamá jueza, que vivió hablando de su nueva vida, empezó a contarle de los casos que llevaba. Tal masacre. Aquel magnicidio. Ese asesinato. A Natalia le parecía estar viendo una película. No parecía real, pero tenía demasiada imaginación para ser ciencia ficción.

Del Acuerdo de Paz todo le parece bien. Aunque tenía sus dudas de que algunos líderes de las ex FARC-EP estén haciendo política en el Congreso, su mamá le explicó que esas eran medidas para tratar de calmar las cosas, y que la histórica exclusión política tenía que tomar un camino de vuelta para deshacerse, y que las armas y la política había, por fin, que separarlas.

Aquí, en Canadá, nadie te pregunta por qué viniste. Saben que tuviste problemas, pero prefieren no saber. Hay que tener mucha confianza para hacer esa pregunta. Cuando le pregunto para qué sirve dar su testimonio, dice:

-Para acercarnos a una verdad, que incluya que valga la pena lo que mi mamá hizo.

Teléfono verde de disco



A apenas un metro del suelo, cuando tenía cinco años, por ese teléfono escuchó cosas horribles. Te vamos a matar. Los escoltas les prohibieron salir al jardín. Cualquier espacio de libertad podía ser de peligro. A su papá le ofrecieron un millón de dólares por dejar el caso. También le ofrecieron salir del país. El narco paga muy bien, con lingotes de oro si se necesita, aunque el dinero esté manchado de tanta sangre.

Llevar escoltas supone tener tu vida aparentemente protegida y a la vez vigilada. Quien sabe todo de ti tiene que ser de confianza. Hace unos años, eso dependía del DAS, que a la vez que tenía agentes honestos, otras, operaba como una mafia. La defensa de los derechos humanos guarda muchas de esas historias para contar. También los políticos llevan escoltas, con esquemas de seguridad de 10 o 30 personas. Algunos expresidentes los quintuplican.

La Unidad de Protección dice que hay 8000 escoltas en Colombia y que al día se gasta en gastos operativos, vehículos, medios, armas casi un millón de dólares al día. En la guerra de El Salvador, en 1980, el gobierno de Estados Unidos alimentaba con esa cifra mítica cada día la guerra en el apoyo al ejército salvadoreño. Según la Unidad, el 60% de esos escoltas son para líderes sociales. Según como lo mires, eso te da idea del esfuerzo de protección o del tamaño de la amenaza. Desde la firma del Acuerdo de Paz, cerca de 1000 líderes han sido asesinados.

El juez escribió una carta para renunciar a sus escoltas, no quería ponerles en peligro, sabía que lo iban a matar por investigar el caso del asesinato de Rodrigo Lara, ministro de Justicia. Los escoltas iban a pie con él, y no tenían dinero para transporte, así que él pagaba las cuentas.

Un día desaparecieron las llaves de su despacho. Algo pasaba al interior. Así aumentó la desconfianza con quienes lo protegían. El círculo del narco, la política y las empresas, es un cóctel duro para la justicia. Otros casos tenían que ver con una masacre asociada a la “pérdida” de 13 millones de dólares en entidades públicas y grupos organizados de narcolavado. Pero el juez estaba empeñado en tener otra conciencia, y muchos domingos iba a la cárcel a visitar a los presos. He conocido otros jueces así, que tenían una compasión caminante con quienes no tenían futuro.

Esa noche, cuando le llevaron a la residencia de las hermanas, en medio de la tragedia, su mamá valiente le dejó como pudo con las monjas y sus hermanas, con un osito que se llamaba Asdrúbal, que las cuidaba. Después le contaron que su papá era ya una estrella del cielo, allí donde ella mirando se la pasaba. Durante un tiempo pensó que eso era un plan. Que le decían que había muerto para protegerlo de quienes lo buscaban, y que iba a volver.

Cuando la llevaba de la mano al campo, en aquellos pocos días en que podían salir juntos, se sentaban a escuchar el viento.

- ¿Te das cuenta cómo nos habla el viento? Es bueno para aclarar las ideas, para sacar todo del cuerpo. ¿Te sientes feliz escuchando al viento?

Ahora que repite la pregunta, aunque sea meterme donde no me llaman, los dos queremos decirle sí.

| Botas ortopédicas

Una niña de cinco años que tiene los pies cavos y girados hacia dentro, tuvo que llevar siempre esos artefactos. Corregir el ángulo y posición de esos pies tiene diferentes técnicas, en ese tiempo de todo analógico, las botas eran unos botones. Ahora, en los tiempos digitales y minimalistas, las botas ortopédicas tienen otro estilo. Cuando mataron a su papá, quería patearlo todo. Y ahí empezó otro tipo de desplazamiento forzado.

Los indicadores de duelo en la infancia son el retiro, el aislamiento, los problemas que los adultos llamados de comportamiento, y otras formas de rechazar ese dolor impuesto. En 1995, tras la masacre de Xamán en Guatemala, de 11 personas de una comunidad indígena retornada del refugio mexicano tras doce años de vivir en campamentos de refugiados en Chiapas, el miedo y los problemas de comportamiento en la escuela se hicieron epidemia.

Trabajando con los maestros sobre ese duelo en las niñas y niños, hablamos de Diana, que era lo que en medicina se llama acontecimiento centinela. Sus síntomas te enseñan todo lo que hay por debajo y le está pasando a toda la comunidad. Una especie de punta del iceberg en medio de la selva. En las emergencias alimentarias, donde se manifiestan de forma grave las deficiencias de vitaminas, un caso de ceguera nocturna te dice que hay 10 más que están llegando a ese punto, y que 100 más vienen en la sala de espera en esos casos de hambruna prolongada, por falta de la primera del abecedario, la vitamina A.

La gente decía que Diana se había hecho una malportada. Y había otros 100 que habían sido testigos de la masacre, y estaban en lo mismo. Entonces, la terapia no es el control, sino el abrazo. Solo abriendo espacios en la escuela para escuchar y responder a las preguntas, y acompañarse ayudó a enfrentar ese impacto, con el que se vivió todo ese año en la escuela.

El desplazamiento forzado de Catalina fue de escuela en escuela, por esa falta de comprensión de lo que significaba la muerte de su papá que habían arrancado de su vida. Etiquetarla de mal comportamiento dejaba a la escuela tranquila. Por eso, las botas ortopédicas no se las quitó nunca, aunque los pies se curaron.

Desde entonces se le quedó esa forma de rebeldía, que le trajo al trabajo de derechos humanos. Un día, cuando estaba en la universidad, sus colegas, algunos de los cuales eran jueces, hablaban de cuánto le iban a pedir al abogado para que el proceso no avanzase. En el café de esa maestría de derecho penal se aprenden también las malas mañas. De eso hablamos hoy, de la relación entre corrupción, violencia y justicia. De lo que mató a su padre, y de estos factores de persistencia. En su trabajo, entre investigación de ejecuciones extrajudiciales y maniobras de impunidad, ella a veces se mete en la boca del lobo, pero con aquellas botas puestas.



Reflexiones sobre lo urgente y lo importante del exilio

Hablo con este libro^[1], que tiene estas y otras ideas, como una forma de pensar más allá de lo que sabemos.

Ahora que ya hablamos en este tiempo del exilio, toca hacer de esa Colombia fuera de Colombia una extensión del país y de la lucha por la democracia. El legado del exilio no son solo los miles de testimonios y las enormes tareas emprendidas, algunas de las cuales se han ido recogiendo poco a poco en publicaciones y la plataforma transmedia. También es la movilización de la conciencia de ser en red. Un país es también un tejido de relaciones del exilio y la diáspora, que los Estados solo ven en general frotándose las manos o haciendo cálculos del PIB de las remesas. La visión hegemónica de la Colombia dentro de sus fronteras es ahora superada, no solo por lo que pudo hacer la Comisión y las organizaciones sociales y las víctimas, sino por esta movilización colectiva que sigue en marcha.

No hay un destino claro de país sin ellas y ellos, como no hay una generación que ahora piense en más allá del corto tiempo de su próximo contrato, en este capitalismo que no solo tiene que ver con modos y relaciones de producción, sino que también es capitalismo cognitivo. La población itinerante en el mundo es otro país que no tiene fronteras, a las que se aplican más las políticas de seguridad que una acogida que no sea solo recepción, y en todo caso, cuando se da, y cada vez menos, un protocolo compasivo más que el derecho de asilo. Mientras el refugiado, la migrante, el desplazado son la sombra del país, el negativo de la fotografía de la nación y la ciudadanía. Incorporar el exilio es tener una visión diferente de esta nación-

[1] Carta(s) Exilio y refugio. Varios autores. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 2018.

exilio, donde el estigma que separa a quien tuvo que salir del cuerpo nacional, y que sirve tanto para expulsar como para no dejarlo volver, se sustituya por el lazo del reconocimiento.

Entre las reflexiones, como ese caminar apartando hojas en la selva, descubro que el exilio es una metodología, una perspectiva crítica para mirar de afuera hacia adentro, y ver entonces cual es el auténtico centro de las cosas, una realidad que queremos cambiar sin aceptar sus naturalizaciones.

Un país construido desde la ausencia es lo que ha significado el exilio tantas veces. La memoria de la gente que tuvo que huir para defender la vida está habitada de ese país que se llevaron. De las luchas campesinas o la defensa de derechos humanos. También mucha gente se llevó el sin sentido de lo vivido, los disparos cruzados, las traiciones o los pesares de quien quedó debiendo lo que hizo o lo que no hizo. Si sumáramos el coste demográfico en el mundo al coste de las políticas de seguridad que cierran las fronteras y los mares, tendríamos una idea de lo que es la crisis de los gobiernos sobre la migración y el refugio, que piensa en los próximos cuatro años de gestión o en el año electoral que define tantas veces las medidas políticas según las encuestas de opinión, en lugar de pensar a medio y largo plazo. Se debería aprender del mundo indígena en el que el tiempo se cuenta por generaciones por venir y el tiempo circular comparte lo que se necesita para pensar.

Porque lo que está en juego hoy en día en el mundo, es que esas generaciones, que aún no han nacido, vengan. Hay mucho migrante y refugiado que también están por venir en ellas. Un tiempo que también incluya al exilio. Pasar de la convergencia catastrófica de la pobreza, la violencia y el cambio climático a la reinención de la hospitalidad y de la empatía, que es probablemente la tarea pendiente que une dos cosas de las que solemos siempre separar como contradictorias, lo importante y lo urgente.

Todo pasa por la reapropiación del tiempo de la política como forma de hacer del mundo un lugar común y compartido, en lugar de un tiempo desquiciado en el que la humanidad de la que formamos parte,

y la que espera su tiempo, dejen de ser las perdedoras. Hoy, otros casos como el de Nicaragua o el de Marruecos con los saharauis que no pueden siquiera nombrar su tierra sino como “territorios del sur” en el lenguaje oficial, muestran cómo las sanciones de la época de los griegos o de las dictaduras del cono sur como Paraguay o como en el franquismo de la posguerra, donde el exilio y el destierro era parte de la condena, tienen ahora nuevos pasos al convertir al expulsado en apátrida, tratando de quitarle cualquier derecho a ser, quitándole el derecho a la ciudadanía. Pero el respeto se empeña, y volverá.

| Derechos y deudas

¿Qué hacer con el dolor de los que se mueren sin saber qué pasó, de las mamás que se van sin saber dónde quedó su hijo? Tal vez lo buscan después que se han ido y dejan la tarea inacabada para otros, como un testigo que se toma en la mano. Pero la búsqueda es un tipo de carrera que no existe en las olimpiadas, un maratón a relevos.

En las culturas ancestrales que, a pesar de tanta persecución, laten como una forma de futuro en nuestros días, los vivos y los muertos son interdependientes. Como la luz de las estrellas que llega aquí cuando ya no están, pero su presencia calienta la vida.

- Mi mamá se murió con ese dolor de no saber qué pasó con mi hermano. Si fue verdad que se lo echaron a esos cocodrilos.

La búsqueda sigue adelante en los entresijos de testimonios, declaraciones, responsables que hablan, testigos que recuerdan o dejan en la cuneta el miedo, papeles que están todavía en archivos que, aunque saben hablar, alguien guarda bajo la llave del silencio.

La deuda con esas mamás y esos familiares, no es solo de ellos, sino de la sociedad. Las segundas y terceras generaciones son las protagonistas de esos procesos en distintos países. Los hijos e hijas nos han enseñado a reivindicar memorias más frescas y atrevidas de los desaparecidos, su militancia política, sus acciones y no solo su devastación. Cuando piensas en el peso de la historia, y en el tiempo que se pactó en el Acuerdo de Paz de 20 años para la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas, las carreras tienen todo tipo de pruebas de obstáculos, en las que se pasa ese testigo del sentido entre el aquí y el allá que reivindica tanto el derecho a la vida, como a la muerte, dos de las negaciones que parecen contradictorias, pero se dan a la vez, como nos enseñó Gladys, ahora también en Suecia en el exilio.

Si, como dice John Berger, la primera tarea de una cultura es proponer una comprensión del tiempo de la conciencia, de las relaciones del pasado con el futuro como tales, necesitamos una nueva cultura que dialogue con este desafío de la conciencia de los desaparecidos.

La coca pasa fronteras

Un niño de 9 años tiene curiosidad, aunque también empieza a tener conciencia del miedo, tiene un nuevo temblor en su haber. Con sus amiguitos iba a la cañada a ver los enfrentamientos entre la guerrilla de las FARC-EP y el ejército colombiano. De un lado y otro de las montañas en V, salían destellos rojos, luces de las balas cruzando el aire de aquí para allá y viceversa. Su mamá le explicaba que la guerrilla era como un ejército ilegal.

- Yo tenía entendido que la guerrilla se llevaba niños, y tenía temor que me llevaran y no ver a mis padres. Estaba muy nervioso por eso, pero no por el miedo a morir.

El miedo de un niño que no tenía conciencia de la muerte. Las cosas que nos afectan a veces no tienen que ver con la gravedad que pensamos. La guerrilla pasaba por ahí a cada rato. Tenías que dar hospedaje, no podías decir no. La constricción comunitaria es un mecanismo de control en los territorios en disputa. Si le das de comer o gaseosa a los que vienen de un lado, eres el enemigo para el otro, que a la vez te obliga, y eres su peor enemigo para los dos para la siguiente ronda. Al lado de su casa le tocó ver ejecuciones de personas acusadas de colaboradores.

Esa noche los disparos se escucharon por la casa de su tío. Después, la guerrilla se presentó en su casa, y su mamá les dio su vaso de limonada. Se fueron en la medianoche, pero se quedaron esperando al papá, que había sido acusado de tener relaciones familiares con paramilitares. En medio del conflicto armado, los vínculos afectivos son siempre sospechosos. Esa noche se acostaron y se levantaron poco después. El perro del tío se pasó la noche aullando.

De la vereda a Florencia llegaron en un día. De Florencia al Huila, donde se quedaron unos meses. Del Huila a Bogotá, hasta ver qué

hacían. El día que salió refugiado a Canadá, lo hizo con pantaloneta y una camiseta, o sea, de tiempo de verano para llegar a uno helado. En la migración de Toronto les dieron chaquetas y pantalones y un abrigo para el frío que acechaba.

Entre el choque de culturas y la desestructuración familiar, dos de sus hermanos empezaron a tener amigos que estaban en el menudeo, la coca también llega hasta aquí, aunque no la habían traído ellos. Hay veces que un círculo se transforma en una especie de agujero negro. Si estás demasiado cerca, empiezas a dar vueltas hasta que te traga. Solo la regulación hacia la legalización y las políticas de salud pueden quebrar tanto sufrimiento producido por el poder del dinero.

Antes de venir a dar su testimonio, ayer, Mauricio tuvo en la noche insomnio. Es de raíces colombianas, pero de tronco canadiense. La patria de las ramas es el viento.

Boca abierta

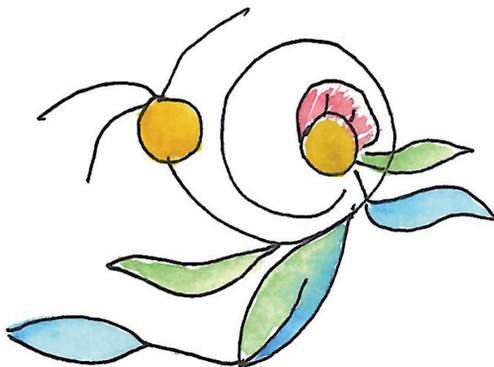
La Uribe es uno de esos territorios míticos de Colombia. Durante décadas, esas zonas se llamaron los Territorios Nacionales, como si los demás no lo fueran. La idea era que no tendrían dueño, aunque esa parece una idea de capitalismo y colonialismo duro. Con la idea de que la tierra es para el que la trabaja, allí fueron muchos desplazados de los años 50, expulsados por esa violencia que se llamó bipartidista, aunque además de darse entre partidos el Estado no era precisamente el árbitro. Allí nació ella y 11 hermanos. En el campo, los hijos son, además del amor de todos los lugares del mundo, la sobrevivencia de la familia. A dos hermanos se los llevaron las FARC-EP, para ser reclutas de ese ejército de base campesina que se fortalecía. A ella la violó de niña un tío y le cogió pavor a los hombres, pero nadie la creyó. Como lloraba y lloraba, su tía le dio dinero para comprarse unos pantalones, pero ella se compró unos tenis para salir corriendo. Tenía 11 años. El papá de sus hijos también la golpeaba, porque el machismo y la violencia en casa están extendidas en todas las clases sociales.

Un día iba con su marido a vacunar a las yeguas. Se encontraron con las FARC-EP, que esta vez les trataron bien y le dijeron que pasaban bajo su responsabilidad porque más allá estaba el ejército. Pero ellos no habían hecho nada, y pasaron montaña abajo. La Iglesia determinó hace años que ya no existía el infierno, aunque ella sabe que sí, y no hay que irse tan lejos para vivirlo. El ejército les requisó las mulas, y la sospecha se convirtió en un delirio de horror. El recién creado Batallón de Montaña tenía hambre. Entre los brazos, ella llevaba su niña de apenas unos meses nacida a la vida. A los dos los ataron con alambres de púas, pero los golpes no le dolían porque estaba solo mirando a su niña enrollada en la ruana. Uno de los jóvenes reclutados para la guerra, le dijo al sargento: no haga eso mi sargento. El mando, antes de irse, les dijo a los soldados, ya saben lo que tienen que hacer.

Supongo que las órdenes se dan así para mantener la distancia o para que nadie te acuse o para que si no saben o desobedecen tengan su merecido. O simplemente son gajes de la guerra. Pero los soldados, aunque sabían lo que tenían que hacer, también sabían lo que querían hacer. Y se fueron con la ética de su desobediencia.

Cuando se quedaron solos, ella logró librarse del alambre de púas y soltó a su esposo. Después tomó a su hija entre los brazos, envuelta en la ruana, y la bañó de besos. El papá le dijo lo que cualquiera le hubiéramos dicho: enterrémosla aquí. Pero no. Caminaron 7 días de vuelta por la montaña. La bebé se reventó en sus brazos, pero no la soltó. Descompuesta pero abrazada por su amor, llegó a La Uribe. Ella perdió la memoria por dos años, deambulando en el hospital de Villavicencio, entre el irse definitivamente o volver. Salka Bujari, una mujer saharauí a la que también tomé su testimonio hace años, fue detenida en 1980, en El Aaiún, por servicios de inteligencia marroquíes, cuando estaba embarazada, y dio a luz en medio de su tortura. La niña nació bien, a pesar de los golpes, y fue entregada a la familia a la que no le dijeron qué había pasado con Salka. A ella no le dijeron qué había pasado con su hija. Y se desconectó del mundo por tres años, de los 10 que estuvo en centros clandestinos de detención, desaparecida. Fueron las otras presas las que la trajeron de vuelta con su cariño. Cuando se fue recuperando, primero le llegó el sentimiento, y luego la razón.

Salka, te presento a Marleny. Marleny, te presento a Salka. Los demás, estamos con la boca abierta.



Secretos de la naturaleza

Por la costa de Colombia sale mucha cosa. Lo sabe todo el mundo, pero otra cosa es saber los detalles. En el lugar más cerca del paraíso, la Sierra Nevada de Santa Marta, hay una lengua de tierra entre dos ríos que llega hasta el mar. Por esa lengua pasa de todo, y se embarca en lanchas rápidas que se pierden en el horizonte. En ese trocito de paraíso se construyen hoteles, y los dueños de siempre tienen otros ejércitos que los protegen. En algunos lugares, los nuevos grupos paramilitares tienen un servicio de cobrar impuestos, más eficaz que el Estado. La Dirección Nacional de Impuestos y Aduanas no es tan eficiente, aquí no se escapa ni el impuesto por vender un tinto en la esquina.

El narco paramilitarismo no solo es un proyecto industrial, como nos dijeron en México algunos agentes de Estados Unidos cuando investigábamos el caso de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa. Entonces, un autobús cargado de heroína salía todos los viernes rumbo a Chicago desde Iguala. Aquí no sé la frecuencia ni el trayecto, pero como allá, las drogas van hacia el norte y las armas hacia el sur. El modelo de negocio en la Sierra está basado en la belleza que vende la sensación de paz.

La ilegalidad permite que todo funcione. Mientras el Estado de las leyes llega a prohibir, el otro que impone la mafia promociona la confianza inversionista, y la tierra va siendo adquirida a los dos lados de la carretera. No hay puntada sin hilo en estos proyectos de control, porque una carretera es un lugar donde todo pasa. Si la naturaleza hablara, podría contar todos los secretos que guarda y que sufre. Solo hace falta escucharla.

Los Guardaparques de Colombia entregaron un informe a la Comisión de la Verdad. Algunos de ellos están en el exilio por ser esos guardianes del futuro. No son las hojas de los árboles o los ríos que se escuchan.

Aquí puedes entender las razones de la guerra que fue, y de la que hay que salir. Si el Estado la escucha, tal vez pueda convertir el ruido del miedo, en fuente de oxígeno para la paz.

El narcotráfico ha sido un protagonista del conflicto armado en Colombia, y es hoy parte de un desafío en todo el continente. Los entramados de la guerra pasan por la violencia que cruza fronteras entre la legalidad y la ilegalidad para ser parte de un funcionamiento compartido. Creo que este guardaparques debería poder dar una clase en el Congreso de EE. UU. en lugar de contar su historia a los servicios de migración.

Magnicidios

Hay asesinatos que son magnicidios. Esos golpes pensados para acabar con alguien y con todo un proceso que lideran o del que forman parte. El asesinato de Mario y Elsa en Colombia, en 1998, supuso un mazazo para la familia y toda la comunidad de derechos humanos. Hay un antes y un después para el CINEP, la organización de los jesuitas de la que hacían una parte tan importante, que su asesinato fue un trauma para todos. Cuando se mata a quien más sueña, el mensaje es que no se puede seguir soñando. Ese es un golpe mortal, y aunque el trabajo siga, algo se muere. Sus recuerdos me los he encontrado no solo en Colombia, también en Canadá, en Francia o Brasil.

Después de eso, todo se convirtió en reglas. Para hablar o para callar. Para escribir o para borrar. Para viajar o para quedarse en tal o cual lugar. Los magnicidios tienen un eco de miedo. He conocido varios países y luchas en donde esos operativos estuvieron pensados para acabar con procesos organizativos o con enteros procesos de paz. Los magnicidios son operaciones estratégicas. No se deciden en una taberna de tres al cuarto, sino en una mesa limpia, como la tortura que sufrió Maritza Urrutia en Guatemala estaba dirigida por un hombre vestido de zapatos lustrosos y pliegue planchado en el pantalón, que es lo único que ella pudo ver.

En medio de ese tiempo de terror, en el CINEP Camilo Castellanos organizó un taller que para compartir con las Comunidades de Paz en Urabá, esas experiencias prodigiosas de la gente empeñada en proteger un espacio civil en medio de la guerra. En esos tiempos inciertos, donde reina la confusión, su voz profunda era una especie de huella en el camino que te llevaba a algún lugar como una promesa de que algo, que aún no sabíamos, podría nacer. Se trataba de compartir la experiencia de las Comunidades de Población en Resistencia y las comunidades mayas de Guatemala refugiadas en México, con las Comunidades de Paz y los

procesos de retorno de Pavarandó, a los ríos Perancho y Peranchito, que salían de las mil bocas del Atrato a subir por la selva. Varias amigas salieron al exilio después de ese tiempo.

En aquel taller estaba participando, como uno más, uno de los líderes, Catalino. Poco después salió en un video junto con Carlos Castaño, acusando a diestro y siniestro de ser parte de la guerrilla. La guerra de Colombia está llena de historias de gente que se pasó de bando. Los cambios de bando en general son siempre en la misma dirección. A veces, les acompaña el dinero. Otras la rabia. Otras la coacción, de que si no lo haces te lo hacen. Otras, parecen nacer una convicción opuesta con afán de mostrar su ferocidad. Cuando Catalino empezó a señalar al CINEP, me corté la barba porque lo había tenido delante de mí durante tres días, por si acaso nos cruzábamos, para que tuviera dudas. Esas cosas que nos decimos para tranquilizarnos a veces son insólitas, pero nos aferramos a ellas.

Camilo, el Negro, era un amigo que siempre estuvo en el mismo bando, el de un tipo de decencia de la que no se puede dimitir. Se nos murió de un infarto. Pero su ausencia es, para muchos y muchas, la del eco de un tipo de magnicidio. Pero nos quedan sus huellas.

| Aquí, allá y hoy

Cuando la violencia te arranca de cuajo, los flecos de la herida no cicatrizan así nomás. Ella pasó primero tres meses, y luego otros tres más, escuchando la radio todo el día, o estando pendiente de todas las noticias, aunque ya estaba en otra tierra, miles de kilómetros por medio. Hubo un tiempo que escuchar la radio era para los defensores de derechos humanos, parte del trabajo. No ya de saber lo que pasaba en el país, sino de apuntar cuales eran tus próximas urgencias. Cuando la gente se juntaba a las ocho de la mañana en la oficina, ya cada quien venía con parte de la tarea hecha. El comunicado, las gestiones, la comisión que había que organizar, ver qué pasa con los sobrevivientes y la comunidad.

Entonces, con la adrenalina a punto de estallar, el cerebro se activa y los músculos son capaces de saltos sin pértiga. Después, el costo de eso se va pagando en células apergaminadas o en el aparato digestivo que dice basta. La digestión de la tensión hace la vida más pesada. Para tratar de manejar eso, a ella le tocó la negación.

La negación para la reconstrucción, parece un contrasentido, pero a veces necesitas cerrar un tiempo para empezar otro que tenga ese nombre de nuevo.

- Había sobrevivido, pero para poder tener otra vida, tenía que cerrar el allá, para poder estar aquí.

Así decidió no ver en el exilio a personas de Colombia. La negación también trata de dejar atrás la culpa de por qué no estás allá y, a la vez, la convicción de que no eres indispensable. Pienso en la cantidad de gente que habrá tenido que hacer ese proceso. La necesidad de ser únicos se pelea tantas veces con ese conjunto del que somos parte.

Pero la negación sirve un tiempo, luego se convierte en un problema. Los sobrevivientes de tortura niegan muchas veces los impactos o a su alrededor los tratan de héroe que, a pesar de que te ensalza, no te permite expresar lo que sientes. Gastas toda la energía en hacer que no se te note, y llega un momento en que hay que decidir entre hacerte rígido o mostrar la fortaleza de la vulnerabilidad. Cuando a ella se le acumularon los avances en su nueva vida, y las cosas que miraba de lejos que hacían parte de sí misma, volvió a Colombia a juntar los pedazos.

Cuando crecemos, aprendemos a separar las cosas, de eso se encargó la educación cartesiana que tantos recibimos. Después, cuando nos vamos haciendo mayores, nos damos cuenta de que todo tiene más relaciones de las que pensábamos, y tratamos de juntar las cosas que siempre debieron estar unidas. A veces, como pasó con Berta, la infancia se niega a separar esas cosas que nacieron juntas. Cuando enviaba saludos, ella siempre mandaba besoabrazos. Aquí y allá, necesitamos gente que nos una. Los amigos y parte de la familia pueden ser el pegamento en el exilio. Las tareas pendientes son un balance del que ya, a veces, sientes que no formas parte. Salvo que mires esas luchas que siguen moviendo las calles con una lente más grande, y la mirada te devuelva tus pedazos.

Estos días de diciembre, el exilio vuelve a Colombia a tener por fin un lugar en el mundo, organizaciones que se reúnen y se convocan a compartir y proponer. Los diálogos entre el aquí y el allá tienen ahora una dimensión colectiva. Hablar de la ley, del retorno, de planeación, de políticas, es parte de recuperar estas vidas para el proyecto colectivo de país. Reconocer que al menos una persona colombiana de cada 50 tuvo que salir de Colombia por motivos del conflicto armado te lleva a ver que, en este edificio, al menos 4 serían mis vecinos. En los tiempos cruciales, de un cambio que viene con su promesa, hay que volver a la única manera ancestral de hacer las cosas imposibles: hacerlas juntos.

Cómo dice el poeta Juan Gelman, hablando del exilio, revolvamos la tierra con las manitas juntas. A lo mejor crece una planta de dos rostros, que necesita agua de los dos, y mira dos distancias a partir de la misma soledad. Así estaremos juntos verdaderamente.

Práctica del método

En el quiosco de pescado en Yondó, Héctor daba clases de economía a cerca de 500 campesinos de la ANUC, aunque aprender, aprendía él. El movimiento campesino estaba en esa época en los procesos de tener tierras o tomarlas. Así le llegó el paro Cívico de 1977. Hay fechas que se inscriben en la historia y que además se marcan en biografías. En medio del paro, el ejército llegaba para arreglar las cosas, pero las estropeaba aún más. En un momento, cuando todo se puso peor y empezó a atacar a la gente, alguien decidió que había que darles comida. Ahí paró la represión. A veces la violencia se derrota con un gesto. En 1989, las Comadres de El Salvador, cuando todo el mundo estaba pertrechándose con lo que fuera para resistir el cerco del ejército a su sede, las madres salieron a enfrentarlos dándoles de comer pupusas y, aunque nadie más que ellas lo entendía, aquello fue una forma de desarme. Antes, las mujeres de las Ligas Agrarias en Paraguay, habían parado un ataque del ejército de la dictadura de Stroessner a una marcha campesina, poniéndose ellas delante, y sacando su pecho con el que dieron de mamar a tantos de esos soldados. Esas historias me saltan y me abrazan al escucharlo.

Pero ya entonces, a Héctor le tocaba dormir cada día en un sitio diferente. Cuando lo detuvieron, en medio de las torturas, la cosa estaba tan grave que su único pensamiento era como suicidarse. Cuando lo dejaban en el suelo, amarrado, se arrastraba para ver si encontraba algo con lo que hacerse daño. Buscaba la tierra para tener un diálogo con la realidad.

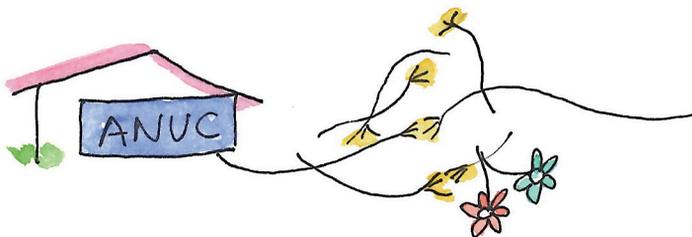
Pero un primo suyo, que era oficial de la Marina, se fue en canoa a buscarlo al batallón. Eran tiempos de alcalde militar en Barrancabermeja. El primo marino llegó ante las autoridades y se declaró su apoderado. Esa era una figura legal en el Estado de Sitio, pero en la práctica era una forma utópica de decir: está bajo mi poder. Y los militares aceptaron, porque era uno de los suyos. Cuando al detenido le pusieron ropa, lo llevaron a verlo.

- Mi primo lloró al verme.

Después, el primo marino abogado dijo que pedía que fuera procesado, porque así las cosas podían acelerarse. Y esa tarde, cuando pudieron quedarse solos, leyeron en el libro del profeta la historia de Daniel en el foso de los leones, de los que se salvó milagrosamente por Habacuc que llegó de la mano de un ángel con alimento y sobrevivió a los siete felinos. Él también sobrevivió, porque además del primo llegó un médico que hizo salir a los fusiles de la celda para examinarlo. En medio del Estado de sitio, como en tantos momentos en que todo está perdido, hubo personas que actuaron como ángeles. Recuperarse de eso no es fácil. Lo primero fue enviar flores a su primo. Después, estuvo un año sin salir de casa porque su físico estaba demolido. Otro año más, tampoco salió por el terror. Cada vez que llegaba a algún lugar nuevo, lo primero que hacía era un plan para un posible suicidio, por si acaso. Como si el plan fuera aquel suelo por el que se arrastraba para no perder el contacto con la realidad.

Cuando por fin salió de todo eso, fue asesor de la UP, y trabajó en el proyecto de ley de Reforma Agraria, siguiendo el modelo de Mario Upegui, que muchos años antes había sido fundador de la Central Nacional Provienda. En su testimonio se junta la experiencia del Paro Cívico y el sindicato de la USO, la ONIC de los pueblos indígenas con la ANUC del movimiento campesino, Provienda y la UP. Cuando le pregunto por cómo era ese método, me dice:

- Unir a todo el mundo.



| Biología de la resistencia

El derecho a la objeción de conciencia es uno de esos derechos luchados a base de cárcel y golpes en el mundo, mientras quienes los recibíamos, resistíamos con la no violencia y la conciencia que trataba de convencer a otros. Resistir para fortalecerse, sin entrar en las provocaciones. Siempre me extrañó que en un país en guerra tantos años no hubiera un movimiento de resistencia a la guerra entre los conscriptos, como en la guerra del Vietnam. En las reuniones con jóvenes del movimiento de objetores desde hace 20 años, las convicciones eran compartidas pero la incidencia del grupo no pasaba de un pequeño colectivo de convencidos. En Colombia tanta gente baipasea el servicio militar obligatorio con plata o con tretas. Los hijos de las clases altas nunca han muerto como soldados en el conflicto armado.

En la objeción de conciencia, la resistencia a la guerra pasa por la movilización pero también por asumir el castigo de la desobediencia. El movimiento, junto con el Mandato por la Paz, logró al menos que se detuviera el reclutamiento de los menores de edad por parte del ejército, que hasta 1993 legal en Colombia. Entonces cerca de 3 200 menores de edad engrosaban las filas del Estado. Pero el reclutamiento siguió al menos hasta 1998, en que fue declarado inconstitucional.

La lucha por la objeción de conciencia tenía con el feminismo una idea compartida. La lucha pasa por el cuerpo. Por el que resiste a la posesión, a la violencia o a la discriminación. Y por el que tienes que asumir que te mete en la cárcel y te rompe la vida. No se trata solo de ideas, sino de biografías sufridas. Herbert Marcuse escribió *El Hombre Unidimensional*, hablando de la persona condicionada por la economía del poder y del consumo, y reivindicaba una dimensión biológica de la liberación. Una forma de lucha que pasaba no solo por las convicciones, sino por las células que nos hacen. Por el sentir, por las otras formas de ser. En una sociedad tan militarizada, esa dimensión biológica de la

liberación y la reivindicación de colectivos como LGTBIQ+, con las mujeres en resistencia y los jóvenes y viejos rebeldes en la no violencia. La complejidad del conflicto colombiano pasa por algunas respuestas que parecen cosas sencillas, pero que tienen la llave. Cuando las mujeres reivindican no parimos hijos ni hijas para la guerra, saben lo que dicen. No necesitan para ello una sentencia.



| Una palanca para el cambio

El calendario del asesinato de líderes políticos comprometidos con un cambio profundo de Colombia tiene una larga lista de nombres en su haber. Jorge Eliecer Gaitán. Carlos Pizarro. Jaime Pardo Leal. Bernardo Jaramillo. Por poner líderes que lideraban partidos políticos que buscaban una transformación. El análisis del liderazgo asesinado pasa por otros muchos de distintos niveles, que eran a la vez ejemplo concreto y esperanza entre las manos. En cada una de esas oportunidades los administradores de la muerte sesgaron la vida y extendieron el miedo. No estamos en esos tiempos, mucha agua pasó bajo el puente del país y se llevó tanto.

El liderazgo por la paz no solo es una idea, o una quimera. Es una palanca para el cambio, un asidero en el que la gente se pueda agarrar para tomar impulso. Para los profetas del miedo, todo vuelve a la casilla de salida, los viejos discursos y prácticas de hace décadas. Más de lo mismo no lleva a nada, sino a una Colombia lastrada siempre, aunque aparente otra cosa. Una que siempre encuentra razones para seguir en la guerra.

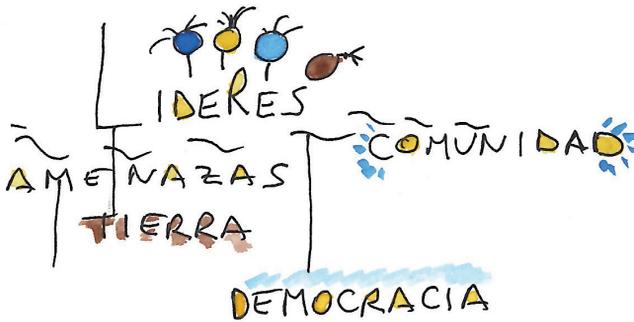
La palanca para el cambio es la verdad con todas sus crudezas y todos sus matices. Y también un liderazgo que haga algo que ya han hecho las víctimas y tantas organizaciones de la sociedad civil en estas décadas, que la sostenga. La importancia de ese liderazgo no es que tenga una solución, sino que concite las energías para la transformación, que están ahí si queremos verlas.

Hay testimonios que tienen una lucidez que mira más allá de los hechos o la coyuntura:

- El principal efecto negativo del conflicto armado interno produce en el movimiento social es que no pueda articularse para cambiar la realidad. La degradación de la guerra es el mecanismo más efectivo para

quien quiere desarticular los movimientos sociales. A los líderes se les asesina porque son los que aglutinan la voluntad colectiva para defender sus derechos.

Esta claridad une la conciencia de lo intolerable, a la luz que trae al presente el final del túnel. El informe de la comisión tal vez sea parte de ese asidero para el cambio, el lugar del que tomarse de la mano.



Rompecabezas

A los hijos e hijas les faltan tantas veces algunas piezas del rompecabezas. Así nos hacemos, a base de buscar para encontrarnos. Algunos las buscan en sus padres. Otros tienen que descubrirlas por sí mismos. Muchas veces la cosa empieza al preguntar por los abuelos y abuelas, como si saltando un paso genealógico en el árbol, se pudiera hablar con más libertad y a la vez como quien va a beber de una fuente de dónde venimos.

Completar una historia para estar tú mismo completo o más bien para darte cuenta de que este es siempre un proceso inacabable. En esas vueltas atrás hay asombros y esas cosas únicas que otros que vinieron antes nos regalaron y nos hacen. En esa búsqueda, a veces nos vamos a los extremos, como Silvia en este grupo de eso que llamamos segunda generación, aunque de segunda nada, es la del futuro:

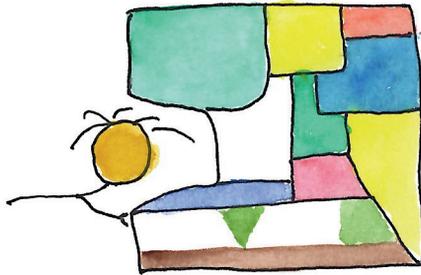
- Yo hago mi doctorado en biotecnología. Cada vez que estudiaba política en la escuela, me ponía fatal, y no sabía por qué. Esta es la primera vez que hablo de estas cosas tan profundas con alguien que, como yo, las ha vivido.

La dualidad de la identidad te hace extraño en tu medio. A Camilo, que se siente europeo, parte de esa dualidad le sale en el baile. Una parte de sí enloquecida, mientras la otra trata de seguirle el paso. Y echa de menos no poder compartir más con sus primos de Colombia que siempre tienen mejores chistes. A Mario le preocupa que creció con las músicas de su casa que son de otra generación, y no se sabe las de la suya.

Iván, que es padre, lo plantea en otros términos:

- Nosotros que estamos en el exilio, en realidad vivimos allí, en Colombia. Pero la vida de ellos y ellas está fragmentada, entre el aquí en el que viven y el allá que siempre está.

La dualidad puede ser una disyuntiva o una esquizofrenia, pero a veces es una decisión de ser de todas partes. Entonces, la cabeza no se rompe, ni junta pedazos, sino que crece.



| La llave y el candado

Un 8 de marzo

No es tiempo sino profundidad lo que requiere la escucha. Me lo enseñó una niña de 15 años sobreviviente de las quemaduras en todo su cuerpo, cuando la policía guatemalteca echó llave a su encierro para que estas niñas rebeldes entraran en la razón dictada por el orden, un 8 de marzo de 2018. 41 niñas murieron asfixiadas y 15 de ellas sobrevivieron con secuelas de quemaduras graves en su cuerpo. Ella perdió a dos amigas, un amor de hermana y un amor de compañera. Lo que no tuvo allí afuera, lo fue a conseguir allá adentro. Los planes de esta adolescencia tienen esa mirada clara de la libertad. Cuando todo parece posible porque queremos ser.

- ¿Por qué no me morí yo?

Cuando el humo lo ocupaba todo, ella entró de nuevo a rescatar a otras chicas. Una sobrevivió, y otra murió. He escuchado con esa profundidad esa pregunta que no termina de salir de sí misma para convertirse en viento. Otra amiga, que está a su lado, tiene otro ángulo desde la misma profundidad:

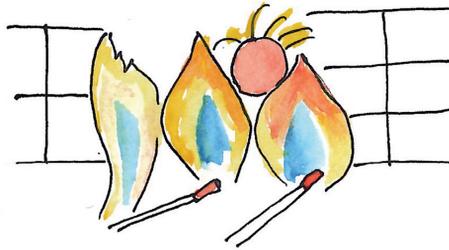
- Yo soy la encargada de hablar por ellas, por las que ya no están.

El lugar donde todo eso pasó era un centro de depósito del malestar de familias rotas y de niñas que buscaban un tiempo para volver. En estos tiempos en que nada se parece al nombre que tiene, a las muchachas se les denominaba niñas en conflicto con la ley, y el centro se llamaba Hogar Seguro. Y no era ni lo uno ni lo otro.

A las mamás de las niñas que murieron les duelen dos muertes. La de sus hijas y la de que dicen que eran delincuentes. El estigma, sentido

así, es una segunda muerte. La verdad no puede devolver la primera, pero puede tirar esa segunda al cubo de la basura y rescatar su dignidad. Cada testimonio que escuchamos en Colombia, tiene esa profundidad. Hablamos de patrones y de explicaciones. De dinámicas del conflicto y de mecanismos que han hecho posible el horror. La mentalidad de quien echó el cerrojo y no abrió la puerta cuando las niñas se quemaban está difundida en tantos países, se parece aquí y allá.

Hanna Arendt hablaba de la banalidad del mal. Hay mil explicaciones a tantas masacres en Colombia que necesitamos entender. Pero también hay un nudo inexplicable. Una cerradura y una llave. Y el desprecio de esa segunda muerte explica la primera, en Guatemala y en Colombia. Incluyendo su banalidad.



| La guardiana de la palabra

Así la nombraron al nacer. La guardiana de la palabra tiene su ombligo en la Sierra Nevada. No hay exilio que pueda con ese lazo con la tierra. Pudo estudiar con la beca de un rico judío que tenía un programa de ayudas para líderes comunitarios en la universidad de los Andes, estudiando al lado de varios hijos de expresidentes. La brecha de la exclusión no pudo esta vez quebrar las oportunidades de estudiar, escuchar y ver el mundo desde ahí teniendo el polo a tierra de su abuela, aunque era el bicho raro de la clase.

En el año 2001 las amenazas a líderes y defensores de derechos humanos cotizaban al alza en la bolsa de la muerte. En la sede de ILSA, una organización de derechos humanos, hacíamos talleres de seguridad y salud mental con sindicalistas, defensores, lideresas para ver cómo prepararse para lo imposible, pero tener precauciones y abrazos salva muchas vidas. Cuando tomas un testimonio a veces las líneas paralelas de quien cuenta y quien escucha están cerquita, la empatía te acerca, otras se cruzan a cada rato como esta mañana de sábado, entre Canadá y Bogotá.

Le tocó salir a Ecuador, pero en medio del trabajo intenso tampoco hay tiempo para el exilio. Las comunidades del Alto y Bajo Mira, son afrodescendientes del Pacífico entre Colombia y Ecuador. Entrando y saliendo le tocaba ir en comisiones a buscar gente, a sacarla, a acompañar esos procesos que se niegan a dejar de ser. También la biblioteca del magistrado Carlos Gaviria era un lugar donde perderse.

- En todo había muchas cosas que aprender.

La vida iba tan rápido que no había tiempo para el miedo. Aunque le tocara viajar en canoa a sitios peligrosos, el río no le iba a hacer esa faena porque ella no sabía nadar. También a lugares donde las avionetas

del Plan Colombia habían llegado a fumar la coca y el platanal. Entre ires y venires, en la diplomacia popular que le tocaba hacer entre comunidades y el Estado, siempre lo tuvo claro: la gente es la dueña del mensaje. También con la guerrilla, porque la última vez que estuvo allí, las FARC-EP acusaban a una mujer de brujería, de que hacía hechizos con las huellas que dejaban en la tierra. Y no le dejaban ir a recoger el cuerpo.

Cuanto más te metes en la historia, más increíbles son los rumbos. Hay lugares y tiempos sin límites hasta del absurdo. Tampoco hay límites en la audacia, hay que volver a recoger al bebé que se quedó perdido en medio de la balacera cuando la gente salió corriendo, hay que sacar al herido por los paramilitares en el Yurumanguí. Después fue secuestrada por los paramilitares de las AUC, y estuvo dos meses y medio en esa muerte suspendida. De ese tiempo solo tiene sensaciones en el cuerpo, una canción que le acompañaba, un camino.

Cuando la escuchas, a cada rato, en ese silencio dentro de la cabeza que se necesita para acompañar desde lo más hondo de la vida, no hay manera de estar callado: no puede ser, no puede ser.

Pero así fue.

Llegó un momento en que ya no había otro remedio. Para quien se la ha pasado acompañando a los demás, ayudando a las víctimas, de repente tener que ser atendida no entraba en sus esquemas y le tocó escuchar, en boca de otros, el mismo discurso que ella había dicho tantas veces a otros.

Canadá tenía programas de acogida a refugiados desde la embajada en Bogotá. Otros muchos pidieron refugio al llegar a la migración, al bajarse del avión. Pero este programa de refugiados invitados suponía pasar por varias entrevistas y 3 años de espera. Cuando por fin les llamaron para examinar su caso, la entrevista no fue juntos sino separados:

- ¿De qué lado duermes de la cama? ¿cómo el cepillo de dientes de él?

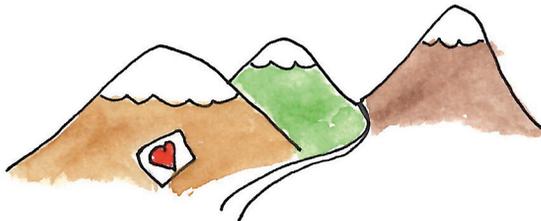
En el consulado las preguntas eran cruzadas, para ella y para él. Y como hacía tiempo que no se veían con tanta correría, y como cuando se veían no había tiempo para elegir lado de la cama, no había manera de responder las preguntas investigadoras del consulado.

Salió con rabia de Colombia y de la gente. Nadie te preguntaba. Como si estuvieras muerto. Arrancarte te deja la vida rasgada.

Hoy han pasado 20 años y es tiempo de hablar. Sus reflexiones son destellos de lucidez desde el exilio que le tocó vivir con toda su familia. Tomo notas a la carrera. Aquí van.

Todo valió la pena. Colombia vale la pena. El territorio está donde va el pensamiento. Todos los ríos se comunican, las fronteras no existen. Hay que aprender a ser con otros un nosotros. A veces la gente está en el exilio, pero no ha podido pasar la frontera. Necesitamos una verdad colectiva que pueda satisfacer un poquito, después de tanto dolor. No es el que llegue primero, sino que lleguemos juntos. Para tantos defensores y defensoras que lo han dado todo y que tantas veces no piensan en sí mismos también tiene un aprendizaje: Dejarse amar, es una forma de amar. Después propone un camino con nombres de varias mujeres líderes afrodescendientes que son sus hermanas. Las semillas que andan floreciendo.

Cuando la Comisión de la Verdad habla del legado que va a dejar al país, hay testimonios que lo atraviesan, que le ponen alas, que nos dejan tantas cosas que aprender, como estas lecciones para pensar en silencio.



| Factor sorpresa

Las actitudes sociales ante la guerra se han ido consolidando en estos años de violencia crónica. Cuando miras la línea del tiempo de los hechos y la cantidad de oportunidades perdidas, te preguntas no solo por qué ha ido continuando la guerra sino por qué no ha servido para pararla tanto esfuerzo, y cómo las posibilidades se maltrataron hasta hacerlas inservibles. Cada uno de esos ciclos acumula sus relatos de por qué no fue posible.

Aquí fueron los paramilitares quienes acabaron con la gente a mansalva, aquí no hubo voluntad de las FARC-EP que aumentaron sus secuestros y control, acá el ejército bloqueó la salida política, aquí de nuevo los intereses por la tierra y lo que hay debajo de ella. Cuando se frustran, los tiempos de esperanza y movilización dejan secuelas de las que uno no se recupera así nomás.

La frustración conlleva reorganizar el pensamiento y adecuarlo a lo que hay. En psicología a eso se le llama disonancia cognoscitiva. Cuando las cosas no concuerdan con lo que piensas hay dos posibilidades. Te empeñas en que la realidad cambie o disminuyes la distancia a base de creer que eso ya no es posible, o incluso que no vale para nada. Así la realidad y el pensamiento se hacen uno. Aunque ese tipo de uno sea en realidad un menos uno.

A ella le tocó de salir del país cuando el paramilitarismo le pisaba los talones, donde aún le quedan cicatrices. Dos amigos suyos militaban entusiasmados en el Frente Estudiantil Revolucionario Sinpermiso. Me gusta ese final. Pero con el tiempo y la represión, y la cerrazón de las guerrillas que querían controlarlo todo, y ese ir dando pasos a lo que llamamos degradación del conflicto en el que todo vale, les llevó a ver que estaban donde ya no querían. Las militancias se dejan también cuando pierden sentido u oportunidad.

- Mis amigos se desencantaron. Hoy ven el conflicto allá, como si no fuera con ellos, y nosotros aquí: no me toca.

Luisa dice que Colombia tiene heridas abiertas muy difíciles de tratar, que es todo muy gris y que se simplifica el conflicto. Las historias por abajo son más difíciles de entender si solo las ves desde arriba. La herida es también una brecha.

Un conflicto que parece no tener fin desmotiva a cualquiera, salvo al que lo padece. En Chiapas aprendí que la desesperanza es un precio demasiado caro para la gente que más ha sufrido, y que tiene tantas ganas de vivir. Cuando ella habla con aquellos amigos, le dicen: “ya me cansé”, “todos son iguales”. La polarización social conlleva dos visiones estereotipadas en los extremos y un cúmulo de sectores intermedios que dejan las cosas como están porque ya no les importa, o porque quieren construir sus vidas al margen de todo, aunque la única salida es precisamente colectiva. Ella no sabe cómo salir de ahí:

- No nos sorprendemos con nada. Hemos vivido en la banalización de la muerte o del exilio.

Tal vez esta sea la cuestión. Cómo el factor sorpresa puede abrirse paso entre la multitud de impotencia. Otro tipo de Sinpermiso de la guerra.

| Un reloj suizo

En los testimonios que tomo sobre el nuevo paramilitarismo, hay tantas cosas que no son nuevas. Tradicionalmente el paramilitarismo, porque se puede hablar de tradición de al menos 70 años cuando el general Yarborough del ejército de EE. UU., en misión en Colombia en 1960, propuso la participación de civiles auxiliares del ejército, ha tenido dos almas en un mismo cuerpo. La contrainsurgencia y el narcotráfico.

También ha tenido dos cuerpos, uno legal y otro paralegal. El decreto 3398 de 1965 del gobierno de Colombia primero, y después el Congreso con la ley 48 de 1968 autorizaban la creación de grupos de civiles en tareas antisubversivas adiestrados por el Ejército Nacional. Por otra parte, en 1995, se crearon las Cooperativas de Seguridad Convivir, que eran grupos de civiles armados igualmente para tareas contrainsurgentes. Las Convivir recogían paramilitares de grupos paralegales anteriores, y después de que las cooperativas fueran declaradas ilegales tras 3 años, se crearon las aún más mortíferas AUC que ya no eran legales sino paralegales. Digo paralegales y no ilegales como se dice en Colombia, porque la formalidad no ayuda a entender sus alianzas.

Muchos de los sobrevivientes que entrevistamos en la Comisión cuentan que pasaban retenes del ejército en un camino y a unos cientos de metros pasaban otro de los paramilitares. Y todo se sabía. La perspectiva ayuda a no dejarse confundir por los discursos. Aunque siempre asombra la capacidad de seguir escondiendo lo que todo el mundo ve.

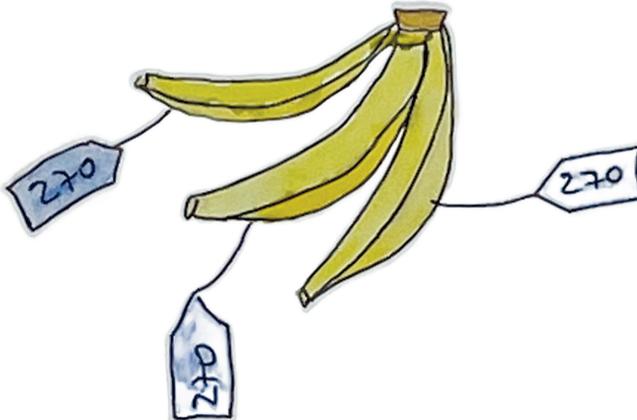
Hoy es uno de esos días anunciado en voz baja. Voy a tomar el testimonio de un testigo directo en Urabá. La mejor esquina de América, como la llaman por sus tierras fértiles y sus dos costas, una al Caribe y la otra al Pacífico, ha sido un territorio paramilitar desde inicios de los años 90.

En Necoclí habitaba el miedo cuando anduve por allí en 1997. Cuando él trabajaba comerciando y produciendo banano, le tocaba pagar a los paramilitares el impuesto de seguridad si obedeces y muerte en caso de impago. Si el banano cuesta 270 pesos, o sea 10 centavos de dólar, en realidad debe costar 250, porque 20 son para ellos. Si un camión saca 30.000 bananos de promedio, entonces serían 600.000 pesos de impuesto paramilitar, o sea 150 dólares de hoy, 200 en esos años. Y hay que pedir permiso con antelación. A él se le olvidó un día la obediencia, y le tocó pagar además una multa del doble valor. Pero cuando le pregunto por la exactitud del dato me dice:

- Eso no tiene número, es como ellos digan.

El que negocia es la cabeza, porque si no hay que empezar a pagar a cada intermediario. Todo está centralizado. De otras maneras habría que tener muchos empleados para que vayan de casa en casa cobrando. Así, van a los mayoristas y todo el mundo tiene incluidos esos costos de producción. Los nombres cambian. Ahora ya no son AUC, ahora se llaman Los Pajarracos, el Clan del Golfo o Autodefensas Gaitanistas. Los pagos funcionan como un reloj suizo.

No, no estamos en el año 2000. Sino en 2020.



Metáforas

Tenía treinta, y ahora tengo setenta. El tiempo te da una conciencia de lo que pesa la lucha contra la impunidad. José era un líder de la UP que fue asesinado en 1989, uno de los muchos. Siempre pienso en lo que convertimos en números o estadísticas en una guerra. La humanidad que suponen esos nombres que, si los juntas, suman 5363 vidas y lo que ese número no te dice de sus rostros, ni sus luchas. Cuando empezó la matazón, ella usaba un vestido solo para los funerales. Uno tras otro. Si le quisieras poner un número a esos actos de despedida y duelo, tendrías que decir incontables.

Los niños vieron pasar a muchos amigos que llenaban la casa, y después aparecían sus rostros en la televisión en las noticias de los atentados que se los arrebataron. La casa parecía maldita. Todos los que pasaban por ahí, salían en las noticias luctuosas de los periódicos uno u otro día.

- El primer derecho que te viola esa violencia es el derecho a ser. Porque ya no eres más lo que querías, sino lo que te obligan a ser, no eres nada distinto de lo que te ha tocado.

Los niños preguntan por qué. A ella solo se le ocurrieron metáforas de películas de vaqueros o de supermán, o cualquier otro personaje de los dibujos que todos veíamos a esa edad. Así crecieron creyendo solo en ella, en un mundo hostil en el que el apoyo familiar era la única atmósfera respirable. Convives con el desánimo, con la rabia, con el sentimiento de traición, y tienes que crear un soplo en el que eso no exista para que puedan respirar. Un día su hijo se puso en la puerta y no le dejaba salir.

- Prométeme que vas a regresar.

A veces le tocaba negociar media hora. Otras, se tenía que quedar en casa. Después, cuando él se hizo mayor, las tornas cambiaron. Entonces le tocaba a ella la retahíla de precauciones, que no duraba media hora, pero casi:

-Mira siempre hacia los lados, la mochila por delante, camina en sentido contrario a los carros, acuérdate que...

Los hijos crecieron sin odio. He escuchado tantas veces este milagro, y siempre me sorprende el poder de esas madres y la sensibilidad de estos hijos. Ella también está joven con todo lo que le ha tocado vivir:

- No me hago vieja para seguir en la pelea.

La pelea hoy es que el caso de la UP llega por fin a la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Si sumáramos el tiempo de espera para tener algo de justicia durante cerca de 30 años de estas más de 8000 familias afectadas, nos daría 240.000 años, o sea que estaríamos en el nacimiento de los neandertales. Las metáforas nos ponen delante de los ojos verdades que no puedes entender a simple vista. Cuando le pregunto qué es lo que le mueve para declarar esta mañana, me dice:

- Si vengo aquí, es por pura dignidad.

Ahí va mi aliento.

| Nosotras

Escuchando a quienes fueron niñas y niños, que hoy soy hombres y mujeres con sus propios hijos, tienes una dimensión de eso que llamamos impacto transgeneracional. Lo trans es algo en este caso que atraviesa generaciones y, tantas veces, silencios. De los de las cosas vividas, de las que no se puede hablar, está llena la vida de la gente en la guerra.

La segunda guerra mundial, o la guerra civil española, afectaron a las generaciones de nuestros padres. El mío, apenas hablada de las dos veces que lo reclutaron o de la batalla del Ebro en la que estuvo y disparaba al aire, porque esa es la puntería de la confusión y el miedo. Pero no contó más. Ahí se impuso un tipo de silencio que uno va desvelando luego en libros de historia donde tratas de poner tu biografía.

Esta mañana, entre Tame y Mapiripán, a 20 horas de bus de la misma guerra, escuchamos a los niños y niñas de entonces, de esos años del destierro masivo de finales de los años 90, y a los de hoy en día. En los tiempos del twitter, la gente campesina tiene esa forma de expresar el dolor que habita en la poesía. La guerra hizo que se nublase nuestro proyecto de vida. Las garantías de no repetición, que tanto se nombran en el derecho internacional de los derechos humanos, son aquí las garantías de tranquilidad. Y para poder continuar con la vida, la gente tuvo que congelar sus sentimientos.

Hubo un tiempo que éramos campesinos, después nos convertimos en los llamados “desplazados”. El desplazado no es ninguna identidad sino una circunstancia, otro tipo de trans entre geografías e identidades partidas en dos. La guerra puede contarse con un antes, un durante y un después, en el que pasamos del ser todo en un campo del que formábamos parte, a ser los nada.

Cuando hablan de los derechos violados, tienen otras categorías que salen al viento, como un grito. El derecho al futuro. El derecho a tener niñez, que incluye libertad, independencia y juego. El derecho a tener una familia, y esos vínculos que nos hacen ser. Todos ellos están recogidos en declaraciones y principios. Pero hay uno cuya pérdida no está en la declaración universal de los derechos humanos ni en ningún código penal. Y es el derecho a tener confianza en un Estado que te respeta. Desde la niñez, las nuevas generaciones acumulan una profunda incredulidad. Por eso es tan importante que hoy estén aquí. Por aquí asoma esa confianza, como una planta que nace en las rendijas.

Cuando nos despedimos, tienen una propuesta y un reclamo. Que la verdad siga con esto para adelante. Y que las víctimas de Mapiripán, que tantas formas de negación han sufrido, sí existen:

- Somos nosotras.

| Conversaciones de desayuno en París

Estuvo siete años con la maleta hecha. Hay medidas del tiempo que chocan contra cualquier previsión del sentido común. Ella pasó todos esos años en su casa de París, pensando en que no podía volver. Todo se le hacía cuesta arriba, hasta el verano en que llegó. ¿Por qué es tan difícil vivir en un mundo del que no eres, en el que extrañas la tierra? Aunque tenga a la familia, siempre hay un paisaje en el que no se reconoce. La luz, la cultura, los olores, esas calles que no son aquellas.

Pero también le falta otro mundo, el que te sueñas. Ese mundo de las ideas es otro país en el que vives y ese se había quedado en Colombia. Estaba hecho no de noticias de lo que pasa, sino de conversaciones, y de ese aire en el que respiras el oxígeno que hay entre lo que sucede y lo que se necesita cambiar. Y nada de eso estaba en un bello lugar de Francia.

El desarraigo como un tipo más profundo de exclusión. Siempre hablamos de la exclusión en nuestros discursos. Pero el exilio es un desarraigo social, político, económico y cultural. Eres el excluido de todo, porque, aunque las raíces se estiran y vienen contigo, y aunque la vida sea también una forma de aprender a vivir en muchas ramas, hay algo muy profundo tuyo que ya no te pertenece.

Un día, se miró en el espejo y dijo: ya basta. Y, a partir de ahí, se centró en su vida en ese país al que le tocó llegar. Cuando dejó de obsesionarse por donde estaba y donde no podía volver, se convenció de que tenía que salir de ese lugar que no era una ciudad sino un rincón. Y con eso también le llegó otra certeza: un día volverás.

Ese día se miró en el espejo, pero no vio su imagen, se puso a dialogar con su futuro.

| Generaciones

Nosotros fuimos una generación que no tuvo tiempo. Nos tocaron la efervescencia política y las urgencias de la vida cotidiana. Esta, es una generación de hijos que puede tener tiempo para sus propios hijos. Ella habla de su familia. Su hija está en Singapur, a seis husos horarios más, mientras otra parte de la familia está en Colombia, a siete husos horarios menos. Así el exilio dilata el tiempo de la vida familiar. Los días pueden tener hasta 37 horas.

En ese tiempo nos encontramos esta mañana de Toulouse que está a mitad de camino, y donde la fuerza del pasado les trajo a los primeros, hace ahora 35 años.

- El exilio conduce a un limbo, es una especie de muerte en la que luchas contra esa negación en la que la realidad te absorbe y el pasado se diluye.

Las palabras de Enrique son sabias como él. Reivindica una memoria respetuosa y respetada. Y todo ese dolor que aún hay, es una fuerza a veces en el silencio de las noches difíciles. El problema de Colombia es que no puedes ser sensible a lo que pasa, tienes que ser invisible para ser un buen ciudadano. Si estás contra eso, eres el enemigo.

Enrique se involucró con la propaganda del M19. Un 19 de abril, mientras estaba en una montaña cerca de Cali donde había una antena de televisión, trataba de interceptar la señal para emitir un comunicado. Pero otros lo interceptaron a él y no precisamente en las ondas, aunque su hermana que lo acompañaba pudo salir huyendo.

Su detención ocurrió en el breve instante entre periodos de Estado de Sitio, que en Colombia se dio durante décadas. Pero esa semana había sido derogado, y aún no había habido tiempo de ponerlo de nuevo en marcha. Así que, a pesar de que no podían detenerlo legalmente, lo

detuvieron militares y lo querían llevar a un lugar que todo el mundo de esa época conocía por el miedo con que se pronunciaba, las Caballerizas. Durante el Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala, allí no paraban de escucharse gritos.

En la detención en el cuartel de la brigada de Ibagué, los suyos se ahogaron en silencio. De esa tortura que no se puede hablar, partimos esta mañana de reconocimiento. También de la desaparición de su hermana en el Palacio de Justicia, de su hermano desertor del ejército y hasta hoy desaparecido, del compañero de su hermana desaparecido poco después, y que precipitó el exilio, porque ya no había para donde. La mujer que fue el sostén de la familia era la mamá de todos. Ella no se dejó meter en un gueto, cuando las políticas de urbanización trataban de sacar a la gente del centro de Bogotá y llevarla a las afueras, y crio a siete hijas e hijos. También ella estuvo en el exilio un tiempo, pero de ahí se regresó.

Aquí en Toulouse vinieron unos hijos y nacieron otros que ahora se reparten por el mundo. Ver la historia desde las generaciones es todo un nuevo enfoque porque hay una visión transversal a las épocas que te enseña las rupturas y las continuidades de la guerra.

Enrique es lúcido:

- En el conflicto colombiano el enemigo es un ser humano, el otro está completamente borrado, y por eso se llega tan lejos.

Marco de reconocimiento

Este es un acto de reconocimiento, y un diálogo entre familiares. La guerra tiene una causa social y política, pero no hay espacios sociales en los que siquiera se pueda hablar. Porque es peligroso, porque no hay tiempo, porque no sirve de nada, porque hay miedo al daño de otros, por querer dejar atrás, por tener que sobrevivir corriendo. Esta mañana abrimos este espacio como una lúcida insensatez.

En esta Francia de memorias de tantos exilios, en la escuela se estudia la segunda guerra mundial. La escribo así en minúscula, no por las proporciones de la catástrofe, sino por poner por encima la Resistencia.

- La abuela de mi compañero, sobrevivió en esa resistencia, y tuvo que huir de su país. O sea, que mi hijo puede conocer algo de su bisabuelo, pero en Colombia no podría conocer lo que le pasó a su madre. Su madre, o sea yo, vine en un viaje que me pareció un paseo lindo. Pero yo no sabía que mi madre había tenido que huir como parte de un pedacito de esta historia colectiva, como un trozo de metralla que llegó hasta ahí, para incrustarse en un lugar donde pudiera vivirse la vida.

- Los hijos e hijas vivimos una esquizofrenia. Vivir con el nombre de mis tíos desaparecidos, y una realidad en la que reconstruimos otra vida.

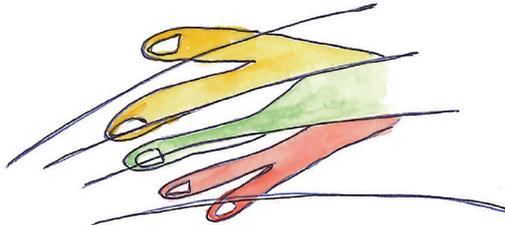
Para superar esa esquizofrenia se necesita algo que las una. De eso trata esta conversación de sol de otoño, en este abrazo de cuidado y confianza, de las cosas que nunca encontraron un espacio para decirse, un tiempo hospitalario. La conversación no solo habla de los desafíos, sino que es parte de la salida.

El cuidado

Si me preguntan cómo describiría lo intangible en este encuentro, diría el cuidado. Lo digo.

Hablar entre todos y todas para convocarnos a una hora. Alguien trae algo para picar y luego para comer. Otro prepara unas palabras por escrito para comenzar. Otra, hizo de lazo entre todos nosotros en estos meses. Otras preparan su corazón para escuchar y tal vez hablar. Hay quien tiene la palabra en la punta de la lengua hace años, y esta vez será viento. Cuando uno empieza un proceso así, en realidad se da cuenta de que eso ya empezó hace tiempo, y yo solo soy testigo y cómplice.

El cuidado es otro tipo de tiempo en el que cada quien toma el que necesita y deja al suyo fluir como un río. Como si tuviéramos un aire compartido que pasa de uno a otro, que nos hace vivir juntos con esa responsabilidad colectiva.



| Un lugar en el mundo de los jóvenes

Un muchacho colombiano va a trabajar a China. En una de las reuniones informales de la empresa, con un trago o una comida, las conversaciones con otro compañero colombiano pasan de los productos a las vidas ¿qué haces? ¿por qué, si eres colombiano, vives en Francia? Entonces cuentas la historia simplificada hablando de tu papá, para pasar al segundo plato.

- ¡O sea que eres marxista!

Cuando alguien te señala con palabras que te marcan, y además de cosas que no has elegido, esos lazos informales se disuelven como una forma de racismo. Los estereotipos pasan fácilmente a prejuicios en la guerra. Por eso él ya no se reúne con ningún colombiano.

- No quiero que me pongan en ninguna categoría.

Los estigmas se suceden cuando la historia de la violencia en Colombia se cuenta solo en series de narcotráfico. Estos días de movilizaciones y de muertes, también del país se habla mucho afuera. Para cuando los presidentes o parlamentos de otros países dicen algo, y empezaron, ya el rumor les llega desde sus propias calles. El exilio también ha sido una forma de movilización por la paz y los derechos humanos en otros países, como en estos días. Desde fuera las cosas duelen sin esa distancia que alguien supone. En Cali, los jóvenes que hasta ahora han sido los últimos de la fila, en estos días están en la primera línea, son los que llevan los golpes y los muertos. Truncan calles como ellos ven detenido su futuro, y ahora saben que pueden hacerlo.

Los procesos de paz en Colombia se han visto entrampados en muchas ocasiones, de un momento a otro, en el que algo distinto iba a nacer, se fueron acumulando frustraciones. Tal vez la enfermedad del país sea esa. Un sueño interrumpido. Colombia es el país de los eternos escándalos

que se olvidan poco después, porque hay otro llamando a la puerta. Algunos son escándalos en silencio, como el racismo y la inequidad. Otros se dan a bala o a insulto. En estos días se escucha en muchas ciudades ese malestar.

Los jóvenes no quieren etiquetas que los clasifiquen, porque eso siempre termina en el basurero del desprecio. Para que la historia no se repita como pesadilla, que decía Eduardo Galeano, hay que despertarse de ella y volver a soñarla. Ojalá esta vez esa frustración masiva se esté convirtiendo en un problema colectivo, porque entonces sabremos que es posible que los de la última fila y los de la primera línea tengan un espacio en el círculo.

El joven trabajador en China, donde surgió esta pandemia que amenaza la vida y puso todo patas arriba, no pudo nacer en Cali hace 27 años, porque su mamá se lo llevó en su barriga al exilio. Los mayas en Guatemala le dijeron a mi amigo Javier, que llegó de cura en los años 70, que tenía la cabeza cuadrada, llena de cajoncitos donde metía y sacaba cosas: la comunidad, la casa, el trabajo. Y que la cabeza no era cuadrada sino redonda: todo tiene que ver con todo.

| Integrándote

Yo me integré, pero me sentía mal. No sabía por qué, venía conmigo un sentimiento de exclusión. Las cosas que nos definen pasan también por la música que escuchamos en la adolescencia. Si eres de los Beatles o de Víctor Jara, de Sabina o de Metallica, y los mundos a los que nos llevaron con sus canciones y de los que nunca se regresa en parte.

Cuando eres adolescente, en tu casa escuchas boleros o vallenatos, que es otra forma de reivindicar y vivir en Colombia, en un exilio en el que de puertas adentro vuelves a tu país de donde saliste bien pequeño. Pero de la puerta para fuera, esa música no existe en el mundo de gente con el que vives, en francés, en inglés, o en alemán, o en el castellano de estos lares. Tus amigas y amigos viven en un mundo de músicas que compartes, pero cuando se te escapa el mundo de casa, tarareando la cumbia, tus amigos te dicen:

- ¡Qué haces con esa música de viejo!

| Sin fronteras

Creciendo es muy duro. Durante bastante tiempo no tuve nacionalidad, como si el exilio de mi familia me dejara en un limbo de pertenencia. De una que me expulsó, a otra de la que no soy parte. Sebastián tiene reflexiones lúcidas que dan la vuelta a los argumentos en base a los cuales pensamos, como si eso fuera la vida.

- Como no tenía nacionalidad, decidí ser hijo de la tierra, porque así no tenía frontera. Entonces tomo algo del lugar que me acoge, así soy ruso y chino y de otras partes. Si no puedo ser ni colombiano ni francés, soy de todos lados. Y no es tan grave.

| Ancestralidad

Ya que no pudo con la política humana, Sebastián no quiere saber de cambiar el mundo, aunque tiene sus ideas, su cabeza le dice que no se puede cambiar. Pero su corazón también le habla, y le empuja a cambiar lo cercano, lo local que es un tipo de mundo más a la mano. Como le tocó vivir en un mundo cuyo comportamiento rechazaba, se empeñó en estudiar biología, y dentro de ella etología, que es la ciencia del comportamiento animal. En eso vive, analizando el comportamiento colectivo y la solidaridad entre los macacos.

Tal vez ese sea un espejo en que podemos vernos a nosotros mismos. No tengo duda de que de la observación de la naturaleza podemos seguir aprendiendo, porque somos parte de ella. No sé si Sebastián ha pensado en eso, pero dándole vueltas ahora que escribo, tal vez sea esa una forma de cambiar el mundo a través de un tipo de distancia que no es geográfica sino ancestral.

| Escuchando al insilio

Hay una parte de la familia que quedó donde otra se tuvo que ir. Son parte de ese desgarró.

- A uno se le quiebra la voz al hablar de esto.

Cuando has sufrido todo eso, lo que sigue pasando en Colombia no es solo en carne ajena. Los medios de comunicación, y las cosas que pasan cada día en el país, recuerdan siempre lo vivido.

- A los que han sido esperanza, Colombia los mata.

Así repasa a líderes desde Gaitán. Y hay muchos. Cada vez que nombra a uno, así tras otro, piensas que se necesitaría tiempo para ver esas oportunidades perdidas haciendo más profundo el escepticismo. Mientras, la corrupción ayudó a mantener siempre en el poder una versión de lo mismo.

A William le tocó en esta historia vivir solo el exilio de los demás. Eso le ha endurecido el carácter, aunque esta mañana aparece todo dulce ahí en la pantalla a través de la que lo abrazamos. Sus hermanas y hermanos lo influenciaron cuando estaban cerca, viviendo juntos, cuando desaparecieron unos y cuando se separaron otros. A todos los traemos hoy aquí. Hay un tipo de cercanía que no se mide en monedas de cabina telefónica, ni paisajes con los que te levantas en la mañana.

| La figura clave

Cuando murió mi abuelita, mi mamá no quería mostrar su dolor. La abuela se regresó de Francia a Colombia a vivir lo que le quedaba de vida con William. Esas cosas cuyo sentido profundo solo tienen las madres. Luisa, le dice a su tío a través de la pantalla, que la abuela volvió a devolverle algo que compensara el abandono.

- Dejó todo y se fue hacia ti.

Cuando murió su mamá, él tenía todavía estatuto de refugiado. No podía acercarse al consulado, ni asomarse por el país que lo expulsó. Le tocó asistir a la ceremonia por teléfono.

En este encuentro hablamos de los que ya no están, arrancados por la guerra y la desaparición forzada, la abuela Eloísa es el punto de referencia por el que pasa cada conversación, como ese bastidor por el que cruzan los hilos que se tejen.

Para identificar los restos de la hermana desaparecida en el Palacio de Justicia tras la toma del M19 del que formaba parte y la retoma del Palacio que la convirtió en desaparecida, los restos de la abuela tuvieron que exhumarse, y esperan con impaciencia volver a descansar. Antes de morir, la abuela había dejado un mensaje, de donde me entierren, no me saquen. Ya había tenido bastante con el exilio, como para tener otro más. La familia espera que la promesa de la Fiscalía de devolverla pronto, se cumpla para descansar en ese trocito de esta historia.

Pensando en eso, creo que ella estaría de acuerdo con tener que salir otra vez, una última vez, para ser parte de esa búsqueda. El reclamo es solo contra el absurdo de la burocracia, dense prisa, ya.

Seis meses después la prueba de ADN no es que hiciera match, lo que se escuchó fue un abrazo.

| Casetes de amor

Franceline prepara comidas para todos, cosas deliciosas, con su toque de receta de sabores sutiles y de esas cosas que saben a secretos. También es la maestra bordadora de este gran mural de construcción colectiva, que está hecho para cubrir con otros cientos de telas el Palacio de Justicia de Bogotá, en una obra de arte que transforme eso que sigue siendo uno de los más graves problemas de la guerra, la impunidad. Aún hay responsables de ese holocausto que se escapan de la justicia.

Ella hizo un muestrario de tipos de bordados que ahora me enseña, como si fuera uno de los aprendices, y tuviera que elegir lo que quiero hacer. Las telas que rebosan en esta habitación donde no hay sitio para tanta hermosura, tienen que elegir entre doblarse o subir por las paredes. Tiene siempre una sonrisa con la que te cautiva y ya no quieres salir de ahí. Como si una sonrisa pudiera anticipar un mundo del que formas parte.

Ella salió de Colombia embarazada, con una tripa de siete meses y otro niño de la mano. La mano que le quedaba libre no le sobraba, llevaba en ella una bolsa llena de casetes. Cuando fue a pasar la frontera, le pararon. La migra quiere que abras la bolsa. Encima de los casetes había la poca ropa con la que pudo salir. Allí al fondo estaba lo que nadie podía ver:

- ¿Y eso?

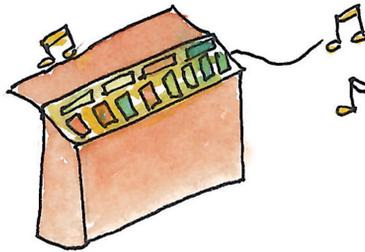
La espontaneidad creativa tiene a veces esas salidas que cuando tú estás más nerviosa dejan a todos tranquilos:

- Es música latina que me encanta.

Nadie va a ponerse a escuchar unos casetes en la fila de entrada al

país en 1987. Los casetes en realidad eran grabaciones de archivos del M19. Entrevistas, programas de radio, cosas que no son nada más que lo que son, pero que fácilmente podrían ser vistos como propaganda subversiva. Gracias a eso, hoy tenemos esos archivos resguardados y podemos escuchar voces de ese tiempo, que le hablan al de ahora.

En su defensa, dice que ella no estaba metida en nada, pero lo hizo por amor. Una buena forma de ser culpable de guardar esa memoria colectiva, que un día iba a dejar de estar oculta en aquella maleta colombiana que la trajo.



| Nada

- Tuve que llegar aquí para poder ser lo que soy.

Cuando ella cruzó la frontera para refugiarse, tuvo que pasar una entrevista. Cuando la trabajadora social le preguntó qué sabía hacer, ella le respondió:

- Nada.

Si dices algo que sí sabes hacer, probablemente no puedas ejercerlo, así que, en medio de todo, esa respuesta me pareció muy inteligente. He escuchado muchas veces que en el refugio la gente tiene que empezar de cero. Así que mejor decirlo abiertamente.

Como Ulises frente a Polifemo, ser Nadie confundió al cíclope de los tres ojos que se comía a la gente, el dueño de la oscuridad.

Esa libertad para expresar es lo que se reivindica aquí esta tarde que se alarga. Que la gente pueda expresarse sin que la cataloguen, que pueda hablar de lo que pasó sin tener miedo a que le pase algo parecido. Aquí hay jóvenes que salieron de Colombia pero que no conocen el país. Nancy dice con esa voz de quien parece hecha de un tipo de fragilidad irrompible, que han tenido que aprender a vivir con una máscara para la pandemia de la violencia. Esa máscara no es para protegerte del virus que hoy acecha, sino una para que no se note lo que piensas.

Pero somos gracias a los encuentros que nos hacen. Somos encuentro, alianza y la libertad de expresión es la que puede acabar con la mentira y el miedo.

Aquí, este día entero la libertad de expresión anduvo de fiesta, soy testigo de esta celebración de la palabra atrevida. La tarde termina donde todo empieza, hablando de la semilla.

- La semilla es esa cosa chiquita que tiene la máxima potencia, podría decirse que es una bomba de vida.

Reflexiones sobre uno mismo

- A mí me hicieron rebeldizarme.

¿Qué verbo ese?. Está bien que sea reflexivo, porque eso pone el acento no solo en lo que le hicieron sino en su respuesta. La opresión rebeldiza. Y la falta de oportunidades también, porque te excluye de lo posible. Dibuja un horizonte en el que no estás tú.

En los años 80, él llevaba comida rápida tradicional a la universidad. Bandejas de buñuelos. Y a pesar de caminar por tantos pasillos y auditorios, ese paisaje no estaba hecho para él. Cuando sientes eso, te rebeldizas. Ahí se descubrió negro. Y los ancestros se le vinieron encima, con sus cuentos de mico aullador y las iguanas. No hay monstruos en esa historia. Descubrió la espiritualidad que lo potencia, una mezcla de negritud y teología de la liberación. Como en Colombia hace décadas que llueve sobre mojado, hay una normalidad de la que hay que salir. No puedo ser sensible a lo que pasa, tengo que ser insensible para ser un buen ciudadano para este Estado construido sobre esa roca.

- Aquí nos ha traído la fuerza del pasado, pero reivindicamos un pueblo al que le dejen ser.

Pero no somos solo casos, y no somos sobre todo aislados. Escucharnos es también replantear y cuestionar el horror del país aquí. Hay mucho dolor en tantas historias. El dolor de la masacre de los 11 muchachos en Ciudad Bolívar, o el de la prima que tuvo que refugiarse en Noruega.

- El dolor es también la fuerza que nos trajo.

Las voces que podemos escuchar apaciguan nuestra angustia. Por eso para algunos ha sido tan importante reconocerse como víctima, porque la responsabilidad del Estado no es echar balones fuera sin asumir las propias, sino poner el cambio donde tiene que ser.

A veces, en el silencio de las noches difíciles, entre las vueltas en la cama, también hay convicciones que te atrapan, cuando puedes escuchar otras voces que te siguen enseñando que la política fundamental es la de participar en la comunidad:

- Sí, podemos tener una relación de vida.

| Ejemplos de vida

Todos y todas necesitamos ejemplos de vida. La fuerza de alguien con quien te identificas, quien te enseña desde aquí al lado, de la relación que tira de ti hacia el futuro.

En medio de la tortura, desesperado como tantos otros que desean en ese momento la muerte, quedó con el cuello cortado. La sangre a borbotones no solo mancha todo. ¡Mierda! No se les podía morir ahí, así que, en medio de jaculatorias e insultos, terminaron decidiendo llevarlo al hospital. Ahí, una enfermera cómplice le quiso ayudar avisando a la familia, aunque la vigilancia acechaba a cada rato. él escribió un número a pedazos, que era el teléfono de su casa.

La enfermera llamó, y la mamá entendió que la gravedad de la situación necesitaba no solo una madre sino sobre todo una muchacha. Se llevó a Nancy de la mano con la misión de que ayudara a sacarlo de allá. Fueron al batallón. Ella, que era apenas una niña de 16 años y era la novia del hermano, no tenía un libreto, no sabía cómo hacer. Hay veces que hay que estar en medio de una situación imposible para saber por dónde irás. Se puso a hablar con el soldado de la puerta, y empezó a enamorarlo, con esos ojitos que hoy también muestran esa mezcla de ternura y picardía. El soldado le dijo que no sabía nada, pero terminó claudicando. Y ella, que era apenas una niña, desnudó su inteligencia disfrazada, tomándose un rol inventado de joven esposa embarazada.

- Yo no me voy de aquí hasta que salga, no pueden dejarle a mi hijo sin su padre.

La carga de profundidad parecía insólita, pero funcionó. Al soldado el ánimo de enamorar se le transformó en el peso de una responsabilidad que no había sido llamada hasta entonces. Cuando

la orden es solo obedecer órdenes, no dejas que casi nada te toque. La vida depende a veces de esas decisiones de un segundo. Ella supo hacerlo, con esa mezcla de audacia y sencillez con la que hoy habla entre nosotros, y al pacto de silencio que se había tejido sobre la detención se le hizo una rendija, con la persistencia de no irse hasta que se lo devolvieran.

Con esa voz suave también hoy nos conquista.

| Examen del pasado, hoy

En un banco en una ciudad cualquiera de Europa, María se sentó a descansar un rato. A su lado se sentó un hombre, que en cuanto empezó a hablar supo que era colombiano, y cuando siguió hablando supo que lo necesitaba. Tenía muchos cuentos del narco que decía que había sido, y de que tenía miedo a una muerte que lo acechaba porque se la había dado a mucha gente. En realidad, él estaba tratando de arreglárselas consigo mismo, como si fuera su propio abogado, su fiscal y su juez.

A veces el silencio guarda una tormenta interna. Y ahí estaban saliendo rayos y centellas. Él era responsable, pero María piensa en que cada uno tiene que hacer ese examen crítico sin que eso se convierta en un flagelo, sin quedarse atrapado en la culpa, y que esa verdad profunda tiene que tener un lugar. Habla de esas cosas cuando piensa en Colombia entera para que no siga lloviendo sobre mojado. Su tío, apoya:

- Estamos repitiendo el país, y esa es parte de la normalidad de la que tenemos que salir.

Lecciones compartidas sobre la guerra y sus salidas

La lucha armada se sabe cómo empieza, y cómo se mantiene o avanza la guerra, pero no cómo se acaba. La violencia del Estado también necesita legitimidad, por eso los servicios de inteligencia estudian a Mao o los manuales de guerra de guerrillas, aunque el Estado ha tenido menos prisa en acabarla pensando en que iba a ganarla, la gente en cambio casi siempre la pierde y quiere el tiempo para vivirlo.

A las FARC-EP le sucedió que las exigencias de la guerra, conllevaban más frentes, más gente, y gente menos formada, menos preparación, más visión militar limitada al poder de las armas. Más gente que se sumaba un día, pero podía bajarse cuando las cosas se ponían mal y podía hablar con cualquiera. Los desertores no pueden permitirse, porque te vuelven vulnerable. Entonces tienen que endurecer el control interno, que es otra forma de principio del fin. Los fusilamientos, consejos de guerra o ejecuciones internas en varias épocas pasaron de ser amenaza a convertirse en epidemia.

Cuando no se tiene plata, hay que buscar dinero en donde sea, y las economías ilegales han pasado en Colombia por el secuestro o algún eslabón del dinero del narcotráfico. Las dos cosas descomponen una guerrilla y lo que reivindican como fuentes de sentido. En las milicias en el Cauca o Medellín, a lo último, se involucraba gente por la confianza personal y porque no tenía antecedentes de problemas con la comunidad, así era aceptado. Pero esas cosas no son suficientes para prevenir la descomposición del contacto con el poder. Las armas te dan un poder de coacción que deja de lado la razón.

I

En las guerrillas y las milicias en Colombia, hay muchos casos de purgas internas, de desconfianzas que te vuelven paranoico. O el que quiere dejarlo se convierte en un problema, no puedes salir, la voluntad que te llevó no sirve ya para que te salgas. Y en esos contextos cualquier cosa puede pasar.

El cansancio de los abusos tiene consecuencias muy duras. Si la gente se siente abusada, pierdes el contacto con esa base, y vuela con cualquiera. La gente se ha pasado de bando en la guerra en Colombia, hay muchos ejemplos. Una parte del EPL se volvió paramilitar en Urabá, y el Estado fue parte de eso, fortaleciendo luego las Convivir que fueron la base de las AUC. Pero en Medellín, gente de las comunas se volvieron apoyo a paramilitares también por los cansancios de las milicias. Los servicios de inteligencia y la infiltración del paramilitarismo fueron también quienes empujaron para el mismo lado de la contrainsurgencia.

II

Si el nuevo actor tiene plata y proporciona un control que es visto como seguridad, gana adeptos. Hay lugares de Urabá en los que el cartel del Golfo es aplaudido porque llegó al pueblo con fajos de billete para repartir. Hay militantes que se han pasado de bando para evitar la muerte o para adaptarse a los nuevos tiempos. En Medellín, las milicias eran un tipo de guerrilla urbana que tenía control de ciertas comunas y patrullaba las calles. Pero cuando las cosas se ponen peor había que aumentar el control. La arbitrariedad y los abusos contra la gente se pagan en desprestigio. El que lo cuenta en este testimonio, estuvo metido hasta el cuello y tiene una capacidad de análisis que sorprende.

- Las milicias se diferenciaban de los combos del narcotráfico, luchaban contra ellos, pero la falta de politización terminó convirtiendo eso en un callejón sin salida y formas de actuar que terminaron pareciéndose en esa dinámica del ojo por ojo, que sustituye la estrategia por la venganza.

III

La guerra se termina por victoria militar, a veces, pero a veces se queda por la derrota política. Cuando hay empate o nadie gana, hay un cansancio que se acumula aún en medio de discursos triunfalistas. Cuando más pasa el tiempo en el conflicto armado, es más urgente una salida política, pero también más difícil porque hacemos que los muertos que se acumulan empujen a seguir. Cuando más se avanza, sin embargo, los muertos taponan la salida, más cansancio o más modo de vida.

En otros casos, la lucha perdió su sentido, porque no quedaría nadie para contarle, o porque no quedará sentido del que echar mano. Para quienes hicieron una opción por cambiar Colombia con las armas, los años a la espalda y el deterioro de las condiciones no han acabado con las causas por las que se levantaron, pero han hundido más los pies en la tierra. Pienso si eso es parte de la inevitabilidad histórica, pero esta mañana un general de la policía me convence de que no.

IV

Cuando en un seminario de difusión del informe alguien le pregunta al general Naranjo, que fue el director de la policía en la etapa de la llamada seguridad democrática, qué aprendió de la experiencia de trabajo de la Comisión de la Verdad, dice:

- Aprendí que para mi lo más importante, lo único importante durante todo ese tiempo fue ganar la guerra. Y que tendría que haber sido, parar la guerra.

Antes, un miembro del Secretariado de las FARC-EP me había dicho lo mismo. Pensé entonces en las oportunidades para salir de la violencia política en el País Vasco en 1982, 1998 y 2006. En esa andadura Colombia también en estos días. La paz no lo es todo, pero sin ella no hay nada. Factores de persistencia hay muchos en un conflicto armado tan largo, el narcotráfico, la impunidad, los entramados paramilitares, la inequidad, la concentración de la propiedad de la tierra, el enemigo, el miedo o la desconfianza instalados en la cultura. Todo ello es parte de la agenda de transformación y de un aliento.

| Mentideros políticos e indicadores de la paz

- He sido, pero no me considero víctima.

El Chocó, en los años 80, era una zona tranquila. ¿Cómo lo sabemos? Porque una muerte violenta era recordada por generaciones. Hay indicadores de la memoria como este, que más adelante, hasta hoy, llegaron a un punto en que necesitamos varias generaciones para hablar de ellos. En 1993 uno se podía encontrar con las FARC-EP en el medio y bajo Atrato, ese río del que no ves la otra orilla, y los funcionarios iban sin escolta. Hasta ayudaban a implementar medidas legales de protección de la selva. Todos tenían que negociar, pero se podía. Una de las veces le tocó ir a una zona en disputa entre las FARC-EP y el ELN, y estos últimos se quejaron. Tuvo que ir cerquita de la carretera Quibdó-Medellín, y allá le dijeron que sería bueno que pensara también en el apoyo a las comunidades de la carretera, no solo las del río, que por ahí andaba otra gente necesitada.

Cuando regresó en 1997 al Chocó, el departamento era otro. La geografía de la guerra había cambiando hasta el paisaje y el aire. La política tradicional estaba ya muy comprometida con el narco. En su pueblo, la policía tenía un cuartel, pero los agentes se mantenían encerrados. Mientras, a un pueblo (Río Sucio) lo patrullaban las FARC-EP, con uniformes verde olivo. Un día fue a la discoteca y allá estaba el comandante de la policía, pero para entrar había que pasar un control de la guerrilla. En la mesa de al lado estaban los paramilitares tomando cerveza y en ese tiempo no había afros entre ellos, eran paisas. Ya habían matado a varios amigos.

Cuando las autoridades empezaron a cuestionar las 3 Convivir que había en Chocó, le llegaron mensajes de que no sabía con quien se estaban metiendo. Las Convivir no se dedicaban a proclamar su nombre, sino a extender el terror. Una camioneta vinotinto era su distintivo que todo el mundo conocía en la provincia del San Juan. La camioneta de la

muerte. Como la Panel Blanca en Guatemala. Él apuntó la placa de la camioneta para poner una denuncia.

Al día siguiente, a la camioneta le sacaron el motor y lo que podía reutilizarse, y la carrocería la tiraron al río San Juan que todo lo traga. Ahí abajo debe estar. La noticia de la denuncia corrió con un infiltrado más que el viento, porque se hizo un domingo y en la mañana del lunes la cosa estaba hecha. Por ese tiempo, los paras asesinaron al sacerdote José Luis Mazo y al cooperante vasco Iñigo Egiluz, que había sido alumno mío en la universidad, cuando regresaban de una misión humanitaria, al lado de la diócesis donde dábamos un taller sobre atención al duelo para las víctimas.

En los mentideros políticos se hablaba de que una empresa de licores no pagaba impuestos, y que esa concesión financiaba a los paramilitares. Para ser mentideros, decían la verdad. Por esa época en Chocó, los comerciantes, la fuerza pública y el sistema judicial eran una de esas cosas que en la Comisión de la Verdad llamamos entramado. Una red de alianzas. Cuando en el proceso de Justicia y Paz, el Iguano corroboró todos los planes, se mostró que el mentidero tenía razón. Entre el entramado, un policía digno averiguó en qué estaban las cosas y un día lo llamó para darle una orden de amigo:

- Váyase del país.

En muchas reuniones oficiales en las que me ha tocado estar con líderes políticos del mundo, cuesta hacer entender de lo que hablamos. En ese tiempo él tuvo una reunión con un alto dirigente del Partido Demócrata en Washington. Después vino la masacre del Naya. Y luego la de Bojayá. Entonces, los mentideros políticos de EE. UU. empezaron a darse cuenta de la verdad.

-Vente.

Tal vez un indicador de la paz sea ese tipo de recuerdo que no se acuerda. Otro del camino es que Luis Gilberto es el nuevo embajador de Colombia en Washington.

Los territorios y el racismo

En muchas conversaciones, se habla no solo de la tierra sino de los territorios. La guerra los ha reconfigurado, y hasta los ha expulsado, como el exilio.

- Lo que pasa en los territorios, eso es otra Colombia.

Hay siempre una esquizofrenia, entre la elite del poder y las ciudades, y las zonas rurales que son la inmensa mayoría, aunque ahora habitadas por menos, porque la guerra y el llamado desarrollo fueron reconfigurando el país del campo a la ciudad. Como si esto fuera el mundo, con su Norte y su Sur político y económico. En este caso las hermenéuticas bélicas pasan no solo por el concepto del enemigo interno, sino por el control del espacio.

Pienso en el tipo de país que cada quien conoce. Alfredo Molano se lo había pateado a pie y a mula. La manera y el tiempo en que se puede conocer a la gente estando en su espacio y caminándolo. Los médicos tienen que hacer un año de pasantía en las áreas rurales para suplantar la escasez de políticas y a la vez para aprender algo que ojalá no se les olvide. Un par de años de caminar el país a pie o a mula debería ser una asignatura obligatoria que podría llamarse “No perder de vista la realidad” para cualquiera que quiera hacer política. Además de la Universidad o el Máster, hay un doctorado que se aprende escuchando.

En toda guerra hay derrotados, y no son precisamente contendientes. En Colombia es el mundo campesino el que lo ha perdido casi todo. En Bélgica se encuentra parte de las familias que lucharon por la finca Bellacruz, que les quitó precisamente la familia de un embajador. Él se regresó a Colombia, pero ellas se quedaron ahí. Con el campesinado derrotado, los perdedores ahora son las comunidades étnicas.

Luis, que fue gobernador, dice que en Colombia opera un sistema de racismo estructural. Que cuando más oscura es la piel de la población,

más grave es la situación de sus derechos. En la isla de Gorée, en la bahía de Senegal, se hizo una buena parte del mercado de esclavos negros por las potencias europeas de la época, una empresa bien “saneada” y lucrativa basada en el horror del máximo desprecio. Funcionó durante 300 años.

Desde ese pedacito de tierra que recorremos en media hora, la gente negra podía ver por última vez la costa de África, de su desgarró. Desde ahí fueron llevados cientos de miles de esclavos a América, hay una celda para niños, otra para mujeres, y una que era para los recalcitrantes. Así dice el letrero encima del hoyo en la pared por el que se entra. Dentro casi no hay luz, y no te puedes poner de pie. Estar aquí es una forma de conciencia. Tratando de mantener a la gente doblada, los esclavistas querían no solo torturarlos sino reeducarlos. Todas las formas de dominación convierten al otro en un subhumano. Los crímenes de sistema son los que hacen posible que nada cambie, porque están atados a una lógica de beneficios basada en relaciones de violencia. En Senegal, hablamos con esa bella gente negra de hoy en día, de cómo acompañar a las organizaciones y migrantes forzados por la guerra y la miseria que cruzan el Mediterráneo y tantos mueren en el intento.

Los esclavizados vinieron con África no solo en su piel sino en su cultura, la trajeron dentro. La esclavitud no les borró la alegría ni la resistencia. Fue el brutal exilio arrancado de sus territorios, vidas y dignidad, que sin embargo hicieron revivir también aquí. Ahora África también es América Latina. Hubo un tiempo hace 150 millones de años que Pangea era un solo continente, toda la tierra unida. Si juntamos el mapa de América del Sur y África, como entonces, la isla de Gorée sería la hermana de la punta de Brasil, la ciudad de Natal, un tipo de nacimiento.

Los territorios tienen ese nombre porque están lejos de donde las cosas se ven. Y están solos. También algunos gobernadores indígenas o afrocolombianos que han tenido ratitos de poder, no han podido empujar el cambio más allá de periodos cortos y turbulentos, porque la máquina, engrasada desde hace tanto tiempo, se lo impidió.

Esa soledad es parte del sistema. El cambio pasa por escucharlos y rodearlos, para dejarles ser. Pero no solos.

| Cosmovisión sin fronteras

La vida de tantos pueblos indígenas ha sido dividida por fronteras que otros trazaron. Los diseñadores de países no han tenido mucho en cuenta a quienes nacieron ahí mucho antes que ellos, ni compasión. Los Bari están a los lados de la frontera entre Colombia y Venezuela. Y las líneas que terminaron dividiendo Ecuador y Colombia pasaron por el ombligo de la tierra de los Awá o los Ziobain. Las fronteras son lugares bastante olvidados y donde la laxitud forma parte del modo de vida. También se han convertido en territorios peligrosos donde acechan otros riesgos que los jaguares. Por las trochas del Darién hay tráfico de todo, hasta de personas. Hubo un tiempo que el exilio de Urabá se fue a Panamá. Hoy, hay gente del Congo o Pakistán atravesándolo, para seguir para el norte. Esa frontera es una larga, espesa y húmeda selva.

- Antes de la llegada de los grupos armados no se sentía la diferencia entre Colombia y Panamá, cuando venían de Kuna Yala a Arquía no sentía que estaban cruzando de un país a otro, era una convivencia constante la que había, no existía el límite. La frontera es un concepto artificial a nuestra cosmovisión.

Los Kunas tienen dos lenguajes, el lenguaje común y el lenguaje espiritual o de los cantos. Quien aprende el lenguaje de los cantos aprende un idioma más complejo que los demás de la comunidad, y es capaz de comunicarse con los ancestros y la naturaleza de la que formamos parte. En el testimonio, Casimiro también canta. Solo un poco, porque ese canto es para todo un día. Él sobrevivió a una masacre donde los paramilitares mataron a su padre, su tío y otro miembro de la comunidad. El mismo cuchillo le atravesó el cuerpo a él, que por unas horas se hizo el muerto, aunque casi lo estaba, mientras contenía la respiración aferrándose a la vida. La masacre cambió la relación de los kuna con su territorio, que quedó habitado por el miedo. Fue el 18 de enero de 2003. Hoy, más de dieciocho años después, vino a Panamá,

para dar su testimonio tuvo que viajar dos días, primero en lancha por los ríos y luego en bus.

Casimiro habló de cómo se estructura la comunidad. Para ello, no lo hace alrededor del más fuerte, del líder, sino que lo hace alrededor del más débil, “porque así, rodeando al débil, se hacen fuertes todos”. Esa es una enseñanza indígena para Colombia y el exilio. Los exiliados y exiliadas son, en muchos sentidos, ese más débil en torno al cual congregarse, acogerlo para una Colombia compartida.

Al finalizar tiene otra lección de geografía humana:

- El reconocimiento transfronterizo entre los pueblos indígenas va de América del Norte a Tierra del Fuego. Esta, para nosotros, es una sola tierra.

| Una maleta colombiana en Barcelona

Cada tiempo tiene sus aprendizajes. Tal vez un tipo de muerte sea esa incapacidad de seguir aprendiendo. En esta presentación del libro Una maleta colombiana, preparada con tanto cuidado, hay un montón de aprendizajes por metro cuadrado que no necesitan mascarilla tapabocas. También de arte. Nos hace falta costurar juntas para tejernos. Los significados de la maleta caminan entre nosotros. Para alguna, es un símbolo de que nunca se fue, ¡quien ha dicho! La maleta son todas esas presencias que nos acompañan.

- Cuando vi el título del libro, pensé en que me habían espiado. Porque siempre esa imagen vino conmigo. Aunque sea una imagen de una ruptura, es también de un viaje que sigue.

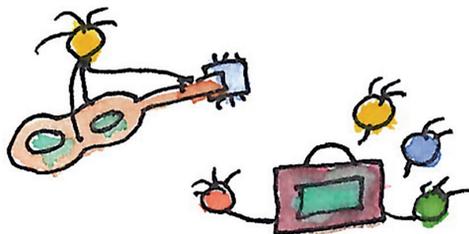
Cuando Estebana toma la palabra, habla de la maleta que a Doña Berta, su mamá, le tocó prepararle, todas sus letras salen al viento, y forman nuevas palabras, como si fueran un tipo de abrazo. Imagina.

En esta concentración de artistas, Nelly presenta un libro, Bajo el árbol de Mango, de historias que son las suyas, con algunos tintes de cuento porque así, en las noches, se columpia el alma. Juana escribió otro en medio de todo este proceso de la Comisión. El libro se llama con un número, 5749 días, que es el tiempo desde que se reconoció como víctima hasta que acabó de contarle, para después dejar eso ahí de lado porque no le gusta. Ese libro fue finalista entre los diez mejores de un premio muy importante, de esos que te impulsan para que despegues. Hace muchos años, llevé a Mario Benedetti un librito de poemas que había escrito, Las palabras de la Vida. Le habían gustado, me dijo. Y yo le creí. También me propuso que me presentara a un concurso, cosa que hice sin éxito. Su consejo tenía una postdata. No te desanimes, porque mis primeros tres libros nadie los quería publicar, lo tuve que hacer yo mismo. Aquella tarde no entramos en esos detalles. Felicidades Juana y Nelly, les dice nuestro aplauso.

Iván está avanzando en una película que estuvo esperando 16 años. La historia del secuestro de su madre por las FARC-EP, había sido muy dura para todos. Dos años esperando una salida. Cuando por fin fue liberada, se pudo llevar el diario que le había acompañado. Cuando ella murió, años después, Iván se animó a leerlo, porque esa maleta había estado cerrada desde entonces. Para ese paso de enorme valor, tomó trocitos también de este proceso de paz y de la comisión. Hoy vemos dos minutos de la película, que nos dejan como ese cuadro de Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina, tocándose apenas en la punta de los dedos.

Marta vino a contarnos y a cantarnos todo el proceso hecho con un grupo de hombres y mujeres para hacer una canción colectiva. Su música también nos columpia el cuerpo. Una de esas canciones habla de las vivencias del exilio, de los significados de la lluvia, y otra le canta a Colombia para decirle todo lo que ellas quieren que les diga, un reclamo de rabia -qué carajo- y de amor. Sus canciones son un tipo de lección reveladora. Marta aún no sabe que la primera historia de Una maleta colombiana habla de ella, y su primera canción que vino a acompañarnos hace dos años.

Iván buscó al muchacho de su edad que fue el custodio de su madre en el secuestro, del que tantas veces a ella le pidió perdón. Ella hablaba de él como otro hijo. Te preguntas cómo en un contexto de terror se puede tejer un vínculo de una autenticidad que solo ellos conocen. En los procesos de reconstrucción del tejido social, hay trabajos de cansancio de obrero, de tejedora entre los dedos, y hay manos que atan el nudo del milagro.



| Un fiscal con rostro

En las épocas más duras del paramilitarismo en Colombia, hubo fiscales que se la jugaron con todo. Me refiero a la vida. También jueces, procuradores, personeros y agentes del CTI. He conocido a muchos en el exilio. Una parte muy decente del Estado se vio así sin protección. Cuando las cosas iban avanzando, o sea iban bien, para ellas y ellos las cosas se pusieron peor. Dos movimientos que deberían ir en la misma dirección, como una ecuación de la justicia: a bien para las investigaciones, mejor para sus responsables. Aunque ese ha sido un problema de la justicia en Colombia.

Los hechos son tozudos, pero cuando los escucha una comisión, o un juez, tienen otra dimensión. No dejan de ser lo que son, pero la legitimidad de lo vivido, que siempre en una guerra es parte de la disputa, sale por encima de las olas y la vida de los derrotados se convierte en un referente para otros. Las jurisprudencias de la Corte o de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, son un claro ejemplo. También en Colombia, las sentencias de la Corte Constitucional son una referencia en la defensa de los derechos, aunque tantas veces la distancia entre las sentencias y la realidad de la gente sea aún kilométrica.

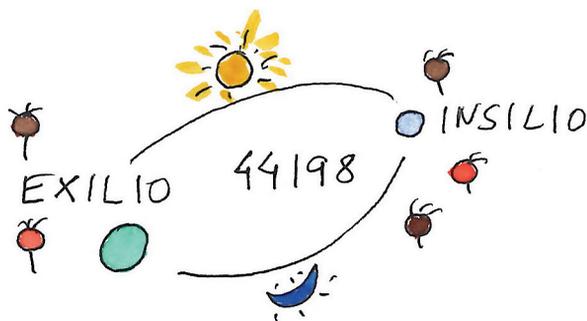
Las víctimas de tanta violencia han ido teniendo logros en muchos de esos escenarios, sobre cosas que en otro tiempo parecían impensables, por ejemplo, sobre violencia sexual o sobre los impactos en los ríos, convirtiendo en derecho lo que estaba oculto o era solo parte del paisaje.

Varios de esos funcionarios de justicia tuvieron que salir del país por las amenazas, e incluso fueron declarados insubsistentes, es decir que se quedaron sin trabajo y sin derechos. Una sentencia aún de pan caliente del Consejo de Estado, refiere que en el caso de un fiscal sin rostro que tuvo que salir al exilio, la Fiscalía argumentó ante el Consejo de Estado que había actuado de forma paranoica e infundada. A los exiliados se

les niega casi todo. A él la versión oficial le quitó la legitimidad de su trabajo, porque se decía que en realidad quería ir a escribir textos literarios al extranjero con su hija.

La sentencia reconoce el daño antijurídico del exilio y del insilio. Es decir, también la experiencia de los familiares que tuvieron que quedarse, porque el impacto de las pérdidas, la separación familiar crónica y el miedo, no afectaron solo a los que tuvieron que irse, sino a los que se quedaron. En esto, es la primera sentencia que lo hace. En el reconocimiento del exilio, es la segunda. El no tener rostro era una manera supuestamente de proteger a los fiscales o jueces, aunque tenía tantas otras consecuencias negativas, pero las redes a las que investigaban sabían todos los datos que hacían falta. Ahora tiene nombre y rostro, Carlos Bonilla. Y gracias a su persistencia estamos aquí. Hemos tomado testimonio en la Comisión de la Verdad también de otros.

El exilio era hasta ahora un no lugar invisible. El mundo jurídico no es la realidad, aunque a veces se la confunde, pero es una forma de validación social del sufrimiento también. Esta vez, del exilio y del insilio que son parte de esta ruptura del tejido social de la guerra. Esta mañana empieza a entrar por la ventana, un rayo de sol, esta sentencia del 17 de abril de 2021 con un largo número 44198, y se podrá ver más. La sentencia administrativa condena a pagar por el daño sufrido y a reconocer la persecución de que fue objeto el fiscal, así como a publicar una disculpa. Ojalá esa disculpa no mire solo hacia atrás, sino hacia esa conjunción de las dos cosas que, para que este país se recupere, tienen que ir juntas y bien.



| La política de la escucha

Hace unas semanas cuando María dio a luz una bebé hermosa, la felicité por la nueva vida y le dije que tendríamos que pensar cómo explicarle el mundo a estas alturas. Estos días de mayo 2020, Colombia anda incendiada. El segundo país más desigual de América Latina tiene enormes desafíos que siempre parecieron distintos, pero se han ido haciendo siameses. A finales de 2019, las movilizaciones inicialmente convocadas por los sindicatos y que abrazaron a tanta gente indignada, tenían no solo protesta sino propuesta. Y unieron dos cosas que casi siempre han estado separadas, la reivindicación del cumplimiento del Acuerdo de Paz y las demandas económicas y sociales de estudiantes, pensionistas y sindicatos. Después vino la pandemia, que nos dejó a todos encerrados. Y más luego, aislados de los demás y con el dolor y pérdidas que se acumulan, y con menos trabajo y más pobreza. Las propuestas de hacer una reforma tributaria, que gravaría aún más a las empobrecidas clases medias y a los pobres que sobreviven con la mitad de la canasta básica, volvieron ahora a llenar las calles.

Del exilio recibimos muchas letras conmovidas por las historias de movilizaciones y de golpes, de disparos y de discursos que incendian. Lo que pasa, deja a la gente con más miedo y menos ánimo. Cali es el epicentro del terremoto social, que tiene réplicas en los lugares más insospechados. Los terremotos sociales son como un cóctel en los que se juntan cosas explosivas. No son parte de un plan orquestado, ni se una capacidad organizativa que nadie tiene. En los momentos de crisis se necesitan bomberos. El abandono de las montañas prende la llama cuando la naturaleza se quema. El abandono social es esa retama que hace que una chispa se contagie más que el virus caprichoso y letal.

La pandemia ha confinado no solo a la gente sino al malestar, por eso dejó de notarse. A pesar de la paciencia de la buena gente colombiana, hay puntos de fractura donde la elasticidad social no da para más. Si hay algo que caracteriza a la política, es el discurso. Los grandes discursos,

las palabras dardo, los discursos monotema. Todos tenemos en la memoria algunos de ellos. Pero creo que no guardamos en la memoria una experiencia de escucha. Cuando tanta gente en tantos sitios de tantas maneras sale a caminar, en un contexto tan difícil, algo quiere decir. Aunque esa no sea la noticia. Los ruidos de las imágenes de robos o disparos, no dejan escuchar el murmullo de la historia. Como en el bolero de Ravel, la música se repite y crece, y crece, y crece, y hay que saber escucharla.

Los derechos civiles y políticos fueron separados de los económicos, sociales y culturales en las discusiones en Naciones Unidas en 1966. El mundo tiene declaraciones y pactos separados. Uno habla del derecho a la vida, la libertad, la asociación, la expresión y todos los que tienen que ver con el ejercicio de la ciudadanía. El otro pacto, firmado de forma separada el mismo día, es el de los derechos que hacen de la vida lo que es, la educación, la salud, el trabajo, la cultura. Los derechos escindidos se juntan estos días en las marchas de la gente, en sus reivindicaciones, y se separan aún más en las balas que cobran vidas.

Tras un largo testimonio en el que recorrimos sus 11 exilios Óscar Dueñas, un viejo lúcido que había sido presidente de la Unión Patriótica, cuando mataron a Bernardo Jaramillo y nadie quería ser el siguiente al final la entrevista cuando había hablado de asesinatos, desplazamientos, exilios, detenciones arbitrarias, todo lo que tenía que ver con el primer Pacto, me dijo algo de quien no saca rencor de esas experiencias, sino lecciones de vida:

- No se olvide comisionado. La clave de todo está en esos derechos económicos y sociales.

| Del conflicto intratable a más democracia

Una ciencia que se quiera histórica debe mirar tanto al pasado como al futuro y, por tanto, no puede contentarse con reconstruir más o menos fielmente lo que se da, sino que debe esforzarse por construir aquello que no se da, pero debiera darse; no los hechos, sino los por hacer.

Esa es una reflexión de Martín Baró, uno de los jesuitas asesinado en El Salvador en 1989 en medio de la ofensiva del FMLN por parte del batallón Atacatl, así hace más de 30 años, tenía esa lucidez que sigue enseñando tanto tiempo después de su muerte. Sus reflexiones son una forma de presencia y de diálogo ahora con la tarea de la Comisión de la Verdad. Colombia en llamas lleva casi quince días. La temperatura de ignición es aquella necesaria para que la materia empiece a arder y la llama se mantenga sin necesidad de añadir calor de afuera. La temperatura de destello es 10 grados más baja, ahí la materia se inflama pero si se quita la fuente externa de calor, el fuego se apaga. Ya pasamos la temperatura de destello. La reforma tributaria que fue la que aparece como la que puso la llama, ya se quitó, pero el fuego sigue. En este caso, el calor que viene a inflamarlo todo no viene de fuera, sino de dentro. De la inequidad y una democracia herida de falta de respuestas, con la metodología de las balas. No estamos en la guerra, pero los estereotipos del enemigo se siguen usando de nuevo, aunque las viejas fórmulas tienen claramente un objetivo político, por más que se repitan con letras grandes, ya no sirven cuando la gente ha perdido el miedo. Eso espero.

La psicología no se basa en teoremas como las matemáticas o la física, pero tiene algunos como el Teorema de Thomas, que dice que “si las personas definen las situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias”. Ese teorema define la capacidad del grupo para convertir en reales situaciones que suponen como tales, al adecuar su

conducta a esa situación. Espero que esto no le esté pasando al Estado ni a parte de la sociedad.

El psicólogo social israelí Dan Bar Tal ha hablado de los conflictos intratables como aquellos que se mantienen en el tiempo y en los que sucesivos intentos tanto militares como de negociación no han salido adelante debido a las condiciones estructurales del propio conflicto, pero también a creencias sociales que se transmiten a través de los años y que contribuyen a su mantenimiento, como las creencias sobre la propia seguridad, que conllevan mayor militarización, la deslegitimación y encarnación del mal en el otro, una ciega autoimagen positiva o una forma de patriotismo excluyente. En esos conflictos, las instituciones no están preparadas para el cambio exigido por su politización o visiblemente dejan de cumplir unas funciones, para mal cumplir otras, o sencillamente se van reduciendo a rutinas formales, en las que lo único que importa es la apariencia, pero donde se ceba la corrupción.

En Colombia, para que el conflicto sea tratable, se necesita ponerlo en otro sitio, porque donde está y donde se representa, no hay salida. Dejar de criminalizar las protestas. Escuchar las demandas. Y tener empatía con los más afectados, muchos muertos y heridos no son solo la estadística del sufrimiento. Hacer de la democracia no una carcasa vacía, llena de cargos, sino un método participativo para tomar decisiones. El malestar social tiene que ser escuchado desde un malestar ético, de que esto es intolerable y no desde un término medio. Ese es el único lado desde el que se puede tener un diálogo transformador y buscar salidas.

La Comisión de Esclarecimiento de la Verdad analiza esas cosas del pasado que siguen haciéndose presentes, la construcción del enemigo, la criminalización de la protesta y la necesaria separación de armas y política. De lo que se trata sobre todo es que de esto salga más democracia, y no más herida. En Colombia, el pasado es un tipo duro que no quiere irse, y del futuro no te puedes fiar si te quedas esperando. La juventud pide paso.

| La vorágine del tiempo

A veces, las cosas nos pasan en un tiempo en que no pueden ser vividas. Elizabeth sabe de eso, aunque, en su momento, las vivía sin tiempo para darse cuenta.

- En ese tiempo, teníamos la sensación de que había cosas para aprender.

Cuando la escucho pienso en que ese tiempo no se nos debería escapar entre las manos. Tal vez la muerte sea eso. Las mujeres de Salvagina tenían un lema que también pronto se nos olvida: ninguna de nosotras es tan fuerte como todas juntas. A pesar de que le tocaba navegar por los ríos, día arriba y noche abajo, no sabía nadar. Eran los tiempos en que en la mañana llegaba la avioneta que fumigaba la coca y el platanal.

La diplomacia consistía en llevar la palabra a los lugares donde puede ser escuchada, aunque tantas veces no haya sido invitada. A las lideresas les tocaba llegar a tantos sillones del poder con la palabra, ser las dueñas del mensaje.

En medio de tantas fatigas, fue secuestrada por paramilitares cuando tenía dos meses de embarazo. Cuando la liberaron tenía seis. De ese tiempo solo tiene las sensaciones en el cuerpo, un camino, una canción. La voz de una señora que le decía: no es la primera que cuido, cálmese. Todavía fue secuestrada una segunda vez, esta vez el horror fue un día en carro con la cabeza agachada y el miedo erizando la piel.

- Nunca me imaginé tener que ser atendida como víctima.

Cuando pidió asilo, todavía estando en Colombia, tuvo la sensación de que aquellas palabras que escuchaba las había pronunciado ella misma varias veces. Estaba en una embajada adonde entró para salir de su propio país.

| El Grito

El Grito de Munch, el famoso cuadro del pintor noruego que expresa la desesperación en silencio, se parece estos días a Cali y a tantos otros lugares de Colombia. El expresionismo fue un movimiento artístico que dejaba ver lo que venía de dentro, y no tanto la realidad que refleja, que impresiona o se representa. Sus formas no reproducen ni difuminan, van como un mensaje certero. A veces distorsionando, los trazos agudos, otros ondulantes, lo dicen todo.

Cuando ves las imágenes de las pistolas disparando a los jóvenes al lado de la policía, cuando te imaginas todo lo que no se ve de tantas muertes, enfrentamientos, resistencias, detenciones, torturas y hasta desaparecidos. Cuando escuchas los discursos de odio. Cuando los relatos igualan todo. Cuando la narrativa es una versión siempre repetida de lo inevitable. Estos días Colombia se despierta como en la película *Atrapado en el tiempo*, donde el mismo día se repite en cada siguiente amanecer de forma desesperante aunque sea una comedia. Aquí la tragedia se repite cada nuevo día porque se le aplican las viejas fórmulas de más de lo mismo.

Estas semanas, cuando uno tiene que ponerse a escribir este informe de la Comisión sobre lo que se considera “el pasado”, porque una vez o mil veces sucedió, sabemos que de tantas maneras no lo es. Porque los mismos recursos, los discursos, las balas o la mentalidad de los golpes y sus justificaciones, se repiten. La indignación no es solo una respuesta en caliente, aunque todo está demasiado vivo como para incluso poder escribir. Necesitamos también la indignación que cala los huesos. En Colombia se repiten una y otra vez los discursos de los lados, del blanco y negro, y de los grises. Los terapeutas chilenos que trabajaron con víctimas de la tortura nos enseñaron que no hay neutralidad ética posible, ni siquiera en la terapia. Porque el dolor de la tortura nos dice algo de nosotros mismos, no aguanta bandos ni justificaciones. La Comisión no la tiene tampoco. Estamos a un lado, sí, el lado de los colores de la vida.

Creo que los grises de los que tanto hablamos representan grados de lo mismo. Y la alternativa pasa por ejercer el arco iris.

Las fachadas de las casas duermen en ese silencio. El grito atrapado en el tiempo, necesita un poder que escuche. La democracia no es un estado, sino un ensayo permanente. O se ejerce, o también es un fracaso. José Saramago decía que cuando muriera quería que en su epitafio dijera algo que le acompañó toda su vida: aquí yace un hombre indignado.

Las luciérnagas y el futuro

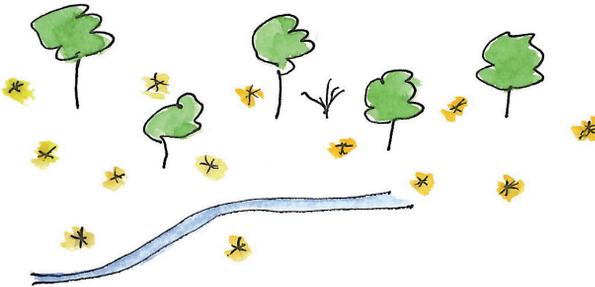
Tibú es un sitio peligroso. Allá ha pasado de todo, y se vive con ese presente que quiere ser distinto a lo sufrido, pero tiene un pasado pegajoso. La Gabarra, El Tarra, son lugares del Catatumbo donde hubo masacres en la década del 2000 que resuenan aún en los oídos de Colombia, y que no se les han olvidado tampoco a los campesinos que huyeron a Venezuela y aún andan por esas tierras hermanas. Hace un tiempo que podría ser hoy, hay una reunión con el obispo hablando de la continuidad del conflicto armado a pesar de la firma del acuerdo de paz con las FARC-EP. Aún hay un proceso de paz que espera un futuro distinto, que se extienda a otros actores y se consolide. Que se cumplan las medidas que la traerá y se aliente el desarrollo de las regiones más excluidas del país, donde la hoja de coca es la única esperanza, porque el banano ni la yuca ni un Estado que ayude dan para vivir, a la vez que la cultura del dinero fácil y las armas se consolidan.

Algunos obispos de Colombia han tenido un papel clave en la defensa de una salida política al conflicto armado colombiano. Monseñor Jaime Prieto era uno de ellos. El obispo de Barrancabermeja, cuando lo conocí, tenía esa lucidez que te da haber estado en todos esos lugares en los que la gente habla de oídas o esos nombres que nos recuerdan el horror. En 1999 empezamos un proyecto con los equipos de Pastoral Social que se llamaba Teveré. Testimonio, Verdad y Reconciliación. Formamos equipos y tomamos testimonios en medio del miedo. Esa era la única posibilidad de hacer algo para lo que no había condiciones políticas, pero sí la voluntad, aunque la conferencia episcopal de aquel momento se dejó atrapar por la cautela o el miedo. La falta de esas condiciones subjetivas dejó el proyecto en el aire. Hay cosas que no han visto la luz, pero la acumulan para un día.

Los obispos del Pacífico colombiano o la Pastoral Social, y sus equipos que no se ven, pero ahí están, son en estos días los abanderados de convertir las líneas rojas que delimitan los territorios, y lo que se puede

negociar o no con la sangre de la gente, en propuestas para la vida y la esperanza. Hay calles que vemos movilizadas, veredas en cambio confinadas. Todas son parte del mismo anhelo que a veces se desespera, precisamente porque tiene esperanza.

El obispo de Tibú habla con cerca de 400 jóvenes, en ese encuentro en Catatumbo donde participa el equipo de la Comisión de la Verdad. Comparte sus reflexiones sobre un tipo de bicho estrella. Somos ojalá luciérnagas. En medio de la noche cerrada, cuando no hay luna y las nubes lo ocupan todo, las luciérnagas son trocitos de osa mayor o estrellas polares que dan la única luz que tienes para ver un camino. Así son los jóvenes, los líderes y lideresas, las comunidades movilizadas estos días. Puede parecer poca cosa, pero si tienes 400 luciérnagas, y hoy decenas de miles que quieren no solamente ser escuchadas sino hablar, ahí no puedes ver solo la noche, sino el futuro.



Reescribiendo el exilio ¡Gracias jóvenes!

- No nos juntamos para tener respuestas. Pero cuando cada quien iba compartiendo sus dudas, encontramos en el otro algo nuestro.

Hay veces que toca escribir casi sin tocar las palabras que salieron al viento. A los dos lados de una pared, en dos habitaciones separadas de un lugar en Bilbao, en uno, los padres y madres en el exilio cuentan sus historias, en el otro, los jóvenes comparten sus preguntas. En el lado de lo mucho vivido, aparece sobre todo la necesidad de contar, de explicar los hechos de Colombia y el momento de la salida. Del otro lado de la pared, entre los jóvenes, la palabra circula con preguntas y vacíos que van llenando con la vida de ellos mismos. A un lado, la certeza de las pérdidas. Del otro lado, el anhelo de las búsquedas. A veces, el silencio es parte de esta pared en la vida.

En un lado las memorias rotas se juntan como en un mosaico que reconstruye. En el otro son pedazos de la misma historia, que no son solo hechos sino emociones y biografía, parte de su identidad ahora compartida. Los y las jóvenes dicen que ya perdieron el miedo, y que este espacio es en el que pueden hablar. Para hablar de muchas de esas dudas y experiencias necesitas otro que escuche y que las entienda, porque ante todo esa verdad que nos hace no es solo un contexto sino un vínculo social. También saben que aprendieron desde chiquitos que el silencio les protegía de las acusaciones o las incomprensiones, de las respuestas estereotipadas de brocha gorda.

- Sabemos que el silencio pesa, aunque también es formador de nuestra identidad.

Las reflexiones hablan con una sabiduría fresca, que tiene la verdad de lo recién nacido.

- Uno aprende a vivir con eso. La cicatriz está, pero la miras con otra mirada.

Aquí no tienes que cambiar tu historia para que te acojan, aquí puedes ser tú, y descubrirte en los otros. Tal vez sea una forma de eso que llamamos “tomarse la calle”. Muchos jóvenes esta mañana hablan de que sentían que su experiencia no tenía legitimidad. Si tienes 20 años y te comparas con lo que sufrieron tus padres para tener que huir, parece que lo tuyo no vale, que no da la talla. Aunque lo has vivido, y de tantas maneras lo padeces. La segunda generación tiene esos dolores que parece que no son suyos.

- Antes de venir y juntarnos, la historia era de mi papá. Compartiendo con ustedes, ahora también me doy cuenta de que es mi historia, porque es nuestra.

La segunda generación parece una extensión de una cosa que te viene dada. Como una herencia con la que llegaste al mundo, a este otro de Ecuador o Bélgica.

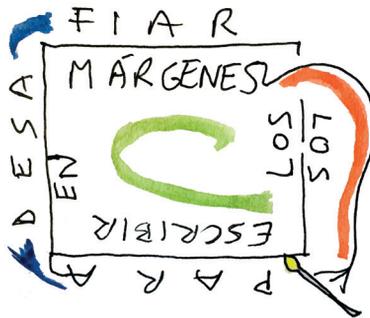
- El exilio es una ruptura del cuerpo. Nos vamos forzados del país que somos.

El aliento para estar juntos hoy, para este recorrido es la lucha por la paz y la justicia en Colombia, que es a la vez la afirmación de sí mismos y la superación del contexto que los niega. Cuando ven las imágenes de la violencia en las calles, e imaginan la que no se ve, sienten que su exilio se reactualiza, como si de nuevo se niega el espacio para vivir.

- Luchamos para que seamos los últimos.

Cuando repaso las verdades de esta tarde y del documental *Reescribiendo el exilio* que presentamos sobre las segundas generaciones, vuelvo a Maria Zambrano, la filósofa exiliada de la guerra civil española, que habla del valor del recorrido de la palabra:

- Para llegar a quedarse en sí, en estar más cerca de ser criatura de la verdad que personaje de la historia.



| El Flecha y las lecciones del abuelo

- Mi abuelo, que era un campesino que no había ido a la escuela, me enseñó tres cosas en medio de las dificultades que acumulaba en sus muchos años, a ponerme metas y ser persistente, y sabía de lo que hablaba.

También le enseñó otra, que tantas veces comparten estas segundas generaciones que han crecido en otro país, en su propia identidad entre el aquí y el allá: no tener miedo a ser diferente. Hay lecciones así, en cápsulas para la vida. Cuatro o cinco palabras, cuya profundidad tiene el latido de las raíces que son capaces de hacerse uno con la tierra y, de ese intercambio, impulsar la savia hasta lo más alto.

El exilio es un indicador de la guerra. Tal vez el menos visible en los países que expulsan, pero que se deja ver en historias y estadísticas, en mares, calles, trochas y oficinas de atención de otros mundos. El encuentro entre exilios que se han dado entre la gente de Colombia y otros países, está habitado de historias de entenderse y de ayudarse. Hay refugiados colombianos que trabajan en la acogida de refugiados de Siria o Afganistán, porque saben lo que se vive, porque han transitado por esa dura senda en la que no te creen y donde no tienes lugar. También antes estos refugiados colombianos recibieron el abrazo de refugiados salvadoreños que han sido su ejemplo. Hay refugiadas colombianas que se juntaron con bosnias o kosovares en el mismo centro de acogida, compartiendo el plato y la esperanza.

Los lazos entre la gente exiliada de diferentes mundos, dictaduras o guerras también llevaron a estar con las mujeres uruguayas o argentinas exiliadas en Suecia o Bélgica, que le ayudaron a Diana a expandirse como persona, porque andaba arrugada. Para otra sobreviviente que hoy nos abraza en medio de este encuentro en esta pandemia de distancia social, estar con otras sobrevivientes en el exilio del Cono Sur, le hizo

ver una identidad compartida. El encuentro humaniza lo que ha sido duro.

Hernando se juntaba con otros amigos en el exilio, compañeros de destierro en París. En lugar de lamerse las heridas, también aceptaban la injusticia sufrida como punto de partida. Alfredo Molano peleaba con las calles de Barcelona en su exilio, cuando Carlos Castaño, el jefe paramilitar de las AUC, había decretado su muerte. El decreto se quedó en Colombia y él se fue al exilio. Y anduvo peleando con la ciudad, hasta que se dio cuenta que Barcelona no le había hecho nada.

Cuando los exiliados en París hablaban de sí mismos, convocaban la historia de El Flecha, contada en un casete-teatro en 1975, que salió corriendo en su último combate y que ellos convocan para hablar de su derrota. Hay una sabiduría popular en el contar historias de fracasos que se convierten en melodías de la vida. Los boleros son una muestra de ello. La desgracia del exilio tiene también su metáfora en el rebuscador derrotado, que sabe que no hay otra victoria que la persistencia en la lucha. Una lección para añadir a las del abuelo de José.

| Urabá en Suiza

I

Los mercados del mundo juegan con el futuro de la humanidad. El precio del café o del arroz para dentro de cinco años se cotiza hoy en la bolsa, queriendo atrapar el tiempo, mientras a quien cultiva, el peso del hoy se le carga como un fardo a la espalda. La denuncia de este jugar con el tiempo que no nos pertenece es parte del grito contra las políticas y economías que llevan al cambio climático forzado por esto que llamamos civilización. O a las que prometen a las nuevas generaciones más exclusión y violencia. Si las amenazas contra el futuro cotizaran en bolsa con el nombre de lo que son, al menos tendríamos el poder de generar vergüenza.

Hay testimonios del exilio que son historias partidas por una devastación. A María todo el mundo se le había caído encima, pero llegó el día en que salió ella misma de la cárcel en la que estuvo su esposo cuando lo liberaron. La familia que les acogió en Medellín, era también de Urabá, donde Andrés había sido alcalde. Mientras ellos eran de la UP, el padre de esa familia de acogida era del Partido Liberal. Siempre he creído que el tejido social tiene más capacidad de superar ideologías y barreras que las directrices políticas que dan la orden de marcar las vidas. Pero a esa casa también llegaron los mensajes:

- No vuelvan a Urabá, los mataremos.

Un año antes, cuando le tocó salir de Chigorodó, en medio de la tormenta, en su pueblo de Arboletes, de nombre alegre e historia cruel, las hojas de los árboles le dijeron adiós. Después, de Medellín tuvo que huir a Ecuador. Cuando salió de la cárcel, él se fue, y ella se quedó a arreglar todo lo que quedaba. Un mes después le mandó un mapa. Con esa hojita de papel que tenía todos los pasos para que una campesina

afrodescendiente tomara un avión que solo había visto cruzar los cielos, y un bus hasta Ipiales, y un camino a pie, y todas las precauciones que hay que tener cuando esos viajes se hacen en medio de la persecución. Ella cuenta que ese croquis había sido hecho con tantos detalles certeros, que solo había que seguirlo a pies juntillas. Asombra escuchar la confianza total en un papelito que indicaba todos los vericuetos de un camino.

Imagino a quien lo hizo siguiendo con su intuición cada uno de los pasos, en tiempos en que no había celulares ni cybermapas. El día y la hora previstos llegaron. Apenas quedaba cruzar una línea que llamamos frontera, y en la que antes hay que mirar hacia los lados.

Del otro lado, a unos metros del abismo, estaba un abrazo que llegó de Quito antes de tiempo, y que no estuvo comiéndose las uñas, porque guardaba todas sus energías para anticipar un futuro que venía con ella. Y celebrarlo.



II

Cuando llegó a Suiza en pleno otoño, las ramas de los árboles se iban quedando desnudas y el aire se llenaba de hojas de lo que le parecían mariposas. El exilio es una palabra pequeña a la que no le cabe tanta cosa. En francés aún más pequeña, exile. En inglés aún más, exil. Todas ellas para hablar de algo tan desgarrador como la separación de la tierra. En euskera, exilio se dice *erbeste*, que se traduciría, si es que eso se puede hacer, como ser otra vez otro o estar en otro pueblo.

La primera conversación con su familia tardó seis meses. Y había que llamar con unas tarjetas de 5 francos, que solo te daban un minuto de conexión. ¿Cómo estás? Bien. Y ya no había tiempo para más. Un día, su hermana le dijo:

- No queremos que nos llames más.

En Urabá. para ir a hablar por teléfono tenían que desplazarse a una cabina del pueblo y ese rito de mantener el vínculo era un hecho social intolerable. El terror es parte de esa herida. Antes había dejado todas sus cosas a su hermana, pero terminó quemándolas porque no quería que, si allanaban su casa, encontraran documentos de la UP. El miedo la obligó, insiste ella.

Al exilio te llevan muchas situaciones obligadas. Aunque no quieras, tienes que salir. El exilio es también una ruptura psicológica de la continuidad de la vida. Y sabemos que retomar el control de la propia vida es un elemento clave de la salud mental. La persona refugiada queda siempre en manos de otros, los que le interrogan, las que le acogen, los que deciden si sí o no. Los que protegen o vulneran. El derecho con que se creen otros al desprecio. Todo eso te quita el control.

Cuando te has quedado sin tu tierra, sin tu territorio, tener control sobre tu propia vida se convierte en una tarea heroica. Además, la UP estaba llevando a cabo proyectos sociales en medio de la paz que se trataba de construir y la guerra que se vivía. En Urabá hubo tantos muertos en ese tiempo, de lado y lado, o sea del mismo lado, que los huérfanos y las mujeres necesitaban ese abrazo colectivo que a veces puede ser la política que pasa por un centro de acogida, por una escuela, por un lugar donde comer. Dejarlo todo no es borrarlo todo, aunque no hubiera tiempo para las despedidas.

En Suiza, a los pocos meses de llegar, como pasa en el exilio, el futuro era el día siguiente. Pero, aunque lo hayas perdido todo, no has perdido las herramientas. Todas las que traes, te sirven.

III

Escuchar los testimonios, tomarlos, es hacerte parte de esa historia. No es una concesión de la víctima, es un compromiso de quien escucha. Antes de salir de Ecuador, ella quedó embarazada. En muchos testimonios, la fuerza viene de la semilla. Cuando tienes que reconstruir tu mundo, también hay que pensar en el de dentro:

- Tuve que reconstruirme interiormente, tanto mi cuerpo como mi pensamiento.

Muchas víctimas y sobrevivientes sufrieron como consecuencia el desapego. Cuando los vínculos se han destruido de forma forzada y traumática, poner distancia del dolor puede llevarte a no establecer de nuevo nada que pueda romperse. Mucha gente en el exilio se ha pasado años no comprando una cama ni poniendo bonita su casa, porque el hogar es un lugar donde se reconstruyen los vínculos y ellos se sentían no solo de paso en un país nuevo, sino de paso por la vida de los demás. Las formas de protegerte del sufrimiento tienen mil maneras de buscar cómo mantener lejos el futuro.

El desgarro viene con algo pegajoso que no te quitas de encima. Cuando ella nació, Andrea empezó a despegarlos de la tragedia. Los hijos e hijas han sido para mucha gente la experiencia resignificante de la vida. O sea, un tipo de rescatista.

El futuro no es solo Andrea, pero venía con ella.

| Hermenéuticas para la paz

Normalmente entendemos por hermenéutica el arte o el método de la interpretación de textos, comunicaciones verbales o escritas. Martín Baró usa el término hermenéuticas bélicas como claves de interpretación no solo del lenguaje sino del comportamiento colectivo en los contextos de conflicto armado o guerra, como el de El Salvador de los años 80. Para ello usa las preguntas que los interlocutores se hacen del otro. Lo que caracteriza a un conflicto armado, aunque no solo, es la polarización social. La polarización es proceso psicosocial por el cual las posturas ante un determinado problema tienden a reducirse cada vez más a dos esquemas opuestos y excluyentes alrededor de un determinado ámbito social. Y es psicosocial porque teje las percepciones, vivencias y comportamientos tanto individuales como colectivos. El acercamiento a uno de los polos, arrastra no solo el alejamiento, sino el rechazo activo del otro. Al polarizarse, la persona deja el pensamiento propio y se identifica con un grupo, asumiendo su forma de captar el problema, lo que le lleva a rechazar conceptual, afectiva y comportamentalmente la postura opuesta y a las personas que la sostienen.

Cada vez más, en más conflictos y países, hemos visto cómo ese proceso de polarización se da dejando de lado el pensamiento propio y sumándose a un pensamiento grupal que define la realidad según ciertos estereotipos de los que no se puede salir y no se pueden discutir. Se asumen como propios y tienen un fuerte componente emocional, con lo que no se discute del tema, sino que se responde directamente.

En un contexto polarizante, la pregunta tipificante, es un índice de identidad política. ¿Quién es?, se operativiza como ¿a qué grupo pertenece?, ¿al nuestro o al de ellos? La respuesta a esta cuestión, por incipiente que sea, guía el comportamiento. En los contextos de fuerte polarización social, las preguntas tipificantes sustituyen a las preguntas de contenido. ¿De qué lado estás?, sustituye a ¿qué dices? Y así, es a veces casi imposible un diálogo, porque no se habla de lo que se dice, sino de quien lo dice. El valor de lo dicho se asocia a la posición con la que uno de identifica, y no a los hechos o responsabilidades reales.

Incluso el lenguaje está secuestrado por dicha polarización. En el País Vasco, si hablabas de violencia terrorista unos interlocutores te decían que solo te fijabas en la violencia de ETA, si decías violencia política, otros te señalaban de legitimar la violencia de ETA. La búsqueda de salidas políticas basadas en ese diálogo se vuelve casi imposible, porque ni siquiera hay un lenguaje común para hablar de lo que sucede.

En los contextos de fuerte polarización social, aunque no estés a uno de esos lados, el marco social está configurado de forma cerrada por esas identidades, y si no te pones en un lado, te ponen. Así, para tratar de vivir en ese contexto, mucha gente puede pasar al silencio como una forma de evitación del conflicto y proteger la propia identidad. Y eso pasa tanto en las relaciones políticas, como en las familiares, ya que dicha polarización teje también las relaciones interpersonales y la propia subjetividad

La valoración positiva o negativa, queda totalmente subordinada a la pertenencia al grupo de “nosotros” o “ellos”. Solo se escucha o se percibe como positivo lo que corresponde a “nosotros”. Y en la medida en que muestres un distanciamiento respecto a ambos grupos, eres parte también de este grupo. No hay posiciones intermedias, porque no se concibe la realidad del arco iris.

El carácter peyorativo de la percepción, constituye en atribuir al rival los comportamientos calificados como malos y a las circunstancias ambientales, aquellos comportamientos del mismo que se reconozcan como buenos; y lo contrario, ocurrirá respecto a los nuestros. La interacción se convierte en un juego de proyecciones subjetivas, que más refleja los prejuicios y temores grupales, que las realidades vivenciadas. Si el contrario hace algunas cosas bien se atribuye a la casualidad o a las circunstancias y lo negativo a su esencia. En el propio grupo, lo que hacemos bien es porque somos buenos y si hacemos algo mal es por las circunstancias o el azar.

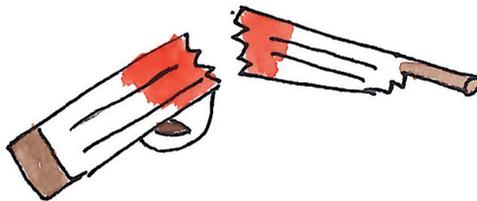
Las hermenéuticas bélicas se caracterizan por el predominio de los juicios éticos extremos. Ellos tienen todos los defectos, nosotros todas las virtudes. Y los pánicos morales, que atribuyen a cualquier posición de quien se considera contrario una carga moral negativa, y los temas que plantea un ataque a la propia identidad, descalificándolos y atribuyéndose una posición ética que en realidad es un pragmatismo instrumental. Es decir, es válido en cuando es positivo para mis objetivos, no en sí mismo ni porque corresponda a una mínima ética del comportamiento.

Las instituciones sociales se politizan. La familia, la escuela, las iglesias, la justicia, son vistos así en términos políticos. Lo que contribuye a un acelerado desmoronamiento, se van reduciendo a rutinas formales, donde lo que importa es la apariencia. He conocido familias rotas por la imposibilidad de procesar esas diferencias, cuando sus vínculos y relaciones están entonces mediatizadas por ese fenómeno. Incluso muchas personas que en otros ámbitos son razonables, terminan reproduciendo de forma acrítica un comportamiento polarizado.

Cuando leo a Martín Baró, en estos diálogos con él, no estamos solo hablando de El Salvador de 1986, Estamos hablando de Estados Unidos, Venezuela o España o Europa. Y sobre todo tenemos lecciones para entender e interpretar Colombia en este 2021. No habrá paz en el país sin otras hermenéuticas que dejen el belicismo como un pasado del que aprender, e incorporen las hermenéuticas de la reconstrucción del tejido social, donde el otro es parte del nosotros, se reconozca la verdad de lo sucedido, y la búsqueda de salidas políticas se base en la ética de los derechos humanos. Donde no se siga teniendo una visión selectiva de la realidad, y se dejen de lado los pánicos morales que impiden hablar de las transformaciones profundas que el país necesita, no solo en el modelo de seguridad o económico, sino también en esta dimensión psicosocial de una identidad colectiva que no se base en los símbolos, sino un proyecto humano compartido.

Para seguir la conversación:

<https://doi.org/10.11144/Javeriana.9789587816297>



| Deshaciendo el cruce de dos tiempos

En 2002, mientras la universidad estaba siendo vigilada como un nido de profesores y estudiantes comunistas, la vida de estos andaba entretenida en estudiar y formar a las nuevas generaciones, y también observar lo que estaba pasando en la institución con los fondos para educación e investigación. También la universidad era un territorio de disputa de la guerra, donde estaban paramilitares, guerrillas y servicios de inteligencia. En esos contextos es muy fácil que corran los rumores de que estás aquí o allá. En Colombia, los rumores son la antesala de algo más.

Uno de los estudiantes que luego fue asesinado, llevaba las cuentas de cómo se desviaban los dineros, uno a uno. Esa, como se sabe, es una tarea de comunista empedernido. Otros profesores y sindicalistas hacían parte de los estafados y de quienes no querían seguir mirando para otro lado. Las redes mafiosas en varias universidades del Caribe mezclaban las amenazas y los asesinatos con el bolsillo que iba creciendo. Los ejecutores de esa política son los que menos dominan la historia. Los que están más arriba en la pirámide y los que están sosteniendo la escalera son los que más saben, y también conocen como esconderse. La Comisión no investiga responsabilidades individuales, pero sí las redes colectivas.

-Nosotros éramos los últimos, los que hacíamos las acciones, o sea, los que cometíamos el homicidio.

El lenguaje de este ex paramilitar trata de tener distancia de su responsabilidad. Quien tenía el oficio de matar, también tenía que pasar por esas horas de tedio esperando para ver si la víctima salía, cómo se movilizaba o donde era vulnerable.

Del otro lado, el profesor Jorge Freytter tenía algunas costumbres como la de estar en la universidad y la de volver a casa. La mayor parte de las víctimas amenazadas que he conocido, a las que los siguieron en esas tareas de inteligencia para saber sus movimientos, o en algunos casos para que los encargados se hicieran visibles si querían amedrentar,

vivieron esos seguimientos con incredulidad, enorme tensión y miedo. Salir corriendo o guardarse tras la puerta, cambiar de dirección, dar unas vueltas o ir a casa de un familiar. Los que van a matar a veces también están nerviosos si aún no se han acostumbrado, si la deshumanización no ha llegado a que les dé ya igual. Por eso los mensajes tranquilizantes de la escalera son tan importantes: él es un guerrillero. El guerrillero no es un bicho humano como tú y yo, sino un tipo de satán, una cucharacha tutsi como los mensajes de la radio Mil Colinas que formaron parte del genocidio de Ruanda en abril de 1994. Alguien a quien aplastar. Los paramilitares fueron usados para el control de la universidad, que pasaba por eliminar la ideología comunista y quedarse con la plata. El dinero siempre está detrás de esas explicaciones filosóficas, como descubrimos cuando se supo de las cuentas en Suiza de Pinochet.

Ha habido cargos de las universidades tejidos por ese entramado de intereses, en los que la violencia, el poder y el dinero son los mecanismos de la combinación perfecta. Casi todas las explicaciones de la guerra podrían quedar ahí, y nadie sería en realidad responsable. Nombrar las cosas, a veces, es una forma de mirarse en el espejo, ese sencillo ejercicio que Hanna Arendt decía que era muy saludable para evitar ser parte de esa historia.

-Hay que matarlo porque está metiendo mucha bulla.

La bulla a veces es un acelerador de la muerte. En lugar de frenarla, porque la denuncia para eso nació, para ser preventiva y para ejercer la dignidad frente a lo intolerable, en muchos casos de Colombia en los que la gente tuvo confianza en el sistema y denunció lo que estaba sucediendo, no conllevó protección, sino que todo se hiciera más rápido.

- Yo era un soldado que va a matar a un guerrillero.

Esa es toda la explicación. Pero el paramilitar tiene también reflexiones del que, aunque sea demasiado tarde, sigue el consejo de Hanna Arendt.

- No pensé que era mentira. Que detrás había personas, hijos, una familia.

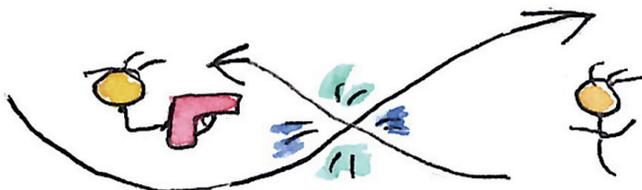
Uno de los hijos está aquí, también se llama Jorge y ha empujado desde su exilio la investigación del asesinato de su padre.

Para acelerar el tiempo, el entramado que llevaba a cabo esos operativos, contaba con la asistencia del DAS y del Gaula. La policía antiseuestrados estaba en este caso involucrada en secuestrar y torturar. El ejecutor no tenía que estar esperando aburrido, le iban a avisar en el momento. Y el DAS, que a veces era quien escoltaba a muchas de las víctimas, avisaba en algunos de estos casos a los que estaban esperando para *cometer el efectivo*. En Guatemala Noel de Beteta, el asesino de Myrna Mack en 1990, hablaba así de su asesinato con 21 puñaladas. Myrna era una investigadora acusada de guerrillera que investigaba incómodamente sobre los desplazados de la guerra. Los estereotipos y estigmas cumplen una función psicológica para quien mata y para quien mira, pero no pueden esconder también unos intereses que tantas veces permanecen ocultos tras el discurso ideologador.

Los dos tiempos, el de la víctima que aún no lo es, y el del asesino que aún puede dejar de serlo, tienen olores y ritmos distintos en este Caribe donde el calor pesa. Se juntan en un disparo o en la bolsa con la que lo asfixiaron en unas instalaciones donde se construyen y arreglan barcos, y que pertenece a varios miembros de la élite. El choque de los tiempos es irremediable. La conciencia no, siempre tiene algo que decir, que reconocer, que aprender.

- Lo que se necesita es que la gente conozca estas cosas, que la sociedad permanezca atenta para tomar cartas en el asunto.

Lo podría decir Jorge que ha empujado el caso hasta aquí, pero lo dice el paramilitar, en otro tipo de lugar donde se juntan esos dos tiempos. Ya fue demasiado tarde, porque a Jorge Freyter padre, como a tantos otros, lo mataron, pero igual aún no lo es. El reconocimiento de esta persecución e intento de control del pensamiento crítico y de sus recursos, tal vez es una forma de reconstruir el templo y su función social.



| Lecciones de solidaridad

El exilio que tantos desgarreros contiene, está también habitado de solidaridad, que es lo que nos salva. A veces eso es la diferencia entre la vida y la muerte. Como en *Océano Mar de Baricco*, el naufrago es un superviviente que ha estado en un lugar del que no se puede hablar, se pueden buscar las palabras, pero no se puede entender si no has estado allí, siempre hay un eco que se queda en los silencios. Pero la solidaridad no necesita de narrativa, es un abrazo de gestos. ‘Los escondidos’ así se llamaban a inicios de los años 2000 los refugiados en Suecia que eran rechazados para serlo por las autoridades, a pesar de que lo eran. En esas épocas la discusión en todos los países de Europa era que quienes no tenían documentos eran eso, sin papeles, pero ningún ser humano es ilegal. Algo anda mal en las leyes del reconocimiento del refugio en el mundo.

Había entonces una red de apoyo para los escondidos, en Suecia, un país en el que esas cosas no pasan, todo el mundo tenía sus 4 cifras, que son los números personales del registro nacional, que la gente carga orgullosamente. La fecha de nacimiento y 4 cifras más que te dan la categoría para permanecer en el país.

“Los escondidos”, eran la muestra de la necesidad de refugio y de la perplejidad del país. Entre el tira y afloja de la expulsión y la resistencia, la Iglesia Sueca y diversas organizaciones humanitarias y asociaciones de colombianos andaban en esas aguas flotantes con la gente para evitar el naufragio.

- No preguntábamos ni a qué grupo pertenecía, ni de dónde venían ni quienes eran, ni cómo.

Javier cuenta que era una solidaridad abierta, desde la perspectiva de derechos humanos y con toda una red de médicos, enfermeras, parteras

y abogados suecos que tenían este gesto solidario de atender a estas poblaciones. A media noche la llamada para atender un parto, tenía la urgencia de la clandestinidad pero la misma atención, aunque tuviera que entrar por la puerta trasera del hospital para que las parteras solidarias pudieran hacer su trabajo de acompañar al nacer.

Las lecciones de solidaridad las dan las poblaciones de acogida. La historia del exilio está habitada de Estados que acogen, con los que los exiliados están agradecidos, y también cada vez más de negaciones. Pero la que no ha dimitido, ni depende de la convención del 51, ni del pacto de Cartagena del 84, por poner algunos tratados y acuerdos que dan cobertura legal al refugio, es la solidaridad hecha de gestos de tanta gente anónima, que es parte siempre de ese papel de las sociedades por encima de los Estados. Cuando pienso en eso no lo hago tanto en esos gestos, sino en lo que significa “lo que nos salva”.

Escuchando y aprendiendo de la UP en el exilio

Para quienes tejieron esas y otras esperanzas, para los que ya no están, y para los que, como dice María Zambrano hablando de su propio exilio, a quienes nos dejaron en la vida, quienes perdimos todo, menos la vida.



I

Cuando uno escucha a los sobrevivientes de la UP, tienes la sensación de que estuviste allí. En los inicios de la militancia, muchos de ellos y ellas empezaron en la JUCO, las juventudes comunistas que andaban en las peleas de ese tiempo. El alza del transporte y la reivindicación de la tarifa para los estudiantes. La elección directa del rector de la universidad. Tal vez sin aquellas luchas no tendríamos hoy el bono del bus para los estudiantes o las elecciones de rectores en tantos lugares del mundo. Asombra escuchar por qué algo tan básico tenía que convertirse en bandera. Varios de ellos fueron detenidos unas cuantas veces mientras se hacían mayores. Una de las veces, un antiguo compañero metido ahora a policía, le dijo: usted puede irse al monte, se retira o lo matan.

La mamá de Olger llegó a decirle: qué bueno que te fuiste. Pienso en lo que significa que te diga eso tu madre. También le pasó a otra gente que hemos entrevistado y no eran de la UP.

II

Las historias de cada militante, cada cargo que hemos entrevistado, son distintas, trayectorias personales que te cuentan los matices de vidas. A él, por ejemplo, que fue sobreviviente de un atentado, le tocó oír de

todo. Que tenía problemas matrimoniales. Que fue para asustar. Que pleitos por un pedazo de tierra. Que seguro fue la guerrilla por peleas en el sindicato. Las vidas también tienen esas historias compartidas que nacen de un tercer actor, que no es a quien iba dirigida la granada, ni la mano que la tiró. Ese actor no tiene cara, pero tiene todos los rostros: *en algo estará, algo habrá hecho*. Luego están las más extendidas políticamente, que tratan de explicar que a la gente la mataron cuando salía del mitin o en el salón de su casa porque las FARC-EP habían señalado la importancia para ellos de la combinación de todas las formas de lucha.

En todos los testimonios que escuchamos solo vemos gente que lucha pacíficamente, que se presenta a las elecciones, que tiene cargos, que hace política promoviendo escuelas, carreteras, infraestructuras, que impulsa asociaciones de productores que empuja los proyectos de vivienda o que apuesta por proyectos multipropósito, que le dan a varias cosas a la vez, como un museo intangible en un cabildo indígena de Pasto, porque eso no se puede meter entre paredes, hay que preparar y guardar las semillas. También varios consejeros de paz, que trataban de empujar una agenda de construcción de una paz que casi se tocaba con los dedos. Las razones forman parte de algo que sigue estando más cerca de lo que parece, y que lleva a un tipo de cuestionamiento colectivo. Como nos dijo una alcaldesa que sobrevivió a dos atentados, y cuando dice dos sabe por qué lo dice, porque la mayoría no sobrevivió al segundo:

- Nos decían que éramos ingenuos, pero no lo éramos. Confiamos y creímos en la democracia.

III

Identidades y cascadas

Las identidades de la UP multiplican el riesgo. Por ser de Barrancabermeja o de El Pato o de Sumapaz. Por ser dirigente sindical. Por ser alcalde o concejal. Por ser del Partido. Por aglutinar la esperanza de otra mucha gente que quería un cambio.

- Frente a eso, siempre éramos considerados “los de la guerrilla”.

- Nos detuvieron varias veces. Los informes militares que llevaron a mi detención decían que yo era de las FARC-EP.

Varios de los sobrevivientes comparten identidades y las biografías muestran lo que era ese movimiento en esos tiempos. Y también enseñan que, si bien conocemos la violencia contra la UP por cada uno de los militantes asesinados, desplazados o torturados, detrás de cada uno de esos hechos hay una cascada de otros muchos, y años en que la persecución se llevó a cabo. No hace falta ser el más sutil analista de la historia. Basta con mirar de frente a los ojos a estos sobrevivientes.

IV

Hablar de los detalles de la tortura duele demasiado. También de la violación. Son traumas tan duros que sobre ellos se pasa de puntillas. Los detalles son esos silencios que llegan a ocupar el espacio al que ya no pueden acceder las palabras. En una de las detenciones lo metieron en el horno. Eso era un cuarto oscuro donde te morías de calor. Había un lavatorio, pero no había agua. De un momento a otro podían poner unos reflectores que le ponían el nombre al lugar, porque solo era sudor y sudor. Después de 5 días ahí metido tenía ampollas en la boca y en el cuerpo. A la salida había que firmar un papel que decía que habías sido tratado con dignidad. He conocido esos papeles en otros países. Otras Comisiones de la Verdad también han conocido la misma amenaza sexista y racista contra los hombres desnudos en Ecuador o Paraguay:

- Ahí tenemos un negro que te va a violar.

Un par de horas después, escuchamos que a ella, en cambio, la amenaza no le llegó con palabras, fue directa delante de sus hijos, cuando tras una requisa en un bus, no le dejaron subirse de nuevo. Al lado del cuartel. La violación sexual tiene como un eco que se queda ahí después de que la víctima cuenta: me violó. En el caso de las mujeres siempre hay que

andar con los oídos bien abiertos, porque esos matices están para ser escuchados por fin.

En sus casos, que se encontraban registrados en varias bases de datos consultadas por la Comisión, no aparecía el exilio como violación, pero, aún más, no constaban ninguna de las violencias sufridas, atentados, persecución, violación y tortura, durante años en esos dos casos. Aparecían solamente “amenazas”.

V

La UP nació en 1985 como una propuesta para unir dos cosas que desde hace años andaban peleadas. La democracia y la paz. Ambas palabras tienen muchos significados y matices, pero también se usan para ponerlas de tu lado cuando te interesa, aunque también hay significados genuinos. Asombra escuchar la fe que tenían estas víctimas que entrevistamos, que transmiten en sus relatos. Te llevan a un tiempo en el que quisieras quedarte por horas, como si ese territorio de esa memoria fuera un lugar para sentir que todo eso sí es posible, porque lo fue. Hanna Arendt dice que no hay una memoria de las revoluciones, que las conquistas se olvidan rápido o se pervierten, y de eso hay muchos ejemplos en la historia. Pero también que hay momentos en que se toca el tesoro. A veces, cuando tomas testimonios, estás ahí.

En la UP hubo varios consejeros de gobernadores, que tenían cargos públicos para andar por el filo de la navaja, con la amenaza de que se iban a caer hechos pedazos. Las luchas por la paz nunca han sido fáciles, pero en esos relatos andaban todo el día cruzando territorios y enemigos para hacerla avanzar, entre parar las amenazas de volar un puente o liberar secuestrados, o construir un colegio en el que la gente ponía la mano de obra y la gobernación el material. Todo se fue haciendo más difícil, como esos caminos que van siendo más y más angostos y no hay forma de seguir, ni vas a irte para atrás. El exilio es entonces un salto al vacío.

VI

Borrar los nombres. Había una vieja costumbre de quienes teníamos agendas en papel. Una práctica que parece ancestral en esta velocidad de la tecnología que nos deja tantas veces sin tiempo. A finales del año, o al inicio del siguiente, la agenda incluía los nombres nuevos, las tarjetas para las que no hubo tiempo, los cambios de teléfono o de lugar. Esas tareas anuales eran, en el caso de varios sobrevivientes de la UP un momento terrible. Las cosas pasan en un tiempo que no pueden ser vividas, necesitas de otro para visitar los lugares y asimilar lo sucedido. Pero este es demasiado duro.

- Eso era terrible.

Había que borrar los nombres de quienes ya no están, líderes políticos, de comunidades o del movimiento estudiantil o de sindicatos. Cuando borras los nombres tienes encima el peso de la historia y una sensación de culpa. Dejarlos tampoco sería el acto de resistencia. Guardarlos en la memoria, sí.

VII

En la historia de la UP, como de otros movimientos políticos, hay muchas mujeres, pero tantas veces son invisibles. Aunque sean la compañera de un cargo, también ellas tienen su propio papel. No detrás, al lado de muchos miembros más visibles. También sus compañeros las acompañan, cuando ellas son diputadas, concejales, senadoras, alcaldesas, o la que tomaba los testimonios, o la telefonista, y son una muestra de por dónde viene también el cambio, un ejemplo en un tiempo en que las mujeres andaban relegadas de lo público. En otros casos, eran militantes más silenciosas que hacían las tareas que cada quien asumía. Entre las personas que entrevistamos en esta acción conjunta entre la Comisión de la Verdad y la presentación de informes orales a la Jurisdicción especial para la Paz, ellas también fueron objeto de atentado, persecución, violación, asesinato. En otros casos, no eran

militantes con carné, porque las convicciones y el hacer no pasa por la ficha ni el archivo. Contra ellas se pone siempre más el peso de los demás, la presión de las consecuencias para otros, generalmente se cargan sobre las espaldas de las mujeres, forman parte de la victimización y no son factores secundarios asociados a ella

La UP tenía en muchos casos una dimensión familiar. Como si esa militancia fuera parte de un vínculo afectivo. Cuando uno piensa en el ataque a un grupo como este, no puede perder de vista a las familias con dos, tres y hasta más víctimas.

VIII

Estamos en Madrid. Paquita Sauquillo viene esta tarde a saludarnos. A veces, hablamos en diminutivo para hacer a la gente más nuestra. Ella fue la primera abogada laboralista en los años 60 en pleno franquismo, en España. En estos días, la Comisión y la JEP tomamos informes orales y testimonios en la sede del movimiento MPDL del que ella es ahora presidenta. En pleno inicio de la transición política española, entre los atentados de todos los lados, de ETA, GRAPO, BVE y otros grupos de extrema derecha, su despacho sufrió un atentado con armas de fuego por un grupo parapolicial que los declaraba objetivo militar porque eran “comunistas”. Comunista se puede ser sin comillas, pero con comillas en Colombia o en esa España a la que no querían dejar ser, podía ser la muerte. En el atentado mataron a su hermano y a otros 4 abogados laboralistas del Partido Comunista y del sindicato Comisiones Obreras, y la transición estuvo a punto de quebrarse. La gente salió a la calle, y de aquel atentado además del horror recordamos ahora el abrazo del pintor Juan Genovés, uno de esos cuadros que acompañan.

Ella cuenta la historia despacio y con esos detalles que son lugares de descanso en un largo paseo. La gente escucha, escuchamos con un tipo especial de atención en donde te llenas de preguntas y de asombros. Este barrio del Pozo del Tío Raimundo, era un barrio de chabolas en los años 60, donde el padre Llanos, un jesuita metido con la gente, se vino a vivir y trabajar con esos chabolistas, desplazados internos de tantos lugares de

la España republicana rural, que llegaron a los alrededores de Madrid, un barrio de los vencidos. Aquí se fue creando el tejido social con el que se consolidaron algunos cambios, los más de verdad, de esa historia de la transición que tantas veces parece un cuento rosa escrito desde arriba. El tío Raimundo era un gitano, un rrom.

Mi padre vino hasta acá en sus ejercicios de la Hermandad Obrera de la Acción Católica (HOAC) a trabajar con él, cuando ese era el refugio legal de quienes no podían ser parte de sindicatos prohibidos y se negaban a estar en el sindicato del régimen que se llamaba vertical. Este lugar, era la Iglesia, y fue hecho en ese tiempo por un casi estudiante de arquitectura que hoy es muy famoso, Sainz de Oza. En estas habitaciones estaba la Iglesia y la sacristía era un lugar donde había que esconderse tantas veces de la policía.

Quienes escuchan saben lo que escuchan, lo entienden, lo acarician, lo reconocen. Han caminado por toda esa historia que ahora hacen suya. Todos andamos asombrados. Cuando ella termina y se despide entre aplausos, nos quedamos un tantito en silencio.

Hay veces en la vida que todos los hilos coinciden, y entonces se hace este tejido.

| Hospitalidad de la vida

Francisco tiene barba blanca y pinta de bonachón. Lo que es. Y, probablemente, la persona con más experiencia en la acogida a refugiados en Canadá, porque eso no solo ha sido su trabajo en 30 años, sino que ha sido su vida. Cuando llegó refugiado de El Salvador, de esa época en la que nos cruzamos por las calles, a él y a su compañera los acogieron en un refugio de monjas jesuitas. Allí les dieron el abrazo. Si hay algo que se necesita en el refugio, además de estatus, alimento y techo, es el abrazo. La casa que les proporcionaron era grande para dos. Así que ellos la acondicionaron para acoger a otras personas que venían huyéndole a la guerra. Y lo que era una casa de acogida para una familia se fue convirtiendo en un abrazo colectivo. Eso sentí la primera vez que lo conocí. Cuando presentamos la Comisión de la Verdad de Colombia en Toronto, la primera persona en tomar la palabra fue él. Y lo hizo para abrir las puertas de su centro al trabajo de la Comisión. Hay gente en la vida, así, que hacen de la hospitalidad un lugar en el que poner tu historia.

Ha visto de todo, no solo sin hacerse distante, sino entendiendo la profundidad. Francisco no pudo dar su testimonio para la Comisión de El Salvador, que no llegó hasta el exilio, pero lo hizo en esta de Colombia en Canadá. Cuando repasa la historia de la acogida en el país también tiene historias de conflicto ético y perspectiva humana y política. En Canadá entre 2005-2006 se empezaron a darse solicitudes de asilo de familiares de paramilitares o de los mismos perpetradores, que llegaron incluso pidiendo apoyo a organizaciones de ayuda humanitaria para los refugiados que ellos habían empujado a la huida.

- Mira, tú eres bien conocido acá y dicen que tú le sabes todas las puertas al sistema migratorio, entonces queríamos decirte la verdad y ver cómo nos ayudas a obtener papeles -y hablaba- mira, yo soy lo que se considera un sicario, en tal ciudad, en tal hora, he estado involucrado con esto, esto y esto, yo quería saber si tenemos alguna forma de legalizarnos acá.

Una vez llegó un ex militar colombiano que venía de Estados Unidos, cuestionado por su implicación en violaciones de derechos humanos y pidiendo refugio. Cuando hablaba con él, se le quebró la voz y se lo confesó, aunque nadie se lo había preguntado. Cuando puso cara de asombro, el hombre se levantó y se fue, aunque Francisco tenía una vía para ayudarlo.

- Yo le iba a conseguir a alguien para que empezase a darle asesoría y ver los aspectos legales: a ver quién te apoya y si inicias el proceso pues vámonos. Nosotros no tenemos el concepto de rechazo... una persona que fue torturador tiene que enfrentar la justicia, no seguir corriendo y quedarse callado. Si la persona está dispuesta a hacerlo nosotros ofrecemos los mecanismos.

Doy vueltas a esta hospitalidad para el otro, ese responsable de tanto sufrimiento, que no es la de ponerse por encima. Cuáles son las condiciones que lo hacen no solamente posible sino necesario para la humanidad compartida que somos. Creo que de esto va la verdad y el reconocimiento.

Cuando tomamos algunos testimonios en Canadá, Francisco está presente como testigo porque los testimoniados así lo pidieron. Otras víctimas, en España o Suiza, al inicio han empezado su testimonio trayendo a sus familiares que ya no están, para que sean testigos de la historia, para darle sentido, para que nos acompañen, para darles fuerza.

Por eso hoy te convocamos, Francisco. Buen viaje.

El exilio como militancia

Los impactos del exilio te dan la dimensión de la ruptura de vidas que tenían ya un camino, otras que estaban empezándolo, otras que aún eran por venir. Escuchamos y escribimos sobre ese impacto desde hace tres años. Uno de ellos, casi un detalle, es la pregunta que se hace mucha gente en el exilio: cómo hubiera sido sí...

Esa pregunta acompaña a todas las víctimas del conflicto armado, y es también la charnela a la que se apuntan los sobrevivientes que les permite pasar al otro lado. Imelda, sobreviviente de la UP, fue concejala en una ciudad de Suecia. José, huyéndole a la guerra, fue diputado allí también. Gustavo, candidato de un partido y presidente de una federación de asociaciones de vecinos en Madrid. Las historias de crecimiento personal y compromiso colectivo son muchas y no pasan siempre por esa política. Después de 20 años, ella pudo ser la enfermera que ya era en Colombia, en Luxemburgo. José, ser profesor de la universidad en un idioma cercano al polo norte. Otras muchas historias pasan por territorios más cercanos de América latina, Diana trabajando sobre la memoria en Argentina. En medio de la derrota que para Colombia es el exilio, estas son historias de victoria.

Más que las posibilidades que tuvieron allá, esas experiencias hablan del empuje de la gente que se puso a trajinar en el país de acogida haciéndolo suyo. José que era maestro en su tierra, dice que a las personas exiliadas y refugiadas en otros países, les toca ser humildes y además demostrar que son más. El impacto de los estereotipos no es solo que te marginan o que justifican la discriminación, es que te encasillan entre cuatro paredes de las que no te dejan salir. Necesitas ser más honesto, más trabajador, más de todo, para que al menos una pared se tumbe y seas parte de ese todo que incluye el nuevo país y el que dejaste atrás.

Siempre me ha asombrado cómo gente tan maltratada por un país, no reniegue de todo, lo quiera tanto. Tal vez en ese amor hay un tipo de esperanza. Tal vez muestre que los lazos compartidos, de los que todos venimos, son una forma de lengua materna que tienen resistencia al trauma y a la violencia.

Para salir de las casillas también se necesita curiosidad. El interés por el otro le llevó a Jhonny, el hijo de una persona acusada injustamente de un asesinato atroz en Colombia, que es parte de todo un grupo con el que trabajamos estos días, a aprender la historia de Austria por la curiosidad del país del que ya formas parte, y por la posibilidad de hablar con la gente, para que sienta que su historia te interesa. Aunque sea a los trancazos, has aprendido estas otras formas de querer a la gente, aunque no fuera la tuya. O hasta que lo fue.

El exilio es una especie de militancia para la continuidad de la vida.

Revolucionaria

Las noticias dijeron que dos guerrilleros habían sido muertos por el ejército en un lugar llamado Guagua, de la inspección de Balsillas en el Caquetá. La mamá hablaba con la radio, como hacía mi padre siempre con el noticiero, y le dijo a las ondas: “buen primor, por ahí dos campesinos y están diciendo que son guerrilleros”.

Pero nunca se le pasó por la cabeza que uno de ellos era su esposo que había ido por allá, como todas las semanas, para dar una vuelta al cultivo de lulo. Esa fruta tropical se cuidaba ahí en lugares de casi de selva. Las hermanas fueron a la base militar donde un militar les dijo “sí, esa es la cédula de un hijue guerrillero”, “pero nosotros no le entregamos nada, ni el cadáver lo vamos a entregar”.

La historia de las víctimas ha estado llena de duros trajinares, en donde encontraron tantas veces las puertas cerradas o la desidia como respuesta. Entonces, que no se lo entregaban. Tuvieron que ir a la novena brigada en Neiva, a pasar una solicitud para poderle dar sana sepultura.

- Nos tocó bregar, o sea, prenderse uno del uno y el otro y el otro para que nos dieran esa autorización. Efectivamente se logró conseguir, luego nos dieron la autorización.

La testigo dice que ahí, había un cementerio. Acompañados de gente de la comunidad, se llevaron palas, barretones, todas las herramientas que había que llevar. O sea, que hay muchos testigos.

- Comenzamos a desenterrar, llegamos y sacamos un cadáver y pues ese no era mi papá, sacamos otro y ese tampoco era mi papá, sacamos otro y ya ese sí era mi papá. Lo conocimos por la contextura del cuerpo, por el color del pantalón -era un pantalón azul claro, que no se me olvida

jamás-, y lo sacamos. Le echamos un líquido que nos dijeron que le echáramos al cadáver para que durara, para poder prepararlo.

Con líquido, bolsa negra y ataúd lo llevaron en la volqueta y ellas se fueron en la chiva a Algeciras. Hay pueblos enteros que han sido señalados de enemigo interno, y Algeciras ha sido uno de ellos. Como Nebaj en Guatemala, o Ayacucho en Perú. Los recuerdos de un padre que ahora le vienen, son un rostro roto por las balas. Ese tremendo impacto y su amor le curaron el pavor que tenía a los muertos. El sábado lo velaron en la noche. No se le olvida esa imagen, lo enterraron un 13 de marzo de 1988 en plenas elecciones, lo enterraron un domingo. Ese día, la UP ganó 16 alcaldías en las primeras elecciones regionales de Colombia. Él, que antes había sido de la ANAPO, y de la UNO, y del Partido Comunista, era de la UP

Su hija tiene también otros recuerdos de él. Como cuando le decía, “papá, retírese de eso, papá, no más”. Y él decía “mija, yo muero en la línea”; “era de esas personas aferradas a ese... ideal político... entonces él siguió ahí”.

- Ese legado que papá me dio, no sé si será una fortaleza, una debilidad, un defecto; pero eso me gusta, siempre me ha gustado ser como esa persona liberal, inclusive en el magisterio algunos me dicen “¿usted por qué es tan revolucionaria, si a usted su papá se lo asesinaron?” Yo de ahí no me salgo, y ahí estoy.

Su ser revolucionaria en la escuela es la empatía con los que más sufren, su transformación del dolor en la ayuda a otros. Bienvenida.

Nuestra Fabiola

Desde que nos conocimos, Fabiola Lalinde, se convirtió en mi segunda mamá, al contrario de lo que pasa en la vida que podríamos llamar normal, la adopté yo. La conocimos por la búsqueda de Luis Fernando Lalinde que tendría ahora mi edad, desaparecido por el ejército colombiano en 1986. Estuvo en la cárcel, le pusieron dos kilos de coca en el armario de su casa para acusarla de jefa de la subversión en Antioquia, cuando la búsqueda de Luis Fernando estaba llegando a la Comisión Interamericana de DD. HH. Su lucha ha sido una transfusión sanguínea para la anemia de la desesperanza. Su archivo era un lugar vivo de montones de papeles donde ir a buscar algo de luz. A la búsqueda la llamó Operación Cirirí, después de salir de la cárcel, acordándose de que su papá la llamaba así de pequeña, por su insistencia y terquedad. Su vida se convirtió en un operativo primero de búsqueda y luego de memoria contra la impunidad y por los derechos humanos que nos fue regalando a cada rato. La Operación es la metáfora del pájaro que persigue al gavilán que se lleva sus polluelos, y tiene un canto tan molesto que el bicho termina soltándolos. En esas relaciones tan asimétricas de poder, entre quien desapareció y quien busca su hijo, hay una fuerza inquebrantable frente a la que nada pueden los tanques. La verdad del afecto convertida en política de transformación.

I

-Bienvenido, ¿cómo estás?

Las noticias hablaban de que Fabiola, la Mamá de la Memoria, estaba perdiendo la suya. Que no se acordaba de casi nadie. Salvo Adriana y Jorge, y Mauricio, “el que anda fuera”.

El abrazo es a veces una forma de reconocimiento. Del brazo, por la rampa, quiere enseñarme un sitio. Cuando llegamos a su habitación, empieza a mostrarme muchas cosas.

- Usted y yo hemos trabajado mucho juntos, y hemos viajado.

La presentación de sus cosas pasa por objetos sin nombre, champú, jabones y cremas. Un block de notas son nombres de visitas queridas, que ellas mismas han escrito para desafiar al olvido. Hay unas estampitas de Jesús y de Santa Gema. De San Francisquito, que era nuestro patrón común, casi no se acuerda.

Fabiola ha sido la madre de la Memoria en Colombia, ha hablado sobre ella, acompañado a muchas familias, investigado como nadie, en esa tarea entre fiscales y Sherlock Holmes que asumen las madres de los desaparecidos. En estas pocas paredes no queda casi nada que lo recuerde. Es una habitación de una mujer mayor, que vive en una residencia donde puede tener los cuidados que necesita. La visita es en un pequeño jardín. Sobre la mesa solo tiene una foto nuestra.

- Usted está aquí conmigo. Es que usted siempre me ha acompañado.

II

Lo había hecho antes de conocerla. Cuando por fin nos vimos en Medellín en 1996, ella venía con unas fotocopias bajo el brazo de un libro que habíamos escrito Francesc y yo, que se llamaba algo que ella siempre hizo: Afirmación y Resistencia. Las fotocopias estaban desgastadas de tanto usarlas en charlas y andares. Ese libro nunca fue más feliz.

Salimos al patio para dar una vuelta a algo más que estas paredes, y sentarnos luego a charlar. Me regala su cafecito porque ya tomó uno.

- Aquí soy diferente a todos estos.

Se toca la cabeza como si estuviera hablando del hábito de las monjas o de la mascarilla de las enfermeras.

Las horas que vengo a pasar con ella, vuelan. Le traigo otra foto juntos, un perfume, unos chocolates. Regalos para los sentidos. En esa foto estamos trabajando sobre algunos casos de desaparecidos en 1997. En la búsqueda de su hijo Luis Fernando y todos los demás, Fabiola fue pionera no solo en su persistencia inteligente, gracias a ella la antropología forense que andaba en ese tiempo también en unas fotocopias bajo su brazo, llegó a Colombia desde Venezuela, y luego de la mano de Clyde Snow, el padre de la antropología forense, que con sus manos grandes y su voz profunda ponía historia e identidad en el examen de los huesos, haciendo hablar a los muertos.

La humanización de la búsqueda se da a cada paso. Cuando se presentaba ante el juez militar para buscar a su hijo, le hacía cambiar el papelito que dejaba constancia de sus gestiones, porque no estaba buscando a un NN alias Jacinto, como lo llamaron las autoridades militares, sino a Luis Fernando Lalinde. Ese gesto incansable es el primer paso para corregir el camino que desvía la búsqueda de justicia hacia el callejón sin salida de la impunidad.

En unos pocos instantes pasan ráfagas de conversaciones y entrevistas que hemos tenido. Como si no fuera necesario volver a ellas, también los textos en que ella puso siempre su humor y lucidez. Nunca quiso tener escolta de la policía cuando las amenazas arreciaron, porque eso era atar un perro con chorizos. Cuando el cura de su barrio le dijo que dejase ya de recordar y luchar por su hijo desaparecido, le contestó que era Semana Santa y que la Iglesia de la que él era parte llevaba 2000 años recordando la muerte y tortura de Jesús.

Su humor no se le ha olvidado. Cuando las cosas nos van dejando irremediadamente, porque los cuerpos se van despidiendo, hay partes de uno mismo inconfundibles, inquebrantables, que se quedan hasta el último suspiro, como si todo estaba quedando fuera para concentrarse en el aliento íntimo de lo que nos ha hecho vivir. Reímos a ratos de algunas de las mutuas ocurrencias. Su vida se ha ido despojando de casi todo. Su archivo, que pesaba en su casa decenas de kilos, es ahora

patrimonio de la humanidad, está en la Universidad. Así Fabiola ha ido dejando su memoria en tantos lugares y sobre todo en tantas gentes a las que nos ha acompañado con su ejemplo. Nada de un ejemplo al que admirar desde lejos. Un ejemplo que te coge del brazo para caminar, como ella hizo tantas veces.

III

El afecto, el amor de estar juntos, tal vez pueda marcar la vida frente a cualquier olvido, aunque este le pase por encima con esa desfachatez que tienen los achaques de la edad.

Tomando la foto que le llevo, dice:

- Esto lo tengo yo aquí guardado.

Y va al armario, lo abre de par en par, ahí están sus pocas ropas y algunos objetos, utensilios, zapatillas.

- ¿Ves?

Y lo cierra. Pero yo no vi nada que esperase, algunos de los papeles que tenía en la fotografía, pero no. Volvemos a ella y volvemos al armario. Entre las perchas saca un pantalón de cuadritos negros y blancos. Es el que viste en la fotografía de hace 25 años.

- ¿Ves?

Un pantalón puede ser un tipo de documento que guarda una historia vivida. Un colibrí nos acompaña en el jardín, con sus vueltas de verde tornasol y sus alas alborotadas. Llevo entre las manos una copia de la versión en comic de El Olvido que seremos, de Héctor Abad Faciolince. Cuando venía leyéndolo, el avión aterrizó en Medellín justo en la viñeta que habla de ella. El relato dice que su padre, Héctor Abad, tenía un compromiso total con esa mujer sola que buscaba a su hijo desaparecido.

Fabiola no recuerda nombres. Cuando le digo que he traído el libro y le hablo de Héctor Abad, ella completa: Gómez. Cuando le enseño la viñeta, se queda mirando el fondo de la misma, donde aparece el recorte de periódico que daba cuenta de su asesinato. Ella lee el titular y dice:

- Esto lo tengo yo también. Me ayudó mucho.

Y vuelve a leerlo varias veces y a recitar su nombre.

Hay momentos en este olvido que seremos que están más cerca de lo que pensamos. Héctor hijo dice que podemos desafiarlo un instante compartiendo con la gente que queremos. Es lo más parecido a este abrazo. Fabiola se ha ido vaciando en estos años como esos sabios Uitoto, que se van quedando huecos por dentro, porque se han ido dando tanto, y con tanta generosidad, que no se han guardado nada para ellos. Vuela así sobre el mundo. Fabiola tiene aún muchas cosas que compartir, y mantiene su persistencia cuando se niega a que le ayuden a lavarse, y es consciente de los peligros que la acecharon en cada puerta. También sigue siendo la mujer presumida que mira las fotos que nos sacamos, y quiere ver si quedó bien. Cómo le queda esa chaqueta. Ayer bailó con un hombre elegante en una pequeña fiesta, que comparte con la alegría de las cosas que nos marcan de una manera que ni siquiera podemos decir, para eso está el cuerpo.

IV

El mundo se le ha hecho más pequeño, pero de vez en cuando suelta su chispa para quien sepa entenderla. Esas ráfagas siguen dando y queriendo abrazos. La solidaridad es lo que me salvó, me dijo una vez. Le salvó, y ella nos la devolvió con su lucidez con creces.

Hay una realidad profunda que las palabras han olvidado, pero que está ahí. Y sigue latiendo. Cuando nos despedimos pienso en John Berger que, hablando de la poesía dice que desafía las orillas del desgarro.

Durante años, cuando iba a salir en la búsqueda de su hijo Luis Fernando, se paraba frente al espejo al lado de la puerta y le hablaba:

- Usted me metió en esto, ahora acompáñeme -le decía.

Ayer Fabiola nos dejó. Ahora que estoy por salir, frente al espejo, se lo digo a ella yo. La gente que nos acompaña nunca puede irse, está en un lugar donde no puede llegar la muerte.

Gracias por tu vida, Fabiola.



| Los duelos del exilio

El exilio y el refugio en otro país son un viaje entre dos mundos. La pérdida del país del que fuiste del entorno en que creciste, de los objetos y personas que te acompañaron, es un *duelo de ti*. Con esa pérdida, también se deja la imagen de sí mismo, la devaluación del lugar que tenías en ese mundo, ese es un *duelo de sí*. La pertenencia misma se disuelve en ese viaje, se pone en duda. Ese es un *duelo de sentido*. Así explica mi amigo psiquiatra Jean Claude Metraux, los duelos que acompañan al destierro.

Entre dejar un mundo y vivir en el otro, no hay solo un viaje en el espacio, mediado por un avión, un bus o una frontera. También hay un viaje en el tiempo. Como tantas veces en la vida, estas transformaciones señalan cuestiones humanas fundamentales de las que todos podemos aprender. Suscitan una sensación de ruptura que, sin embargo, no es identificable ni comunicable mas que a posteriori, cuando el duelo, que ayuda a asimilar la pérdida, ha comenzado ya su trabajo. O sea, cuando esa pérdida se hace parte de nosotros mismos.

La percepción de ruptura y su narración atraviesan los testimonios que hemos tomado en la Comisión. Las decisiones que acompañan al exilio, en ese viaje entre mundos, pasan por aprender otras costumbres o idioma. Por tener ocasiones para percibir y conocer ese nuevo mundo, no como un extranjero sino como alguien que empieza a hacer parte de él. Todo ello pasa por el sentimiento de que vas a poder mezclarte con la gente y las posibilidades de proyectarte en el futuro. Ya no es solo el tuyo, sino el que se te presenta, que a veces te excluye, otras, te da posibilidades. Jean Claude insiste en que el duelo tiene que hacer su camino, y que es creativo. La persistencia del peligro, la amenaza de no ser aceptado, o la precariedad de la exclusión en la sociedad de acogida bloquean ese duelo e inhiben la seducción que necesitamos para la vida.

Para muchos refugiados las posibilidades de contacto con este otro nuevo mundo son limitadas al funcionario de migración, a la maestra de la hija en la escuela, a la trabajadora social cuando el malestar traspasa las paredes. Esos profesionales son esa cara del país. Y no solo el nuevo patrón de las condiciones de trabajo. En la evaluación del sentimiento de pertenencia entre el mundo que perdiste y el mundo que ganaste, a veces hay un tobogán vertiginoso hacia abajo, otras la posibilidad de tener un equilibrio en la caída que te permita ascender de nuevo.

Lo que está en juego en todas esas circunstancias es si prima una sanción, una pérdida o una ganancia de *estima social*. El balance positivo o negativo de este diferencial de estima social pone rostro a esta alteridad, de la que tanto hablamos, en el seno de ese otro mundo. El deseo de integración en una sociedad depende también de este reconocimiento de nuestra mirada, y no de la distancia de donde venimos, por eso tiene que ver también con las políticas de acogida.

Siguiendo a Einstein, en ese espacio-tiempo de la relatividad si uno es capaz de ir más rápido que la velocidad de la luz, cuando regresa es más joven que los que se quedaron. La centralidad de la vorágine del exilio para quien la vive, hace que tantas veces sea difícil de comunicar para quienes no han hecho ese viaje. Aunque viajamos mediante la comunicación entre mundos y fantasías, en libros, televisiones o documentales, las estanterías donde ir a buscar las palabras nuevas están en uno mismo y no puedes prestarlas al otro. Lo que ayuda a integrar ese viaje, y a crecer con él, es hacer del *duelo de ti* una parte que viene contigo, del *duelo de sí* una mezcla entre las pertenencias de entonces y de ahora, y del *duelo de sentido* un crecimiento compartido.

Los exilios del periodismo

- Ser periodista y ser amenazado en Colombia son la misma cosa.

Así, a bocajarro. Para quienes tuvieron que salir del país por amenazas directas, lo forzado de la salida es lo que hace la diferencia. No hay manera de quitarte de encima la dimensión de arrancado. Si migraste para buscar otra vida, pudiste ponerle curitas a las raíces o dejarlas en el agua de los vínculos o tenías el termómetro para poder volver a ellas. Pero así no.

Cuando estás solo, sola, el riesgo se ve de una manera. Cuando tienes a tu hija pequeña, el riesgo no se multiplica, es que es abrumador. Guardaespaldas, carro blindado, vida encerrada. Uno de seis del esquema del DAS trabajaba para los que preparaban el atentado. Con la manía y la experiencia acumulada en sus años de reportear, se puso a investigar, hasta que encontró la IP del computador de donde salían las amenazas. Solo cuando salió del país, en un tiempo de descanso para pensar, se dio cuenta de donde estaba. A veces, la distancia es un espejo en el que de verdad te puedes mirar.

- Tener los detalles del atentado que se estaban preparando es como asistir a tu propia muerte.

Cuando le llamaban para amenazarlo por teléfono, las amenazas eran un boomerang para su furia, de donde le salían las groserías más inmundas. Como si el combate fuese entre amenazas e insultos. Eduardo Galeano, en Días y Noches de Amor y de Guerra, relata que estando en el exilio en Argentina, la Triple A lo llamó para amenazarlo. Además de la furia, hay otras maneras de hacer la pelea a lo kung-fu.

- El horario de amenazas es de 6-8 de la tarde, señor.

Aunque en los dos casos, después te tiemblen las piernas. Cuando tuvo que salir de nuevo, de inmediato, ya no se trataba de mirarse en el espejo sino de salvar el pellejo. Le costó aterrizar en el lugar de acogida 4 meses, a pesar de que había llegado el avión puntual. Para su hija, el indicador de que estaban en un país más desarrollado era que las ventanas del carro se subían y se bajaban, no como en el blindado que había conocido a sus 6 añitos. Como en tantos casos, lo que se necesita para proteger la vida es un blindaje político, no del carro, porque las amenazas también lo son. Así lo entendió un grupo de periodistas de Arauca, que para que no los mataran iban juntos a cubrir la fuente, con la idea que al estar juntos el riesgo se diluía, al menos por un tiempo. Eran 16.

La censura y la autocensura son dos tipos de exilio de la palabra que han afectado al periodismo colombiano. En cada uno de ellos está la dimensión de lo forzado, la imposición de una realidad que rechaza, los dos te expulsan de la vida que elegiste para contar lo que sucede. En los dos, la culpa te acecha. Las amenazas, los asesinatos y el exilio de periodistas no son solo ataques a la vida y a un oficio, es la sociedad la que pierde el derecho a saber. La censura y la autocensura deberían considerarse violaciones al derecho a la verdad junto con las amenazas, el asesinato y el exilio. Las dos son impuestas por la violencia y el miedo. En ellas habita mucha verdad que, como las plantitas que surgen entre el cemento, salen empeñadas por las rendijas.

El iceberg de una guerra

Empezando a hablar, la primera pregunta de la entrevistadora es: qué te pasó.

La respuesta es una duda y una certeza:

- No sé si podré hablar (llanto).
- Lo intentamos y si no, tranquila, no te preocupes, lo intentaremos en otro momento.

32 años han pasado desde el asesinato de su papá. Lo que llamamos impactos, son vidas rotas. Las estadísticas de la guerra dan cuenta de números de muertos, desaparecidos, de casos de tortura o violación sexual. De desplazamiento forzado o exilio. Pero un caso no da cuenta de la vida. Es apenas una categoría de punta de iceberg. Con lo que los barcos se chocan, o lo que te da la medida del cambio climático, no es solo lo que se ve en la superficie.

La esposa, Juana, se quedó abrazada al dolor. Los budistas dicen que el duelo es una forma de amor, y hay que aprender a vivirlo. Pero el duelo traumático, deja ese amor solo, dando vueltas sin poder moverse. Ella no quería botar las cosas de su esposo, como si eso fuera tenerlo junto a sí. Pero el dolor a veces era insoportable, a la una de la mañana, sentada en la cama, llorando.

Un hijo se da a la bebida, porque esta le promete un imposible olvido. 9 meses después del asesinato de su padre, a él lo desaparecieron, es uno de los cuerpos que guarda la memoria del río Magdalena. El otro hijo varón vaciado de su padre, se llenó de odio: “yo tengo que matar al menos a un militar, sea de la policía o del ejército, pero yo tengo que matarlo”.

Las fantasías de venganza son también una reacción normal frente a una experiencia atroz como esa – y se dan de todos lados- pero hay que tener cuidado con que pasen a proyecto o alguien las utilice para eso. Colombia está llena de esas retaliaciones porque la justicia no pone las cosas en su sitio. Tenía 17 años cuando lo acusaron de la muerte de un militar. Y pasó dos años en la cárcel, hasta que quedó libre porque no había pruebas. La prisión no hizo sino aumentar la sed, y estando en una cantina para tratar de hacer como su hermano, los disparos lo acabaron desde cuatro puntos diferentes.

En dos años y poco pasó todo. Las seis mujeres de la familia se quedaron sin sus hombres. Todo empezó con esa fractura que creó el iceberg.

- En una época sentía que todo el que me iba hablar, me iba hacer daño; entonces era una prevención, como que no se me acerquen, como que no me hablen, como que no... vive uno en un mundo de amargura, de soledad.

Y sí, atentó contra su vida en una ocasión, un día se tomó 30 pastillas para dormirse definitivamente, pero afortunadamente fue solo una larga y dura pesadilla de la que se despertó vomitando. Hace falta mucho valor para reconocer eso.

- Yo no hacía sino pedirle perdón a Dios por lo que había hecho, porque la verdad no sé qué me pasó; en mi soledad, mi angustia, mi desespero, mi dolor, yo no quería sino morirme, porque sentía que no era capaz de superarlo.

No sé si la impunidad se logra con una condena, pero estoy seguro que la verdad ayuda a ponerse de pie. Cuando su caso llegó a la Corte Interamericana, fue como volver a vivir, resucitar, como sentirse importante. El trabajo de la Corporación Reiniciar es parte de esa terapia:

- Hubo alguien que nos rescató, ustedes son importantes, ustedes vivieron cosas horribles y esto no se puede quedar en la impunidad.

Ella se hizo maestra para trabajar con los niños y volver a vivir. Como una necesidad urgente de estar trabajando en la escuela, con la comunidad, ayudar a la gente, en lugar de quedarse en una esquina. Tal vez en eso consista también la lucha contra la impunidad. Juntar pedazos de aguas imposibles.

La persistencia de las familiares nos ha traído hasta aquí. Ellas han convertido la lógica del afecto en una cultura de derechos humanos, pasando de la lucha por su hijo a la humanidad compartida por todas esas víctimas, y la denuncia de los mecanismos que lo hicieron posible. Tal vez como en las historias del Holocausto, la única manera de contarlas no es ponerles aire sino peso.

Ahí podría verse algo de lo que señala Primo Levi, un concepto del mundo llevado a sus últimas consecuencias, con una coherencia rigurosa. Y mientras el concepto, o la negación subsista, las consecuencias nos amenazan. Según él, la historia de los campos de destrucción debería ser entendida no solo por lo que fue, sino como una futura señal de peligro. Tantas décadas después, la gravedad de todo esto se da no solo en todo lo sucedido, sino en la disputa por la narrativa de quienes siguen negando la evidencia abrumadora. El valor de los testimonios es que son la conciencia de esta siniestra señal. Con ellos clamamos, Nunca Más.

Palabras preciosas y legado de la Comisión

En *El enigma del don*, Godelier habla de que no todos los objetos intercambiables tienen el mismo valor. Y que hay cosas que se dan porque hay cosas que se guardan. Hay objetos *moneda*, que se intercambian, se venden o se compran. Hay otros objetos *preciosos* cuya propiedad es inalienable, pero no su uso. Y hay objetos *sagrados*, que son inalienables e intransmisibles. Los objetos moneda pueden viajar entre el nosotros, ustedes, o ellos. Los objetos preciosos tienen otro valor que el de mercancía.

En el exilio, cada quien tiene esos objetos *preciosos* que pueden compartirse entre quien se exilia y la sociedad de acogida, convirtiendo este adjetivo en un antídoto contra la marginalización. Un tipo de lazo que supone un proceso de integración y biculturalidad entre el aquí y el allá. Los objetos preciosos son inútiles o inutilizables en las actividades de la vida cotidiana, abstractos, bellos y por tanto fuentes de emoción. El intercambio de estos objetos preciosos es una forma de amistad. Los *sagrados* no son intercambiables, pertenecen al círculo más íntimo de lo familiar. Simbolizan la relación con los orígenes, los ancestros, los mitos de fundación de una vida colectiva, un tipo de deuda con los que ya no están.

En su trabajo con los exilios de varias guerras, Jean-Claude toma estas reflexiones para hablar de las *palabras moneda*, que se dirigen a no importa quien, y que significan su sentido literal, se intercambian en conversaciones y vienen con la información o descripción. Las *palabras preciosas* son las que traspasan su valor de uso. Llevan la marca indeleble de quien las da, y construyen un lazo de alianza. Son suficientemente íntimas como para no andar compartiéndolas por ahí. Son del círculo de las alianzas. Toda tentativa de construir o reconstruir un lazo social pasa por el intercambio equilibrado, pero no cuantificable, de estas palabras preciosas. Las palabras sagradas no traspasan el círculo de la familiaridad. Las palabras de amor, pertenecen a este círculo. También

lo son las de las experiencias traumáticas como las de la guerra, tan dolorosas o duras que no pueden ser divulgadas, que ameritan un tipo de silencio o confianza que respete. Hay secretos que están impresos en una intrasferible memoria colectiva.

Nos pasamos la vida intercambiando *palabras moneda*. Pero en el ejercicio de la toma de testimonios, el círculo deviene más íntimo. Muchas veces cuando preguntamos, usamos estas. Pero la experiencia de las víctimas, supone entrar en esas experiencias que solo pueden compartirse con *palabras preciosas*. A veces llegamos al círculo de lo sagrado. Cuando más profunda es la experiencia, mayor el círculo de intimidad. James Pennebaker señala que hablar de estas experiencias cambia la relación entre los interlocutores. Ya nada es igual después de ese viaje juntos. Cuando hablamos de la toma de testimonios, no solo recogemos historias para analizar, también cambia el tipo de relación.

La Comisión es la depositaria de esa confianza. Podríamos decir que tiene un legado de *palabras preciosas* e incluso de *objetos sagrados* que antes no habían sido compartidos. Los mayas dicen que los caminos son de ida y vuelta. Si vas a preguntar es porque vas a hacer. Si vas a enseñar es porque vas a aprender. Tal vez de esto se trate hacer un informe de una Comisión de la Verdad. No solo escribir la historia con palabras que se intercambian y explican. También es un diálogo de palabras preciosas y sagradas que la gente nos ha compartido. Tomar un testimonio genera un tipo de desequilibrio que solo puede intercambiarse con la confianza y el respeto, que son un tipo de objeto precioso.

El desafío de un informe es que le devuelva a las víctimas y testigos un tipo de intercambio que proporcione información y explicaciones, y que cuestione al estado, los grupos armados, la política y la sociedad. Y ojalá, habitado por esas palabras preciosas, por esos silencios sagrados, que ayuden a reconstruir ese lazo social enfermo en Colombia.

| Un viaje por el río Arauca y sus mensajes

La frontera es un territorio pendular. Cuando los precios bajan, la gente se mueve, cuando los afectos llaman, también. Las relaciones familiares son una especie de hilo que teje esta frontera. Desde luego que una frontera no es una línea sino un territorio intermedio con una identidad compartida. Es más entrelazada no solo la vida sino la identidad, entre El Amparo y Arauca que entre Arauca y Bogotá. El río por el que navegamos estos días, en esta Ruta por la hermandad, la convivencia y la no repetición con líderes de las comunidades y el acompañamiento como observadores de instituciones como Naciones Unidas y la OEA, y la participación de la Pastoral social y Cáritas de las dos orillas, nos lleva de comunidad en comunidad para hacer un ejercicio de escucha itinerante. Por aquí habita gente que no cuenta en el país, mientras cultiva el que fue catalogado como mejor cacao del mundo, en la International Cocoa Awards de París en 2010.

El recorrido es un desafío a la guerra que la gente ya no quiere más, a las amenazas que lanzan gobiernos, y al cierre de esta frontera. Hacia el lado venezolano huyeron cientos de miles de personas de Colombia a finales de los años 90 y principios de 2000 por la guerra, hacia el lado colombiano fluye en estos últimos años otro río de migrantes venezolanos que buscan una mejor vida que no tienen en su tierra. Esta es la frontera con 2200 kilómetros, la misma distancia de Madrid a Berlín. Por ella hay trochas y ríos que se cruzan con gasolina y alimentos. Del lado venezolano llega chatarra al colombiano por las rendijas del negocio. Por aquí cruza también el ganado en unas chalupas estrechas de 15 metros de largo, ajustadas con maderas para las vacas. Hay un trajín de vida entre las orillas.

También la guerra la atraviesa. Arauca resuena en Colombia a territorio controlado por el ELN. Y también ahora hay disidencias de las FARC-EP que no se desmovilizaron o que volvieron a las andadas después de evaluar que el gobierno no cumple o que la guerra da más.

Y también Arauca es el único territorio rural del país sin hoja de coca, aunque los contrabandos de todo tipo, incluido el de la coca, lo cruzan, porque la guerra entre el ELN y las FARC-EP hace años, llevó a muchos muertos y a que la gente dijera basta. Para completar el panorama, el ejército y Marina, más de 9.000 hombres, donde además está el petróleo de Caño Limón.

Pero estamos en otra Arauca, donde las comunidades quieren hablar y reivindicar la gente buena. Las comunidades que visitamos repiten en cada encuentro las palabras del diccionario de la guerra: estigma y abandono. Hay familias que cuando tienen un hijo lo inscriben en otro departamento cercano para que en su cédula no ponga Arauquita o Saravena.

Pero los peces del río son de los dos lados, como la gente lo es de las dos orillas. Aquí no hay dos países sino una hermandad. La historia de las comunidades está hecha de esos latidos entre el aquí y el allá, hijos que nacieron de un lado y madres que siguen sus vidas en el otro. Como si cruzáramos las calles de tu barrio.

Como el río se desborda y hay islas en medio, y tiene sus caños, la frontera está delimitada por el brazo más profundo del cauce, pero con los inviernos de lluvia y el cambio climático, y las explotaciones de alguna industria pesquera, y los sedimentos que se acumulan en el fondo, el río que es algo vivo, no entiende de delimitaciones de rayas muertas. Así que también desafía ese concepto, cambiando de vez en cuando de rumbo, pero también tumba casas y fincas de banano.

En todas estas comunidades la gente habla de dos abandonos. El del estigma que los considera guerrilleros y el del Estado amable que no llega. Cuando una de las mujeres toma la palabra en una de estas asambleas dice lo que significa para las mujeres su ausencia:

- Aquí no llega el Estado, no tenemos agua potable.

Los reclamos lúcidos tienen que ver con las carreteras para sacar su producción, la educación para los niños y niñas, la dotación para el

puesto de salud. Este año, muchos muchachos perdieron varios meses de escuela porque no había gasolina para la chalupa, en este territorio de petróleo. Además de ese que sale del subsuelo, hay otro combustible, la falta de oportunidades para los jóvenes es gasolina para la guerra. Podríamos decir que también hay dos tipos de inundaciones. La de la ola invernal que viene con las crecidas del río, y la del abandono que dura el resto del año.

En Monserrate, uno de los líderes habla de la nostalgia con la que viven, de una vida que tuvieron y que han perdido por el desprecio y la violencia. Y la nostalgia que les dan los problemas entre los dos pueblos de las orillas del río. Y cuando toma la palabra, se le inundan los ojos. Cuando me toca hablar, le digo que, en mi pueblo, en euskera, nostalgia se dice herrimina (herria: pueblo; mina: dolor), y que ese dolor es también un reclamo por la paz y la convivencia entre los dos países. También el obispo habla de esta nostalgia en sus palabras en esta escuela, donde además de estudiar nos regalan las delicias de la cultura y el joropo, bailado así, zapateado y zarandeado con unos colores vivos como estos cielos que abrazan el viaje por el río. También hay dos puentes en estas tierras. El puente cerrado entre los países, es solo uno metálico ahí al lado, que necesita abrirse, la hermandad entre la gente es otro de carne y hueso aquí mismo. El obispo se lanza delante de la gente con palabras lúcidas:

- Las fronteras más duras no son las de la geografía. Son las de las enemistades y las de las inequidades.

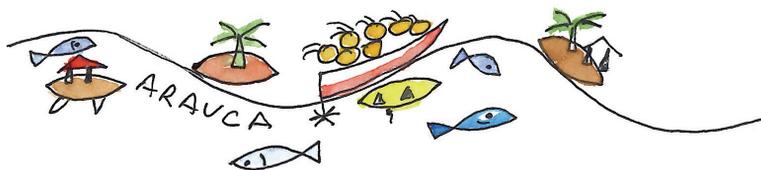
En este viaje, lo que más asombra no es la belleza de la tierra y el cielo. Lo que te deja con la boca abierta es la claridad de los líderes, hombres y mujeres que toman la palabra, suave y directa de la gente campesina. Para quienes viven desde hace tantos años una guerra que sigue aquí todavía matando, amenazando, secuestrando, controlando la movilidad o pagando doble impuesto, el cansancio es un tipo de lucidez y compromiso.

- No queremos más guerra, pedimos a todos los grupos armados y las fuerzas armadas que nos dejen por fuera del conflicto.

Los mínimos humanitarios, que forman parte de la agenda de esta Ruta por el río, son el primer paso para la no repetición, respeto por la vida de la población civil, que no se pongan minas, que no se usen las comunidades para enfrentamientos, que se respete a los líderes. Si el río pudiera hablar diría que no quiere más cuerpos tirados en él como una forma más de desprecio. Lo que sorprende aquí es que, en medio de ese olvido, la gente haya tomado su vida entre sus manos con una tremenda dosis de memoria de lo que les permite seguir aquí. Aprendieron a no dejarse llevar por el miedo, y la diferencia entre vivir y defender la vida.

En otra de las comunidades otro de los líderes, cuando toma la palabra, a cada rato hace una presentación de lo que va a decir: escuchen bien. La primera vez que estuve en las Comunidades de Población en Resistencia en Guatemala, que vivían en el límite entre la vida y la muerte en la selva del Ixcán, me dijeron en la despedida: usted ahora ya vio.

Así es este regreso. Escuchen bien.



| Exilio y nuevas formas de vida

La condición de refugiado es una cierta separación entre dos conceptos de nosotros mismos, el de persona y el de ciudadano. Uno, está relacionado por la propia vida, el otro por el de la pertenencia a una comunidad política, que en general es un Estado. El exilio es una ruptura forzada entre los dos. La ruptura es debida a una amenaza para la vida, y el refugio, debido a la desprotección, una búsqueda de apoyo en otra comunidad. O sea, en este caso la ruptura de la relación entre la Colombia de la que eres y de la que quieres cambiar, para ser.

La cuestión del refugio plantea desafíos políticos y emocionales, porque a pesar de la protección que buscas, no puedes seguir siendo quien eras en el lugar adonde llegas. Los refugiados saben que la biculturalidad y la asimilación tienen siempre sus grietas. Dejas de ser algo de lo que formas parte por nacimiento, pero tampoco puedes hacerte del todo de otro lugar por acogida. Ese algo que falta entre esas dos cosas, tal vez nos hable de una verdad nueva que viene con el exilio. Los espacios intermedios en la ciencia son los lugares donde avanza el conocimiento.

Dado que la gente en el exilio ha tenido que rehacerse como una ardua tarea, y no solo renacer como un acontecimiento natural, el hecho de tener dos nacimientos desafía ese concepto de pertenencia que viene definido por el lugar de donde vienes y sus fronteras, que siempre son fruto de la historia y luchas insondables por el poder. Cuando tienes dos lugares de nacido, no solo puedes ser binacional sino desafiar la categoría de ciudadanía dominante, ampliar la base sobre la que se construye un sujeto colectivo. El Tribunal Permanente de los Pueblos, en su sesión sobre la migración en el Mediterráneo, del sur al norte del mundo en los tiempos actuales, señaló que se trata de todo un pueblo migrante que convierte sus desgarros en búsquedas. El refugio es una herida en la que se necesita aprender a vivir siendo tú, con el potencial que viene contigo pero que no forma parte de un lugar, sino de la posibilidad que nos habita.

El filósofo italiano Agamben dice que esa posibilidad, que ha sido vista históricamente como la excepcionalidad de los refugiados, es cada vez más una identidad compartida por mucha gente en el mundo. No solo por la cantidad creciente de migrantes forzados por la guerra o la inequidad, sino porque nos enseña algo de la condición humana. También dice que es un concepto que produce tanta inquietud, que se trata de normativizarlo de alguna manera para regular esa excepción.

Tal vez por eso, los procedimientos de asilo y refugio constituyen toda una burocracia que, aunque hace evidente el desprecio por la vida, no pone en cuestión las cosas, sino que consolida los conceptos básicos que configuran los Estados. O eres de allí de donde vienes o de aquí adonde llegas. Sin embargo, la experiencia del exilio te muestra una identidad fragmentada y compartida, que se une por esa posibilidad de ser otra cosa.

La persona refugiada nos desafía porque es alguien como tú o como yo, que no lo somos, pero que no tiene los mismos derechos. Esa distancia mantiene a raya al que viene de fuera, y es cada vez más utilizada por las políticas del miedo, para cohesionar al grupo de los que se creen bien nacidos. Foucault llamó a eso biopolítica. El refugiado busca asilo en otro lugar, pero no tendría que ser de ese país para poder vivir, debería ser reconocida su situación como una forma distinta de nosotros. No como una excepción, sino como nuestra regla. La consigna creciente de que todos somos migrantes, como una reivindicación de la acogida del otro, también podría ser una forma de crear un tipo de humanidad consciente de su fragilidad y que ejerce su potencia como una nueva posibilidad.

Según el filósofo, entonces la categoría de refugiado no sería una figura aparentemente marginal, sino una figura central de la historia. Desde el año 1700, en Suiza había una discusión de si los refugiados hugonotes eran realmente perseguidos por el miedo o huían de la pobreza. Los mismos debates de hoy. Por su parte, los nazis respetaban su propia regla de que la nacionalidad protegía. Por eso, para poder ser enviados a los campos de exterminio, los judíos o los gitanos antes tenían que ser desnacionalizados, o sea que perdían la condición de ciudadanía como

paso clave para poder llevar a cabo el exterminio. Se convertían en refugiados para poder ser eliminados de su condición de personas con derechos como las demás.

Esta aceptación de la excepcionalidad está en la base de la justificación, y por lo tanto de la práctica, de las violaciones de derechos humanos. También podría verse como una ruptura entre la Declaración de los Derechos Humanos, basada en los derechos de la persona por el hecho de serlo, y las leyes de los Estados basadas en el concepto de ciudadanía. Tal vez el exilio es esa nueva condición, en la que los derechos no están relacionados con el lugar o el Estado en que naciste, sino con la comunidad en la que te reconoces.

Los indicadores están ahí

María del Pilar, una líderesa en Córdoba, había sido amenazada por las autodenominadas autodefensas gaitanistas. El asesinato de Gaitán en 1948 fue el disparadero de la guerra en Colombia, es aún un trauma colectivo que necesita asimilarse, y limpiar su nombre de quienes se empeñan en empuñar el horror contra la gente es parte de la tarea.

Las amenazas de líderes están a la orden del día en Colombia. Según Indepaz, más de mil líderes comunitarios y sociales han sido asesinados en los primeros cinco años desde la firma del acuerdo de paz con las FARC-EP en 2016. En la mayor parte de los casos, la historia se repite. La pesadilla sigue un guion bastante parecido todos los días. Luchas por la tierra, oposición a proyectos extractivos, empuje de la sustitución manual de la coca, desprotección del Estado, grupos armados de todo tipo, como aquí se dice ilegales y legales, para tratar de decir todo sin que te acusen. Cuando se aprobó la ley llamada de Justicia y Paz, y comenzaron las audiencias de los paramilitares de las AUC, otra líderesa de Córdoba, que llevó a una audiencia a muchas víctimas para poder escuchar y pedir responsabilidades, días después del alboroto que coreaba a los perpetradores como héroes, fue asesinada.

Después del éxodo, esta vez propiciado por las FARC-EP en un pedazo del Tolima, la lucha por la restitución de tierras, en este caso de nuevos propietarios acumuladores de las de otros, le llevó a Nubia al exilio. En la trama de estos crímenes, hay una sistematicidad que pasa por quien desplaza, por quien amenaza para que se venda, por quien compra a precio de ganga más allá de necesitar su propia tierra, y quienes legalizan los papeles, aunque luego los jueces los tumben si antes no se tapan con la pátina del tiempo. En el camino, las cosas se consolidan y se van haciendo naturales.

María del Pilar había emigrado del Cauca y la mataron frente a su hijo. El video dio la vuelta a Colombia y al mundo. Porque mientras ella estaba tumbada en el suelo ensangrentada, su hijo, un niño de pocos años, gritaba y golpeaba una pared llorando con una amargura que encoge el pecho.

El video muestra el cuerpo y el grito. A este líder político del Chocó, a quien le tocó poner 3700 km de por medio para poder salvar y pensar de nuevo la vida, el video le dejó congelada el alma. El alma congelada ya no pesa los 8 gramos del colibrí, sino varias toneladas. La indignación necesita también mantenerse más allá del nuevo caso que viene detrás.

- Nadie consoló al muchacho. ¿Sabe cuál es mi teoría? Si no hubiese sido afrodescendiente, alguien lo consuela. A nosotros no nos han humanizado, no se acepta al negro. La gente lo rechaza, entre más oscura es la persona, más difícil es. Entonces, yo creo eso. Uno lo plantea en público y dicen que es resentido, o algo de eso, pero es la verdad. Es la verdad.

Después de trabajar unos años en Guatemala, un día en Colombia fuimos a dar un taller a las comunidades afrodescendientes que habían sido desplazadas a Pavarandó, en la llamada mejor esquina de América del Urabá, por la ofensiva de los paramilitares y una operación del ejército llamada Génesis, aunque se podría haber llamado Apocalipsis. Vivimos en tiempos en que nada se parece al nombre que tiene. Cuando llegamos al CINEP, el grupo estaba ya esperando. Francesc y yo, éramos los únicos blancos. La conciencia de la diferencia pasa a veces como una constatación de que estás ante algo distinto, que te recorre la misma piel del otro color que traes. Una forma de respeto que solo puedes entender en silencio.

Clase social y raza se juntan en lugares como Aguablanca en Cali, un distrito urbano y negro, o como Buenaventura, como Tumaco, como Quibdó, Baudó y Chigorodó. La cuestión es cómo el sistema institucional escucha ese silencio. De eso va también el cumplimiento del acuerdo de paz.

- A la gente no le gusta utilizar el término racial, pero hay que utilizarlo hasta que se desmonte, y eso se basa también en sistemas de colorismo, ni siquiera es un tema cultural, entre más oscura la población, está en situaciones más graves de violación de sus derechos.

Usar racial hasta que se desgaste, no el color sino esa mirada.

| Aprendizajes contra la excepción

En 1935, las leyes de Nuremberg dividieron a los ciudadanos alemanes en unos de pleno derecho y otros sin derechos políticos. Esta supresión de la condición de ciudadanía, seguida de la desnacionalización de los judíos y gitanos, fue el motor de la excepcionalidad de los campos de concentración convertida en norma. Pero los campos habían empezado a construirse antes de la guerra y del avance del proceso de la llamada “solución final”. Como la dictadura de Pinochet tenía prevista ya el campo de concentración de Isla Dawson en Punta Arenas, el 11 de septiembre de 1973. El primer día del golpe de Estado la infraestructura del campo de esa isla, allá abajo del mapamundi, estaba preparada y empezó a funcionar. Uno de los primeros detenidos en ese campo fue Orlando Letelier, ministro de Allende y luego exiliado en Venezuela y Estados Unidos, donde una bomba de la mano negra de la dictadura, de la DINA, segó su vida.

Antes de empezar propiamente el nazismo, Himmler había mandado construir el campo de Dachau, y luego vinieron Buchenwald y otros en 1933, dirigidos por las SS, que fueron utilizados para encerrar prisioneros políticos. A eso se refiere el pastor Martin Niemöller con su poema que habla de que primero fueron por los comunistas, y luego por los judíos y los sindicalistas, y cuando vinieron por mí no había nadie para protestar.

Para el filósofo Agadem, el estado de excepción es el ordenamiento sin localización concreta e institucional de la ley suspendida, mientras el campo de concentración es el espacio permanente donde habita la excepción. Recuerda que los primeros campos de concentración no fueron en Alemania sino en la Cuba colonial por los españoles en 1896. También los ingleses tenían otros donde hacinaban a los boers.

Con el nazismo, la guerra ya no era contra otro país, sino contra el propio, expulsando a todos los que no eran arios o fuesen considerados enemigos a exterminar. Según él, el campo de concentración es la estructura en

la que el estado de excepción se configura en un espacio donde todo es posible. Para el filósofo, el estado de excepción es el ordenamiento sin localización concreta e institucional de la ley suspendida, mientras el campo de concentración es el espacio permanente donde habita la excepción. Hoy en día, hay otros lugares donde la excepcionalidad es la regla, como una sala de migración en una frontera o un centro de internamiento de extranjeros.

La custodia protectora fue inventada por los nazis, esa versión previa de lo que hoy se llama política de seguridad preventiva, que permite en algunos países tener a personas detenidas sin derechos durante semanas, por ser consideradas sospechosas no de algo que hayan podido haber hecho, sino de algo que pudieran hacer, para proteger así algo tan etéreo y con un peso gigantesco, que se llama seguridad del Estado. Cada vez más, el derecho penal del enemigo muestra que esa excepcionalidad se mantiene como regla, o como posibilidad permanente que nunca se cierra. Un amigo exiliado de la UP en Canadá tuvo que sufrir, por años, tener una sospecha permanentemente abierta, porque un día escribió una investigación sobre el nacimiento de las FARC-EP. Y, durante varios años, ha tenido que enfrentar interrogatorios y sospechas con esas preguntas reiteradas del absurdo. No es el único exiliado de la UP contra quien el estigma de terrorismo ha llegado más allá de las fronteras. Un cambio aún pendiente en varios países.

La historia del colonialismo y de las guerras muestra el mal que los seres humanos somos capaces de hacer a otros. Las llamadas al cambio personal son necesarias, pero más lo es desmontar los sistemas que hacen posible eso a gran escala.

En Ruanda, las cosas empezaron a prepararse antes de abril de 1994, cuando el ejército creció de 5.000 a 35.000 efectivos, y los cursos para milicias Interhawe empezaron a implicar a miles y miles de paramilitares que se fundaron con ese nombre, Los que matan juntos. Un testigo de excepción de las guerras en África, Kapuscinsky, habla de todo un proceso de leva general de campesinos, parados, oficinistas para llevar a cabo el apocalipsis, mientras las autoridades hacían listas de sospechosos y de cómo paracaidistas franceses hicieron parte de esos entrenamientos.

Se trata de indagar a través de qué procedimientos jurídicos y de qué dispositivos políticos y psicológicos los seres humanos han podido ser tan integralmente privados de sus derechos en distintos momentos de la historia, al punto de que cualquier acto contra ellos no se consideraba un delito.

La justificación de eso lo llamamos estigma. La gente que tuvo que salir de Colombia por la guerra lo ha sufrido tanto en su país, como en las fronteras y los países que queremos de acogida. Los lugares sin derechos proliferan en el mundo donde la discrecionalidad deja al desnudo la vulnerabilidad de las personas, entre unas paredes donde nada se ve, o con unos cristales transparentes donde todo se puede ver a distancia, pero nada importa.

En la Colombia que vivió durante décadas en un permanente estado de excepción, hay varias instalaciones que fueron, al menos durante la década de finales de los años 70 y 80, un lugar donde la excepción se convirtió en regla. Después, el territorio del país se convirtió en la excepción. En cada puerta, en cada lugar de esos territorios convertidos en víctimas, debería haber hoy una placa con el primer artículo de la Declaración de Derechos Humanos. Esos serían foquitos de luz entre tanto largo túnel.

| Historia y futuro

Hecateo de Mileto, fue el precursor de la historia. Antes que Herotodo, empezó a escribir en prosa y a diferenciar la historia de los hechos, de los mitos. En estos tiempos posmodernos aún andamos en esa tarea. La palabra griega de donde viene historia, se traduce como preguntar.

Hecateo era un tipo errante. En el primer mapa del mundo que conocemos de esa época, de hace 2500 años, el mundo representado era el sur de Europa, Egipto y Arabia, todo rodeado de océano.

Un hombre errante es un tipo de exiliado, que aprende a cada rato de todo lo que vive, y lo inscribe en esa piel de los dioses que decían los que era el papel.

La pregunta es el comienzo de la historia, porque lleva a lugares desconocidos y pone en duda lo evidente para buscar lo verdadero.

| El día que llegas

Hay un día de calendario en que los pasos o el avión te llevaron a otro país. Casi todos los refugiados recuerdan el día que cruzaron las fronteras. Eso que llamamos memorias flash, son recuerdos vívidos que fijan en la memoria acontecimientos y atmósferas, con una tinta indeleble, como en los inicios de la fotografía hacían las sales de plata.

Sin embargo, el día que realmente llegas al país, es otro. Cuando dejas de negarte a aprender el idioma porque rechazas tener que haber salido de manera forzada y estar aquí. Cuando dejas de mirar por la ventana desde una nostalgia con la que no puedes andar. Cuando por fin recibes los papeles que has estado esperando por años. Entonces se inaugura otro tiempo que no deja atrás el vivido, sino que lo integra con otro significado.

Cuando preguntamos por este otro tiempo, el de sentirte parte de, las historias se alargan porque no hay sales de plata para dejarlo atrapado para el futuro. En realidad, eso es un tránsito entre mundos, de uno del que vienes a otro que por fin te acoge. Cuando empiezas a vivir en este otro mundo en el que ya estabas, no es que te hagas de ahí, es que tienes la capacidad de pasar de un mundo a otro, sin que la exclusión o el desprecio sean parte de la frontera. Los exiliados tienen algo de viajeros permanentes entre el aquí y el allá, en un espacio transicional donde se conjugan las pertenencias.

A pesar de que, en el caso de Colombia, el exilio haya sido de cientos y cientos de miles en soledad, salvo en el caso de comunidades indígenas que cruzaron en diferentes momentos la frontera en grupo, en la práctica totalidad del resto, el refugio es un movimiento individual o familiar. No hay quien venga con nosotros. Es un tipo de desamparo ante el peligro y de creatividad en la búsqueda.

Las ausencias prolongan el duelo que es también un trabajo largo y tiene sus vaivenes. Cuando parece que ya lo dejaste atrás, vuelve, ojalá con un poco menos de dolor que la otra vez. Así, a pasos que nos acercan ese otro tiempo. El hecho de tener que enfrentar solo esa huida, y la reconstrucción que es el horizonte, da a los refugiados una capacidad nueva que muchos no conocían.

Por todas esas razones, y no por una clarividencia de la distancia, las personas exiliadas tienen otra mirada sobre las cosas, una que Colombia necesita, aunque no sepa que la demanda a gritos.

El día que llegas, es el que te puedes ir.

Lecciones de la migración forzada y el exilio

En Colombia, en Siria o en Ucrania

I

Reconocimiento

En el trabajo con personas migrantes y refugiadas, hay una palabra que siempre aparece y tiene que ver no con cosas que suceden, sino con una experiencia de sentido: reconocimiento. Reconocimiento es lo que se busca para poder tener un estatus de derechos que le acerquen a la ciudadanía, como una validación de sus vidas en otro país. El reconocimiento es una demanda de aprobación, desde una guerra que te expulsa o una sociedad que te rehúsa, de la que vienes, a otra que te tiene en vilo. No solo se trata de un estatus migratorio, sino también del valor del sufrimiento y la injusticia vividos, el valor inverso, del que se aprende desde la precariedad de los de abajo, para pasar de la desconfianza que endureció los corazones al abrazo que ahora se conmueve.

Reconocer al otro no como parte de un nuevo país, sino como parte de la comunidad humana que no se basa en papeles ni pasaportes. Afirmando que “creo en lo que me cuentas”, se crea un lazo que tiene que ver con una forma de estima social que el exilio expulsó con su desprecio. El reconocimiento más auténtico es el que te hace parte, no el que te trata como objeto al que se le habla, se le alaba, se le cuenta. Es decir, el que incluye alguna forma de reciprocidad.

Para mi amigo Jean Claude Metraux, que trabajó con los refugiados de Bosnia, Kosovo o Congo en Suiza, el reconocimiento es un tipo de cura. Cuando tú le reconoces al otro en su malestar y los déficits o incluso el racismo social que hace que se sienta mal, la otra persona puede empezar a entenderse y no pelear contra el mundo. Para quienes escuchamos,

entender no se queda en lo que la persona contó, sino en la conciencia de que la sociedad debe cambiar.

II

Lo dado y el potencial

La escisión de las familias del exilio conlleva también rupturas narrativas. Poder hablarse entre mundos, reconociendo lo que podemos aprender y hacer nuestro, como un regalo, de la experiencia de la otra persona. El poder de contar se encuentra en esa interfase entre el reconocimiento mutuo y el reconocimiento de sí mismo. En el exilio, cada paso es un ejercicio de poder contar y poder actuar, como inseparable pareja de guacamayas. En ese aprendizaje se encuentra la fuerza de la capacidad.

En lugar de estar en lo ya dado, vivir en el tiempo de lo potencial. En un país como Canadá o Bélgica, los niños refugiados cruzan cuatro veces al día la frontera entre su casa y la escuelas. Esas fronteras entre la lengua y el grupo de pertenencia, pueden generar confusión o rechazo de cualquiera de las dos realidades, pero tienen la potencia del cambio y de la afirmación positiva que no se deja llevar por la corriente. La acogida a personas que buscan refugio no solo es ver lo que existe, es una forma de establecer un lazo y tener claridad de donde estamos y donde queremos llegar. Una forma de estar al lado, un tipo de compromiso.

III

El vínculo social

He conocido muchas abogadas, trabajadores sociales, militantes por la aceptación de personas migrantes y refugiadas. Aunque las políticas de los países cada vez son más restrictivas, hay una fuerza colectiva repartida por el mundo. El trabajo de reconstruir y crear a la vez esta verdad, reivindica lo que das y lo que recibes, lo que fuiste y lo que puedes ser, y cuando ese proceso es recíproco genera una alternancia de

las deudas y de quehaceres. Crea una historia que rehúsa los epílogos como un punto final. Una relación que, aunque pase mucho tiempo, espera siempre un nuevo episodio, es un tipo de vínculo social.

La guerra es la peor de las enfermedades de ese lazo y tiene una dimensión que nos afecta a todos y todas, en Colombia o en Ucrania. El reconocimiento de que podemos acoger y ser parte de una red de pertenencias más amplia y múltiple que la de donde hemos nacido, de la gente con la que nos hacemos, supone que todos somos migrantes entre mundos perdidos y, en cambio, lo más importante de todo esto es la capacidad de recuperar y co-crear la vida que permita ese mundo distinto del que los exiliados son a la vez la herida y el ejemplo de la reconstrucción.

IV

Enfermedades del lazo social

Las enfermedades del lazo social son la guerra, la precariedad y la exclusión. Podríamos añadir aún otra que atraviesa el mundo, el racismo. La reconstrucción de los lazos se basa en el derecho a tener muchas pertenencias, ser de muchas maneras. Comunidades con lealtades cruzadas, donde la reciprocidad es parte de la circulación de saberes y de dones. Las pertenencias escindidas no te dejan ser, o tienes que funcionar de forma segmentada, mientras el lazo entre mundos es un desafío y una posibilidad de cura. El reconocimiento del derecho al refugio, es parte de ese lazo y una contribución a la paz, en Colombia y en Ucrania. No es la solución a la guerra, pero sí una protección de la vida para que otra sea posible.

| Aniversarios

Hay fechas que son como un despertador de la memoria. Cuando se acerca el día, cuando suena, te lleva a los lugares que viviste, a la gente con la que compartiste un rumbo o ante hechos que nos han marcado ese tiempo de la vida. Podríamos hacer una biografía de cada quien juntando esas fechas significativas.

Hoy es 16 de noviembre de 2021. Hace 32 años, un operativo del batallón Atacatl se introdujo en la noche en la casa de los jesuitas en la UCA en San Salvador, y los mató junto a dos mujeres que los acompañaban en la casa, para no dejar testigos. Nada en El Salvador hubiera sido igual con Ellacuría vivo, con Martín Baró, con Segundo Montes y otros que eran parte de la conciencia y del respeto que siempre se trata de segar en una guerra, en una dictadura hay a veces operativos así, que son estratégicos.

Un blanco de oportunidad es alguien a eliminar porque se presenta la ocasión. Un blanco estratégico, en términos de los servicios de inteligencia, es alguien al que eliminar pensando en el impacto mucho más allá de sí mismo, en un proceso, en una transición, en un país, instalando la idea del terror en la cabeza de la gente y cerrando el espacio para lo que viene.

Así empezó la guerra en El Salvador con el asesinato de Monseñor Romero. Y así se dio en la ofensiva de 1989 con el asesinato de los jesuitas, cuando el FMLN trató de tomarse el poder y la respuesta del ejército fue la muerte a mansalva. La transición política salvadoreña tras la firma de los acuerdos de Paz en 1992 no hubiera sido la misma con los jesuitas vivos. Siempre he creído que ese fue el objetivo. Uno de los comandantes del ejército recientemente condenado por la Audiencia Nacional, se llama Inocencio, aunque no lo es.

Colombia ha vivido también varios magnicidios. Eliecer Gaitán caudillo popular en 1948. Galán del Nuevo Liberalismo. Pardo Leal y Bernardo Jaramillo de la Unión Patriótica. La transición política de la Constitución de 1991 hubiera sido probablemente otra con ellos vivos. Monseñor Gerardi había vivido el exilio en 1980, cuando un ministro le pidió que la Iglesia se posicionara con unos o con otros, cuando el modo de vida de las comunidades indígenas se convirtió en objetivo militar. Dos días después de presentar el informe Guatemala Nunca Más, el 26 de abril de 1998, fue asesinado en Guatemala, por un comando militar, con una piedra que simbolizaba el ataque a la inteligencia y la visión de futuro.

Hay muertes impensables. Nadie pensaba en El Salvador que podrían matar a Monseñor Romero, como si estuviera protegido por su estatura moral, a él no, me dijo un día su ayudante Maria Julia. Hay días que nos recuerdan cómo se cerró la luz al final del túnel. En esos días como hoy recordamos a esa gente querida. El asesinato de Martín Baró me pilló dando un curso en un hospital y tuve que dejarlo todo sin poder hablar, mientras aún tenía mis propios síntomas de haber vivido un asalto a mano armada similar al que ellos sufrieron dos meses después, pero nosotros con mejor suerte porque la oportunidad no nos tocaba.

Tanta gente lúcida, son para nosotros aún rostros que traemos con respeto, vidas que celebramos porque nos siguen enseñando que hay palancas para el cambio. Lo impensable no es la conciencia de la vulnerabilidad, sino la fuerza de sus ejemplos.

Marchando este 25 de noviembre



Si hoy pudiera, estaría en la marcha en el Bajo Cauca acompañando a las 3.000 mujeres de la Ruta Pacífica que caminan en estos días por un territorio aún habitado por el miedo en Colombia. Cuando conocí a estas mujeres era 1996 y ellas estaban preparando una loca marcha imposible en Urabá, entonces el territorio del país donde el mucho-mucho miedo tenía a tanta gente asesinada, encerrada o huyendo. Tiempo después, la primera vez que estuve en Urabá me sorprendí al salir del bus con vidrios oscurecidos, donde el paisaje se veía del mismo color pajizo que tenían los recuerdos de tantos testimonios que había escuchado y que a la vez imaginaba, porque el verde lo inundaba todo. Iba a trabajar con una maravillosa mujer que se llamaba Ángela Salazar, que andaba en otro loco proyecto, de apoyo psicosocial a las mujeres viudas de todos los lados de la guerra.

La clorofila es la mensajera de la vida. Como esta clorofila, ese verde de la Ruta camina por carreteras y veredas no solo para denunciar sino para reivindicar a tantas mujeres haciendo miles de tareas imposibles para defender la vida, en medio del abandono del Estado, del narcotráfico y la violencia de varios grupos armados. Y al caminar, reivindicar una historia compartida y su compromiso por la paz que no solo demandan, sino que muestran con esos surcos invisibles que dejan las marcas de su caminar una al lado de la otra. Trabajando con la Ruta y con otras organizaciones de mujeres, he tenido siempre la sensación de una corriente que me hace parte y que me lleva.

La Marcha por la Libertad en 1976 fue un viento fresco en los inicios de la transición política española. La Marcha de la Sal, en la India de 1930, hizo ver al colonialismo británico que la suerte estaba echada y había caído, esta

vez, del lado de los colonizados, que le quitaban al poder su capacidad de controlar sus vidas y sus impuestos, tomando la sal entre sus manos.

La Marcha del profe Gustavo en 2007 fue en Colombia un acontecimiento en el que un hombre, que luchaba por la liberación de su hijo, soldado secuestrado por las FARC-EP y la reivindicación de un acuerdo humanitario para todos los secuestrados y sus familias, caminó por todo el país hasta Caracas, donde se le iban juntando solidaridades y víctimas. La calle, la carretera, el camino son espacios sociales de diálogo y conquista. Una especie de ágora, de plaza pública andante, de una ruptura del papel tradicionalmente asignado a las mujeres.

En los tiempos en que fui objetor de conciencia al servicio militar, hacíamos marchas a cada rato, como una forma de hacernos ver, de explicar a la gente nuestra postura, de hacer pedagogía de la no violencia, explicando por qué el militarismo era una escuela de violencia. El movimiento por la Paz con Justicia y Libertad que nació en plena guerra contra el narcotráfico en México en 2010, junto a Javier Sicilia y otros poquitos al principio caminando por las carreteras del país, fue juntando a miles y miles en cada marcha e hizo visible un dolor íntimo masivo pero individual, convirtiéndolo en un hecho social, enlazando la reivindicación de la verdad, la paz y la búsqueda de los desaparecidos. Las mujeres tuvieron un enorme protagonismo en esa movilización que puso la violencia de México en un mapa internacional frente al espejo en el mundo, una imagen más potente y movilizadora que el terror de los cuerpos que a cada rato trataban de extender el espanto.

Más que aeróbico, y que solo político, marchar es un ejercicio emocional colectivo, que nos lleva de la mano no al lugar de llegada sino a los aprendizajes de un viaje. Las mujeres feministas nos han enseñado a todos y todas, una libertad de verse a sí mismas que deconstruye viejos sistemas, por más que quieran imponerse para estar de vuelta. El espíritu de la Marcha de la Sal no era solo tenerla entre las manos desde el mar hasta cualquier pueblito, era deconstruir la obediencia.

Maria Zambrano, filósofa lúcida y exiliada del franquismo, dice que los abismos no solo se salvan, sino que pueden ser salvadores cuando de ellos sale una verdad. Ánimo, Ruta.

| La verdad que se empeña

Omar N´Dour era uno de los 200 saharauis encargados de la seguridad del campamento civil de Gdem Izik, que significa Dignidad en hassenia, que los jóvenes empezaron a instalar en medio del desierto a 10 km de El Aaiún en 2010, como una manera de protesta pacífica por las condiciones sociales en las que les obligaba a vivir la ocupación marroquí, sin oportunidades de trabajo ni futuro. El campamento empezó siendo de unas pocas jaimas, y fue concentrando poco a poco la indignación y el encuentro en un espacio propio, el desierto al que pertenecen. Cuando las fuerzas de seguridad atacaron el lugar, el campamento habría crecido hasta 16.000 personas acampadas, esa madrugada cuando aún era de noche, él no estaba allí. Llegó al amanecer y se llevó a varios heridos a una casa, lejos de todo. Allí fue detenido y llevado a un lugar donde le hicieron cavar una fosa, lo desnudaron, lo golpearon, lo violaron con una botella. Los detalles del horror me pusieron los pelos de punta cuando tomé su testimonio hace diez años. Después le obligaron a firmar una declaración escrita por sus captores.

En 2011, en una casa vigilada por los servicios de seguridad marroquíes, vestido con su darrá, el traje tradicional de los saharauis, tomé su testimonio, hablaba pausado, incluyendo los silencios. Brahim, el traductor, tenía que hacer los suyos también. El testimonio fue en la dictadura de Chile no solo una terapia que se hacía en la consulta de psicología de terapeutas comprometidos con los derechos humanos, sino también cumplía una función social, de ser un pequeño marco compartido, donde lo negado se podía expresar y ser. Además, el testimonio podía ser luego una denuncia.

La verdad cumple a veces esa función. Los amigos chilenos hablaron entonces de que no hay neutralidad posible frente a la víctima, sino un vínculo comprometido. El testimonio de Omar fue parte del Oasis de la Memoria, un informe de dos tomos basado en 271 testimonios tomados

en condiciones muy difíciles. Tiempo después, y luego de intentarlo todo, Omar y su abogada pusieron una demanda ante el Comité de DD. HH. de NNUU. Naciones Unidas queda muy lejos del Sahara Occidental, porque los saharauis no han tenido siquiera derecho a poder decidir si quieren tener su propio país, a pesar de contar desde 1991 con una misión de NNUU que tiene el nombre y la misión de facilitar las condiciones para la realización de un referéndum (MINURSO).

Si hablamos de exilios, la mitad de ese pequeño pueblo saharauí está en campamentos de refugiados en Argelia desde 1976. Otra parte, está en otro exilio de la diáspora apátrida en Europa, donde muchos jóvenes han buscado otro futuro para ayudar a sus familias y romper el cerco. Otra parte vive exiliada en su propia tierra, ocupada desde 1975 por Marruecos. En esa zona, donde vive Omar, no hay ni un médico saharauí en 40 años, porque no hay donde estudiar ni condiciones para ejercer.

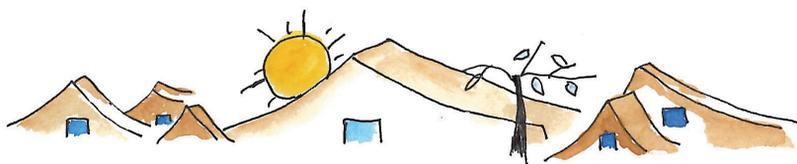
Para documentar la demanda, además del testimonio, un informe psicológico daba cuenta de lo que había escuchado. El concepto del tiempo es otro allí. Con la paciencia de quien tiene la verdad en su cuerpo, Omar llevó su caso por los vericuetos de la búsqueda de justicia en Ginebra. El Comité de DD. HH. publicó su resolución en la que reconoce la verdad de Omar N'Dour y condena al Estado de Marruecos a proporcionarle una compensación justa y adecuada, incluidos los medios para la rehabilitación más completa posible, a iniciar una investigación exhaustiva e imparcial, de plena conformidad con las directrices del Protocolo de Estambul para la investigación de la tortura, con miras a llevar ante la justicia a los responsables del trato a la víctima. También ordena a Marruecos que se abstenga de toda forma de presión, intimidación o represalia que pueda dañar la integridad física y moral de él y su familia.

Es la primera vez que desde ese territorio ocupado se logra un reconocimiento así. Tomé otros muchos testimonios de víctimas de la represión de ese campamento, que hoy ven su verdad reconocida. Las consecuencias del profundo exilio saharauí en su propia tierra, se juntan en este caso que es ahora un reconocimiento colectivo. Cuando empezábamos a tomar esos testimonios, nada de eso parecía posible. El

Oasis de la Memoria hoy nos da de deber, gracias al valor de Omar, de Brahim, de Elghalia, de Gabriela. En varias de esas entrevistas, cuando pregunté a esos jóvenes porqué se empezaron a juntar en medio del desierto, dijeron:

- El campamento, era la única forma de sentirnos libres, crear nuestro propio mundo. Ahí sentíamos por primera vez la libertad frente a la ocupación, y nos sentíamos dueños de nuestro propio destino.

O sea, un tipo de desexilio. Los saharauis que son nómadas del desierto, tienen hoy una verdad que llegó hasta las salas de otro mundo que queremos. La verdad se empeña, si hay quien la empuje.



| Otras maneras

Clara salió al exilio en un avión. Le dieron media hora para recoger sus cosas, salir corriendo a un hotel y en la madrugada se montó en un avión a Panamá. Fue la Fiscalía la que le dio media hora, para no dar tiempo a las amenazas que le pisaban los talones.

En el avión, el pasajero anterior se había dejado una revista de economía, que en la parte de atrás incluía algunas ofertas de trabajo.

-Al bajarme, preparé los papeles y mandé mi solicitud.

Al cabo de unos meses, le llegó la carta de aceptación y la oferta de empleo en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para trabajar en Venezuela. Empezaba el periodo de Chávez y había una Asamblea Constituyente en la que hablar y proponer tantas cosas de economía que estaba entusiasmada.

El día del golpe de estado contra Chávez, en 2002, los colegas en la mesa de trabajo ya estaban repartiéndose los nuevos cargos que iba a nombrar el nuevo presidente impuesto, Pedro El Breve, como luego lo llamaron en Caracas con ese humor que a todo le saca chispa. La banda que le cruzó el pecho en la ceremonia, la había comprado en una tienda en un barrio del centro de Madrid, unas semanas antes. Pero ese día, Clara tuvo miedo. El decreto de Carmona derogaba todas las instituciones y asumía todo el poder. Como el golpe duró solo un día, los que ya se repartían cargos en la reunión del día anterior, se quedaron en silencio esperando tiempos mejores.

Pero ella perdió su trabajo y se quedó a la deriva. Le tocó volver a Colombia. Era el inicio del gobierno de Uribe, antes de todo lo que sucedió, y sin dejar ese optimismo que transpira, se presentó a un alto cargo. Y salió elegida. A los dos lados de la frontera, ella ha tejido en su

cuerpo lo que significa el exilio y la hermandad. En su vida ha cruzado todas las barreras políticas en las que la gente se atrinchera.

Pienso en los exilios tan distintos en la gente que escuchamos en estos años. Pero hay dos cosas que se parecen, y que la marcaron. Cuando le pregunto qué significó, dice:

- Ser una mujer sin país. Y salir a la calle sin que nada te conozca, ni en nada te reconozcas.

Pero también tiene una lección del exilio:

- Te da la humildad necesaria para saber que tú eres igual que la persona de al lado. Pierdes todo, y dejas tu estatus.

Clara venía de una familia de la elite colombiana, y eso te exalta, dejas de ver tus privilegios, que te parecen algo normal. Nacer en la élite te saca del montón, y el exilio la volvió a hacer entender lo que era ser pueblo.

Cuando la escucho, tomo conciencia de la profundidad de lo que significa aprender del desarro. Y, como es una propuesta contagiosa, empiezo a ver las cosas de otra manera.

| La piedra angular

En esta tarea de escuchar los trocitos de vidas que guardan tantas cosas vividas y que cuentan una experiencia subjetiva, te encuentras con que todo tiene una dimensión social de hechos que han marcado la historia. Mientras la historia que se pone con letras grandes sigue escrita por quien tiene más poder, la otra determinante, la de la gente de abajo, sigue buscando su camino. Este ejercicio de escucha, es un tipo de músculo que te fortalece. Escuchando testimonios de la violencia en Urabá, o de casos como el Palacio de Justicia, la cadena de huesecillos, que transmite las voces en el oído, a veces duele y, a la vez, se asombra para contar la noticia. De ese tamaño.

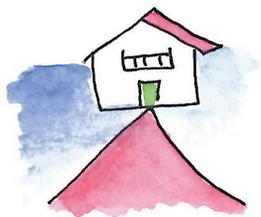
Cuando la víctima vuelve al escenario de su pesadilla nosotros le acompañamos, y aunque ese dolor sea suyo, una parte se hace nuestro. Pero también es un regalo: estuvimos ahí. Estos días, la Comisión de la Verdad y Forensic Architecture presentan algunas reconstrucciones de hechos y análisis que nos cuentan acontecimientos que han marcado la vida de Colombia.

Tras la retoma del Palacio de Justicia se buscan las evidencias que guardan las huellas de lo sucedido. Como en las investigaciones criminales se usa el luminol en las superficies invisibles para ver rastros de sangre que el ojo no capta, hay huellas invisibles que solo están en la memoria de los sobrevivientes o en los objetos y documentos que saben hablar si alguien sabe escuchar.

Los testimonios nos llevaron a huellas que no se borraron en la Casa del Florero, lugar de interrogatorios y tortura donde fueron llevados muchos detenidos, y al Cantón Norte donde la tortura, las ejecuciones extrajudiciales y las desapariciones forzadas dejaron otras indelebles en los familiares y sobrevivientes. Una cosa es saberlo, y otra verlo. En 2021, nada habla de eso en estos lugares que deberían convocar nuestra memoria desde 1985

La documentación paciente que ha realizado el equipo de Forensic y el apoyo de la Comisión han hecho posible la reconstrucción de espacios e historias, de recorridos y de detalles que te muestran lo sucedido. Ricardo Falla, un amigo antropólogo guatemalteco y jesuita, que investigó las masacres en Guatemala, señalaba la importancia que para el testigo tiene contar los detalles. La escucha no es solo un espacio de empatía. El testigo muchas veces quiere ayudar a quien investiga con los matices que te permiten entender. Lo que para la persona es importante termina siendo tremendamente relevante. Hay que escuchar sus por qué. Los detalles de los operadores judiciales que llevaron adelante esos procesos, también te dan piezas del puzzle con las que todo se reordena, una historia fragmentada que, de repente, encaja. Las masacres de Honduras y la Negra, fueron el inicio de una dinámica de despojo. El exterminio de partidos políticos en la región a finales de los años 80, trajo después el despojo de la tierra.

En la vieja arquitectura, la piedra angular era esa piedra de cimentación donde se asentaba el edificio, una piedra en esquina que demarcaba la edificación. La piedra angular de la nueva arquitectura forense, que hace que esas cajas negras empiecen a desvelarse, es la confianza de las víctimas y sobrevivientes para recorrer, a veces con los ojos cerrados, la distancia entre el miedo y la luz de lo vivido que llevan dentro, que es la que ilumina. Architecture Forensic y la Comisión de la Verdad presentaron esta noche un trabajo que necesita verse con tiempo, dejándose tocar. Vayan y vean. Y luego cuenten. Que el cambio que necesita Colombia pasa por esa verdad que pasa por esa exactitud contagiosa.



| La indiferencia en un haiku

Llegamos a preguntas de esas que entran a fondo y cuyas respuestas son un regalo precioso. Algo que te llevas contigo. Un tesoro así de pocas letras. Eugenia recorre el periodo histórico más duro de la guerra en Colombia, y se pregunta cómo eso se puede dar en un contexto que se llama democracia. Cuando las noticias de las masacres paramilitares salían como una puntita, o se escondían en las páginas interiores. En ese tiempo, lo único que movilizó a la sociedad colombiana fue el horror del secuestro de las FARC-EP. El resto del horror masivo, no fue parte de la exposición mediática. Otras violaciones de derechos humanos, que las organizaciones sociales clamaban en grito, ahí eran en do menor.

La Comisión de la Verdad investiga sobre los factores de persistencia de la guerra durante décadas. Lo inmaterial de la guerra son esas percepciones que forman parte de ella, que la hacen posible. Las representaciones de la realidad que tienen tantos puntos ciegos. A eso atribuye ella la extensión de la guerra y la profundidad de la exclusión social con sus respuestas a bala. En parte, la indiferencia es una forma de poner distancia de los impactos de las decisiones de quien tiene poder. Para el resto de la población, es una forma de aplacar la rabia o de refugiarse en la resignación o de escapar por la puerta de atrás: “a mí no me toca”. Un haiku es un poema de diecisiete sílabas que señala un asombro. Como no soy maestro japonés, trato de escribirlo en diecisiete palabras.

Indiferencia, una forma de decir que eso pasa,
 en lugar de decir
 que eso no puede pasar.

| Conflicto armado y teoría cuántica

2021. En Colombia, el nuevo director del Centro Nacional de Memoria Histórica, se estrenó en el cargo negando que en Colombia haya existido un conflicto armado. Te preguntas por qué ese empeño en no llamar a las cosas por su nombre, si no es una manera de deformar la tozudez de una historia que no se deja. Las discusiones no están en la academia, ni en las universidades, pertenecen al campo de la política que trata de disputar el terreno en el que asentar su proyecto. Cambiando las palabras se trastoca todo, no se trata de un título sino de un cambio de la película, los personajes y las responsabilidades. Todo eso pienso en un instante, mientras ella habla, su testimonio da cuenta del impacto de la negación.

Las primeras gentes que respondieron a ese intento de retorcer el brazo a la verdad fueron las víctimas de ese conflicto armado. Ahí la discusión no se da en el estrado, sino en las entrañas de su existencia, porque esa es la negación de lo vivido. Las víctimas y sobrevivientes dejan de estar en la escena, y se convierten en zombis que deambulan por la sala donde la obra se representa.

En 1987 parecía que la situación no podía ir más lejos. En tantos momentos de ese conflicto armado la situación que parecía que no podía, se puso peor. Tal vez esa sea una definición de la guerra. Y también el argumento más contundente para el negacionismo que trata de campar a sus anchas a costa de la gente. Todos esos miles y miles y miles de muertos y miles y miles y miles de nombres.

La sensación de haber tocado fondo tiene su quack-bit, también actual, de que las cosas tienen que cambiar. Como en la teoría cuántica, es la misma partícula, pero que está en otra onda. Nuestra posición de observadores puede cambiar el lugar donde se encuentra, entre todas las posibilidades, participa y empuja para la segunda opción, que es una convicción.

| La corriente de fondo

En esta tarea de escuchar los trocitos de vidas que guardan tantas experiencias subjetivas, te encuentras con que todo tiene una dimensión social de hechos que han marcado la historia. Cuando pensamos en esa palabra con mayúsculas en general pensamos en políticos y militares, hombres en su gran mayoría. En el poder de la guerra y las crisis de una paz que no llega. Pero por estas calles la gente sigue viviendo y buscando cómo hacer de su vida una feliz. Y tantas veces, cuando en el horizonte no parece posible, pensamos en los que vienen, en otra vida para los hijos e hijas. Este ejercicio de escucha, es un tipo de músculo que te fortalece. La cadena de huesecillos que transmite las voces en el oído, a veces duele. De ese tamaño.

Pero las historias de estas víctimas y sobrevivientes te llevan a tener otra perspectiva. Cuando la víctima vuelve al escenario de su pesadilla nosotros le acompañamos, y aunque ese dolor sea suyo, una parte se hace nuestro. Pero también es un regalo: estuvimos ahí. Estos días la Comisión presenta algunas reconstrucciones de hechos y análisis que nos cuentan acontecimientos que han marcado la vida de Colombia.

La retoma del Palacio de Justicia contada por el Presidente del Consejo de Estado que estuvo allí da muestra del espanto. Nadie lo rescató, pero pudo salir huyendo varias horas después. La seguridad del Palacio había sido retirada hacía dos días, aunque se había discutido cómo reforzarla porque se sabía que el M-19 quería hacer la toma. Escuchar es un privilegio, te da otra dimensión, como si estuvieras con él adentro. Cómo si los que no pueden ya contar pudieran de nuevo hablar. Los desaparecidos de la cafetería del Palacio salieron vivos y su rastro se perdió en el Cantón Norte. Una cosa es saberlo, y otra verlo. Otro testimonio me lleva por dentro del Palacio, de la Casa del Florero, de las Caballerizas del Cantón Norte. En todos ellos ocurrieron partes del horror, pero solo en el Palacio hay un símbolo que lo recuerda. Nada habla de eso en los otros lugares que hoy están en estas voces.

El día en que los familiares tengan las respuestas que llevan demandando 36 años, Colombia mostrará que tiene otro horizonte de una paz de verdad.

De todas estas cosas casi no se puede hablar. El miedo domina aún hoy en día la vida de quienes salieron vivos. Las pesadillas aún duelen. Una reivindicación de una memoria compartida tendría que tener en esa casa del Florero una placa que recuerde a las víctimas. Un día vamos a ir a verla con los sobrevivientes, y recordar tantas cosas que las mangueras y los trabajos de limpieza no pudieron borrar. Volver al escenario de la pesadilla para integrar una experiencia traumática que tiene atada tu vida al terror sufrido, es parte de la terapia frente al trauma. Aquí hablamos de uno individual y también colectivo. El testimonio es esa corriente de fondo que susurra esa verdad que quiere su reconocimiento.

| Crear el tiempo

Mi amigo Roberto Garretón murió esta mañana del 27 de diciembre. Un día después de que Desmond Tutú nos dejase también huérfanos. Conocí a Roberto tarde en la vida, hace 21 años. Desde el primer día me dije: cómo no nos conocimos antes si nos habíamos cruzado tantas veces. Después, nos dedicamos a recuperar el tiempo perdido, en México. Fuimos a apoyar las primeras iniciativas de formación de familiares de desaparecidos en esa vieja guerra de siempre contra el narcotráfico que Nixon impuso en el mundo en 1973 y que tan funesto futuro trajo a tantos países. Con el gobierno de Calderón, la iniciativa del movimiento por la paz, los primeros talleres de acogida y acompañamiento con distintas asociaciones y personas que iban llegando, con ese dolor fresco de la desaparición de hacía unas semanas, unos meses, y que tantos nubarrones traían sobre el tiempo por venir. En los talleres hacíamos tres partes. Una estaba orientada a analizar lo que estaba pasando. Empezábamos a hablar de la desaparición social y la política, para tratar de diferenciar cosas que se unían siempre en la impunidad. El caso de los 43 desaparecidos de Ayotzinapa nos hizo ver eso a todos de manera más nítida.

Roberto era un entusiasta. Cuando nos despertábamos temprano para dar un paseo y desayunar, él ya se había acicalado y puesto la insulina, preparado para lo que viniera después. Los amigos chilenos siempre tienen su referencia en la dictadura de Pinochet, pero él además había sido relator de NNUU para los Grandes Lagos, y ese era otro de nuestros temas de conversación con mis ráfagas de trabajo en República del Congo, y los casos Lubanga y Katanga ante la CPI. También había sido responsable para América Latina de la Alta Comisionada de NNUU Marie Robinson. Sus ejemplos, siempre desde la perspectiva de cómo el derecho podía ayudar a la gente, parecían a veces lejanos de la realidad de México y la complicidad que tejía un sistema que no era una dictadura pero que funcionaba con una impunidad que llenaba las estanterías de gestiones y papel. Más que lo que uno cuenta, el valor de Roberto era

su ejemplo, su chispa. Y sus ganas de aprender. A mí me tocaba siempre hablar después de él. Ahí hablamos del impacto de la desaparición en las familias, del miedo, y de esas lágrimas que no dejaban hablar. De cómo fortalecerse y apoyar a otros. Los familiares de México lo querían, multiplicamos así el cariño, siempre dispuesto para acudir la próxima vez. En medio de tanto dolor, tenía siempre su entusiasmo:

- Cuánto se aprende aquí. Siempre algo nuevo.

Roberto que era el encargado jurídico de la Vicaría de la Solidaridad en Chile, había hecho cientos y cientos de recursos de Habeas Corpus para la búsqueda de los desaparecidos. Siempre pensé que su ejemplo era una luz frente a la impotencia. Ninguno de esos recursos de Habeas Corpus sirvió nunca para encontrar un desaparecido. Cuando mucha gente a su alrededor le decía que estaba quemando árboles gastando tanto papel para algo que no servía para nada, no tenía palabras sino acción. Un ejemplo de lo que significa el poder de estar convencido y de que el trabajo de derechos humanos solo tiene una fuerza, que es la coherencia y legitimidad.

- Si se pierde eso, tú estás perdido.

En medio de la devastación que podía respirarse en el trabajo con los familiares en México, él tenía también sus ideas para compartir, en esa fe en que la verdad tiene que encontrar su camino.

Roberto Garretón fue opositor a Allende, siendo parte de la Democracia Cristiana. Se hizo militante contra la dictadura al día siguiente del golpe militar, y ya nunca dejó de serlo. Pinochet llegó a decir que la Vicaría de Solidaridad hacía recursos de Habeas Corpus, antes incluso que la DINA detuviera a la persona. Y Roberto, con su humor socarrón, decía que tenía razón. Las miles de hojas acumuladas en la Vicaría y en las gavetas de las familias que guardaron esos recursos, fueron un día la prueba para la detención de Pinochet. Cuando te preguntas qué hubieras hecho tú, siendo abogado en la dictadura de Chile, cuando llegaba una familia a pedir ayuda para buscar a un detenido, no hay nada más digno que se pueda hacer.

El acúmulo de impotencias, fue no una prueba de la parálisis sino de la resistencia, un músculo para doblar la impunidad en un pulso que nos regaló a todos un aire más de libertad. Escuchar a Roberto era sentir eso todo el tiempo. Ryszard Kapuscinsky, hablando de sus primeras experiencias en Dar es Salam y la región de los Grandes Lagos, dice que hay gente y culturas que crean un tiempo, no el que pasa con el calendario sino uno que nos hace vivir de otra manera. Junto a esa lectura de estos días, con el sentido de la vida que se sentía trabajando con Roberto, su regalo es una ráfaga de ese tiempo.

| Todos los nombres

René viene con todos los datos, informes y recuerdos acumulados. Como un barco que hubiera estado dando vueltas durante años, pendiente de un puerto para la descarga. Una tras otra, habla de personas con nombre y apellidos para que no haya confusiones, como si guardar todo eso en la memoria fuera la única manera de protegerlos de su ausencia.

El relato de los hechos pasa de uno a otro. Cada hecho es atroz. Un atentado del que se sobrevive con un agujero en la mano, porque Geminiano agarra el cañón del arma del sicario, aunque no puede quedarse en el país y el agujero sea testimonio del exilio. Hay un lenguaje que termina despolitizando y quitando el corazón a lo que hablamos. Por ejemplo, si el horror de lo vivido puede clasificarse en violencia letal y no letal. El desafío es cómo construimos categorías sensibles que dejen escuchar de lo que hablamos. Las estadísticas de la guerra muestran tendencias de ciertas violaciones en mayor número que otras, o cambios en el tiempo. Una gráfica es una radiografía de la historia. Un tipo de prueba que el laboratorio nos devuelve. Pero una gráfica no es un conjunto de datos que se procesan o con los que se hace minería, más bien es un electrocardiograma. Habla de cómo está el corazón. Para que no se nos olvide.

Manuel, Zoraida, Luis, Teófilo, Joaquín, Rafael, Orlando, José, Fermín, Edinson, Francisco, Jaime, otro José, Boris, Osman, otro José, otro Francisco, Gil, Gustavo, Efrén, José Antonio, Estrella son sus nombres. Antes de pasar a su propia familia, que sufrió un atentado con disparos indiscriminados que llevaron a muertes, heridos graves y sobrevivientes. La muerte y sus ecos que te acompañan. Todo hecho así es una mezcla de violencia letal y no letal, porque en eso no está la intención, ni siquiera el impacto, sino la suerte del pomo de la puerta o el reflejo de moverte para donde es la vida y no para donde es la muerte. Aún hay más. Álvaro, Claudio, Javier, Saulo, Félix, Jorge, Nelson. Su hija no tuvo refugio en Europa sino hasta hace poco, a pesar de que su propia

hija, la nieta de René, fue asesinada y las balas le arrebataron esa otra vida. Otra hija recibió seis disparos en el cuerpo cuando se echó encima de él para protegerlo.

Tomando un testimonio de Mohamed Lamin en la arena, un viejo nómada de los hombres azules del desierto del Sahara, empezó diciendo que fue detenido y luego estuvo desaparecido varios años con otros 46 hombres. Y aunque le creí, no le creí. Después de cuatro horas y dos descansos de la memoria y el calor, siguió recitando su historia y sus nombres. Cuando después del asombro, sentado en una mesa con la transcripción de sus palabras y la atmósfera de sus silencios, los conté. Eran 40. También aquí los he contado. Son 29.

Lo más difícil del exilio de René no fue tener que aprender alemán. Fue estar lejos, y lo que viene con eso. Lejos de la hija herida. Del lugar donde quedó la nieta. De la mamá y del hermano que murieron.

- No hemos visto crecer a muchos nietos y nietas que nacieron, ya después de que nos vinimos

No solo la familia se extraña, sino esa vida que viene con sus ciclos de las generaciones, como si el tiempo quedara detenido, o mejor, tú te quedaras fuera de él, mientras pasa por tu cuerpo. Nos hacen falta los otros.

- Uno se acostumbra a estar siempre acompañado, siempre en contacto con la gente, recibiendo información, inquietudes y tratando de ayudar en algo; y todas esas cosas se quedaron atrás. Nunca más tuve ningún contacto ni siquiera con gente de mi sindicato, nunca más.

Al final de su testimonio, hablamos de los anhelos, del futuro, de las demandas, del sentido de esto que hacemos.

- Más que todo, ¿qué sería? No sé. Poder... poder volver a reunirme con mi familia tranquilamente. Que se sepa la verdad me repararía mucho, me... Porque en torno a esto, hay mucha desinformación. Mancuso dijo: "Es que fuimos en busca de un guerrillero llamado René Cabrales

Sossa". Es decir, el hombre se ratificó, prácticamente, en que yo soy un guerrillero, que fueron a matar fue a un guerrillero.

Pues no, no lo es. Hablar de reparación después de una historia de persecución tan brutal, necesita de silencio. La verdad puede ser un aleteo que te acompañe o unos granitos de arena que obstruyan el mecanismo del horror y del olvido.

Los barcos tienen centro de gravedad y centro de flotación que está más alto. Cuando están muy separados porque el barco tiene mucha carga, con las olas corre el riesgo de hundirse. La única manera de seguir el viaje es bajar el centro de flotación, bajar la carga a un lugar donde los dos centros estén más cerca. Tal vez eso sea este testimonio.

La verdad pasa también por los nombres, que no fueron 29, sino 30. La nieta asesinada se llama Alejandra Camargo Cabrales.

La búsqueda que sutura los bordes de una herida

Buscar a un desaparecido forzado en la guerra es tarea a escala heroica. Hacerla desde el exilio lo es el doble. En la mitología griega los héroes eran más que hombres y menos que dioses. En este caso son heroínas, sobre todo.

Al exilio lo preceden muchos ires y venires. Entre Barrancabermeja, San Pablo y Cúcuta le tocó a toda la familia de Patricia trajinar para evitar la muerte. Pero ella terminó encontrando un amigo de niñez que le contó su historia para tratar de ayudarla, aunque era tan triste que ahora, aquí, llora:

- Yo creo que has hecho lo peor al venirte también para este pueblo, porque yo presté el servicio militar y, mira, me estoy volviendo loco porque me pagan 500 mil pesos, y en la noche soy un matón. Yo me pongo una capucha, me visto de negro y yo soy otra persona. Váyase de este pueblo porque esto es peor...

Su hermano Teófilo estaba desde hacía días desaparecido. El testimonio es hacer presente lo que está permanentemente ausente. Hablar de él es traerlo de vuelta. Buscarlo es hacer, por un instante, que esté aquí. El responsable tiene sobrenombre y era un teniente del B-2. Tantas veces te preguntas si la gente sabe por qué las instituciones olvidan. La Defensoría del Pueblo le dijo que no se moviera para ningún lado sin que le acompañaran, porque andaba dando vueltas sola, poniéndose en peligro en lugares en los que se cruzan mil historias menos la tuya. Los familiares en sus búsquedas se han metido siempre en muchos lugares imposibles y bocas del lobo. Psiquiátricos, cárceles, hospitales, cuarteles, morgues. A la mamá y a ella, también les tocó correr por esas calles donde buscaban a su familiar, porque otros las buscaban a ellas para llevárselas.

- Corra, Patricia, porque ese es. Corra porque viene por usted.

Aún escucharon la amenaza de unos zapatos que les pisaban los talones:

- Ah, a ese hijueputa no lo busque más. Dígale a su otro hermano que vamos por él.

Una amiga del pueblo, cuyo marido se volvió paramilitar, porque cuenta que ya no tenían con qué comer, le habló de una laguna de cocodrilos donde habrían sido llevados muchos desaparecidos de Barrancabermeja y San Pablo. El hombre quería salirse, pero ya no lo dejaban así nomás. El paramilitar se enfermó, vomitaba, le daba fiebre, y su esposa también se enfermó de escucharlo. El círculo te atrapa, si no lo haces, te lo hacen, decían en Guatemala.

Las víctimas fueron parte de quienes se movilizaron en el éxodo campesino que denunciaba las condiciones en que se encontraban en el Valle del río Cimitarra en 1998. Una mano amiga alquiló una casa de 3 habitaciones y ahí se metieron 26 de la familia. Pero la madre ya no podía más.

- Mijo, váyase, váyase, porque yo ya no me aguanto una muerte más.

Salvar la vida fue un alivio, pero la búsqueda desde Europa no solo tiene que cruzar un océano. La distancia geográfica y la del exilio son dos obstáculos gigantescos. Hay que hacerse presentes. Buscar formas de que se vea que son, que están. Hay que hacer una prueba de ADN. Llevarla con las garantías. Estar al tanto de las gestiones. Llamar de nuevo para ver qué se sabe. Las familiares de desaparecidos han sido maestras en persistencia. Ir a sentarse en la puerta de la oficina. Poner carteles en la calle. Salir a manifestarse. Denunciar. Mujeres que se han pasado la vida desde entonces llamando a las puertas. Pero el exilio te amputa de un mundo que ahora necesitas. La búsqueda junta aquí los pedazos de la historia que quedaron a los dos lados de esta herida.

La persistencia retiniana hace que la imagen permanezca una décima de segundo más en la retina cuando ya ha desaparecido, y permite ver las cosas en movimiento, sin transiciones. Los procesos de búsqueda son esa décima de segundo de un tiempo que se alarga para seguir viendo al que ya no está. Cuando para el resto del mundo, la historia es parte del pasado, ellas nos enseñan que la búsqueda es un tipo de presencia que convierte esa décima de segundo que se escapa entre los dedos, en una huella indeleble del tiempo que nos cuenta una verdad.



| Dos hermanos, dos estatus

Libardo y Jorge Eliécer vivieron la misma persecución en Colombia. De aquí para allá, escondiéndose. Cada vez que parecía que la cosa se había calmado, volvía la ola. A veces, te preguntas cómo puede ser así. Cualquiera pensaría que alejándose del peligro unos cientos de kilómetros, o en una selva urbana, te dejarían tranquilo. Pero los testimonios del exilio están repletos de pruebas de que esto no es así. Sobre todo, cuando las víctimas no se quedan debajo de la almohada, sino que se mueven para buscar al desaparecido, para denunciar los hechos o para reclamar la tierra.

Cuando la realidad no entra en los conceptos, hay tres alternativas. Dejar de ver la realidad, como si no importara. Ponerle otro nombre deformado, para engullirla como una ameba. O mirarla a los ojos de frente y asumir que el concepto no es una caja en el que quepa, ni un prisma desde el que tratar de descomponer la imagen. La única manera es hacer que los conceptos no tengan miedo. O sea, que no lo tengamos. Que del diálogo entre los conceptos y la realidad, nazca esa fortaleza en la que no importa la definición de los límites, sino el empuje de su fuerza.

Ellos se exiliaron en 2001. Cuando su hermana llegó a España, ella buscó también su propio estatus.

- A mí me han contado que uno puede pedir asilo político aquí.

Pero su respuesta mostraba la prevención cuando se ha pasado de forma reiterada tanto miedo. Así que le dijo con cariño:

-Usted es boba o qué ¿vamos a estar pidiendo asilo político para que sepan dónde estamos y nos sigan persiguiendo? No, aquí tenemos que seguir sin papeles.

El refugio oculto en migración sin papeles.

El otro hermano, optó por buscar asilo político, y se lo dieron. El cansancio de la persecución hace que busques cualquier tipo de defensa, aunque aparentemente te deje a la intemperie. Durante tres años, uno de ellos trabajó en una empresa con los papeles de otra persona. El otro, con un estatus de refugiado en proceso de llegar. Después de cuatro años, en un proceso de regularización de los sin papeles, por fin tienen unos que les dan un estatus primero de trabajador y luego, después de otros años más, de ciudadano.

Cuando miras las estadísticas del exilio, uno existe, el otro no.

| Dolor de patria

- Cuando yo salí de mi país, cuando el avión arrancó, yo sentí como si el corazón se hubiera desprendido un pedazo.

Hay lágrimas en ese recuerdo que lo traen hasta ahora.

- Yo tuve una cosa aquí en el pecho muchos años. Yo lo llamé a eso mi dolor de patria, porque era una cosa que no me dejaba respirar y era un dolor, un dolor que yo creo que por ahí hace 5 o 3 años ha pasado un poco.

Cuando habla del dolor de patria tiene un lugar. Una especie de angina de pecho permanente. Un peso ahí, justo ahí. Si hubiera ido a un hospital, le habrían hecho un electrocardiograma. Pero el dolor de patria se escucha en el alma.

El dolor de patria la llevó dos veces al hospital por depresión. Para tratar de procesarlo empezó a odiar a los suizos, como si ellos fueran los culpables del exilio, hasta que se miró al espejo y se dijo:

- ¿Entonces qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar como muchos que se quedan toda la vida llorando y haciéndose las víctimas? Yo soy una víctima, pero no me puedo victimizar yo misma, sino salir adelante

Ese desgarró de un pedazo de corazón del que habla Beatriz es también una pérdida de la gente. Claro que en el exilio se pierde estatus, pierdes tu trabajo, tu lugar, tu casa. Pero para ella, que era dirigente política, sobre todo pierdes a la gente, el derecho a ser dirigente, el derecho a elegir y a ser elegido. Desde un trabajo colectivo que tenía, el exilio volvió a mucho liderazgo huérfano de pueblo, un camino de solitarios.

- Uno pierde todo eso, muchas cosas, pero lo único que no se pierde es la dignidad. Pero eso no es algo que pasa, es algo que se lucha para que no se pierda.

La lucha pasa por aceptar el lugar del que te toca volver a empezar, y no dejarte llevar por los vientos del país que te recuerdan a lo vivido en el tuyo.

Para salir de la depre decidió aferrarse a la naturaleza de la que formamos parte. Comparando las montañas de Antioquia con las de Suiza, con un tantito más de nieve, empezó a sentir las como suyas, a quererlas.

- Lo mejor del exilio son mis hijos, porque pudieron crecer, estudiar, tener libertad después de toda esa persecución.

Para ellos, el dolor de patria no duele en el pecho, es una nostalgia de lo no vivido.

| Un lugar que no es en medio

Cuando me tocó hacer un peritaje para el caso de Acteal, una comunidad tzotzil que sufrió una masacre de 45 personas, la mayoría de ellas mujeres y niñas y niños que estaban orando en una capilla en la comunidad en 1997, fui hasta la comunidad que había sido un lugar de peregrinaje durante años, de quienes reivindicaban la verdad y la justicia. Un hecho infame, que fue pintado como un problema de pelea entre indígenas por una cantera, o porque unos eran católicos y otros evangélicos. Como en tantos casos, los que se quedan más indefensos, los que optan por la noviolencia como esta comunidad, o por la política como en el caso de la UP y otros movimientos en Colombia, son los más vulnerables a la guerra y al odio.

La memoria del obispo de Chiapas Don Samuel Ruiz estaba también ahí. En la guerra de Chiapas, Acteal aunque compartía las demandas de las comunidades zapatistas, se declaró por la noviolencia, quedándose en su propia opción. No fue neutral porque estaba en otro lugar. Del otro lado, grupos paramilitares de otras comunidades que actuaron mientras todo pasaba, aunque desde días antes, horas antes y los minutos en que estaba pasando les llegaron las alertas a las autoridades. Nada hicieron hasta que todo estaba hecho.

En Acteal, antes de empezar la asamblea que daba inicio a la palabra, había que hacer una apertura porque no se puede hablar de cosas tan duras sin un lugar que las contenga, sin una ceremonia, sin convocar a los ancestros, sin pedir permiso, porque en ese dolor no se puede entrar sin escuchar a los que ya no están. Un proceso que tiene un inicio y que convocará después a un cierre para no dejar el pecho abierto.

Pero ahora estamos en Ginebra:

- Primero que todo, yo en esta sesión quiero hacerle un homenaje a mi padre, a mi madre, a mi esposo, a mis hijos, a mis hermanos, a mis amigos simpatizantes, aliados de la Unión Patriótica, a todos aquellos que hoy no se pueden expresar porque fueron exterminados.

Beatriz que era una diputada en la Asamblea de Antioquia sobrevivió a muchos atentados, le dieron el pésame de sí misma muchas veces, tuvo que enterrar a muchos amigos, muchos conocidos como parte de la historia, otros sin nombre a los que ella reivindica, aunque lo tienen nadie los recuerda. Los nombres están en el corazón de la gente, pero deberían tener un lugar social. Escribió un poema en francés.

Nosotros hemos perdido muchas cosas
Pero no nuestra dignidad
Es necesario estar seguros, estamos contentos aquí
Podemos caminar sin esperar la muerte
Dejar la brisa tocar nuestro cuerpo y que nos acaricie coquetamente
Sentarnos sobre los bancos, sobre la hierba, sobre los jardines
Y descansar
Tocar las flores
Mirar el sol y dejar que nos regale sus rayos
Nosotros podemos caminar por las calles
Mirar la gente que pasa sin tener miedo de un disparo
Miramos con nuestros ojos las cosas que queremos
Podemos estar en la multitud, sin sentir el miedo de la muerte
Sabemos que somos seres humanos como cualquier otro

Este poema yo lo escribí al de poco tiempo de llegar, lo quise leer porque es lo que sentimos.

Letras sin fronteras

En Ginebra, uno pasa la frontera a Francia así nomás. Es como una frontera antigua donde no había control ni barreras, paseas por la orilla del lago y en un ratito cambias de país.

El centro de acogida a refugiados estaba en esa época exactamente ahí. Unos amigos de ella, que estaba en ese centro de acogida con su hijo con kosovares que huían de otra guerra, fueron a visitarla. Y la sacaron a pasear. Un grupo de colombianos afrodescendientes es sospechoso en lugares como las fronteras, donde habita siempre el riesgo de xenofobia. Alguien del barrio llamó a la policía.

La división del mundo entre los que son de aquí o de allí, pega fácil en la psicología colectiva. En otros casos, las fronteras no son solo entre países, sino entre barrios o incluso entre calles, como aprendí la primera noche que paseamos con Hernando por Bogotá en 1994, en unas caminatas que cruzaban desde las 9h de la noche hasta las 7h de la mañana en que nos reponíamos en el Desayunadero de la 42, todos los territorios y fronteras de la desigualdad. La zona rosa, la fauna humana, los rumbeaderos, los lugares de prostitución, las calles del centro que por la mañana eran ferreterías y en la noche escondrijos, el Cartucho que era lo más parecido a un basurero humano donde los últimos de la fila descansaban y se protegían, el Bronx que era un Cartucho dentro del Cartucho, a escasos 300 metros del Palacio presidencial.

Llegó la Policía. También en Ginebra, como en tantos lugares del mundo, hay pequeños problemas que podían quedarse ahí, pero fácilmente empieza a seguirse el protocolo que te lleva a un camino del que pierdes el control, desconocido. Las explicaciones, cuando hay estereotipos de por medio, suenan a coartada.

- Ay no, es que ella es demandante de asilo y nosotros vinimos a visitarla.

Peor. Entonces la Policía se la llevó a un cuarto cerrado con ventanas de vidrio. Y aunque ellos hablaban, ella no entendía nada. Cualquier persona podía pasear cruzando esa frontera, pero un demandante de asilo no es una persona así nomás. El foco pasó así del afro a la refugiada.

Cuando, tiempo después, le llegó la respuesta del refugio, entró en pánico. Creyó que la policía iba de nuevo con otras intenciones.

- Yo leía y leía esa carta, y leía esa carta. Bueno, no entendía del todo y la asistente social me buscaba. Yo me escondía, y ella iba y tocaba, y yo me escondía debajo de la cama y decía: “Yo no quiero que lea esa carta porque eso es que la Policía nos va a llevar, nos va a llevar”. Hasta que un día ella me buscó y me buscó... Yo venía por la calle y me cogió y me dijo: “No, venga, yo le leo eso”, y era el asilo.

Ahí descansó. Pero tuvo que leer ese papelito con todo detalle, no palabra por palabra, sino letra por letra, grande y pequeña. Ese fue otro momento en que empezó todo de nuevo. Se nota en su sonrisa. Este jueves presentamos el documental de la experiencia de trabajo con la UP en el exilio que hemos hecho la Comisión de la Verdad y la Jurisdicción para la Paz. Ellos, Andrés y Beatriz, son dos de esos sobrevivientes. Cuando uno mira la experiencia de la Unión Patriótica y busca palabras que den cuenta, las discusiones pasan del exterminio al genocidio. Hay algo aún más grave que las discusiones entre Lemkin y Lauterpacht en el Tribunal de Nuremberg sobre si el exterminio judío y de otros grupos era genocidio o crímenes contra la humanidad. Contra la UP, se trató de un crimen contra la esperanza. Reconocerlo, sería el primer paso no solo para evitarlo, sino para reconstruirla.

| Dejarse tocar

Su testimonio estuvo guardado por veinte años en el lugar del cerebro que llamamos corazón, que no solo está en la cabeza sino en el pecho. Ese es un tipo de archivo que late. Guardado hasta que quiso hablar por un deber, hacer algo con lo vivido que nunca había querido hacer

El primer intento de asesinato fue en 1991, en un operativo del que se salvó porque había trabajado con monseñor Héctor Fabio en las Mesas por la Paz de Medellín, y se pudo escapar porque conocía todos los recovecos y salidas.

Un día, hablando en la Asamblea sobre la defensa de los diputados, preguntó:

- ¿Y yo qué necesito?

Y me dijeron:

- A usted ni un tanque de guerra la salva.

Le decían que tenía un teléfono rojo con Tirofijo.

- Para mí, los 6 años en la Diputación fueron... yo me levantaba y me acostaba con la muerte, me tocaba a mí misma para ver si yo estaba viva y, a veces, no creía que estaba viva. Decía: Pero, ¿es verdad que estás viva? A veces, me parecía que eso era la muerte, un sueño. Entonces, mi madre me dijo: Prefiero que se vaya que llevarle flores al cementerio.

Cuando le pregunto por un concepto para definir lo sistemático, ella responde con la contundencia de la suavidad:

- Nosotros no teníamos ni tiempo de enterrar la gente.

Mirando hacia atrás, también siento que mucha gente, les dejó solos. Un diputado en la Asamblea, de un partido de izquierda, le dijo: “Deje de combinar las formas de lucha para que no la maten”.

Y yo le dije:

- Dígame cuáles son las formas de lucha que nosotros utilizamos, yo nunca he manejado un arma, yo nunca he disparado. Mi arma es la voz, mi arma es luchar por la paz, esa es mi arma, esa es la única arma que yo tengo. Mi arma es la movilización social.

Cuando escuchas un testimonio se activan las neuronas espejo. Esas no solamente ven lo que está afuera, sino que nos permiten aprender del otro, sentir lo que le pasa. Dicen los neurocientíficos que el cerebro de las mujeres tiene más neuronas espejo que el de los hombres.

Nos toca aprender.

| Diálogos fructíferos

Hay lecturas que te llevan de viaje, otras te hacen parte de uno más grande en el que ya estás. Leyendo a María Zambrano sobre el exilio, el diálogo es fructífero. Cada reflexión tiene la hondura de un tiempo al que descendes o una brisa que alarga la tarde en la piel.

El exilio es un espacio donde buscas un lugar en el mundo que no es ya el que tuviste. Cuando los refugiados guatemaltecos regresaron de México a Guatemala en 1993, no eran los que se habían ido, doce años antes, ni el país era el mismo que los expulsó a machetazos, aunque seguía habitado por el miedo. Por eso, el des-exilio no es así volver así nomás. Es toda una construcción de mundos.

Los lugares del mundo a veces están en encuentros de donde creciste o en historias que nos han contado. La identidad está hecha de pedazos de cuentos. Y siempre es un *work in progress*. Aquí eso es más evidente que en cualquier otro lugar dentro de las fronteras o la lengua en la que has vivido.

Cuando las cosas nos duelen en la vida, tratamos de asimilarlas a veces a base de darles vueltas y mirarlas por todas sus dodecaedricas posibilidades. Otras nos ponemos una coraza, como si la historia de la que defenderse, la que hizo ese daño de la violencia, siguiera ahí fuera y no dentro. En el exilio la gente usa máscaras para responder a las preguntas que le hacen, ¿por qué te viniste? o para ocultar el sentido de las respuestas. Las formas de protección del sí mismo tienen sus paradojas. Si aquí fuera ya puedes hablar, no es solo el miedo que te persigue por el que sigues en silencio. Para María, el silencio de los exiliados, que tan poco han hablado habiéndolo podido hacer, muestra la historia que llevan dentro, tanto como que no han seguido la vía de la justificación.

María Zambrano dice que el exilio es ese lugar donde a ella le tocó nacer y no venir con un pan bajo el brazo, sino ser, a la vez de recién nacida, huérfana de patria y amparo. Al exiliado le dejaron sin nada, al borde de la historia, solo en la vida y sin un lugar propio.

- Los lugares al borde son también privilegiados para la lucidez. Porque ya has renunciado a justificarte, cuando ya dejaste de cristalizarte en un personaje, cuando no has querido ser nada, ni siquiera héroe -dice ella.

- Mi amigo Eduardo me felicitó varias veces con una advertencia y un consejo, que se convirtió en una promesa: que no se te olvide seguir naciendo – le digo yo.

- Uno está naciendo, naciendo y muriendo al mismo tiempo, mientras sigue la vida -insiste ella.

Para María, cuando la tragedia se repite es porque el umbral de la fatalidad no ha sido traspasado. A traspasarlo ayuda la memoria, que es conciencia. El exiliado, es al que se le dejó solo con la vida, sin realidad, pero con horizonte y tiempo.

- Hace veinte años se nos arrojó del porvenir -insiste.

Este pasado, como todos, debe ser asimilado, no eliminado, esta es la cuestión. Y para ser asimilado antes ha de ser reconocido en su verdad. En la verdad de que es portador.

Tus reflexiones, María, están llenas de verdades que parecen paradojas. Como esa en la que dices que el exiliado es objeto de mirada antes que de conocimiento.

- Así lo veo. El que anda fuera de sí, al andar sin patria ni casa. Proponiendo el ver para verse. Y que aquel que lo vea, acabará viéndose.

Muchas víctimas del conflicto armado son parte de una sombra en el país, de una estadística de millones de personas, de otras tantas historias

que se escuchan como un murmullo de fondo. María dice que el fantasma se desvanece solo cuando ha contado su historia y su verdad completa la historia.

- El exilio es un alba interrumpida. Y no se puede enterrar el alba, ni se la puede rechazar ni eliminar. El alba es lo más indestructible.

Si vamos a la tradición católica, las historias de la Biblia comienzan con un exilio. La expulsión del Paraíso es uno. La huida con su pueblo de Moisés, otro. O sea que María debe tener razón. Los abismos no solo se salvan, sino que pueden ser salvadores cuando de ellos sale una verdad.

Como me dijo una vez Gladys hablando de su exilio:

- Del exilio no se puede volver porque yo no me he ido nunca, me he llevado al país conmigo.

Incluso se puede ser colombiana de un modo más total.

| Realismo y fantasía

Gabriel García Márquez escribía como los dioses historias que a todos nos han llevado en sus muchos viajes. El realismo mágico a veces es una copia de la realidad que acontece a cada instante, en lugares donde la naturaleza es una fiesta permanente y la política te sorprende cada día, con cosas que se mueven para donde nunca sabes. Como el pintor de una realidad que te envuelve en una mezcla de impresionismo y surrealismo.

La gente al exilio se ha llevado, y todavía lo hace porque esa es una experiencia fresca en Colombia, una larga historia que viene con ella. Cuando la policía o la migración te pregunta la primera vez, muchas veces solo tienes unas pocas palabras que te disfrazan de turista para entrar o con las que dices: pido asilo. A partir de ese instante todo es un tiempo de espera, para otra entrevista donde tu historia será escuchada, aunque lo que domina ahí, la mayor parte de las veces, no es el dejarse tocar sino el evaluar.

Aunque cada historia tiene su gatillo, el momento en que el tiempo se acelera, todo se desencadena, cuando te decidiste por la vida, o cuando te salvaste del siguiente intento, o el tiempo de lo que ya no quieres vivir. El gatillo es un lugar en el que se concentra lo vivido, como una historia en la que todo es una introducción hasta ese punto de la salida.

- Tienes que contar tu historia mañana en la entrevista, pero es mejor que no la cuentes toda -le dijo su abogado.

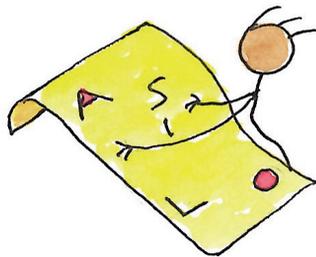
Aquí no importa tanto la verdad verdadera, sino una que entre en los esquemas de quien escucha. A Pilar le llegó un caso, o sea una persona demandante de asilo, que había tenido una de esas historias increíbles que habitan en esquinas de esta Colombia adolorida. Contarlo todo no es aceptable cuando quien te entrevista no tiene el silencio en la cabeza que se necesita para entender, sino una serie de estructuras en

las que encajar la pieza del puzle. He conocido mucha gente que dejó de contar cosas por el miedo a que le señalasen o le juzgasen, por la vergüenza de esas historias que socialmente se vuelven contra ti. Pero lo más chocante es cuando la gente no puede contar su historia, porque es tan asombrosa, que no le van a creer. Entonces, mejor evitar esa escena, ese pasaje, dejar la cosa a la mitad.

Y no le creyeron, porque lo primero que tiene que preguntarse la persona que entrevista, un funcionario o un policía, es algo que le dijeron a ella:

- Cómo es posible que con todo eso que ha vivido, pueda mantenerse aún en pie, y esté aquí. No puede ser. No puede ser verdad.

Hay preguntas que no quieres a veces hacerte, porque no te sientes preparado para la respuesta. O sea, como no puedes entender, no le crees. Hay un tipo de realismo prodigioso que es pura ciencia, aunque parece poesía, la astronomía tiene distancias imposibles de pensar ni con la imaginación, en las que tratamos de poner algo a escala humana, como el año luz, para poder hablar de ella. Por una sala de acogida a refugiados pasan todas las historias increíbles del mundo que, aunque desaffan la imaginación, tendremos que buscarles la medida. Podríamos analizar los conflictos y las desigualdades del mundo, por ese agujerito de la sala de entrevistas, pero solo entenderemos algo más si, en lugar de negarla, nos asombramos de esa capacidad de estar de pie, donde habitan tantas ganas de vida. Y buscar algo que nos ayude, como el año luz.



| Un país sin mapa

Colombia es un país muy grande. En los tiempos del Google-maps y el Weiss que tienen control de todas las rutas del mundo, hay territorios aún que no entran en la globalización que se hace por arriba, la de los satélites que lo saben todo. Los satélites diagnostican la depredación del planeta. Si pueden ver donde se aloja un sospechoso para dirigir un misil, podrían ver las motosierras y los camiones que siguen talando el paraíso de la Amazonía. Podrían saber dónde se esconden los grandes capitales que son otra forma de depredar el mundo y sus gentes, aunque para eso solo hay que tocar los bancos de esos otros paraísos, los fiscales. Hay un mundo en que la vida de la gente se vuelve transparente, y otro donde todo se vuelve opaco. Pero en la transparencia también hay agujeros donde habita aún tanta gente que no cuenta.

- Ese día que yo fui a colocar la denuncia ante la Fiscalía, y me dijeron que ellos no sabían dónde quedaba Puerto Alvira, que ellos no sabían dónde quedaba Puerto Jabón, que eso no se registra en el mapa que manejan... que ese pueblo no existe.

Entonces, cuando los hechos no tienen su lugar, son como que pasó y no pasó, como que no sucedieron. Entonces, ella le dijo al muchacho:

- Pues lo que está mal no soy yo, sino sus mapas, porque son hechos que uno vivió y que usted me dice no aparecen, que no existen.

Para que les crean, los hechos tienen que cambiar de casilla, porque en el formulario de las denuncias no hay un lugar para Caño Jabón. Les tocaba colocar que eran de Mapiripán, y le tocó que quedara así.

Como la señora reivindica su propia vida, después denunció que pusieron que ella estaba denunciando un desplazamiento de Mapiripán. El departamento del Meta es muy extenso, como ha sido el territorio de la violencia. Pero tendremos que tener un mapa que no sea un cajón, en el que se recorta lo que sobresa, sino un tipo de abrazo para todas estas experiencias y territorios que se consideran marginales.

Además, no creo que Puerto Alvira esté libre de los satélites.

La mirada de las palabras

Las palabras no son habitantes del diccionario en el que buscamos significados y sentires. En contextos como el de Colombia, vienen de la mano de experiencias muy duras y de versiones que se han ido instalando en las primeras páginas de la prensa o la memoria colectiva. Así que reproducen muchas veces lo vivido. Nos vuelven a los lugares del desprecio y la mentira. Otras veces se chocan con visiones contrapuestas o confirman la capacidad de representar una realidad que ha sido dominante, no solo porque sirve para alguien con poder, sino porque tiene también dominados.

La dificultad de las FARC-EP de hablar de secuestro y no solo de retenciones ilegales, fue un ejemplo hace un año de la dificultad de mirarse en el espejo de las víctimas, que no es que siempre tengan razón, pero es un polo a tierra del sentido. La negación de las Fuerzas Armadas de reconocer las ejecuciones extrajudiciales que se llamaron falsos positivos, les ha dejado a las víctimas sin el marco de reconocimiento. Ellas son no solo personas a las que hay que mirar a los ojos. Hanna Arendt, analizando a Shakespeare, en relación con el asesinato en la tragedia Ricardo III, critica que “todo hombre que intenta vivir a gusto intenta vivir sin ello, y esto se consigue fácilmente porque todo lo que hay que hacer es no iniciar nunca ese diálogo silencioso y solitario que llamamos pensar, no regresar nunca a casa y someter las cosas a examen”. La cuestión sigue siendo si el proceso de reconciliarse con experiencias como la culpa y la vergüenza, es decir, la rehabilitación psicológica y social, puede darse sin justicia y sanción social. De esto se tratan tantos procesos de reconocimiento impulsados por la Comisión.

La cuestión de las palabras es parte de esa historia, también cruzada por lo que los paramilitares de las AUC, que actuando de forma coordinada o mientras los gobiernos y una buena parte del Estado miraba para otro lado, llevaron hasta el extremo del terror para acabar con la gente como una forma de ganar la guerra.

Cuando estábamos llevando a cabo la experiencia de Glencree en el País Vasco, un diálogo insólito y fructífero con víctimas de ETA, del GAL y otros grupos parapoliciales, y de las propias fuerzas de seguridad del Estado, en el momento en que estábamos a punto de salir al público para contar el prodigio y sus enseñanzas, la experiencia estuvo a punto de quebrarse. En la declaración que íbamos a hacer solo una semana después, había una palabra que amenazaba con romper todo un frágil consenso y un sólido camino que habíamos hecho durante 5 años. Incluso quienes estábamos coordinando ese trabajo estuvimos al punto de quiebre. Cuando un grupo así reproducía los términos que se usaban siempre en la política, parecía que ya no hablábamos entre nosotros, sino que de nuevo nuestra vida era expropiada por el poder de representación de otros. Esas son las cosas que hay que proteger. En el caso de Glencree, encontramos una nueva formulación de consenso que iba al corazón de lo vivido, y no se andaba por las ramas, pero con un sentido propio: el examen crítico del pasado. Cuando revisamos el mismo documento en la versión en euskera, el consenso no hubo que discutirlo, porque las palabras fluían con lo que querían decir.

Pienso en estos días de historias cruzadas, de cosas que tienen otro sentido en función del altavoz, de a quien se dirigen o del contexto político en el que estamos, que necesitamos palabras que no solo nos hagan vernos, sino transformen la mirada. Incluso que rectifiquen, para decir las cosas con esa nueva que Colombia necesita.

| Días señalados

Para las familiares de desaparecidos en el exilio

Eso fue el 29 de mayo de 1990. En el viaje, todo el tiempo lloraba porque recordaba a Marino. El animal en que viajaba, un avión que se le hizo gigantesco, era un bicho que la estaba tragando. La primera vez que te montas en un avión suele ser una fecha de recuerdo, especialmente para quienes no lo aprendimos de niños. Cuando uno sale al exilio se le juntan un montón de sentimientos encontrados. No hay una asamblea de los afectos que se pasan la palabra o se abrazan, que va. Hay peleas, a veces a puño y otras a silencio.

Él le había dicho que, si un día andaban en problemas y les tocaba esconderse, la llevaría a un avión para que saliera del país. Seis meses antes de la desaparición, había sido detenido y sufrido en silencio la tortura. Ahora, estaba desaparecido y ella estaba en el avión prometido. Así que se puso a hablar con él. Las formas que tenemos de traer a los que ya no están pasan por recuerdos o por objetos, pero son siempre una forma de conversación.

Su hija preguntaba por el papá. Pero ella estaba absorta en las conversaciones. Como la culpa hay que ponerla en algún lado, también era parte de la conversa:

- Marino, usted es que me está sacando a la fuerza de Colombia.

La salida del país es un alejamiento de la posibilidad de búsqueda. Todo se hace más difícil, no solo por los miles de kilómetros o los océanos, la búsqueda va con los familiares al exilio, sino porque allí toca recomenzar a hacer planes, esta vez con nuevas maneras de hacer lo imposible. No puedes sentarse en la puerta de la fiscalía a que te atiendan. No sabes cómo ir a buscar a los lugares que te dicen. Ni siquiera puedes plantarte

ante la puerta y clavarte hasta tener una respuesta. Las dificultades se multiplican en la distancia, pero el proceso de paz abre una esperanza con el trabajo de la Unidad de Búsqueda.

Elizabeth no había podido llegar hasta ahí, hasta clavarse a la tierra. Cuando llegó a Londres, la migra la retuvo un día en un cubículo porque no había traductor al español. Ya sabían que pedía refugio, pero no por qué. Al día siguiente, en el carro que la llevaron a un hostel, se encontró con otro colombiano, que no le abrazó con buenas noticias:

- A todos los que traen aquí es porque los van a deportar.

En lugar de deprimirse, ella se puso contenta, aunque al colombiano no le entraba en la cabeza:

- ¿Como que...? ¡Si todos venimos para entrar y usted quiere salir!
¡Quiere que la devuelvan y ni siquiera ha entrado!

El 4 de julio, la desaparición de otro amigo, el abogado Alirio Pedraza, le avisó de nuevo que tenía que quedarse. 30 años después, el tamaño del zapato de Alirio en una foto de familia donde se veían las baldosas del suelo en la plaza Bolívar, sirvió para tomar la medida de las distancias en el montaje de Forensic Architecture y la Comisión de la Verdad sobre el caso del Palacio de Justicia que se presentó hace unas semanas, y donde se da cuenta de los trayectos de otros desaparecidos. El tamaño del zapato de un desaparecido que ayudó a que otras huellas no pudieran borrarse.

Elizabeth, clavada en el exilio regresó tiempo después a buscar las de Marino. Pero la ficha decodificada había desaparecido de la Registraduría. Otra niebla artificial trataba de borrarlo del mapa. Cuando por fin pudo encontrar una mano amiga que le ayudara a bucear en la burocracia, le llegó un certificado que decía que la cédula había sido cancelada por muerte. Pero ella no sabía nada.

En este caso, no se trató de eso, simplemente el procedimiento de anulación de cédula por muerte. La Registraduría dice que tomó la

decisión de anularla junto con cerca de 200 cédulas más, en una resolución colectiva.

Los procedimientos son así, mecánicos, aunque en este caso ni la mecánica cuántica puede explicarlo. La cédula había sido cancelada por muerte el 1 de enero de 1987, pero él desapareció el 22 de enero de ese año. Marino está desaparecido, y también lo está su acta de defunción, que se perdió entre Tunja y la Fiscalía. El registro de defunción es importante porque ahí te dice el lugar de inhumación.

Todo esto trae la desaparición forzada y sus búsquedas. Y esa fuerza inquebrantable que también lo es desde el exilio. Desde ahí, está empujando para ese día señalado que los familiares esperan y luchan, ella que tiene todas sus huellas. El día de encontrarlo.

Hand-drawn calendar for 1987:

- ENERO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31
- FEBRERO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28
- MARZO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31
- ABRIL: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30
- MAYO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31
- JUNIO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30
- JULIO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31
- AGOSTO: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31
- SEPTIEMBRE: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30
- OCTUBRE: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31

| Familiares de policías desaparecidos

La desaparición forzada es un crimen que niega el derecho a la vida y el derecho a la muerte, que junta el ocultamiento de los hechos y del destino posterior de las víctimas, y el derecho de los familiares al duelo. Los agentes del Estado y otros con su acquiescencia, son los responsables, pero en las últimas décadas especialmente el narcotráfico o las guerrillas, además de los paramilitares, también han ejercido ese ocultamiento e insensibilidad por el sufrimiento de las familias que necesitan saber qué pasó, donde están, cual ha sido su paradero o su destino.

Estas mujeres de policías esta tarde, en este ejercicio de escucha, hablan de otro tipo de exilio, en el que cada una se refugió en sí misma. Detrás de los uniformes, dentro de los botones o condecoraciones, hay personas, vidas, familias, que necesitan el compromiso de las partes, la guerrilla, del Estado y sus acquiescencias, para la búsqueda, y que la sociedad no sea indiferente. El miedo y la angustia se parece en todos los lados del conflicto armado. Cuando llegas a eso, el terreno es compartido, ahí cualquiera puede entenderse con el otro, con quien consideraba hasta entonces el enemigo. Estas mujeres, como en tantos casos del otro lado, se han sentido solas y han tenido miedo de participar en las marchas, y culpa a la vez por no hacerlo.

Aunque los uniformados sean de una institución, esta tantas veces ha dejado a la gente a su deriva. El marido de Mónica, por ejemplo, años después de los hechos y de haber hecho todas las denuncias, no estaba en los archivos de la Fiscalía en 2017. Y hubo que tomar entonces las pruebas de ADN, 20 años después. El reclamo de que la policía no hizo nada, me recordó a mi país donde varias víctimas de ETA que eran familiares de militares de la guardia civil, nos contaron el mismo sentimiento de abandono. La burocracia termina explicándolo todo. Nadie se hace responsable de ese tipo de falta de respeto y de olvido que también hay que tejer.

En 1996, a ella le tocó hacer ese proceso de muerte presunta, aceptar la muerte para tener derecho a la pensión. Un tipo de tortura para muchos familiares que tienen que matar psicológicamente al desaparecido. Por eso, aunque tarde, se creó la ley de ausencia por desaparición forzada. Estas mujeres quieren cerrar el ciclo. Para eso no sirve el olvido, solo ayuda la memoria y el reconocimiento. Para las instituciones, toca echarse al hombro esta humanidad y desnudar los uniformes.

| Víctima de qué

Las categorías que inventamos para acoger una experiencia siempre son aproximaciones que iluminan y oscurecen. Hay veces que las cosas entran dentro o se muestran en ese espejo. Pero los conceptos también son categorías y filtros. Como categorías, dan un estatus a lo vivido. Como filtros, te mandan a un algoritmo de si o no, que te van llevando de aquí para allá. El algoritmo a veces te saca del campo de juego.

En la ley de víctimas, se establecieron distintos tipos de violaciones de derechos humanos que llama hechos victimizantes, como esas categorías que te reconocen. O no. A ella, cuyo compañero fue desaparecido, le pasaron otras cosas en la guerra. La amenazaron, tuvo que salir de su ciudad, después salió al exilio. En la respuesta que le dieron en la Unidad de Víctimas cuando ella dio su declaración le aceptaron el hecho victimizante de amenaza, de desplazamiento, pero no de desaparición.

Para Elizabeth, y para cualquiera, la jerarquía de los hechos no tiene duda. La gravedad tiene el peso que le ha acompañado media vida.

- Para mí, antes que la amenaza o cualquier cosa, lo más importante es la desaparición.

Tantas veces transcribiendo testimonios, hay que poner (llanto) porque las palabras no dejan escuchar los sollozos. Esos entre paréntesis, como los silencios, tienen un significado emocional sin el cual nada se entiende. Ella apeló y se lo negaron otra vez.

- Entonces lo llevé a una instancia más alta, porque yo decía que eso no hace sentido: víctima de amenaza y desplazamiento, pero no desaparición, ¡pero si todo es consecuencia eso!

Reivindicar una identidad de víctima ha sido en Colombia una manera de que te hagan caso, porque eso puede darte ciertos derechos en la ley, aunque una cosa es la ley y otra la realidad. El movimiento campesino de la ANUC, por ejemplo, fue victimizado masivamente, y el campo descampesinizado. Y el movimiento que luchaba por la tierra se convirtió en víctima que reivindica su ser sujeto político de cambio.

Las definiciones pueden ser también una forma de lucha. Definirse como refugiada es una manera no de estar pidiendo condescendencia en el país de acogida, sino de reivindicar la injusticia que la sacó del suyo y, sobre todo, mostrar que no tuvo protección allá. O sea, es una forma de denuncia. La desprotección es una de las razones del exilio. Después del trabajo con miles de víctimas del exilio, la Comisión de la Verdad recogió esas experiencias y recomendó el reconocimiento de la violación de derechos humanos que supone el exilio, que no es solo desplazarse tras una frontera, que conlleva impactos en la identidad y los derechos, el sufrimiento invisible y la pérdida de ciudadanía.

En el país de acogida no quiere contarle a nadie su vida, porque hablar del refugio hace que te traten con lástima. Se acuerda de su padre, que desde chiquitica se sentía orgulloso de ella. Por eso, ella eligió actividades de sonrisa, que no solo es hablar y bailar, también es crear un contexto para las nuevas vidas: trabaja en una guardería.

| Teo y Jorge

En los ríos revueltos no ganan los pescadores sino los saqueadores de la vida. Vivimos un tiempo esquizofrénico, donde un proceso de paz se hace en medio de una guerra que sigue de tantas maneras fragmentadas, pero con la contundencia de la muerte. Siguen los cuchillos afilados y las balas dirigidas. Desde que empezó esta Comisión, algunos amigos de este trabajo o líderes que participaron en encuentros y testimonios, fueron asesinados o perseguidos.

El viento en contra de la paz sopla por los túneles del inframundo y por las veredas, a plena luz del sol. El viento a favor se empeña en un camino que parece el mundo de Sísifo. El dios griego había sido castigado a empujar cuesta arriba una piedra enorme que, justo antes de llegar a la cima, cuando parecía que lo había conseguido, volvía a rodar hacia abajo. Como un proceso absurdo del que cualquiera podría decir qué iba a pasar, y con el empecinamiento de quien tiene esperanza de que lo va a lograr. Depende del observador, y de lo que este empuje.

Mientras, se siguen poniendo obstáculos al trabajo de escucha de la Comisión, sobre todo cuando hay gente metida hasta los tuétanos en esta guerra y que decidió por fin hablar, quiere bajarse de ese carrusel del horror. La impunidad se basa en el ocultamiento y la negación, que son esos factores de persistencia inmateriales. La materialidad de la guerra son las tierras usurpadas, el alambre de espino o las armas por doquier, la sangre derramada. Lo inmaterial son los discursos en que todo ello viene envuelto, y el aire que se va inhalando, hasta que resulta irrespirable.

Pero las cosas tienen a veces puntos de crisis. Como si llegado el momento, la piedra que se subía hasta la cima se quedara atorada o se negara a seguir las reglas de la gravedad. Los factores de crisis para quebrar la negación y el ocultamiento son el riesgo de muerte o la justicia. A veces, hay responsables a los que se les toca el corazón, y lo que muestra la historia de las últimas décadas es que cuanto más bajo es el nivel de mando más cerca está el corazón, cuanto más alto más difícil

el reconocimiento. A unos pocos altos represores de Chile o Argentina, desgracias familiares o la inminencia de la muerte les hizo hablar. A otros, ni eso. En otros casos, cuando empezó a actuar la justicia contra grandes peces saqueadores de la vida, comenzaron a quebrarse los pactos de silencio. La justicia es buena para el Alzheimer.

En el proceso de paz con las FARC-EP se llegó a un diseño de que quienes contaran toda la verdad podrían tener sentencias de justicia restaurativa. Eso muestra que la verdad es la hermana mayor de la justicia. Por eso es tan importante.

Ayer mientras un conocido responsable que ha pasado por todos los escenarios de la guerra y grupos armados hasta el mes pasado, y quería hablar, dos líderes queridos del Magdalena Medio, Teófilo y Jorge, fueron asesinados delante de sus familiares. Las investigaciones pocas veces llevan a identificar a los culpables, a veces cuando parece que por fin la piedra llegó arriba, de nuevo el peso de la historia pudo con la levedad de la esperanza. Y aunque todas las hipótesis estén abiertas, en general siempre las que parecen más evidentes terminan cerradas.

Que eso no sea de nuevo la historia del inframundo. No es inevitable. Es el compromiso que tienen los líderes que aglutinan la voluntad de resistencia de la gente, frente a la alternativa de la coca, la minería destructiva o la acumulación de tierras cada vez en menos manos. Tampoco lo es que la vida vale muy poco aquí y que alguien va a pagar dinero por quitarla. El liderazgo social es el pegamento de la confianza. La última vez, me encontré a uno de esos líderes de las comunidades afrodescendientes en el exilio en Centroamérica, escapando de la muerte. Si hay algo que tiene que recuperar el Estado es la confianza, y le va a costar. Eso solo tiene futuro protegiendo, prestigiando y cuidando a los líderes sociales. Si hay una inmaterialidad de la paz, debería estar en el grito inundando el alma de no más Sísifo con la esperanza.



| Antonia y la niña del suéter

Ella no deliraba, pero su carta tenía todas las incoherencias que la imaginación le pudo dar estando secuestrada.

En ese secuestro donde los millones de dólares subían y bajaban en sus apuestas por la muerte o por la vida, ella se mantuvo todo el tiempo lúcida y sensible. Hizo todo el ejercicio que pudo en 5m² de una habitación con las ventanas tapadas. Entonces se llamaban cárcel del pueblo, y aunque eran lo primero no tenían que ver con lo segundo.

Arriba, una luz mortecina. En el techo los secuestradores habían pegado algunas imágenes terribles de otro secuestro que terminó en tragedia, el del asesinato de la señora Gloria Lara en 1982. Así, le recordaban a cada rato lo que le podía pasar. La crueldad no tiene razones, pero tiene su racionalidad. O simplemente a alguien se le ocurrió, sin más. Frente a todo eso, ella tenía recetas de madre cuidadosa y de mujer que había aprendido del psicoanálisis a mirarse a sí misma. Cuando estás en una situación límite no tienes tiempo para los complejos.

Dentro de la indefensión, tomar una actitud en la que puedas tener un cierto control de ti misma, porque no puedes con el mundo en el que estás encerrada. Como en la evaluación de la situación se convenció de que eso iba a durar, pidió:

- Necesito un cuaderno para escribir. Unas agujas para tejer. Lana. Unos libros.

Escuchándola, te preguntas qué pedirías tú.

Uno de los libros era la biografía de Bolívar. Ellos tenían un diccionario Larousse y también El Laberinto de la soledad, de Octavio Paz. En una parte, leyó que la revolución erotizaba las armas y no los cuerpos.

Cuando compartía su lectura con los captores, esa frase les preocupaba. A veces son cosas insólitas las que hacen pensar.

Debajo del catre donde dormía, encontró un saco y una cuerda.

- Eso fue muy duro en ese momento. El encuentro más duro con la posibilidad de la muerte.

El secuestro es una especie de muerte suspendida. Después de dos meses, pensó que eso era la muerte: la vida sigue, pero nadie se acuerda de ti. Pero ella tomó la decisión de sobrevivir.

Como en ese tipo de acciones clandestinas hay que crear una realidad que te permita tener distancia de ti mismo, los alias son fundamentales. No son esos moteos que de adolescentes inventamos para las amigas y amigos, no. Aquí se trata de que nadie sepa quién es el otro. A ella le pusieron Ana.

Como la comida era pésima, ella propuso cocinar, pero, como no le dejaron, escribió las recetas. Frijoles, lentejas, torta de maduro, salsa boloñesa. Cuando preguntó por los motivos de su secuestro, no le hablaron del millón de dólares que se pedía en esa época, sino del golpe a la opinión pública.

Guillermo era uno de sus secuestradores, venía de Arauca. Se hicieron lo que puede llamarse en una situación así “amigos”. Él le contó que matar se decía en la jerga volverle muñeco. Otra mujer del comando estaba allá custodiándola con su hija pequeña. En una de esas semanas, suspendida en el tiempo de la muerte, Antonia tejió un suéter para la niña de Lili. Eso tal vez le salvó la vida.

- Algo pasó entre nosotras.

Las rendijas de la vida están ahí, y sus captores eran gente de carne hueso, unos muy rígidos, otros muy humildes, una mujer con su propia hija en esa casa era su contacto con una humanidad compartida. Entendió que al compañero de Lili lo habían matado.

Cuando parecía que todo estaba perdido, el suéter le salvó la vida. Las formas en cómo se toca el corazón nunca se pueden prever, solo queda comportarse como el ser humano que eres, sin importarte el contexto a cada rato.

En esa habitación, que era una celda, hacía ejercicio para mantenerse en forma. He escuchado muchos relatos de presos que sufrieron torturas y que hicieron lo mismo. En uno de sus poemas, Roque Dalton señala a su torturador que tenía un ojo de cristal y que le desafió a que adivinara cuál de los dos era porque decía que estaba muy bien hecho. Para Roque fue muy fácil, era el único ojo que no le miraba con odio. Ella no sintió odio en sus secuestradores, aunque había también mucha tensión, se puede decir que la trataron “bien”, aunque estaba en una situación que todo le trataba mal. ¿Cómo estarían sus hijas? ¿qué pasaría en este tiempo que pasa despacio?

Había que mandar un mensaje a la familia, una prueba de vida. Su madre, que sabía que la importancia que tenía la literatura para ella, se había adelantado y habló con una amiga que escribió para ella algunos cuentos en *El Espectador*. Antonia pensó en escribir una carta con un metamensaje, un tipo de subtexto o de palabra clandestina que transmitiera lo que les quería decir. Diccionario en mano, la carta parecía escrita en medio de una crisis de esquizofrenia. Cuando llegó a sus familiares nadie entendió una palabra, aunque la carta estaba llena de ellas, solo la prima y su amiga encerradas a leer entre silencios y líneas. Tomando ese testimonio volví un instante a Maritza Urrutia, una militante política que hacía tareas para el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) que fue detenida por inteligencia militar en Guatemala en 1992, tras dejar su hijo en la escuela, y que después de sus torturas tuvo que grabar un video para salir en la televisión. Sus captores le llevaron ropa y maquillaje, y se mofaron varias veces de que era presumida. Se pintó los labios todo lo que pudo. De esos labios salían palabras coherentes pero que no eran de ella. El metamensaje era ese, el carmín de los labios, porque ella nunca usaba.

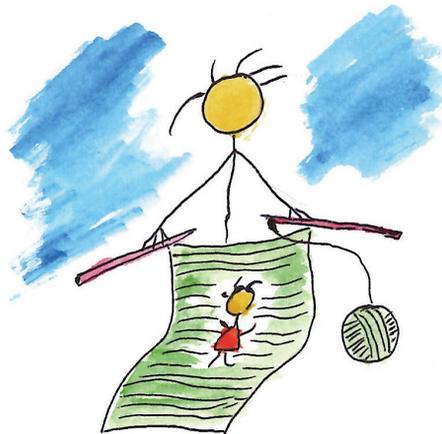
Nadie merece eso en la vida, y no me refiero solo a Antonia sino sus jóvenes secuestradores. Por esos absurdos de los que ya Rubén, el zar antisequestro de años después, me había hablado de cómo se había

vuelto una industria, la negociación para liberarla llevó a que una guerrilla se la pasara a otra, y el negociador lograra que la liberaran a cambio de dinero.

Su exilio posterior fue indicado por sus secuestradores. Debía salir del país dos años, aunque se hizo más largo que todo ese tiempo, mientras escribía de literatura en EE. UU.. Su libro de Cervantes en Argel, donde estuvo encarcelado durante 5 años en 1575, y de donde salió embadurnado de experiencias duras a escribir el Quijote, cuenta también algo de ella.

Pero esta no es una historia de crueldad ni de dinero, sino de humanidad. Cuando ella terminó su testimonio le pregunté, qué sacaste de toda esa experiencia, y ella me respondió con una lección de la que tomé todas las notas que pude:

- Descubrí una Colombia que no conocía. ¿Cómo era la vida para esos jóvenes? Llena de sobresaltos porque los iban a capturar o matar. Mi conclusión de todo eso, fue decir: somos hermanos colombianos. Por eso estoy a favor del proceso de paz.



El fútbolín como resistencia

Alejandro Finisterre tenía en 1998, en ese café de Bellas Artes en Madrid, un aspecto vital de quien tiene muchas historias dentro; un gallego de ochenta y pico años que está sentado aquí delante de mí, como una historia viva de muchas cosas antes de que yo las viviera.

Él estuvo refugiado en Guatemala y fue detenido por la policía de Castillo Armas en 1954, tras el golpe de Estado contra el gobierno de Árbenz, organizado desde la Cuba de Batista por la CIA. El régimen de Franco fue el primero en reconocer a ese gobierno de la infamia, que inauguraría la época del pistoletazo de las dictaduras latinoamericanas. Después llegaron Paraguay, Brasil y todas las demás de la operación Cóndor.

–Tenía un negocio de futillos– decía con su acento gallego y longevo.

Me extrañaba que él dijera *futillos*, porque futillo, que es gallego, sólo lo escuché en Guatemala. En cualquier otro lugar eso se llama fútbolín, o futbolito, y era nuestro juego de la infancia, donde aprendíamos a hacernos mayores, primero cuando casi no llegábamos con los ojos a ver la pelota, y luego creciendo hasta tener un dominio del partido que te permitía jugar a ser todos los jugadores.

De él, que era albacea del testamento de León Felipe, aprendí del México acogedor de refugiados, uno de los Méxicos que han convivido juntos estos años, desde la época de Lázaro Cárdenas que abrió las puertas a los refugiados del franquismo.

El futillo se inventó en la abadía de Monserrat, en Barcelona, confiscada por el Gobierno de la República española para instalar un campamento de refugiados de la guerra. Alejandro había sido herido en el bombardeo

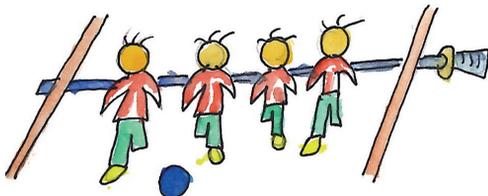
de Madrid en 1937 y andaba recuperándose entre los que esperaban que la guerra durase poco para volver a sus casas.

En ese campamento también había muchos niños discapacitados por las bombas. Sin una pierna no puedes casi caminar, y no puedes jugar a lo que todos se divierten con una pelota. Alejandro se presentó esa mañana como inventor. El único invento que le dio dinero es el pasahojas, hecho a base de tardes de pasar la partitura para que su novia de esos tiempos practicara sus lecciones de piano.

Pero no sabía que su trabajo tenía tanto que ver con el mío cuando me explicaba cómo se le ocurrió el futillo. Con un amigo del refugio, que era carpintero y también estaba herido, pensaron en cómo hacer para que los que no podían jugar al fútbol, lo hicieran. O sea que el fútbol nació como un instrumento de rehabilitación psicosocial.

—Viendo a los niños mutilados que no podían jugar al fútbol como los otros, así se nos ocurrió.

En estos tiempos de refugiados que crecen en las guerras del mundo, un campamento es también un lugar de ocurrencias como esta. En medio del desastre y del desgarró, cuando todo está perdido, mirando a las víctimas de cerca, no con conmiseración o desprecio, la creatividad también es una resistencia.



Sobreviviente



De los 18 asesores de las marchas cocaleras de 1996, solo han sobrevivido 3. Su primer susto con la muerte no fue por sus opiniones políticas, ni por su trabajo con la Organización Nacional Indígena, sino por llevar el pelo largo. El pelo fue la razón para que los paramilitares lo detuvieran, pero de ahí se escabulló para seguir con su trabajo en el sur del país, en Putumayo, en el programa Raíz por Raíz, de sustitución de la coca por otros cultivos alternativos. Hace 25 años de eso, y aún estamos así. Erradicaron así a mano más de 17.000 hectáreas de coca y por eso, en lugar de ganar dinero se ganó muchos enemigos locales, dueños de los cultivos, de los negocios o de la red que va subiendo más arriba. El Acuerdo de Paz con las FARC-EP trajo propuestas para ello que pasan de sustituir cultivo a cultivo, a un desarrollo rural postergado desde hace cinco décadas.

Un día se presentó una viejita en su oficina a decirle que su muchachito había desertado de las FARC-EP, que le ayudara a buscarlo. Desde entonces le llovieron vigilancias y amenazas, aunque no supo más del caso. En esa época, las recompensas por dar información, detener o matar miembros de las FARC-EP estaban en su apogeo, así que las sospechas de que él sabía algo le revolotearon una y otra vez. Más insistencia, más miedo.

Finalmente supo que el muchachito de la viejita, el niño, tenía 40 años, era el jefe de seguridad en frontera que permitía el acceso de salida y entrada de guerrilleros para el Ecuador o para entrar y abastecerse. Se entregó al ejército y entonces sí las amenazas arreciaron contra él, como si hubiera tenido algo que ver. Cuando se movía por la zona para dar talleres con distintas comunidades, una voz amiga le avisó en la noche que el Bloque Sur preguntaba por él. Esa pregunta venía con la pistola cargada. Como no tenía cómo defenderse, y su casa estaba pegadita, se quedó a dormir unas noches en la sede del DAS. A veces para tratar de protegerte te metes más en la boca del lobo, porque en esa época el DAS estaba persiguiendo defensores de derechos humanos.

Cuando fue a recoger a su compañera, para salir de la región en avioneta, dos manes llegaron en moto y le dispararon a matar, las balas le rozaron, pero acabaron con la vida de su suegro. Además de balas, tiraron unos panfletos de las FARC-EP que decían que él era un sapo de la CIA. Las tragedias tienen una profundidad que duele cuando escuchas, cuando escribes. En la noche, después del velorio, el único lugar que quedaba para esconderse antes de salir al día siguiente era el cuartel militar. Allí fue invitado a refugiarse. Pero en la entrada estaba la moto desde la que le dispararon, que también lo sabía, estaba esperándole.

Cuando por fin llegó a Bogotá, le atendió una persona encargada de asuntos indígenas en la vicepresidencia que tenía a cargo el programa de protección. Tiempo después se supo que era familiar de un jefe paramilitar, Jorge 40. Así que fue de casa en casa, la red de amistades es la mejor protección en los tiempos del miedo, porque él había dado todos sus datos a la Fiscalía, al DAS, a todas las autoridades del Estado.

En las historias de persecuciones hay una sucesión de hechos a veces increíbles, que de repente tienen una gota que colmó el vaso. Su familia sufrió un asalto en la casa donde él había vivido media vida, los golpearon y preguntaron por él. Las salidas al exilio a veces son en condiciones extremas. Mientras el ministerio del Interior le compró un boleto de avión para ir a la frontera con Venezuela, a Cúcuta, el viaje lo hizo un amigo. Él se fue para el sur, a Cali. De ahí a Popayán. Y luego a Pasto. Y de ahí, Ipiales. Entre los miles de tránsitos que se dan en esa frontera, encontró del otro lado el abrazo de los amigos con los que había trabajado tantas veces de la CONAIE.

Esos días de espera, fueron de entrevistas con ACNUR, con OIM para buscar un destino. Pero nunca sabes donde termina un pedazo de la historia que puedas decir que queda atrás. Un día salió a trotar por las calles de Quito con una compañera que le acompañaba. A las 7am, le dispararon, pero el blanco corrió más que la bala, y se libró de nuevo. A las 12 del mediodía tomó un avión rumbo al Norte de un mundo que trata ahora de hacer suyo. De toda esa persecución, atrás quedó un detenido, un sicario paramilitar. Los motivos se cruzan entre la maleza.

La conexión

Hay tiempos a los que no les caben las cosas que se viven. No sé si es la rapidez o la profundidad, o una combinación de las dos cosas. Cuando una persona es víctima y no tiene tiempo siquiera para el duelo, el duelo se te acumula.

- Yo no tuve tiempo de llorar ni siquiera mi salida de Colombia, yo no tuve tiempo de llorar la muerte de Norman, yo no tuve tiempo de llorar absolutamente nada, no tuve momento de tranquilidad para sentarme y pensar "esto es lo que me está sucediendo".

No tener el luto suficiente para sanar o para curar o para mirar que fue lo que sucedió inclusive, termina explotando como una bomba retardada. Cuando se enamoró, empezó la depresión que lo llevó a intentos de suicidio y lo tuvieron que hospitalizar. Una chispa de amor en EE. UU. despertó el tigre que lo habitaba. Los diagnósticos de psiquiatría tienen un gran manual que se llama DSM-V. Ahí habita el diccionario del malestar humano. Pero no había manera de buscar el trastorno específico. Síndrome de estrés postraumático se queda corto. Depresión es solo parte del problema. Habría que juntar pedacitos del manual, cruzarlo con flechas.

- O simplemente entender que lo que me estaba pasando es que yo no tenía absolutamente nada más allá de una acumulación de hechos violentos dentro de mí que nunca habían podido aflorar. La chispa de ese amor fue como un gatillo que se disparó dentro de mi cabeza y me explotó absolutamente todo. Hasta entonces había gente que me decía: -"viejo, usted lo cuenta como si no hubiera sucedido" -"no, fue que yo llegué ahí entonces me dispararon, me pegaron un disparo"- ¿si me entiende? como si no fuera verdad porque era lo que yo quería, taparlo, dejar que esos hechos habían sido como algo relatado por fuera de mí, pero cuando yo entré en crisis, depresión ahí es donde me doy cuenta que no, que el problema era el mío.

La depresión fue entonces un síntoma del proceso de cura. Cuando las cosas se conectan entre sí, y tú dejas de ser un espectador de ti mismo.

Cuando le preguntamos qué otras cosas ayudan a sanar, tiene dos. El acompañamiento psicosocial es supremamente importante, así con todas las letras y palabras. Pero también hay una que tiene una dimensión colectiva:

- Yo no pienso en venganzas, ni en reprimendas, ni en castigos, ni en sanciones, ni en cárceles, yo lo único que pediría es que me dijeran la verdad, o sea que digan la verdad con honestidad ¿por qué hicieron lo que hicieron? es sencillo ¿por qué mataron a Norman? ¿por qué me iban a matar a mí? o sea, con toda sinceridad para mí la verdad es el fundamento de cualquier reparación.



Territorialidades y planes de vida



I

Cuando una persona es forzada a salir de su país, lo hace sobre todo de su zona de vida. En las culturas indígenas, la territorialidad no es solo física, es económica, ambiental y espiritual. Cuando te sacan del territorio pierdes la territorialidad real y física, la económica, la del medio ambiente social y natural, y la espiritual que va ligada a cualquier creencia o particular forma de ver el mundo de cada uno.

- Cuando uno llega a un nuevo sitio, lo primero que debe hacer es reconstruir su territorio y apropiarse del nuevo, si no hay ejercicios de apropiación territorial en el nuevo espacio, es imposible tener vida en ese lugar. Eso se construye, pero hay que saber hacerlo.

Para él, los pasos son primero la apropiación física y económica porque uno tiene que llegar a sobrevivir. Así, por ejemplo, es la gente que llegó a la ciudad y se pegó del semáforo, que vive a 5 cuadras del semáforo que le da la vida y comienza a buscar que la escuelita para el niño, que la iglesia donde ir los sábados. Comienza a reconstruir ese espacio de vida y tiene que sentirlo como propio porque si no es así no va a poder rehacer la suya.

En los pueblos nómadas, como algunos indígenas en Colombia o los saharauis en el desierto, la apropiación territorial es itinerante como

ellos. Uno tiene que buscar los espacios que haga suyos. Un tipo de eso que llamamos territorialidad es espiritualidad.

- Esos lugares de la espiritualidad aquí son el Rockley Park y otro espacio espiritual compartido que es en el río Potomac arriba en la calle K, tengo varios espacios que son míos. No tengo el título de propiedad, pero son míos.

II

Para vivir no se necesita solo territorio sino un Plan de vida. Chiquito o grande, ese es el horizonte y el camino. Los conceptos nacen a veces de la ancestralidad que viene desde atrás o de adelante, porque en las culturas indígenas el pasado y el futuro hablan en el presente. El pasado escucha al futuro y viceversa.

Pero a veces las cosas no vienen de los conceptos ancestrales, sino de su sabiduría. Cuando en Colombia se aprobó la Constitución de 1991, todas las entidades del Estado estaban obligadas a hacer sus planes de desarrollo. Jairo, quien después tuvo que hacer su plan en el exilio, se fue al Cauca para hablar con las comunidades indígenas de cómo hacer esos planes. Un día, estaba en una reunión con los nasa:

-”Oiga, tradúzcame proyecto de desarrollo”- entonces para “proyecto” se sabe cuál es la palabra, pero la palabra desarrollo no existía, no existe en ninguna lengua indígena, por lo tanto, si la palabra no existe, la idea no está en la realidad, y no se puede hacer un plan de desarrollo en un territorio indígena.

Entonces preguntaron a los ancianos: ¿cómo voy a vivir bonito mañana? nasa wët f’nzí, se dice en Nasa.

- Entonces cuando uno llega a un territorio como estos, con miles de problemas toca ubicar a cada persona en el marco de su territorialidad. Un plan de vida es organizar armónicamente un espacio de vida espiritual, física, ambiental, social y todo lo que usted le quiera meter ahí, para poderlo hacer se sustenta en pilares o algo que sostenga ese territorio. Es decir, se necesitan pilares y armonía.

| Refugiados con historias que importan

En muchos países se habla de integración de los migrantes y refugiados. La integración tiene diferentes maneras de entenderse, como asimilación a la cultura de acogida dejando atrás la tuya, como biculturalidad en la que vives a la vez en las dos, como segmentación en donde andas en tu propio mundo con los que son de tu país, pero separado del de acogida, o marginalizados de las dos culturas, como en los *banlieu* de París de los jóvenes de padres argelinos. Aunque no solo se trata de culturas, sino de condiciones y diferencias sociales, porque los refugiados en general son de bajo estatus en los países receptores y eso condiciona todo.

Cuando él llegó a EE. UU., el concepto era: “integrémoslos a la sociedad” o sea, enseñémosle inglés, consigámosle trabajo y seguro médico, metámoslo a la escuela y ya, integrémoslo y ya, ahí se queda todo. Pero ahí no hay ese ejercicio colectivo de repensarse ¿será que yo me quiero integrar o será que yo quiero construir y aportar dentro de mi vida y mi espacio físico a lo que tengo yo acá? ¿O que se integren a mí?

En muchos jardines de las casas de Washington ves un letrero que dice “It doesn’t matter where you came from, I’am happy to be your neighbor”. O sea, “No importa de donde vienes, pero soy feliz de ser tu vecino”.

Santuario es una de las organizaciones de acogida a migrantes y refugiados de una profunda solidaridad que se lo juega todo. Organizarse para el albergue, para el abrazo, para poner agua en el desierto para que los migrantes no mueran de sed, arriesgándose a un disparo o a un proceso judicial. Un día, en una reunión con gentes de Santuario, él se levantó y escribió la frase en el tablero.

- ¿Ustedes qué piensan de esto?

La respuesta fue que es algo muy bonito, “es la bienvenida a ustedes los inmigrantes”. Pero él quería un diálogo más profundo, y les dijo:

- Para mí, es irrespetuoso porque me está diciendo que no le importa de dónde yo vengo. Ese mensaje que dice “a mí no me importa de donde usted venga, yo estoy feliz de que usted sea mi vecino”. Pero, al contrario, a usted sí debe importarle de donde yo vengo porque es que ese soy yo, soy yo con mi origen, con mi historia, con mi espalda el que estoy llegando aquí y a mí si me interesa que usted sea feliz por lo que yo soy y de donde yo vengo.

Jairo ahora trabaja con jóvenes de Honduras completamente violentados, de esa violencia social, la pobreza y las maras, otros jóvenes que vienen de familias disfuncionales, que la mamá lo tuvo de 15 años y se fue a los EE. UU. o Canadá a trabajar, y ahora el muchacho criado por la abuelita llega a los brazos de su madre para huir de esa violencia que sigue expulsando gente en todas las fronteras. Es muy difícil para un joven que vino aquí a conocer a la mamá después de 15 o 17 años integrarse con esa familia.

Por eso la historia nos interesa, porque arrancarla de nuevo de cuajo no puede ser parte de esa querida bienvenida.



| Al lado de la vida

Escucho esta tarde el testimonio de Camilo. Adentrarse en él es un viaje que no tiene destino, uno que no sabes dónde te llevará, donde lo único que tienes claro es que quieres hacerlo y la confianza de la mano con la que vas.

La primera vez que se cruzó con su propia historia viviendo en Italia, fue con Erick Arellana, el hijo de Nydia Erika Bautista, desaparecida por el ejército colombiano el 30 de agosto de 1987. Camilo hacía de intérprete en una conferencia en la que Erick hablaba del proceso de paz en 2016, que se había apenas firmado, desde el punto de vista del familiar de una persona desaparecida. Los casos de sus dos madres desaparecidas estaban en un mismo informe que había sacado Amnistía Internacional en Colombia hacía muchos años. Aquello fue un error, porque Erick no tenía que llegar, ni él iba a ser su traductor, pero los cables de la vida se cruzaron. Aunque Camilo hacía de intérprete, entre ellos no necesitaban ninguno, se comprendieron a la primera.

- Nos entendíamos en los sentimientos, no había que ponerse a explicar muchas cosas, sabíamos de qué estábamos hablando cuando hablábamos de vivir con un desaparecido, de cómo esa figura se convierte en un fantasma, cómo te acompaña toda la vida, la relación con esa presencia ausente, todo ese trabajo lo empecé con él.

Esa fue la traducción más fácil y más difícil a la vez, hablar de otro y en realidad hablar de uno mismo es una esquizofrenia que no llevó a ninguna disociación, sino que empezó a juntar los pedazos.

De todo eso era muy difícil hablar en el exilio. Los primeros años en Italia fueron duros. Después de que su padre tenía un cargo en una embajada, el cambio de gobierno en Colombia le dejó sin trabajo, y sin posibilidad de volver porque el peligro por el que había salido era aún peor. Malos tiempos para el pensamiento crítico y un pasado cruzado por los extremos de la guerra.

- Vivíamos en un lugar, hablábamos el idioma de ese lugar, teníamos relaciones y sentimientos con ese lugar, pero en el exilio esto asume otro matiz, otras emociones, la dificultad de estar en un país sin trabajo y sin la vida que era tuya. Mi papá dijo de un día para otro: me encontré en la

calle con cuatro niños y un perro, donde el único que tenía papeles para poder estar en Italia era el perro.

Su mamá fue desaparecida el 25 de abril de 1989 en Bogotá, cuando se trataban de poner las bases para una negociación con el EPL del que ella hacía parte, por hombres de la Brigada XX de inteligencia militar que años después fue desmantelada porque la evidencia del horror desbordaba por todos lados. Otro 25 de abril de 2001 le llegaron los papeles del refugio. Y el 25 de abril es la fiesta de nacional de Italia. El 30 de agosto, cuando fue desaparecida la mamá de Erick, es hoy el Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas. Las maneras en cómo los cables ya venían juntos.

Pero él siempre ha rehuido de los héroes, del romanticismo que cosifica a los que ya no están y tuvieron su militancia. Lo sagrado del super héroe le quita todo lo humano, nos lo pone muy lejos y desafortunadamente lo que hacemos con nuestros muertos, sobre todo con los muertos de muerte violenta, es casi ponerlos como en un áurea que no nos da esos matices humanos que nos permiten tenerlos cerca.

En el momento de la traducción con Erick, él se puso al lado de su propia historia, ya no más ni de espalda, ni de frente, ni de huyendo, no, sino al lado:

- Fue cuando yo me reconocí como niño de cinco años al que se le habían llevado a la mamá y que dentro de mí sigue existiendo una sensación del niño de cinco años con la que sigue viva la esperanza de que algún día mi mamá regrese. Que la pueda encontrar. Hay una frase de Kafka que a mí me gusta mucho- cuando él termina la carta al padre y dice- “padre, todo lo que te he dicho por muy duro que sea es la verdad, o es en búsqueda de una verdad, y la verdad, por dura que sea, nos ayuda a morir y a vivir mejor”. Lo más importante es que yo quiero ser parte de ese proceso, para mí es importante buscarla, también será importante encontrarla, pero lo más importante es hacer lo posible. Los desaparecidos no se encuentran solos.

Tiene otra pregunta y otra búsqueda más importante:

- ¿Mi mamá a qué olía? Esa pregunta era como ir reconstruyendo quién era en lo humano. Humanizarla para tenerla cerca.

| Medallas del exilio

I

La cosa empezó por investigar un robo en Bucaramanga. Parte de las facultades del CTI son esas. A ella le tocó en la lotería del reparto. Investigando, investigando, porque ese verbo siempre hay que conjugarlo al menos dos veces en estos casos, encontraron a los responsables del robo y del secuestro y asesinato del vigilante del banco donde estaban implicados policías. De ahí vinieron las primeras amenazas. La trasladaron a Rioacha, en la Guajira frontera con Venezuela y con el mar. Mientras hacían su trabajo, le llegó una información de un cargamento de coca en donde estaban involucrados policías, pero también agentes de su propio cuerpo. Una noche tuvieron una visita en su casa, que les advertía que sabían quiénes eran, de donde venían y que “cuidadito”. A finales de 1994 ya había sido trasladada a Bogotá. Ahí le tocó investigar a las FARC-EP, y lograron detener al jefe de seguridad del Mono Jojoy que la amenazó de muerte

- Dijo que nos iban a matar, pero la verdad respecto a eso nunca tuvimos ningún problema de seguridad, fueron amenazas y directas, sí, porque nos lo dijo en la cara, dijo: “ustedes chulos...”, y groserías, nos decía chulos, porque trabajábamos en ese momento en colaboración con el Ejército, que nos iban a matar. Pero no pasó a mayores.

Después siguió investigando a ciudadanos desconocidos que resultaron ser luego conocidos narcotraficantes. Don Diego. Chupeta. Los alias del hampa en este caso. Y aunque les dijeron que se andasen con cuidado si iban por Cali, la cosa quedó ahí. Por si acaso, no fue. Después le tocó investigar el asesinato de Luis Carlos Galán, líder del Nuevo Liberalismo que era en esa época una esperanza de cambio, y la de Álvaro Gómez, un líder del partido conservador en donde había cinco líneas de investigación distintas. Ahí las cosas subieron de volumen, y la embajada de Holanda la invitó a perderse y aprender entre los molinos

de Amsterdam otras técnicas de investigación, mientras las cosas se apaciguaban. Los exilios para un rato a veces funcionan como válvulas de olla a presión.

A su vuelta, investigó el asesinato en octubre de 2001 de Octavio Sarmiento, quien había sido representante a la Cámara por el departamento de Arauca, y de tres ganaderos de una región cercana. Los buenos investigadores, tienen éxitos que a veces se convierten en mala pata:

- Digamos que para mí desgracia logré determinar las personas que habían participado y habían organizado todo este tipo de desplazamientos, masacres, hurtos de las personas asesinadas. Habían sido parte de las Autodefensas Unidas de Colombia, y allí empezó la investigación.

Un grupo de ganaderos, abogados, comerciantes, que inicialmente se reunieron con Carlos Castaño para financiar un bloque paramilitar en Guaviare para tratar de librarse de la guerrilla, se convirtieron en víctimas de sus propios contratados, porque los paramilitares comenzaron a extorsionar a mansalva sus cuentas y propiedades, hasta las que no tenían, y mataron a varios de ellos. Después de la captura de El Tigre, en lugar de un reconocimiento, un ascenso o una medalla, el fiscal general declaró insubsistentes a varios de su equipo. Un tipo de expulsión por la puerta de atrás, por no cumplir con sus funciones, aunque habían hecho muy bien su trabajo. La diferencia entre el trabajo y las funciones las marcó en este caso la cabeza de la institución.

Los ganaderos sobrevivientes hablaron, y le contaron que Vicente Castaño, alias El Profe, había enviado alrededor de 200 hombres a Bogotá para fortalecer lo que en ese momento se estaba organizando como el Bloque Capital, cuya actividad formal era venir a trabajar en lo que era conocido como los San Andresitos en Bogotá, Corabastos y la zona de Ciudad Bolívar. O sea, en el sector de almacenes de día y el sector muerte de noche.

Un día le tocó ir a brindar protección en el traslado de un exmilitar que era miembro del bloque Calima de los paramilitares y que quería desertar, quería hablar de todos esos bajos fondos porque se había salido de la mafia. En lugar de prestarles una avioneta, el fiscal le mandó en viaje comercial a Medellín, y la avioneta se la mandarían cuando

encontraran al testigo. Pero la espera en el aeropuerto a que llegara el teniente fue inútil. Al día siguiente, cuando regresó a la oficina, otro testigo le contó que se había frustrado un atentado contra ellos en Medellín, que se salvó de chiripa. El teniente había sido retenido por Carlos Castaño y no se supo más de él. A su testigo lo mataron al año siguiente, en 2003, porque siguió colaborando con ella.

II

Cuando escuchas su testimonio te preguntas sin parar. Mi imaginación no da para tanto. Un día ella entraba a vacaciones a partir de las 6pm, era viernes, y ya eran las 7h30 cuando agarraba la puerta para salir, pero su jefe le dijo: “vaya a la celda a ver a este man, es importante, y no vaya sola.” Y aunque protestó, fue. En la celda, el man la llamó por su nombre completo. Y le dijo cómo se llamaba su mamá, que sus dos hijos los manda en carro, y todos esos detalles que solo sabe alguien que está a tu lado.

-Lo que pasa es que usted se convirtió en un problema para la organización, porque usted está dando información que solo la conocen los altos mandos de las Autodefensas y, en este momento, usted fue declarada objetivo militar. A usted la iban a matar, pero yo no desembolsé la plata para que la mataran porque yo también tengo hijas -me dijo el señor-, pero ¿sabe una cosa?, ya no necesitan pagar porque otro se ofreció a hacerlo gratis solo por ascender en la organización. Cuídese porque la van a matar a usted y a otra fiscal, y quien está dando la información de todo lo que usted hace es alguien de acá de la Fiscalía, un jefe de ustedes.

El compañero que fue testigo no cabía en su asombro:

- Nati, yo he escuchado amenazas, pero lo que acabo de escuchar yo no lo había visto nunca antes y si yo fuera usted, me iría del país.

En la transcripción del testimonio de las lágrimas que escuchamos por zoom, tuvimos que escribir varias veces [llanto].

Unos días después un compañero del CTI, le dijo: “Natalia, me contaron lo de la entrevista con el detenido, -y me dice- grave lo que está pasando,

pero si quiere podemos hacer una cosa, yo puedo conseguirle el contacto para que hable con ellos”; “si quiere, yo la puedo llevar a que hable con ellos y usted les pide perdón para que usted se pueda quedar”.

Hay veces que mantener la calma es una tarea de heroína:

- No, no voy a pedir perdón por eso, yo solo hice mi trabajo [llanto]. Y eso me costó el exilio.

III

El cinco de junio salió con sus dos hijos, su hermana, y su esposo. Llegaron a un país donde no hablaba el idioma, no tenía trabajo, no tenía recursos porque en cinco días uno no puede vender lo que tiene. Tuvo que empezar a aprender a hablar, estudiar la lengua. Perder todo lo que había conseguido en 12 años de investigadora en la Fiscalía, renunciar por hacer bien su trabajo, empezar a buscarse la vida haciendo aseo en oficinas, luego en casas de familia, y luego en edificios lavando los baños de 15 pisos, hasta que terminó haciendo aseo al cuartel general de la Policía donde vive.

El exilio de una jefa de policía investigadora que tendría que tener la chaqueta llena de medallas, si se trata de proporcionalidad al mérito de poner el pecho frente a crímenes atroces. De todo esto hablamos, cuando decimos verdad y reparación para el exilio. El reconocimiento de estas vidas que escuchamos en Canadá, Suiza, España, Estados Unidos, México o en su retorno al país, es parte de la deuda interna que Colombia tiene con la justicia.



| La inocencia

I

En 1995, principiantes en la Fiscalía tenían que hacer uno de sus primeros trabajitos, y eran pioneros en Colombia. Descubrir quién era Don Berna. El nombre con el Don ya dice casi todo.

Y aunque eran muchachitos salidos de una escuela de formación nueva, aprendieron a meterse en problemas y salir corriendo cuando iba a cerrarse la oscuridad. Después de una visita a la cárcel, donde alguien les contó algo del Don, empezaron a recibir amenazas como si ellos se habrían ido de la lengua. Pero no. Eran muchachitos que sabían de mantener secretos, pero le tuvieron que contar a su jefe. Y el jefe, que trabajaba para la Oficina de Envigado, una red paramilitar y mafiosa encargada de los sicarios, hizo que el Don se enterara de que ellos sabían. En las dinámicas de la guerra el silencio se impone con las armas y la prevención obsesiva del miedo, saber es peligroso. De otros grandes capos como los Castaño nadie tuvo fotos durante años. No había álbumes de familia. Ni internet. La foto era el primer hilito del que tirar en la justicia.

La amenaza tardó minutos en estar encima de su mesa, y venía con tiempos para salir entre los dientes: tiene 15 días para irse o para morir.

II

La siguiente investigación que les tocó tenía que ver con imágenes del evangelio que pervirtieron el sentido de cualquier fe. Se llamaba la

de los 12 Apóstoles. Para entonces, ellos tenían identidad protegida, y el grupo de los tres mosqueteros se llamaban 032 o 078. Qué más da. Y aunque sabían que su jefe estaba compinchado, les tocaba seguir adelante. Investigaron una finca extraña donde parecía que todo se movía, armas reuniones, tramas. El allanamiento se demoró un año, así dio tiempo a que todo se borrara.

Después, aún salieron ilesos de un atentado. Cuando te cuenta la escena, el bar, familiares que los acompañaban, el momento de asueto, la moto de las que solo había 4 o 5 en Medellín, las armas, los disparos, el taxi en el que él ya se había metido, el compañero que terminó en un tejado. Los dientes aún más cerca, pero se salvaron. Montaron un escándalo y hubo detenidas como 12 personas en esas horas. Cuando regresaron felices a ver cómo iban sus declaraciones, el director de su unidad salió de su despacho con las armas incautadas y se las devolvió a los matones. Nada que hacer.

Después investigaron otros casos donde había nombres que años después hemos conocido hasta los tuétanos de la guerra. Uno con nombre de Macaco y otro de dios griego, Zeus. No había fotos ni historia que los identificara como lo que eran y aún llegaron a ser.

Ya en Bogotá les tocó investigar a un señor que se llamaba Víctor Carranza. El señor Víctor terminó en la cárcel unos años a cuenta de sus investigaciones. Carranza les llamaba a los investigadores novatos, ya fajados en darle la vuelta al crimen, “los paisitas”. Los paisas son de la región de Antioquia y tienen un hablar silbeadito. Nadie más los llamó nunca así.

Un día el Fiscal jefe les dijo que había que dejar esa investigación ya. Que no había más pruebas. Del esmeraldero, narcotraficante y paramilitar, porque lo tenía todo, no se podía hablar. Para zanjar el asunto, en una conversación les dijo: esto toca dejarlo, paisitas.

Aunque la cooperación internacional les había dado un carro blindado así con nombre y apellidos para que nadie se lo quitase, los dientes estaban a punto de cerrarse cuando tomó el avión, con ayuda del FBI.

III

Dice que la última vez ya la vieron muy complicada, ¡muy complicada! Y tiene una balanza donde pesa más o menos parecido el exilio y la muerte. Cuando habla de ese exilio, no dice volver a empezar de cero, sino de ceros, como desafiando una distancia que no ven las matemáticas.

- La vida no se recompone porque es que es una situación forzosa, usted no está preparado, la vida no lo preparó a usted para hacer una migración de este nivel, bajo esta presión. Todo esto comenzó de una manera, digamos, muy estúpida, por la inocencia de nosotros que al final aportó, llegó y generó cierto tipo de situaciones que hoy están todavía vigentes.

Pienso en el valor de esa inocencia, tan sagaz y atrevida. Cuando le pregunto donde empezó todo, vuelve a su infancia en la comuna 6, una de las más duras de Medellín:

- En una de esas me tocó ver cómo asesinaron a una persona y nadie hizo nada, sí, ¡nadie!, la persona agonizando, yo estaba muy niño, ni arrimarme en esa situación y nadie, o sea, nadie se apareció, todo mundo se encerró, el tipo agonizando y la Policía llegó como 4 horas después, y el hombre ahí tirado. Yo me hice el compromiso de que yo iba a trabajar, que iba a pertenecer al sistema de justicia, pues porque esto no podía seguir pasando en Colombia.

No puede seguir pasando.

Secretos

Para hacer una captura de uno de los hombres más cercanos de uno de esos padrinos de la mafia, que dan miedo solo pronunciarlos, él se apuntó a la receta de la paciencia. Lo estuvo persiguiendo como 8 meses y a la final, cayó.

Cuando le tocó interrogarlo en su oficina le decía que él no pudo imaginarse cómo lo habían detenido. Cambiaba rutinas, no usaba teléfono, ningún detalle de su vida circulaba entre círculos cercanos. Ni siquiera había círculos, y no se llegaba a imaginar cómo lo había hecho. Pero él le dijo tranquilamente, desvelando su secreto:

- Estuve 8 meses esperándolo en una esquina.
- Y ¿usted cómo sabía que yo iba a llegar a esa esquina?
- Le dije “psicología, usted iba a llegar” y llegó y lo cogió.

A veces, como en este caso y como en tantas recetas de cocina, desvelar secretos no da ninguna pista.

Después de 6 meses se lo encontró en una visita a la cárcel. Él lo reconoció y lo llamó por su nombre: ¡“Luis”!

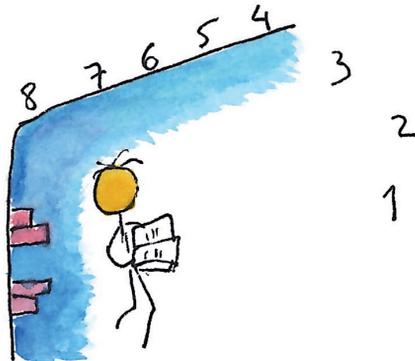
Uno sabe que a veces hay dos conversaciones a la vez, la que se ve y la que espera agazapada su ocasión.

- Lo miré y era él, “¿qué más hombre?, ¿qué más?, ¿cómo estás?”, lo saludé y me dijo “bien, gracias, venga, yo quiero hablar unas palabritas con usted”, “claro”, me dijo “mire, primero que todo yo no tengo ningún rencor con usted, usted me ganó, sí, me ganó porque yo volví al sitio, ¿cómo lo supo usted?, yo no sé, porque yo no hablo por teléfono ni

nada de eso y ya estoy encanao, yo sé lo que soy y estoy escribiendo un libro, y en ese libro estoy escribiendo un capítulo especial por usted, para usted”, me dijo, sí “yo no tengo ningún rencor”, le dije “ah, bueno, muchas gracias hombre, muy gentil de tu parte”.

Y se despidieron.

Escribir para poder tener la imaginación para la que no le dio la vida.



Salir del odio y teoría del caos

Allí llegaba mucha gente que venía a estudiar, otra que llegaba a descansar un rato antes de seguir, otra que salió huyendo para no volver. En la universidad en España se juntaba a estudiar un variopinto arco iris de jóvenes interesados en el derecho internacional de los derechos humanos, aunque los derechos ya lo son. De Colombia, cada quien traía una historia diferente, donde a uno lo venía siguiendo las FARC-EP, a otro lo perseguía el Estado o le habían hecho un atentado los paramilitares. A él le tocó un poco de todo, aunque lo que le hizo huir fue parte del Estado con el que trabajaba y en el que creía.

Cuando escuchas tantos testimonios de historias que se cruzan, cuesta a veces seguir la trayectoria, porque en las líneas cruzadas siempre hay un camino hacia otro lado que pudo ser, y que en este caso no fue. Las trayectorias de la guerra no son lineales, van formando una red y a veces se convierten en un laberinto.

- Yo creo que el aprendizaje que tiene todo esto es que Colombia necesita perdonar. Nosotros necesitamos aprender a perdonar todo ese drama tan terrible que surgió y que funcionó. El proceso de paz, le apostó al perdón, no al olvido sino al perdón, a la reconciliación social.

Para alguien que se ha dedicado a juzgar, la reflexión viene de algún lugar que no sospechas. No es un religioso el que habla, es un fiscal. Su vida se transformó totalmente cuando tuvo que salir corriendo de Colombia. Tenía una casa que perdió, su compañera, su profesión, su trabajo. Todo eso que llamamos vida, aunque la vida se la llevó consigo. Estuvo deambulando en otras tierras sin ver a su familia, sus padres, sus hermanos durante 14 años. Cuando tratas de evaluar el exilio, no hay manera de medir ese desgarró salvo en cosas que ni siquiera puedes imaginar. Cuando las cosas así no las has vivido, no tienes el metro que mida de qué estamos hablando. 14 años es un tiempo de ahí afuera, que tiene sin embargo otra profundidad aquí adentro. Como el tiempo de la

primavera, en el que los procesos se aceleran, no es el del invierno. Ese tiempo interno acompaña al exilio.

- Yo ya perdoné la salida de Colombia. El perdón es un elemento importante, por eso siempre le aposté al proceso de paz, que es una opción y este proceso que estás haciendo con la Comisión también como una opción de enviar un mensaje de que aquí todos hemos sufrido, no solamente las víctimas de las FARC-EP, han sufrido las víctimas del paramilitarismo y del Estado. Unos hemos tenido más suerte porque no hemos puesto sangre o no nos han matado, hemos tenido esa suerte, pero hemos sufrido.

Uno puede pensar que no hay nada que hacer con todo ese sufrimiento, pero él tiene claro que sí. El sufrimiento lo tenemos que honrar y lo tenemos que canalizar. Honrar por lo que tiene de verdad que duele, de herida que solo así puede cicatrizar. Canalizar porque hay que hacer algo con la rabia y el dolor, algo que sirva, que exprese, que se vengue del mandato de quedarse amargado que viene con la violencia.

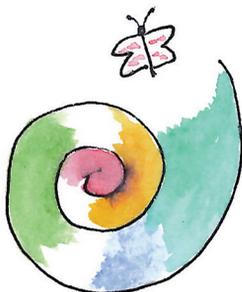
- En mi caso personal... perdoné el exilio, perdoné las amenazas. Mira, al punto de que ya ni me acuerdo de quiénes eran los que me dieron dedo, ni me acuerdo sus apellidos, ni quién archivó mi investigación. Nada de eso. Eso lo borré. Dije: “Voy a perdonar y voy a borrar eso, porque no me interesa entrar en una espiral de venganza. Esta etapa de mi vida la voy a cerrar para reconstruirme, reivindicarme”.

Si hay algo que es fuerte de ese tipo de perdón, es esa capacidad de tomar el control de tu vida en tus manos, no dejarla en manos de los perpetradores. Todavía tiene más lecciones:

- Eso es lo que no han querido entender algunos sectores, no han querido entender eso. Y, en el fondo, lo que te das cuenta es que hay un proyecto, un proyecto económico, un proyecto político, es un proyecto brutal de imposición de un modelo que está ahí y que no van a ceder eso. O sea, su ambición de poder no les permite ceder en eso. Y, en ese modelo, la paz no tiene lugar, en ese modelo, el perdón no cabe.

El perdón que ha tratado tantas veces de ser impuesto se ha convertido en un mensaje de la impunidad que te impone una forma de chantaje. Escuchando a las Madres de Soacha, entendí que a veces ellas necesitan poner distancia de su malestar, algunas a eso lo llaman perdonar. En otros casos, son maneras de sentir que pueden de nuevo volar. En otros, la libertad de decirle a los responsables: yo no lo perdono, que lo haga Dios. O, asuma la justicia. Las fórmulas de la Jurisdicción Especial para la Paz pasan por eso que llamamos justicia restaurativa. Aunque hay tantas cosas que no se pueden reparar, el esfuerzo por la restauración es parte del compromiso con la paz. En esas tantas maneras de enfrentar la injusticia, el horror y las pérdidas, y la manera en cómo tejen nuestro sentir, lo más importante es la libertad personal, no poner a las víctimas nuevas exigencias o presiones morales sobre su cabeza.

La teoría del caos estudia la sensibilidad de algunos sistemas, en los que un pequeño cambio, puede generar grandes consecuencias. Otros lo han llamado el efecto mariposa, como un aleteo que cambia la dirección de la semilla antes de que caiga a la tierra. Salirse de la espiral del odio es un buen efecto mariposa.



| La violación contra la justicia

Un juez ve que las botas están al revés en Urabá. Alguien se las puso a la carrera, al cuerpo ya muerto para que pareciera un combate. El juez, que hasta entonces era mi alumno en la universidad, tuvo que huir a Europa. Un investigador del CTI de Cali se da cuenta en el momento que llega a la escena del crimen, que lo que era un supuesto enfrentamiento, era en realidad eso, un crimen. Él no pudo ver a sus padres durante años, desde su exilio en Europa, ni los abuelos vieron crecer a sus nietos. Un procurador que investigaba la desaparición forzada de Nidia Erica Bautista, que era parte del M19, es expulsado por las amenazas que vienen de un general y de un personaje en el Congreso. A una jueza de Bogotá el ministro de Defensa la amenaza con que puede aparecer en su maletín un kilo de coca, cuando investigaba las masacres de Honduras y la Negra en Urabá. Una comisión judicial va a buscar la verdad e investigar los hechos en la Rochela y otra en Usme, y no pueden regresar nunca de ese viaje. Un fiscal que investiga en el Caribe, empieza a enfrentar amenazas que primero vienen de los investigados y al final del propio entre investigador, que en voz baja dice que mejor dejar las cosas como están. Una pareja de jueces es asesinada porque investigaba a la guerrilla. Una fiscal desempolva crímenes atroces y la venganza se cobra en sus hermanos. Una investigadora es declarada insubsistente porque después de investigar responsabilidades que van subiendo en la escala de mando, tiene que salir del país, sin que nadie se preocupe no solo por su nómina sino por su vida. Una jueza del tribunal Superior de Medellín tuvo que salir corriendo con sus hijas de la mano, después de que un paramilitar entrara en su despacho y pidiera un poco de plata para no matarla ahí mismo, sino mañana. Un juez que investigaba el asesinato de un paramilitar, fue a su vez asesinado cuando había renunciado a sus custodios porque le hacían inteligencia. Niños y niñas que vivieron aprendiendo a tener escolta, a no responder al teléfono, a vivir en otro país o a no acercarse a las ventanas.

Muchos jueces y juezas, funcionarios de distinto nivel y con el mismo compromiso han querido compartir su historia y revelar secretos y verdades a la Comisión de la Verdad, que a todos nos hacen entender más por qué la guerra se reprodujo tantas veces, y que el ataque a la justicia ha sido un mecanismo de impunidad. Escuelas de sicarios. Masacres. Magnicidios. Atentados. Tomas o Retomas. Infiltración y control interno, amenazas de traslado. Esas otras formas más sutiles de disciplinar la obediencia o tentar con la corrupción.

Una buena parte de la verdad de Colombia podría decirse que está en expedientes de investigación que la mayor parte de las veces fueron caminos desviados o dejados a medias. Y en tantas víctimas que tuvieron miedo de denunciar, porque la denuncia podía ser un boomerang en su contra. Colombia tiene el triste récord mundial de asesinato de jueces, fiscales, agentes del CTI y otros funcionarios encargados de la justicia. Un poder de la democracia abandonado o atacado por otro lleva a una democracia mutilada.

FASOL, el Fondo de Solidaridad con funcionarios colombianos del sector justicia, hace 32 años trabaja con las víctimas que fueron parte de una justicia que luchaba por serlo. Hemos entrevistado a muchos de ellos, a familiares, esposas, hijas e hijos, socialmente en el olvido. Tomando muchos de esos testimonios para la Comisión de la Verdad, muchas veces me he preguntado qué país sería Colombia con toda esta gente viva, con todo ese exilio en su tierra, con todas esas familias que podrían seguir sus vidas.

Sería una Colombia que queremos. La lucha contra la impunidad pasa por este reconocimiento. Para muchas víctimas y familiares es tarde, pero como dice el poema del obispo Casaldáliga de Brasil, es tarde, pero es todo el tiempo que tenemos, es tarde, pero amanece si empujamos un poco.

Los derechos humanos como enemigo interno

I

Soraya recuerda la primera vez que tuvo que rendir declaración ante la Corte Suprema de Justicia, la primera vez que tuvo que hablar en una sede judicial sobre lo que había pasado. La vida y la muerte puestas en otro contexto, donde se mira hacia atrás, pero se habla desde el hoy, donde los jueces son la carne y el hueso de la justicia. Se habla de hechos y de impactos, que no son solo dos palabras, a veces hay un mundo entre esas dos cosas. En ese momento la investigación era contra Jorge Noguera como director del Departamento Administrativo de Seguridad, el DAS, con un prontuario de crímenes que después de conocerse llevó a su desmantelamiento en 2011.

Le tocaba declarar y se preparó minuciosamente, impresionada de tener que hablar en ese escenario que había conocido desde el lado de la toga. De repente, aunque había estado ahí otras veces, se dio cuenta de que todos eran hombres:

- Era mi oportunidad de hablar en un escenario judicial, de decir todo lo que sufrimos nosotros también desde lo humano, porque está lo político, pero también está lo humano. Sentí que quien estaba llevando la coordinación de esa audiencia me calló, me dijo que yo no podía extenderme, no me dejó hablar. Yo terminé llorando en esa sala de la Corte Suprema Justicia. Nadie se puso en el papel de nosotras como mujeres. Yo terminé devastada de esa audiencia, terminé muy mal.

Cuando la escucho me pregunto qué pensarían los hombres de ese llanto. Las verdades tienen también esta dimensión subjetiva. No podía extenderse en los impactos, es decir, hablar no solo de lo que pasó sino de lo que le pasó, aunque eso es parte de la propia experiencia de lo que se juzga. A veces hay momentos cruciales que son un nudo en la garganta, porque atraviesa el cuerpo y no solo es un cuento que puede ser contado.

La experiencia de las víctimas y sobrevivientes no habla solo con el cerebro sino con el corazón y con el cuerpo, como si la anatomía de la experiencia tuviera varias voces pero con un nudo en la garganta atravesado.

Abogados y abogadas que defienden a otros, se convirtieron en las víctimas, lo que les parecía conocido desde un lado, impresionaba de otra manera desde el otro. Ella prefirió tratar de cerrar.

- No quiero hablar del asunto, no es fácil asumir esas consecuencias que tiene como mujeres porque nadie entiende la forma en cómo hacen la amenaza, lo que implica a nivel emocional, dentro de nosotras. No quiere decir que a los hombres no les duela, pero hay unas formas distintas de relacionarnos con nuestros hijos, con nuestra familia, con lo que somos como mujer y eso no se ve.

II

En la persecución del DAS a abogados y defensores de derechos humanos, había varias mujeres que fueron definidas como blanco. También la propia Corte Suprema fue espiada por ese aparato criminal, como terminó definiendo una sentencia.

Un día, hacía diez años, y en medio de mil persecuciones y amenazas, a ella le había llegado a su casa una caja con una muñeca dentro, con el cuello roto y sangre. Le hablaba de su hija y de que dejara de investigar. Cuando eso sucedió el terror alteró a todos los que estábamos cerca, me incluyo. A ella la llevó a buscar en el exilio un tiempo para poder siquiera entender lo que estaba pasando y poner distancia del horror. Entonces no sabía quienes habían sido.

Te preguntas cómo hablar de una muñeca con el cuello roto ante un tribunal, un tipo de amenaza contra su hija que no comprendemos. Aunque todos hemos nacido de un cordón umbilical, ella estaba al otro lado. Entenderlo, es parte también de la justicia.

III

En los seguimientos, interceptaciones de comunicaciones, amenazas y demás prontuario criminal contra tanta gente en Colombia, el DAS tuvo a principios de la década de 2000 todo un corolario de actuaciones que las víctimas fueron sintiendo a pedacitos, a miedos, a atentados, a sustos, y otras que ni siquiera el más paranoico podría pensar. Que te esculquen la basura, que alquilen una casa frente a ti, que busquen cómo duplicarte las llaves con alguna confianza a la que se las dejas un ratito o te la saquen del bolso, sin que te des cuenta que salieron y vuelvan al mismo lugar. También otras, como que sigan a tu hija a la escuela, que tomen fotos de tus padres, que sepan qué maleta llevas en tus viajes.

A un conocido periodista sueco, un agente del DAS que hacía de pasajero en un vuelo en Costa Rica, le pasó un potente imán sobre su maleta que estaba en el compartimento encima de su asiento para borrarle todo lo que tenía en su computador. Te imaginas las letras siendo atraídas por el imán, como esos trocitos de metal que se quedan pegados unos encima de otros en los extremos de los polos. La realidad es una locura. Técnicas todas ellas para hacer frente a la llamada guerra jurídica y política que supuestamente hacían periodistas y organizaciones de derechos humanos en Colombia y que venía referida en los power-point que eran parte del adiestramiento de los agentes. Ponerles nombres rimbombantes a ciertas cosas da permiso para lo que sigue.



Mujeres reciclando la adversidad

Juntar tantos trocitos de infamia sufridos por tanta gente, da una idea de un mapa criminal que representa la geografía del enemigo de la que formaste parte sin saberlo. En 2010, el día en que las revelaciones se hicieron públicas, en que el expediente donde estaban registradas todas y cada una de las acciones se conoció por las víctimas y los jueces, el mundo vivido tuvo otra dimensión. Una especie de versión colombiana de los archivos de la Stasi, en la antigua RDA. Dora Lucy lo explica así:

- Aunque advertíamos lo que sucedía, el hallazgo de los archivos del DAS convertía lo vivido en doblemente aterrador, porque le daba a todo un sentido del que ni siquiera sospechabas, o te mostraba tus propias vulnerabilidades escudriñadas en manos de quien te persigue para buscar cómo hacerte daño, mientras ya te lo está haciendo.

En medio de ese operativo, los defensores se convirtieron en víctimas, y los abogados más expertos se sintieron tan vulnerables que ni siquiera sabían cómo defenderse a sí mismos, el quiebre de su propio sentido de seguridad psicológica. En ese caso, los efectos se parecen a un tipo de una violación del cuerpo y la intimidad privada, tuya y de tus lazos.

- Hubo momentos en que preferí “dejar así”, que no se debatiera más pues cada nueva palabra, cada recuerdo era como echarle sal a la herida especialmente cuando con la retrospectiva se logra dimensionar mucho más todo lo que pasó.

Los impactos de los hechos no son solo los del momento en que pasan, sino los del momento en el que años después te das cuenta de las cosas que pasaban. Tener delante el expediente que habla del espionaje, te da la visión sistemática de los autores que “solo hacen su trabajo”, a la vez de hasta donde se puede penetrar la vida de alguien para hacerle daño.

Varias abogadas reflexionaron ante la Comisión de la Verdad y ante la Corte Interamericana, de lo que eso significa para las mujeres. Hay un pensar en los demás que las mujeres han llevado siempre en sus manos y otras en sus espaldas. Si las jornadas de las mujeres son dobles o triples, aquí las amenazas multiplicaron las vulnerabilidades por las responsabilidades de cuidado de personas a su cargo y a su afecto, además de las de abogada, trabajadora, compañera, representante de una organización gremial y, además de todo, persona, mujer.

Dora Lucy, el día después de dejar a su hijo en el instituto, salió corriendo a casa de una amiga que hoy es ministra. Llamó a la puerta, como si tuviera una extrema urgencia de vomitar la angustia, y se puso a llorar hasta la despedida. No hubo palabras en esa conversación, o no hubo otras que el abrazo.

Reducir el círculo por si te siguen. Alejarte de la gente que quieres, aunque no quieras. La impotencia de no poder comprender. Cambiar la forma de habitar tu casa. Hacer tu situación insostenible, porque tienes que dedicarte a ti misma. Soportar el dolor de la ausencia con la tranquilidad que te da pensar que así los demás están lejos del peligro.

Fabiola Lalinde, maestra de la memoria y la resistencia, decía que resistir es reciclar la adversidad. Una de las funciones del trabajo de derechos humanos es contener el poder que tiende a hacerse omnívoro en tantas sociedades. El reconocimiento del Estado, no solo de su responsabilidad sino de la importancia de los defensores y defensoras de derechos humanos, es lo que puede desafiar el trauma de la guerra y ayudar a sanar esta herida. Reciclar la adversidad tiene ahora esta tarea para el futuro.

| El ombligo de los derechos humanos

Para Pancho Soberón

El cordón umbilical es el conducto de la vida, es lo que nos une también a las fuentes de alimento. La lucha por los derechos humanos ha sido parte de las conquistas de la humanidad, que sin embargo siempre están amenazadas por retrocesos, o por quienes quieren convertirla en un obstáculo o en una opinión más, como si la dignidad humana no existiera, como si las creencias que tan bien sabe utilizar el ejercicio del poder que se extiende sobre los demás, fueran la referencia para la vida. Pancho Soberón fue fundador de la Coordinadora de DD. HH. de Perú, una instancia de coordinación de distintas organizaciones y una voz colectiva para defender los derechos humanos, y el primero de la fila el de la vida, tan amenazado en el Perú de los años 80, en la guerra de todos contra todos, de Sendero Luminoso, Las Fuerzas Armadas, las Rondas campesinas, el MRTA, la Policía. La población civil convertida en objetivo.

Pancho ha sido siempre un maestro de la voz firme. Entre tantos casos e historias por las que navegó, compartimos algunos viajes, como con las familias de Barrios Altos y el Grupo Colina, un escuadrón de la muerte encargado de matar y desaparecer en la época Fujimori. Ese caso ante la Corte Interamericana llevó a declarar las amnistías generales ilegales para violaciones de derechos humanos. Una de las luchas que Pancho nos regaló. La última vez que nos vimos fue en el juicio a varios mandos militares por el caso Cabitos, un cuartel de Ayacucho. Para construirlo se hizo un horno para ladrillos, alimentado por un depósito de gasolina y un tubo en una gran explanada donde se iba cociendo el barro.

Cuando en Chile se descubrieron los restos de varios campesinos que habían sido detenidos, ejecutados y desaparecidos en Lonquén en 1978, Pinochet dio la orden a las Fuerzas Armadas de sacar todos los restos que pudieran de fosas clandestinas y tirarlos al mar, ocultando las pruebas de las personas que había ordenado desaparecer, y dejando a los familiares la estela de dolor interminable de la desaparición forzada.

El método fue copiado por el ejército peruano al terminar el periodo de Belaunde en 1985, aunque no sabemos el nombre del operativo. Numerosas fosas fueron desmanteladas y los restos óseos cremados en el horno de ladrillos, aunque el lugar siguió siendo un gran cementerio clandestino de personas que habían sido torturadas en el cuartel y luego ejecutadas y enterradas a metro y medio bajo tierra. Muchas fosas tenían cactus encima. Cuando años después de la Comisión de la Verdad y Reconciliación visitó el lugar, ya los antropólogos forenses habían revisado toda la zona que los familiares con mamá Angélica a la cabeza, reclamaban que fuera un lugar de memoria. Un sitio para quedarse en silencio, a sentipensar diría Eduardo Galeano. Los lugares de memoria nos conectan con ese ombligo de la vida.

Uno de los casos que la Comisión de Verdad y Reconciliación había enviado toda la documentación a la Fiscalía para la investigación de los responsables, era el caso Cabiitos. Aprodhe, la organización que Pancho lideraba y que representaba a las víctimas, me propuso un peritaje para el juicio por ese caso. Se trataba de un peritaje sobre la memoria. Al principio me extrañó. Solo después entendí hasta donde puede llegar el negacionismo, el cinismo. Los abogados de la defensa de los militares que dirigían ese cuartel, cuestionaban la veracidad de testimonios de personas torturadas, de los pocos que sobrevivieron al horror, porque el árbol no estaba donde señalaban, o porque los metros de distancia no eran 100 sino 20. La desorientación temporo-espacial, el impacto traumático, la venda en los ojos, el tiempo pasado y el que todo se quiso olvidar que multiplica la distancia, los distintos momentos en que se da testimonio, la memoria que se refresca o la necesidad de completar el relato para que le crean, son algunas cosas de las que tuve que hablar.

Un peritaje psicosocial es una forma de traducir experiencias nacidas en vivencias en conceptos que puedan ayudar a tomar decisiones judiciales. Después del peritaje y las preguntas del fiscal y la acusación particular de Aprodhe, Gloria y Pancho, llegó el turno de los abogados defensores:

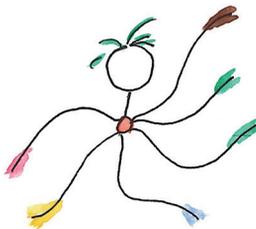
- Doctor ¿usted cree que un exdetenido puede acordarse al 100% de todo?

Los números a veces son aliados, a veces son una trampa. En el estrado en Lima, me acordé de otro juicio por el caso Tibi ante la Corte

Interamericana en Costa Rica. Cuando la procuraduría de Ecuador, me preguntó si las lesiones que tenía Tibi en su cuerpo se podía asegurar al 100% que eran secuelas de quemadura de cigarrillo, y no de lesiones de rascado por picaduras e infección en la cárcel donde estuvo como sostenía otro perito que presentaron. Entonces tocó sacar el mapa para ver donde picaban los mosquitos y donde no, y mostrar lo redondas que eran esas cicatrices. ¿Existe el 100% en medicina? Fue otra pregunta.

Las preguntas trampa necesitan otro tipo de luz para no caerte en el agujero. Después de rodearlo, salí del juicio a comer con Pancho, en un restaurante de comida peruana fusión de la Amazonía. Una sinfonía de sabores, como el primer ceviche que probé con él. Pancho estuvo en la pelea de la Coalición para la Corte Penal Internacional, en el caso Pinochet y en otros muchos que jalonan la memoria colectiva de América Latina. Un tipo de defensores de derechos humanos de una rara estirpe, inasequible al desaliento. Un 100%.

En los últimos años intercambiamos preocupaciones u luchas sobre México, Colombia o Nicaragua. Pancho estaba del lado de los derechos humanos en muy diferentes países y contextos, siempre al día. Un tipo de enfermedad que no se cura y no quiere dejar de vivirse. La preocupación por el mundo con su voz profunda siempre invitaba a ser parte. También de los muchos mensajes de wasap, y los textos de la maleta colombiana que siempre leía, y sus GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS. Con letras bien grandes porque no veía bien por su diabetes. Esta madrugada ha muerto. Tantos que te queremos, tenemos que buscar una letra gigante a la que le quepan estas: gracias Pancho, por ser parte de ese ombligo.



| Hoy es todavía

Las presentaciones del informe de la Comisión son parte del mismo proceso. En algunas como esta, hay gente que por fin se animó a hablar. A abrir su corazón. Incluso personas que no dieron su testimonio, ahora toman aire de este impulso de sentido.

Cuando ella define el exilio, tiene palabras certeras que te ponen en otro lugar:

- El exilio es un acto de fe, de sobrevivencia.

La fe en que a pesar de todo hay una vida que tiene ese nombre. Como en el poema de Machado, hoy es todavía. Aferrados a ese todavía mucha gente salió al exilio. Pero aún tiene más:

- Lo contrario de la seguridad no es el peligro, sino la incertidumbre.

Su mamá trabajaba en Colombia en una multinacional y en los tiempos de negociaciones con sindicatos fue amenazada. Su tío además fue detenido por el ejército. La vida invivible, las llevó a tener que salir juntas huyendo. Desde los primeros días, le preguntó a su mamá cuánto tiempo se iban a quedar antes de poder volver, diez años, le dijo, con un peso que aún recuerda.

Durante diez años, todas las semanas se preguntaba si la certeza de su mamá se cumpliría, y con las preguntas venía el llanto. Salir desgarrada de Colombia supuso que allí se quedara el corazón y el cuerpo anduviera por las calles de Estados Unidos. Su primer trabajo fue en un Burger King de mesera llevando hamburguesas baratas a los hambrientos clientes. Su mamá era la encargada de la limpieza y sacar la basura. No tenían documentos porque los papeles estaban pidiendo otro papel que les diera el asilo. A veces fantaseo con una reunión de documentos que hablan. Los que entregaron los demandantes de asilo, sacan a relucir sus pedazos de la historia, la declaración que alguien de migración tomó, el resguardo de la denuncia en la Fiscalía, la nota

de prensa, el papelito que le hizo la Iglesia, el libro de familia, el acta de nacimiento que hubo que pedir para otras gestiones, la cédula. Todas esas cosas sin las que parece que no puedes ser tu misma. El otro papelito con el que hablan los documentos está en blanco, no toma notas en la reunión, porque lo único que dirá será sí o no, no tiene que justificar su decisión.

Diez años después pudo volver a Colombia y ver a su papá. Ese es un sentimiento que no se puede explicar. No lo intenta. Hablar de lo inexplicable es lo único que podemos entender. Su testimonio tiene palabras, silencios y abrazos de Cristina que está al lado, o los míos que no puedo darle desde aquí. El auditorio está hecho un oído que Lederach, desde otra universidad ahí cerquita, llamaría inclinado al corazón.

Cuando regresó a abrazar a su padre, se sintió de nuevo viva. Se le juntaron los pedazos. Por eso, quien ha vivido la profundidad de la injusticia y del desgarró, sabe lo que es la incertidumbre que no te deja ser, y tiene un mensaje al final para los gobiernos de oídos sordos y corazón endurecido:

- Gobiernos del mundo, pónganse la mano en el pecho para acoger a los migrantes del mundo.

En eso trabaja ahora ella, en la acogida de otros. La solidaridad es una forma de devolver el amor que otros nos han dado.

Cuando terminamos el encuentro en la universidad de Georgetown, me acuerdo del campesino de Arauca en otra presentación en la frontera con Venezuela hace un par de meses. Cuando señalamos que la Comisión se acababa en unos días, él, antes de tener que salir temprano, pidió la palabra. Con su sombrero llanero, de larga mirada sobre la tierra, dijo que estaba en contra lo que habíamos dicho, y nos desarmó con una verdad andante.

-Ustedes están equivocados. Ustedes ya no siguen en ese trabajo, pero la Comisión sigue caminando en nuestro corazón.

También en Washington esta mañana.

| La comisión de la confianza

Leila es sami. Los samis son indígenas del norte del mundo, ancestros divididos ahora en cuatro países, Suecia, Noruega, Finlandia y Rusia. En la sede del parlamento sueco toma la palabra:

-He dado mi saludo en sami, porque estas paredes no conocen mi idioma. Les hablé de mi familia, de tres generaciones. Así nos saludamos en mi cultura.

Leila viste con colores vistosos y un gran collar plateado en su pecho que no puede quitarse en los controles de seguridad, porque está pegado a su identidad. Aunque se quedase todo un año en la calle de la Reina, Drottningatan, de un lado a otro paseando, no daría abasto a explicar su identidad a cada quien que se acercase a preguntarle por su vestido a una rubia de ojos azules. Como abogada de derechos humanos le ha tocado andar de aquí para allá hablando de su pueblo y defendiendo a otros en Naciones Unidas. Actualmente hay una comisión de la verdad de los samis, que examina las políticas contra ellos, las escuelas para civilizarlos y convencerlos de que eran iguales a base de negarlos, o los problemas actuales como la convivencia en sus territorios con otras poblaciones o las explotaciones mineras. También hay otra comisión para los Tornedalingar, otros indígenas suecos de los que no sabemos nada. Su discurso no solo tiene una narrativa, sino un mensaje que hay que entender. Se cuenta para que haya un reconocimiento, porque la historia ha destruido una buena parte de la capacidad de los samis y de otros pueblos para ser ellos mismos.

Cuando se abordan las cuestiones indígenas, en lugar de ir a la autoidentificación se cataloga a las comunidades y personas por si responden o no al canon antiguo. Como si las etnias indígenas no fueran parte de su propio mundo y evolución. Aquí también la sociedad y las leyes dicen quién es sami o no, en función de si tienen un modo

tradicional de vida ligado al pastoreo de los renos o si viven en ciudades o están en la costa y se dedican a la pesca.

En este parlamento sueco hablamos de la Comisión de la Verdad de Colombia. Ella ha leído las pocas cosas que estén en inglés, y se identifica con lo que se cuenta de las comunidades indígenas al otro lado del Atlántico. Asombra ver que cuando toda la tierra era un gran continente pegadito, Pangea, mucho antes de que el bicho humano cruzara el estrecho de Bering para poblar ese enorme pedazo del mundo desgarrado, las formas de relación con la tierra y la discriminación se hayan dado en todos los lados de la orilla. Eso que llamamos colonialismo. A mediados del siglo XX, junto con el muro de Berlín, ese paso ancestral fue una frontera de la guerra fría entre EE. UU. y la URSS. Un lugar que hermanó continentes convertido también en un observatorio del enemigo.

Leila sabe que cuando hablamos de exilio, también lo hay en el propio territorio cuando se pierden sus derechos.

- No sé por qué las llamamos comisiones de la verdad, si en realidad son comisiones de la confianza.

La confianza es el primer pegamento de la vida, y el respeto a la diferencia es para los samis el primer paso de lo que llamamos reparación. Creo que no se trata solo de los indígenas del Polo Norte. Si lo pensamos de vuelta, es la confianza lo que ha roto la exclusión social y la guerra en Colombia, lo que la Comisión y ahora la política tienen que ayudar a reparar. La verdad que trae de la mano el respeto.

| Grietas del ser uno mismo

“En el exilio uno no puede volver a ser el mismo”. Lo dice ella, Matilde, porque lo ha vivido. 35 años de refugiada y el problema de identidad sigue igual. Mucho de ella se perdió, se quedó allá.

- Todos tenemos historias diferentes, pero por una misma causa. Somos una multitud de soledades despatriadas.

Cuando le tocó salir corriendo, no tuvo tiempo de pensar. Como todos, pensó que era para un rato. Ahora dice en esta reunión en Noruega con cerca de 80 víctimas como ella, que el precio de salvar la vida fue muy alto, y que el exilio te la carcome. Guillermo, que tiene una de esas historias de la misma causa, dice que ser víctima te coloca en el pasado y que ser sobreviviente te pone en el futuro. La identidad está aquí mediatizada por la herida.

Aquí hay gente que se tuvo que cambiar de nombre porque los propietarios de la tierra en Urabá lo persiguieron hasta el límite de tener que esconderse en el exilio escandinavo de su propio nombre. Un colombiano que se llama, por ejemplo, Storladen.

También hay jóvenes que fueron adoptados en los años duros de la guerra, donde la falta de control fue parte de un poder que participó o desvió su propia responsabilidad frente a las redes de adopción y de negocio. Miles de niños de Colombia están aquí y han tenido otra vida que reivindican. Pero se preguntan y quieren saber de donde nacieron, como fue esa parte de sus vidas. También los adoptados quieren la verdad de las adopciones y de sus familias. Algunos han vuelto a buscarse. Reivindican la paz para sus hermanos que quedaron en Colombia. Muchos casi no hablan español. Las formas de ser aquí están tan mezcladas que lo único que nos une es un sentimiento.

- Escuchamos en nuestra vida muchos prejuicios sobre Colombia, esa imagen negativa de secuestros, narcotráfico, guerra. Pero no teníamos el conocimiento suficiente para defendernos.

También para quien llegó con su mamá aquí, el exilio ha sido un lugar de conflictos que no entendía, y que una niña no debería tener. Cuando fue a una reunión con exiliados colombianos en un barco, preguntó si podía estar, si había un lugar para ella en esa historia porque era la única joven. Desde entonces se dedica a organizar a los jóvenes colombonoruegos y a dejar de ser invisibles para ellos mismos.

El exilio es un no lugar donde se puede empezar a pensar distinto, a crecer y a aprender otras formas de ser uno mismo. Los desafíos de las identidades intermedias tienen aquí una grieta, como en el poema de Leonard Cohen: “Hay una rendija en cada cosa. Por la que pasa la luz”

| Otro tipo de iceberg

En 2002, las casas de El Congal fueron quemadas por grupos paramilitares, que querían borrar a la gente y las huellas de lo vivido. Después de los años, en medio del miedo y la desconfianza, David fue organizando a las familias para ir volviendo. Un retorno colectivo exitoso, de esos que escasean en Colombia, donde el desplazamiento se ha visto más como una multitud de soledades.

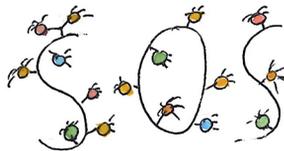
Pero el retorno venía con su demanda de la tierra. 8 millones de hectáreas de los campesinos se perdieron en manos de otros que fueron amenazando o comprando en la huida, pasando de mano en mano o en otros casos tomando posesión de lo que no les pertenecía. Su demanda de recobrar la propiedad de la tierra pasó por un juez decente, que por ello tuvo que salir al exilio. Aun así, lo lograron. El líder que ocupó el lugar de David, fue asesinado. Para entonces David y su familia habían pasado un largo tiempo de convencer a las autoridades de que necesitaban protección. Tiempo de chaleco antibalas y explicaciones a su hijo de porqué llevaba una coraza. La tierra es objeto de codicia para explotaciones mineras y los descendientes paramilitares ven en el liderazgo un peligro para sus planes.

El informe de la unidad de protección, la UNDP, decía que tenía riesgo extraordinario. Uno no sabe cuál es el sistema para clasificar eso, porque no sé lo que en Colombia se considera ordinario, pero ya solo la palabra asusta. Pero eso no sirvió de mucho aquí. El servicio escandinavo de migración llamó a las autoridades colombianas para preguntar por su caso. Quienes tienen el deber de proteger allí no deberían ser los que definen si lo hacen otros aquí. También hay una alerta 021 de 2019 de la Defensoría del Pueblo sobre ese caso, por la presencia armada del Cartel del Golfo tras el retiro del ejército que estaba a cargo del desminado de la zona y las amenazas a líderes, entre ellos, él.

El asesinato de líderes en Colombia es una de las violencias de la guerra que no ha disminuido con el acuerdo de paz con las FARC-EP, porque pedazos de la guerra siguen y los líderes se han quedado más solos defendiendo sus comunidades y territorios. Debajo del pico de muertes hay otro iceberg que llegó hasta aquí.

David y su compañera y su hijo pequeño han estado dos veces a un tris de ser embarcados en un vuelo de vuelta. Sin derecho al asilo, tras tres denegaciones. En un campamento de refugiados, esperaron a ser subidos al avión. La maleta hecha y los nervios encendidos. Después de los tiempos de calma, de nuevo volver a la zozobra. El último viaje era ese día, a las 11h pasaban a buscarlos para llevarlos al aeropuerto. A las 10 de la mañana la orden se paró. Las redes de apoyo, los recursos de la abogada y las llamadas SOS pudieron con la insensibilidad de la burocracia. SOS significa Save Our Souls, salvad nuestras almas. Eso recuerda al corredor de la muerte.

Ahora David tiene otra historia para contar al otro servicio de migración del nuevo país que le ha concedido el asilo. Te preguntas por los desafíos de las políticas de refugiados, a la baja en Europa. Nadie mandaría aquí, con razón, a un solicitante de refugio de Ucrania a su país con un chaleco antibalas. Te preguntas por la política y el sinsentido.



| El árbol de plata

Cuando era pequeña le contaron que iba a llegar planta con una hoja que daba plata. Ella se imaginó un tronquito de donde salían hojas que eran billetes. Pero la planta era una que usaban sus mayores y era medicinal. Con las muchas plantas que fueron comiéndose la selva llegaron personas extrañas al municipio. La plata, aunque permitió a muchos campesinos poder mandar a sus hijos e hijas a estudiar, pero la extensión de esa planta que brotaba billetes, fue una desgracia.

En 1999 fue la primera toma guerrillera, en un municipio olvidado de los mapas. La disputa de tierras, el desplazamiento forzado, hombres de otras partes, armas. Los armados buscaban a los líderes, porque esa es la forma de involucrar a todo el pueblo. Los armados del otro lado también los buscaban porque los consideraban culpables de ser el enemigo. Ella que era lideresa afro a esas alturas, y ya no creía en el sueño de la planta de plata, se opuso y tuvo que huir a Buenaventura.

- Tuve que huírle a la muerte, no dejarme matar, eso me lo había enseñado mi papá.

Dos veces regresó al pueblo, y tuvo que sembrar y arrancar hoja de coca, las dos cosas, obligada. El acuerdo de paz trajo la propuesta de sustitución manual de los cultivos de coca. Implicar a la población y darle alternativas tiene una tasa de éxito del 80%. La erradicación forzada y las fumigaciones no han hecho más que empeorar y desplazar el problema. A pesar de que, como en espejo, la reincidencia es del 80%, nada ha cambiado los últimos años de la política. Con el gobierno prohibicionista de Duque, los cultivos aumentaron de 130.000 hectáreas a 200.000 en 2021, según Naciones Unidas, o 230.000 según el conteo de EE. UU..

A pesar de que sea peor el remedio que la enfermedad, ese poder se ha empeñado en más de lo mismo. Estados Unidos ha gastado miles de millones de dólares en una estrategia que ha convertido Colombia en campo de batalla y los muertos también llegan a las calles y las casas de EE. UU..

Las soluciones de más de lo mismo o menos de lo mismo son parte de lo Watzlawick llamó cambio 1. Hay problemas que necesitan un cambio 2, una manera diferente de enfrentar el problema que necesita un cambio en la manera de ver el problema, un cambio de sistema. La Comisión de la Verdad habló en su informe de que la guerra contra las drogas es parte del problema, y el paradigma que hay que cambiar. De una guerra en la que siempre pierden los de abajo, a un problema de salud pública y regulación del mercado. La única manera de evitar las ganancias que acumulan plata y muerte es bajar esa plusvalía de 1 a 100 que alimenta la guerra y también perseguir al dinero y no a la gente.

Como tantos otros líderes, ella tuvo que escuchar las amenazas como un eco profundo de la muerte de la que quería huir: vamos a matar a sus hijos, donde más te duela. Por eso está aquí. A dos grados, esta mañana de otoño aquí arriba del globo mundo no se siente ese frío que le heló los huesos cerca de los 30 de temperatura de Tumaco. Ella no ha leído aún el informe de la Comisión, pero sus palabras esta tarde tienen la sabiduría de la que ese informe bebió.



| Deshielo y abrazos

Ubita está en Suecia. Hace tres años tomamos su testimonio. Hoy tiene una síntesis del horizonte cuando parece que no lo hay. Tras larga espera, le concedieron el refugio, aunque no de forma permanente:

- El silencio y la incertidumbre le matan a una, por eso hablamos.

Aunque muchas veces, se pone las manos en los oídos para no seguir escuchando explicaciones sin sentido o para aislarse de un mundo que tantas veces amenaza. Su muchacho tenía 16 años cuando se lo llevaron para matar. Tres días después de ser reclutado para un trabajo con el ejército, apareció a 632 km, en Ocaña, asesinado. Le llamaron para fuera a reconocerlo en una fosa con otros que vivieron la misma tragedia que tiene mecanismos que se han repetido una y otra vez, hasta 6402 en el periodo 2002-2008, y más de 2000 otros, antes de todo eso.

Hay una cadena de todos estos eslabones, o alguno de ellos, intercalados con el mismo final. Alguien recluta. Alguien lleva a otro lugar. Alguien busca las armas que serán puestas en la mano. Alguien trae un uniforme. Alguien lo lleva al lugar de la escena, donde se representará la tragedia. Alguien hace un acta de lo que no sucedió. Alguien deja de mirar para ese lado. Varios alguienes de la cadena tienen beneficios. Un alguien en lo alto de la estructura puso el indicador de éxito con el que se medían resultados o se comparaban brigadas que competían por ser la mejor. Así de cruel y de banal. Nada de detenidos, sino número de muertos:

- Bajas, no sea marica.

La obediencia tiene también su emocionalidad, ligada al honor de quien hace bien la tarea, dice Osvaldo Bayer hablando de lo que hizo posible el nazismo en Alemania. No solo se trata de lo militar. La empresa Siemens tenía un campo de trabajo forzado dentro de Auschwitz. En

Alemania, en 1939, “Mitläufer” designaba a quienes estaban afiliados al partido nazi, pero no desempeñaron ningún papel directo, le prestaron su apoyo activo o pasivo. Hablando de América Latina, dice que es un vocablo que cambia de nacionalidad según épocas.

La búsqueda de justicia llevó a Ubita a tener que salir del país, huyendo de las amenazas que se acercaban cada vez más, no solo a ella sino a su hija y su familia. Los anillos de seguridad se usan para los presidentes y altas autoridades, pero los de esta madre, siempre porosos e imaginarios, dejaron de darle protección cuando ya habían llegado a lo más íntimo de ella. La pregunta de por qué a una madre de Soacha, tuvimos que tomarle su testimonio en Estocolmo siempre me persigue, como si en la definición general de la persecución hubiera algo que se entiende, pero es inexplicable. Les debemos mucho a esas madres.

Ubita ha perdido otros dos hijos. El dolor de esas pérdidas es inaguantable. Solo hablarlo y sentir el abrazo pueden con él. A su lado, esta tarde hay otros hermanos colombianos, dos familias que vienen del calor de Urabá, la mejor esquina de América fue un hervidero de muerte en esa época. Ahora viven en un pueblo que está en el último anillo del Polo Norte. La colombianidad con tres horas de luz en muchos meses al año es un tipo de exilio del calorcito del clima y los afectos. Historias del comité de derechos humanos de Antioquia, del sindicato de maestros Fecode, del Sumapaz desde los años 50, de la UP, del sindicalismo del petróleo de la USO, de los falsos positivos, del movimiento campesino, historias de quienes habían dejado de ser parte del M19, del ELN, de las FARC-EP y del paramilitarismo de las AUC llegaron hasta aquí.

La devolución de estas verdades que caminaron por tantos países estos años, y que fueron haciéndose más conscientes de sí mismas, es un momento que hoy celebramos. Aquí hay desconfianzas que entraron en deshielo. Esperanza en el futuro, aunque esté lleno de obstáculos. Y un tipo de fe no solo en que sí se puede, sino en el ser humano.

Una esperanza compartida con esas mujeres que en la reconstrucción de Alemania después del nazismo, las Trümmerfrauen, las “mujeres de los escombros”, ladrillo a ladrillo comenzaron a levantar no solo edificios de un país sino una nueva forma de convivencia.

| No es la muerte, es la incertidumbre

Marta habla en su propia película, que dirige y en la que aparece. No actúa, porque este documental es parte de la verdad de su propia vida. La desaparición forzada es una perversa combinación de dos violaciones incompatibles, la del derecho a la vida y la del derecho a la muerte. También es una ausencia persistente. Ninguna ausencia acaba hasta que dejamos al recuerdo irse, cuando el olvido es forzado por la violencia, la impunidad o el dolor, pero la memoria regresa como esa plantita que sale por las rendijas.

- ¿Cómo olvidas a quien no has conocido?

Ella tiene a su tía desaparecida. Una mujer guerrillera del M19, que llegó a las costas del Chocó en una lancha desde Panamá, y apenas llegar murió en un enfrentamiento con el ejército de Colombia y fue enterrada en un lugar que no han señalado. Hasta ahí es lo que se sabe.

Durante 35 años esta historia estuvo viviendo en silencio, aunque el silencio de los familiares de desaparecidos está lleno de conversaciones que los traen. Ahora, lo que vemos aquí, es un árbol que tiene hierba alrededor y viene con sus frutos. La Comisión de la Verdad es un marco de reconocimiento para tantos miles de historias guardadas entre el silencio que protege y el tiempo que nunca llegaba. Como esta búsqueda hasta un lugar en el que casi esa presencia puede tocarse, en medio del lodo y la selva.

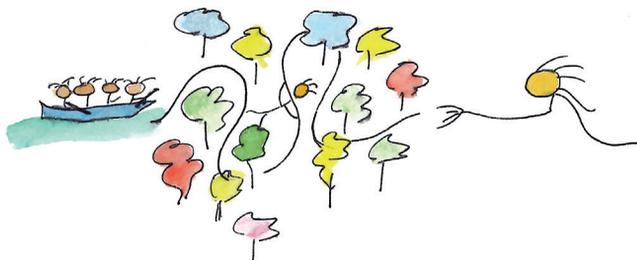
Volver sobre los pasos desde el hoy, no es algo que pueda hacerse sin manos amigas. Trocitos que saben cosas y que se atreven a desafiar al miedo, a las marcas morales, a la violencia que aún se vive. Como señala la película, ir al fondo de las cosas tiene otros impactos que ni siquiera imaginas. Son las historias por las que sabes que hay que dejarse tocar.

Qué significa ponerle paisaje a la pérdida. Qué quiere decir recuperar los restos. Llegar hasta el último lugar donde estuvo su aliento.

En las primeras exhumaciones en Guatemala en los años 90, una viejita llegó a la oficina del Arzobispado para dar el nombre de su marido desaparecido. No sabía más que un día salió de su casa en Chajul, a trabajar en la milpa, el maíz del que está hecha la gente, según el Popol-Vuh. El nombre para recordar una existencia, así el alma del muerto nunca se pierde, queda en el viento.

Los testigos vienen con sus recuerdos de cómo era ella, quién era. Ni las clasificaciones estereotipadas ni la conversión de Gisela en un objeto de admiración o de desprecio sirven, más que para quien ya tiene definida una mirada que cosifica. Andar por este viaje es otra cosa. La memoria trae hasta el presente su presencia. Y es la gente humilde de los barrios de Cali o de la comunidad afrodescendiente del Chocó, la que nos acoge desde el lugar de lo vivido. A quienes vemos la película como testigos de una búsqueda que convierte la lógica del afecto en una cultura de derechos humanos, nos queda la profundidad de lo aprendido.

Gracias Martha, Gisela, Rodrigo.



| No hay umbrales para la dignidad

La condición de extranjería es una construcción social a mitad de camino entre los procesos grupales, de lo que se considera parte de “mi grupo” y de los que no lo son, el “exogrupo”, y también de la construcción del Estado-Nación. La tendencia a ver y reforzar las cosas buenas de mi grupo de referencia y a ver los defectos del “exogrupo” parece una tendencia bastante universal. El extranjero, el migrante, la exiliada, son siempre parte de ese “otro”.

Ana habla de dos umbrales que forman parte de esta condición. El umbral de expulsabilidad, mide cuando la hospitalidad deja de serlo radicalmente. Te echan. En las fronteras se juega el primer round de ese combate, aunque siempre queda luego una amenaza latente. Pero hay otras formas de no aceptar al otro, como la marginación o el desprecio, el racismo o la discriminación. La expulsión es tanto una pena para el migrante como un factor de cohesión para sus responsables. El otro umbral es el de la integración, el del ser parte de una comunidad, pero donde también hay un impacto de las fronteras internas con la sociedad en las que puedes quedarte.

La xenofobia es lo que permite que el umbral de la expulsabilidad ande cada vez más bajo en el mundo. En las imágenes de la valla de Melilla entre España y Marruecos donde en el mes de junio murieron asfixiados 23 refugiados sudaneses, el umbral de expulsabilidad está en puntos negativos, te echan antes de que puedas llegar, y la discusión es si el territorio donde pasó todo es una franja en la que el socorro a los heridos lo debe hacer uno u otro país. Lo único que sabemos de esto es que el sufrimiento fue compartido, y la falta de atención también. Las expulsiones en caliente violan el principio fundamental de la Convención del Refugiado de 1951. Su propio nombre es ya una justificación, como si eso no estuviera fríamente calculado.

Aunque no es la única que sabe hacerlo, porque este es un mal contagioso, la ultraderecha es experta en manipular estos umbrales, haciendo que la expulsabilidad sea parte de una política en donde lo que se integra es el propio grupo, lo que define el término de un “nosotros” en donde no cabe África subsahariana o Haití, o la Colombia herida por la guerra o la Venezuela expulsada por la crisis humanitaria. Estos serán debates que aumentarán en las próximas décadas, donde las desigualdades sociales y las guerras llevan a migraciones forzadas que tratan de desafiar esa brecha. El Darién en Colombia o cualquiera de las orillas del Mediterráneo, la verja de Melilla o el muro de Arizona y Texas, las alambradas en Hungría o en Turquía son barreras para lo indefendible. Países enteros destruidos como Libia tienen ahora campos de concentración para migrantes esclavizados, donde se negocia la plata para que puedas vivir o poder volver a intentarlo, aunque la plata haya que traerla desde Gambia.

Si fuéramos a la mitología, el migrante o refugiado sería la víctima que se sacrifica en el altar de la seguridad o de la identidad colectiva. La condición de considerar al otro en su extranjería lleva en el ADN la xenofobia, como una molécula que se activa en crisis económicas o políticas, que se usa para aumentar el discurso de la amenaza que aglutina sociedades en base al miedo. Quien se dedica a estudiar la migración sabe que no es solo la xenofobia, el miedo al extranjero, sino eso que llamamos interseccionalidad, en la que las diferentes capas de ser mujer o negra se juntan en el núcleo de la pobreza. Y el problema no es tanto el miedo, sino que molesta.

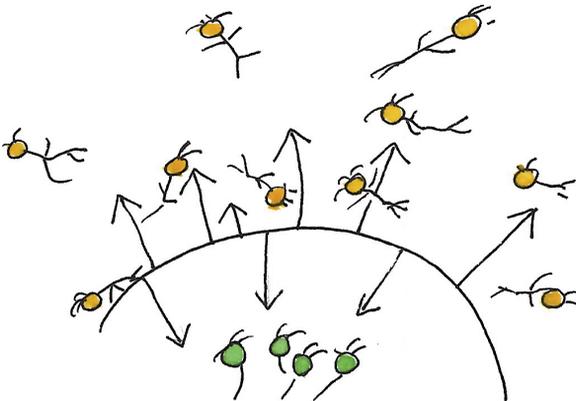
El enfoque en la seguridad vincula siempre a las personas en situación de movilidad, migrantes o exiliadas, en la sospecha de criminalidad. Los encargados en los gobiernos de la migración siempre están en los ministerios del Interior, no en relaciones exteriores o en un ministerio de igualdad, y la división de poderes en la democracia no opera aquí, dice ella.

- En general el poder judicial ejerce poco su papel de contralor en este campo, y el legislativo no examina las consecuencias de sus propias leyes. Todo queda en el ámbito del poder ejecutivo y administrativo.

En Argentina, que tiene una buena ley de migración, la Covid ha tenido el doble de letalidad en personas migrantes. Y en las estadísticas de la violencia policial, la falta de cédula, de DNI, es un factor de riesgo determinante.

En este territorio de exclusión, lo excepcional es frecuentemente la norma. Por eso cuando en Argentina se empezaron a conquistar logros como la votación para elegir a autoridades locales de distinto nivel, las cosas empezaron a cambiar. Ana insiste con sus datos en que, de una invisibilidad en el país, se pasó a un 14% de migrantes en Buenos Aires. El hecho de tener voto los convirtió de repente en importantes. El derecho al voto es una condición de ciudadanía, pero no debería ser el motivo para que la política se interese por las personas. El artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos proclama la igual dignidad de los seres humanos. Y esa no depende de si cruzas una frontera, te expulsa la guerra o te desplaza el hambre.

La única alternativa decente es juntar al endogrupo con el exogrupo, en un nuevo concepto de lo que es ser nuestro.



Andares de la verdad de Colombia en Venezuela

Venezuela ha sido en la historia del conflicto armado de Colombia el país al que se exilió una gran parte de la gente. Si en Ecuador más de 300.000 colombianos buscaron algún tipo de refugio, aquí las cifras son aún más altas aunque más invisibles. 2.200 kilómetros de frontera que fueron traspasados de aquí para allá desde el Catatumbo, Cúcuta, Arauca y cientos de trochas que hacen de la frontera un lugar intermedio entre dos países, uno tercero. Colombia y Venezuela como dos hermanas siamesas. En los últimos años, 525.000 colombo-venezolanos han cruzado la frontera en sentido contrario para buscar otra vida en medio de la crisis de Venezuela. Aquí se juega también el proceso de paz con el ELN y otros grupos, no hay paz en Colombia sin tener en cuenta Venezuela. Cuando hicimos la capacitación de entrevistadores para escuchar a esos nadies invisibles del exilio en Venezuela, en febrero 2020, las relaciones entre los dos países estaban rotas, y por esta costura de la frontera sangraba la herida. Pero se hizo.

Camino de Maracaibo

Llegar aquí no es fácil. Hay que recorrer cientos de kilómetros en carro, pasar frontera y luego esos 20 retenes entre esta y Maracaibo. En cada paso se pierde tiempo y, a veces, otras cosas. La gente que tiene que hacer este recorrido tiene miedo de que lo que trae se vaya quedando en estos puestos de control.

Después de 6h de viaje desde Santa Marta, llegamos justo a la hora en punto. Como si estuviéramos en Suiza. Este anfiteatro de la Universidad está lleno. Hubo que cambiar de lugar porque al sitio no le cabía la gente. Emociona llegar por fin aquí. Devolver a la gente el viaje que ella

nos regaló con la confianza de su testimonio. Pienso en que en Colombia toda esta gente es inexistente. El entusiasmo de la dignidad y el dolor de hablar de las pérdidas. Ese será el camino de estos días. Cuánta fuerza y cuánto olvido.

Venezuela es el único país en que la población colombiana que era campesina, ha podido seguir siéndolo en el exilio. Aquí la gente no habla de frontera sino de hermandad, o de franja, como un tercer país intermedio lleno de flechas que cruzan trayectos arriba y abajo. Como no pierden el humor, la frontera tiene otro nombre que, en lugar de ampliarla a la categoría de territorio, lo ningunean con gracia, como si fuera un dibujo en un papel:

- Aquí, la frontera se llama “La raya”.

Voy a la raya. Vengo de la raya. Cuando se dieron las últimas elecciones, los colombianos de este lado venezolano no tenían donde ir a votar. Como las relaciones diplomáticas en los últimos 4 años estaban rotas, no había consulados donde ejercer su derecho. Por acá fueron saliendo buses para ir a votar, pero había que hacerlo en territorio colombiano. Ahí la raya dejó de serlo, y se convirtió en la frontera del miedo.

Caracas

En este auditorio de Bellas Artes, va llegando la gente de a impulsos, hasta que somos un buen puñado de 130 personas. La mayor parte colombianos y colombianas, pero también de Venezuela interesados en el trabajo de la Comisión y del exilio, porque piensan también en cómo esta experiencia les alimenta.

Valerio tiene muchos años a su espalda y al menos tanta resistencia en su ADN como su entusiasmo juvenil. Ha viajado 17h en bus para llegar a esta presentación del informe de la Comisión de la Verdad de Colombia, en Caracas. Bolívar es un estado donde se refugió una buena parte de la población colombiana por la guerra, y las cifras que han

ido saliendo en algunas encuestas de ACNUR fueron sacando a flote verdades sumergidas. Tiene una finca de una hectárea, como todos los campesinos de la zona. Ahí la tierra es muy buena. Es como si tuviera una hectárea por debajo y otra aún más, porque hasta tres cosechas da. Cuando le pregunto qué cultiva, me dice:

- Todo.

Mi curiosidad de campesino aficionado no acaba ahí, tampoco sus ganas de hablar.

- Si nos dan chance, en mi región podemos producir 20.000 kg de queso al mes.

Así nomás. Los campesinos saben de pesos porque los cargan tantas veces en la espalda. Después pasa a darnos información de contexto, en una región donde además de agricultura se da el oro. Ahí, por ejemplo, cavaron un pozo de 5 metros donde había una buena veta para extraerlo. Lo cavaste y lo estabas trabajando, pero hasta ahí llegaste:

- Aquí el que manda es el más fuerte. O sea, el que más armas y capacidad de usarlas tiene.

Valerio es uno de esos campesinos que acompañó Alfredo Molano. Me lo imagino aquí entre nosotros. Imagino y aprendo.

Barinas

Aquí llegan más de 120 víctimas de la guerra, refugiadas en estas tierras bien adentro. Amalio salió hace 66 años de Colombia, durante la guerra anterior a esta última de la que tratamos de salir. La que se llamó “La Violencia” tras el asesinato de Gaitán en 1948. José perdió 8 familiares en esa violencia bipartidista que dejó 200.000 muertos. Los 8 los mataron a machete.

En Socopo el acto de presentación del informe de la Comisión de la Verdad, empieza con los dos himnos. Asombra ver como esta gente campesina canta a pleno pulmón, y se sabe la letra de una memoria que hace suya a los dos. Podría decirse que son la expresión de una binacionalidad, si eso no fuera superficial. En dos países enfrentados tanto tiempo, una forma de ser que tiene tanto que enseñar a la política. No hay protocolo sino sentir amor por los dos países.

Amalio llegó a Venezuela con un añito de vida. En 66 años todavía no tiene ni cédula colombiana ni venezolana. Es un sin papeles. Como en esa época no había partida de nacimiento sino de bautismo, hay que buscarla en la Iglesia donde lo bautizaron y luego hacer trámites para que su vida sea reconocida legalmente y pueda acceder a derechos. Difícil cuando para existir tendría que volver al país que lo expulsó y buscar en archivos el hilo de su vida. Simplemente legalmente no existe. Hijos e hijas que aquí pueden acceder a la educación, no pueden sin embargo tener un título porque no tienen papeles, y no pudieron solucionar esos problemas en consulados porque se cerraron hace tiempo. Cuesta imaginar los problemas a que se enfrenta esta gente. Y la insensibilidad de gobiernos que condenan a la gente a tener que mal vivir aún más. El restablecimiento de relaciones diplomáticas tiene ese rostro de la gente del exilio y la colombianidad en Venezuela.

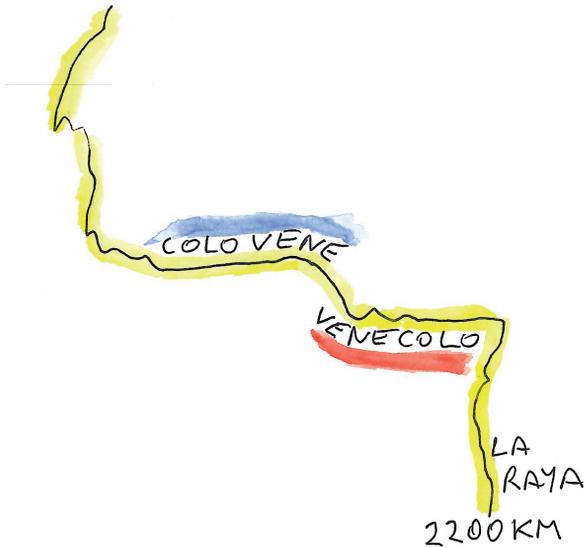
La colombianidad en Venezuela

Este viaje de la mano del Nodo de Venezuela que aglutina a diversas personas y organizaciones, con el instituto Colombo-alemán Capaz y del Foro Internacional de Víctimas, convocó a mucha gente humilde entusiasmada. Si los aplausos son una medida, el estruendo no deja escuchar otra cosa cuando decimos que la Comisión ha recomendado al gobierno un cambio legal para que haya un reconocimiento del exilio.

- En estas heridas del alma, lo más difícil para sanarlas es quedarse callado. Esto no tiene precio, tiene un valor inmenso.

Varias mujeres lideresas poderosas toman la palabra, y al final nos sacan a bailar. Nosotros sí que les aplaudimos. Toda esa historia de estos días viene en el viaje de vuelta como un eco. Como me dijeron las Comunidades de Población en Resistencia de Guatemala, que vivían escondidas en la selva, cuando salí de allá la primera vez en 1992: usted ya vio.

Para que los veamos, por eso lo cuento.



| Aprendizajes del refugio

Tomás es el refugiado colombiano más antiguo de Italia. Huido por la persecución, cuando era estudiante de la Universidad Nacional en 1968. Tiempo después, dirigió una revista que se llamaba Macondo, como para conjurar lo inverosímil de su propia vida, el mundo imposible de la realidad colombiana era uno que le acompañaba.

Esta noche estamos en la sede de la Fundación Lelio Basso, que es la sede también del Tribunal Permanente de Los Pueblos (TPP). La última presentación de este año, en el centro de la bella Roma. La sala se va llenando poco a poco, mientras las palabras nos acompañan, la gente se sienta y escucha, asiente y se saluda en silencio. Hay referencias a lo que dice el informe de la Comisión de la Verdad que hoy nos convoca, e historias de por qué lo dice que siempre tienen rostro humano. Después, cuando las palabras que explican terminan, empiezan otras que renuevan el aire.

El primero que se atreve es él. Se presenta, con voz suave, para agradecer ese trabajo. Lelio Basso fue el abogado que en aquellos años le ayudó a Tomás a tener refugio, cuando una demanda de extradición amenazaba con mandarlo de vuelta a un mundo convertido en cárcel. Las historias se cruzan.

Viniendo de alguien que sabe desde hace tanto tiempo de qué se trata, y que ha acogido a su vez a tantos otros colombianos y latinos que vienen a Italia a buscar refugio, sus palabras son un bálsamo para quienes lo escuchamos. Solo después supe que era psiquiatra.

Fabiola Lalinde siempre me dijo que la solidaridad es lo que le había salvado. Los abrazos que nos hacen parte, han configurado la tarea de Tomás en estas tierras. Desde buscar trabajo, hasta acompañar en las demandas de refugio, hasta hacer colectas para la sepultura de los que

mueren sin poder volver. Eso forma parte del curriculum de defensa de la vida del exilio.

Un joven de la primera línea de Medellín refugiado en España vino hasta este centro de Roma a escuchar y conversar. Una mujer que desde hace 30 años está en Roma, se levanta y se atreve. Cuenta su historia de familia extensa del Caribe, donde hay un militar responsable de falsos positivos, y lo que ella ha sufrido por ello, como si hubiese delitos que se transmiten por la sangre. He conocido otras historias de hermanos o hijos de miembros de la FARC-EP a quienes les pasó también injustamente lo mismo. La necesidad de autodestruirse y la necesidad de sobrevivir pelean entre sí como dos hermanos vueltos locos, dice el poeta Juan Gelman. Debería haber un desarme civil también en esta construcción de la paz que Colombia toca con la punta de los dedos.

Epílogo

| La Comisión como proceso

La Comisión de la Verdad de Colombia, presentó su informe el 28 de junio de 2022. El acontecimiento de la verdad fue una concentración de sentido. Una herramienta para seguir avanzando en una transición política que enfrenta problemas estructurales acumulados durante décadas. Dos meses de socialización acercaron el informe y su sentido a decenas de miles de abrazos en Colombia y todas las regiones del mundo donde la Comisión trabajó, escuchó, se conmovió, reflexionó, aprendió. El informe de la Comisión se presentó en un contexto de cambio de gobierno, de una paz que necesita extenderse y consolidarse, a partir de una crisis positiva que se venía dando en el país desde hacía tiempo.

Los tiempos después de una Comisión de la Verdad están llenos de nuevos desafíos. En Guatemala, el obispo Gerardi fue asesinado dos días después de presentar el informe *Guatemala Nunca Más*, el 26 de abril de 1998. En El Salvador, el informe *De la locura a la esperanza*, publicado en 1993, no se difundió durante los primeros 17 años de una transición política en la que las víctimas siguen todavía esperando respuestas. El informe de la Conadep, *Nunca Más*, fue el libro más vendido en Argentina durante varios años. Al informe Rettig de Chile, le siguieron, una década después, los dos informes Valech sobre Prisión política y tortura, porque la verdad de esas víctimas se empeñó en tener un espacio del que había quedado fuera.

Un informe es algo más que un documento para la historia. En algunos países, los informes siguen alimentando el hambre de justicia y su

tortuoso camino, siendo la referencia para la memoria, la búsqueda de los desaparecidos y la lucha por los derechos humanos.

Pero para que no sea algo que mira hacia atrás, sino algo que contribuye a la transformación, se necesita no solo pedagogía sino reflexión. Las opiniones no son buenas compañeras en estos tiempos efímeros, que necesitan de la consistencia de la que hablaba Italo Calvino como una de las virtudes de la literatura que proponía para el siglo XXI. Estos procesos empezaron mucho antes de que la Comisión oficialmente se instalara, cuando las víctimas se negaron al olvido, cuando guardaron en su memoria y en su corazón lo vivido, protegiéndolo del silencio, de la pátina del tiempo. Sin embargo, tienen ahora una nueva herramienta para el cambio. Colombia ha sido durante demasiado tiempo un ejemplo de cómo la guerra prolongada envilece las actitudes sociales en las que todo se termina justificando, mediante la insensibilidad, la justificación o el silencio. Pero también ahora es parte de una buena noticia de un pueblo que quiere tener su camino de salida de la guerra, aún en tiempos oscuros en un mundo en el que la concentración de poder y las creencias que lo sostienen han perdido la vergüenza o la referencia que ha supuesto la conquista de los derechos humanos.

Una comisión, el tiempo en el que se puede hacer y en el que se prolonga en un seguir siendo, es sobre todo un proceso. Uno para hacer cosas para las que nunca hubo tiempo, para dar sentido a esa forma de victoria de los vencidos que es la lucha, para convertir una historia de desprecio en una plataforma colectiva de resistencia. Para hablar de lo que nunca se pudo, por miedo al poder de arriba, a sentirse desbordado, por pensar que no servirá para nada o el temor a la censura de al lado. Para Foucault, el sentido de lo que los antiguos griegos llamaban *parresia*, se refiere a la capacidad de decir la verdad frente a la negación y la mentira, y frente al poder asimétrico supone asumir un riesgo. Para él, la *parresia* conlleva franqueza, una relación consigo mismo y con los otros con la ley y la libertad, a partir de la crítica de sí mismo o los demás. Algo así como el coraje de la verdad.

Colombia vive un tiempo nuevo que busca su horizonte, con su esperanza que late y sus propios riesgos. Uno de ellos es aplicar a los

problemas del presente, entre ellos lo que la Comisión señaló como factores de persistencia del conflicto armado durante décadas, las mismas recetas del pasado o dejarse llevar por los profetas del odio que siempre encuentran audiencia. Nuevos tiempos que abrió el proceso de paz para una perspectiva de reconstrucción que a todos y todas nos convoca. Pasar de la desconfianza a la construcción colectiva conlleva cambios estructurales que vayan acercando ese horizonte y actitudes personales y colectivas que lo hagan posible.

La Comisión fue una oportunidad colectiva y sus aportes seguirán ayudando a caminar en estos años. El informe condensa muchos de esos procesos, aunque ese trabajo no pueda darse por finalizado. Seguirá avanzando en esa tarea de lo que llamamos construcción de la paz, que necesita tanto del silencio de los fusiles como sobre todo de las transformaciones de esos factores estructurales que han alimentado la guerra. Como señaló el informe de la Comisión de la Verdad de Perú, la reconciliación no se trataba entonces solo del periodo de la guerra entre Sendero Luminoso o el MRTA con el Estado y las FFAA, sino entre los dos Perús, el de Lima y el de los Andes, este último excluido históricamente de la construcción de país. Las transiciones políticas son largas en el tiempo y tienen sus ires y venires. También hay dos Colombias y en la nueva que tiene que dejar atrás la guerra, la superación de la manera en cómo se han enfrentado históricamente los conflictos es parte de poder afrontar también su contenido. Los cambios en la cultura política tocan a todas y todos.

El exilio y sus organizaciones han sido también una forma de resistencia, frente a la invisibilidad y el olvido. Los tiempos requieren ahora una acción pensando en el reconocimiento y la reconstrucción en donde se han dado pasos en dar su testimonio, participar en el proceso, hacerse oír, escuchar a otros, reivindicar lo vivido y los cambios por venir.

Las historias de la maleta colombiana, han sido parte de este hermoso viaje. Hanna Arendt señala que el intervalo entre el pasado y el futuro no es un continuum sino un punto de fractura en el que luchamos para hacernos un lugar propio. Este lugar de las personas que tuvieron que salir del país para defender sus vidas, vuelve así a reivindicarse. El

desafío actual es asimilar esa verdad que se está tratando de convertir en la conciencia sobre el mundo y la realidad vivida, pero que no es aún conciencia en el sentido moral, y que necesita ser asumida como parte de los valores de la reconstrucción.

Las verdades del exilio, como las que recoge este libro, no solo hablan de la vivencia de quienes se fueron, son parte de una humanidad que se resistió al desprecio por la vida y viene con aprendizajes para todos. Este camino colectivo de las maletas colombianas, que se fueron solas y que han vuelto a escribirse juntas, seguirá caminando e invitando a compartir, a escribir, a pintar, a cantar, a trabajar. Sus historias nos han enseñado a crecer. Ojalá, como decía Eduardo Galeano, no se nos olvide seguir naciendo.

Una maleta colombiana II

La perrita y el abismo	Escuchando al insilio
Las verdades que te sorprenden.	La figura clave
Diálogo con empresarios	Casetes de amor
Cuando los otros somos nosotros	Nada
El refugio entre bananos	Reflexiones sobre uno mismo
Guardaparques	Ejemplos de vida
Una foto en Canadá	Examen del pasado, hoy
Que valga la pena	Lecciones compartidas
Teléfono verde de disco	sobre la guerra y sus salidas
Botas ortopédicas	Mentideros políticos e indicadores
Reflexiones sobre lo urgente	de la paz
y lo importante del exilio	Los territorios y el racismo
Derechos y deudas	Cosmovisión sin fronteras
La coca pasa fronteras	Una maleta colombiana
Boca abierta	en Barcelona
Secretos de la naturaleza	Un fiscal con rostro
Magnicidios	La política de la escucha
Aquí, allá y hoy	Del conflicto intratable
Práctica del método	a más democracia
Biología de la resistencia	La vorágine del tiempo
Una palanca para el cambio	El Grito
Rompecabezas	Las luciérnagas y el futuro
La llave y el candado	Reescribiendo el exilio
Factor sorpresa	¡Gracias jóvenes!
La guardiana de la palabra	El Flecha y las lecciones del abuelo
Un reloj suizo	Urabá en Suiza
Metáforas	Hermenéuticas para la paz
Nosotras	Deshaciendo el cruce de dos tiempos
Conversaciones de desayuno en París	Lecciones de solidaridad
Generaciones	Escuchando y aprendiendo de la UP
Marco de reconocimiento	en el exilio
El cuidado	Hospitalidad de la vida
Un lugar en el mundo de los jóvenes	El exilio como militancia
Integrándote	Revolucionaria
Sin fronteras	Nuestra Fabiola
Ancestralidad	Los duelos del exilio

Una maleta colombiana II

Los exilios del periodismo	Días señalados
El iceberg de una guerra	Familiares de policías desaparecidos
Palabras preciosas y legado de la Comisión	Víctima de qué
Un viaje por el río Arauca y sus mensajes	Teo y Jorge
Exilio y nuevas formas de vida	Antonia y la niña del suéter
Los indicadores están ahí	El fútbol como resistencia
Aprendizajes contra la excepción	Sobreviviente
Historia y futuro	La conexión
El día que llegas	Territorialidades y planes de vida
Lecciones de la migración forzada y el exilio	Refugiados con historias que importan
Aniversarios	Al lado de la vida
Marchando este 25 de noviembre	Medallas del exilio
La verdad que se empeña	La inocencia
Otras maneras	Secretos
La piedra angular	Salir del odio y teoría del caos
La indiferencia en un haiku	La violación contra la justicia
Conflicto armado y teoría cuántica	Los derechos humanos como enemigo interno
La corriente de fondo	Mujeres reciclando la adversidad
Crear el tiempo	El ombligo de los derechos humanos
Todos los nombres	Hoy es todavía
La búsqueda que sutura los bordes de una herida	La comisión de la confianza
Dos hermanos, dos estatus	Grietas del ser uno mismo
Dolor de patria	Otro tipo de iceberg
Un lugar que no es en medio	El árbol de plata
Letras sin fronteras	Deshielo y abrazos
Dejarse tocar	No es la muerte, es la incertidumbre
Diálogos fructíferos	No hay umbrales para la dignidad
Realismo y fantasía	Andares de la verdad de Colombia en Venezuela
Un país sin mapa	Aprendizajes del refugio
La mirada de las palabras	Epílogo
	La Comisión como proceso

